Monseñor

Miguel de Andrea

SU PENSAMIENTO SU OBRA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
BUENOS AIRES

MONSEÑOR
MIGUEL DE ANDREA
SU PENSAMIENTO
SU OBRA

MONSEÑOR
MIGUEL DE ANDREA
SU PENSAMIENTO
SU OBRA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
FUNDADA EN 1864
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley N.° 11.723.
Copyright by Editorial Guillermo Kraft Ltda., calle Reconquista 319-327 — Buenos Aires

DE LOS EDITORES

La Editorial Guillermo Kraft Limitada, se asocia con la edición de esta obra al homenaje que la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas rinde a S. E. Monseñor Dr. Miguel de Andrea al cumplir sus 80 años de edad.

Adherimos a este jubileo, no solamente como editores y difusores de todo lo argentino digno de ser conocido, sino, también, como sinceros admiradores de la conducta, el pensamiento y la acción de Monseñor de Andrea, porque vemos en este sacerdote a un esclarecido patriota y a una eminente personalidad de la Iglesia Católica.

En su primera condición se ha conducido siempre como un ciudadano amante de las libertades públicas y privadas que deben rodear al hombre y se ha esforzado por defender y mejorar las formas republicanas de nuestra organización institucional. Especialmente ha señalado la peligrosidad del comunismo, pero ha denunciado, asimismo, la que surge de las corrientes de opinión y de acción que se colocan en el lado opuesto y tratan de anularlo mediante los mismos procedimientos empleados por aquél.

Como hombre de la Iglesia Católica, ha puesto su pensamiento y su acción al servicio de su fe religiosa, inspirada y nutrida por la doctrina de Jesucristo, para hacerla prender en muchos corazones, convencido de que ése es el camino a seguir

para lograr la paz espiritual. Pero también los ha colocado al servicio del progreso social, según los principios de los Papas, desarrollados en las encíclicas conocidas, desde las de León XIII a las de Pío XII.

Para cumplir su noble misión cristiana y su abnegada labor social, Monseñor de Andrea ha empleado la oratoria y ha creado obras para el bienestar general. Su palabra ha sido siempre elocuente y sabia, tanto en la tribuna sagrada como en la pública. Su acción ha sido de una perseverancia sin límites y asombra por su magnitud.

Como todos los apóstoles y sociólogos Monseñor de Andrea es querido por millares y millares de personas y reúne la adhesión y el cariño de los más, y, sobre todo, la respetuosa consideración unánime, dentro y fuera del país, por su vida ejemplar.

Son nuestros deseos que el Señor conceda a Monseñor de Andrea una larga vida, más allá de sus actuales 80 años, y por ello van en estas líneas nuestros mejores votos de que sea la suya una existencia siempre fecunda en bienes espirituales y sociales, para la mayor gloria de Dios y la grandeza de la Patria.

UNA VIDA EJEMPLAR

"La austeridad de la Vida es una inmolación perpetua cuyo mérito está en razón directa de los padecimientos con que nos labra".

EXISTEN *vidas que pertencen a aquellos hombres de quienes puede enorgullecerse la Humanidad.*

Son los predestinados; los elegidos; los que se anticipan a los acontecimientos; los visionarios; los abnegados; los que renuncian a su bienestar en procura del bienestar ajeno; los próceres de la justicia, de la verdad y de la belleza del mundo; los soñadores; pero también los hombres de acción; los creadores infatigables; los que encienden en su corazón un fuego de Caridad inextinguible; los que marchan al lado de la Fe que aguijonea en la hora de los desmayos; los que cuando han alcanzado una victoria, se fijan, como meta, ¡la Esperanza de una nueva batalla! A este linaje de hombres pertence S. E. Rvma. Monseñor Dr. Miguel de Andrea, a quien Dios ha concedido el privilegio de alcanzar sus 80 años venerables, coronada su frente de espinas y laureles, después de haber cumplido una sentencia ineludible y bíblica: Trabajar; un mandato categórico de su espíritu: ¡dar, siempre dar! Y como tal —creador y dador— su larga y noble existencia se convirtió en una viva fuente de dones derramándose sobre sus hermanos, sin más lucro que la gratitud de los corazones reconocidos, que hoy entonan un Tedeum en su alabanza.

Su inconfundible figura cobra a través del tiempo un relieve singular, donde aparecen los rasgos salientes de su perso-

nalidad, como ciudadano, como sacerdote, como Obispo; su firme voluntad para la lucha; sus anhelos en favor de las clases menos favorecidas por el bienestar que brinda una situación económica desahogada y que El quería concretar en un movimiento reivindicador profundamente cristiano y altamente humano; su innegable bondad hacia el débil; su perdón para el pecador dentro de la rectitud de sus principios como Pastor de Almas; su acendrado patriotismo; su credo de democracia y de libertad que mantuvo con la Verdad de su Vida y sostuvo con altiva dignidad aún en los momentos en que peligraba su propia vida; su amplio y humano sentido de la Caridad, de la Justicia y el Bien de sus semejantes cuyos frutos son las Obras Sociales inspiradas en los auténticos principios de la familia cristiana, enraizadas en los cánones evangélicos de la equidad, la tolerancia, la paz, la fraternidad, la igualdad... Así lo expresó y se cumple en sus aleccionadoras palabras "Aquí no se toman en cuenta las divergencias que separan, sino las coincidencias que aproximan y unen". Colaboró además en la sanción de leyes que afianzan la estabilidad de las empleadas y protegen el trabajo a domicilio, y llevó a término su decisión de mejorar económicamente la vivienda de gentes de escasos recursos, con la creación de barrios de casas baratas.

Ni aspiró a la gloria —que es tan sólo una quimera—, ni traicionó su pensamiento, en constante superación; ni sacrificó su verdad por el pasajero aplauso; ni equivocó su Doctrina por transitorios lauros. Firme en su pensamiento, en su acción ha logrado cruzar todos los puentes, salvar las más altas vallas, levantar las más pesadas barreras, pasar las más custodiadas fronteras, en una palabra, ¡todo cuanto hubiera sido obstáculo para la realización de su humano, inequívoco y cristiano sentir!

¡Den fe de esta verdad inconmovible, sustentada por la realidad más hermosa, sus Obras ininterrumpidas, desde su juventud, en favor de los obreros, los débiles, de los desamparados, de las empleadas, de las madres, de los Hogares, de la Sociedad, de la Patria!

Este libro —que tiene la fuerza de un testamento espiritual— es el galardón de más subidos quilates, que el Consejo Superior de la F. A. C. E. ofrece, más que a su Amado Asesor, a quien le pertenece por entero, a la meditación de quienes recurrirán a las enseñanzas de sus páginas como al más sabio mentor. Sirvan de ejemplo para la juventud presente —en esta hora incierta del mundo— y para las venideras generaciones: el acento conmovido de su palabra sincera; su austero y veraz pensamiento; su juicio cabal sobre problemas atinentes al in-

dividuo, a la familia, a la sociedad, a la patria; su preclaro entendimiento; sus conceptos rectores sobre amor, caridad, tolerancia, perdón, libertad ... sus virtudes, iluminando las almas como otros tantos faros conductores del confiado navegante, que perdió rumbo en este mar tempestuoso de la vida.

Toda la fervorosa acción de quien descansó emprendiendo nuevos quehaceres en favor del prójimo, ponen de manifiesto cuánto pueden la voluntad y la caridad alentadas por la fraternidad del más puro sentimiento cristiano.

Amado Monseñor: El Consejo Superior de la F. A. C. E. al ofreceros este don espiritualísimo —que emana de Vos mismo— hace suyas aquellas palabras que como tantas otras enunciásteis con la dadivosidad del sembrador que ignora quien se beneficiará con la óptima cosecha:

"¡La gratitud implica el recuerdo de alguna generosidad, que adivinando una penuria, abrió su mano antes de ser solicitada!".

MARY REGA MOLINA

HORA DE DEBERES

Sermón de Soledad pronunciado en la Iglesia de San Miguel Arcángel, el 11 de abril de 1952.

EGO DESTITUTA ET SOLA. (Is. XLIX, 21.)
Heme aquí desamparada y sola.

La fe nos ha revelado que Dios después de haber sacado de la nada al Universo, creó en la tierra a Adán y Eva, padres de la humanidad. Dió a ésta por destino la felicidad temporal y eterna. Para ello la naturaleza humana fué sublimada con la gracia y elevada a la filiación divina. Pero la humanidad debía hacerse merecedora de este destino, mediante el buen uso de su libertad. Por eso le impuso Dios un precepto. El Creador había constituído al hombre en rey de la creación. Pero no con soberanía absoluta. La soberanía absoluta no existe fuera de Dios.

Nuestros primeros padres cedieron a la tentación satánica que les prometía ser como dioses si se libertaban del sometimiento, transgrediendo el precepto. Y como la sanción es de esencia de la ley, la consecuencia inmediata de esa transgresión fué aquella con la cual habían sido amenazados: la pérdida de la gracia, de la felicidad y de la inmortalidad. La justicia tenía que ser inexorablemente vindicada.

Pero Dios no sólo es justicia, es también misericordia, y la misericordia intervino para mitigar el rigor de la justicia.

En el mismo momento en que la justicia expulsaba a nuestros Padres del Paraíso y perdían la gracia, la felicidad y la inmortalidad, la Misericordia les anunció que a su hora aparecería sobre la tierra un vástago suyo, una mujer que

contribuiría a vengar la victoria de Satanás y a libertar a la humanidad, a redimirla de su esclavitud, a levantarla de su abyección y a capacitarla para la reconquista de la gracia y de la gloria. Y cuando en la sucesión del tiempo sonó la hora profetizada que fué la media noche del 25 de marzo, marcadora del fin de la era pagana, Dios, inclinado benignamente sobre la humanidad que quería salvar, posó su mirada en la creatura de más profunda humildad. Era necesario porque cuanto mayor fuese el vacío de sí misma, más grande sería su capacidad para ser llenada por la gracia de Dios y por el mismo Dios. De esta manera el cielo podría llamarla "llena de gracia" y añadirle: "Dios está contigo".

En efecto, enviado por la Trinidad Santísima uno de los más sublimes arcángeles de la Corte Celestial, viene a la tierra y se hace presente en la modesta morada de una Virgen humilde que en aquella media noche inclinada la cabeza, como una azucena sobre su tallo, se hallaba en contemplación en el silencioso recinto de su pobre casa de Nazaret.

El Arcángel le dice que viene a cumplir de parte de Dios una misión, la de ofrecerle la maternidad del Redentor. La joven y humildísima Virgen tiembla, se estremece como una hoja azotada por el huracán. ¿Por qué? ¿Por la presencia del Arcángel? No. Los ángeles le eran familiares. Tiembla y se estremece por el conocimiento que tiene de la Sagrada Escritura, completado por las revelaciones divinas en sus horas de contemplación. Ella sabe perfectamente la serie de martirios que deberá soportar la mujer que sea elegida para Madre del Redentor. ¿Y cómo ella podría sentirse capaz? ¿Cómo podría ponerse a la altura de la responsabilidad y de los duros deberes que deberá afrontar? Pero el Arcángel le dice: "no te asustes, no tiembles; la virtud del Altísimo descenderá sobre ti, María. La virtud, es decir: la fuerza. Tu capacidad ha sido colmada. Ave María gratia plena. Ya estás llena de gracia. Más aún; ya estás con Dios. Dominus tecum. Y si Dios está contigo, ¿qué puedes temer?

Se inclina profundamente la Virgen Nazarena y dice: que se cumpla en mí cuanto has venido a anunciarme, puesto que es la voluntad de Dios. ¡Oh mi Dios, mi sostén, mi fuerza, en ti pongo toda mi confianza, hágase tu voluntad, no la mía!

Y desde ese momento forma la resolución de cumplir con todos y cada uno de los deberes, anexos a la misión de la maternidad divina.

¡Cuán modesto el teatro en que tuvo lugar esta escena más grandiosa que la creación del mundo! Se volvía allí a

unir el cielo con la tierra, Dios con la humanidad. Se daba comienzo a la redención. Esa casa de Nazaret, la casa de la Anunciación debía ser preservada de las ruinas del tiempo y de las devastaciones vandálicas de los musulmanes. Los ángeles la trasladaron a Loreto en la noche del 10 de diciembre de 1294.

He tenido la satisfacción inefable de pasar largas horas dentro de sus cuatro paredes el día 11 de noviembre, día del Patrono de Buenos Aires, del último año. Durante ese tiempo pretendía adivinar cuál había sido el ángulo o el sitio preciso en el cual se detuvo el Arcángel ante la Virgen Nazarena. Mientras tanto el divino perfume de aquel ambiente nos impregnaba el alma.

Pero ahora lo que corresponde evocar es el hecho de que María desde el momento en que se puso de pie después de pronunciar el *Fiat* hasta el instante en que después de su muerte fué transportada en cuerpo y alma por los ángeles y los arcángeles, cumplió hasta el heroísmo con todos y cada uno de los duros deberes de Madre de Dios y de Corredentora de los hombres.

Por la única puerta de aquella casa debió salir con su esposo para ir a dar a luz al que el Espíritu Santo formara en sus virginales entrañas, entre unas ruinas de los alrededores de Belén. ¿Por qué no tuvo el consuelo de que el humilde techo de su modesta casa Nazarena cobijara a su recién nacido? ¡Dios lo sabe! Ella se limita a cumplir con su divina voluntad. Por esa misma puerta debió salir poco después, camino del destierro, para preservar al Divino Niño del degüello decretado por Herodes. ¿No podía Dios haberlo eliminado para salvar con la vida de Jesús la de tantos inocentes? Podía. Pero permitió que la sagrada familia soportara los sobresaltos de la prolongada jornada de la fuga y gustara la amargura del pan de los desterrados. María conoció los designios de Dios y los acató en cumplimiento del deber.

Dentro del recinto de aquella casa se desarrolló la escena que los ángeles adoraron en silencio, de la despedida de Jesús cuando después de haber convivido durante treinta y tres años, debió alejarse para Jerusalén porque se acercaba ya la hora de su Pasión y Muerte. Cuando Jesús, para asociarla a sus sufrimientos redentores, le pidió su consentimiento para verter la sangre que de ella había recibido, María apoyó su cabeza de Madre sobre el hombro del hijo y pronunció *Fiat* con la misma decisión con que pronunció el primero. Pero, cuán dura y amarga su soledad.

Pocas horas después pasa por los umbrales de aquella misma puerta en seguimiento del Hijo para acompañarlo y asistirlo en las sucesivas etapas de su inconcebible martirio.

Algunos de los discípulos de acuerdo con las santas mujeres trataron de ahorrarle al menos algunos de sus más trágicos dolores, sobre todo el del espectáculo de la crucifixión, temerosos de que no lo pudiera soportar. Se empeñaron en disuadirla. Pero, ¿cómo, replicábales ella, queridos hijos míos, cómo pensáis que pueda yo dejar de cumplir con el deber materno de acompañar a mi Hijo Divino en el momento peor de su martirio, por ahorrarme un dolor, aún cuando este dolor fuese capaz de causarme la muerte? Lo sé, vosotros teméis que yo muera de dolor con Él o aún antes que Él... ¡Ah! La muerte sería para mí la dicha suprema. Pero por eso mismo no moriré. Estad de ello seguros. No es ésta, hora de recompensas. Es hora de deberes. Yo debo acompañar a mi Divino Hijo en su muerte. Debo ser con Él, Corredentora, Él va a redimir a la humanidad con su sangre, y yo debo mezclar con ella mis gemidos y mis lágrimas. El muriendo; yo viéndolo morir y sobreviviéndolo. Yo debo mantenerme de pie junto a su cruz porque desde ella El quiere constituirme madre vuestra y madre de todos los hombres.

No, no moriré. Él me ha revelado que debo sobrevivirlo porque debo presidir el nacimiento de su Iglesia y velar sobre la cuna de su cuerpo místico como velé sobre la de su cuerpo real. Me ha revelado que cuando sus discípulos, arrepentidos y avergonzados de su debilidad y su cobardía, vuelvan hacia mí, yo debo asegurarles su perdón y reanimarlos en su arrepentimiento. Yo tengo que consolar a Pedro cuando sin cesar de llorar venga a echarse a mis pies. Yo debo recoger entre mis manos sus lágrimas, esas lágrimas que a fuerza de correr han dejado ya surcos en sus mejillas.

Con qué serena majestad, cumplió María con la sucesión ininterrumpida de esos duros deberes, cada uno de los cuales implicaba un inefable martirio. Con cuánta razón la Iglesia le ha discernido el título sin segundo de "Reina de los Mártires". Véase a qué alturas inaccesibles la ha elevado el cumplimiento de sus deberes impuestos por los grandes ideales. Eso es lo que contituye el heroísmo supremo sobre la tierra. Pero ese heroísmo sólo alcanza la voluntad robustecida por la virtud; es decir, por la gracia de Dios que es fuerza moral. Virtud quiere decir fuerza.

Es oportuno y es necesario recordarlo en esta época en la cual se halla en vergonzosa decadencia la fuerza moral. Es ésta una de las más funestas consecuencias del materialismo

de la vida. Y por desgracia nos toca vivir en pleno auge del materialismo. Cuando esto acontece, el cumplimiento de los deberes queda sustituído por la exigencia de los derechos.

Soy como el que más, partidario de los derechos del hombre; de todos los derechos legítimos. Y por encima de todos, de los derechos naturales, porque estos proceden de la naturaleza, cuyo Creador es Dios; y los derechos que proceden de Dios, no deben ser ni desconocidos ni conculcados por los hombres. Entre los derechos naturales y por lo tanto divinos, están los derechos a la vida, a la libertad, a la propiedad. Les corresponde en consecuencia la inviolabilidad. ¡Y hay circunstancias, en las cuales, el hombre necesita y exige la inviolabilidad de la libertad y de la propiedad, aún más que la de la propia vida! Y he aquí dos observaciones bien desconcertantes: Primera; las épocas en que se exageran los derechos humanos son aquellas en las cuales se conculcan los derechos divinos. Segunda; las épocas en que prevalece la promulgación de los derechos son las que se caracterizan por la eliminación de los deberes. Sin embargo las que se distinguen por el predominio de los derechos, nunca son ni más prósperas ni más pacíficas que aquellas en que prevalecen los deberes. Y es porque para la prosperidad y la pacificación resultan infinitamente más eficaces los hombres armados de deberes que los asistidos por derechos. El hombre puede ceder de su derecho, pero no puede faltar a su deber.

Las condiciones en que se halla el mundo, exigen la promulgación de los deberes más que la enunciación de los derechos. Se necesita un valor moral mucho mayor para hablar de deberes que de derechos. Hablar de derechos es halagar a las pasiones y fomentarlas, hablar de deberes es contradecirlas y frenarlas. Y se requiere más autoridad moral para contrariarlas que para halagarlas.

Existe además una correlación indivisible entre los derechos y los deberes. Mi derecho termina donde comienza el de mi prójimo; y el derecho de mi prójimo indica el principio de mi deber.

La paz no reinará mientras no impere la justicia. La justicia consiste en dar a cada uno lo que le corresponde. Cuando la justicia se vuelve unilateral, deja de serlo y se convierte en injusticia. Sólo el imperio de la justicia bilateral puede establecer el reinado de la paz social.

Durante períodos excesivamente prolongados, el capitalismo ha venido faltando a la justicia en perjuicio del trabajo. Nadie como la Iglesia lo denunció y lo recriminó. Aquellos abusos incubaron la revolución social. Esta se ha producido

pero sin ventajas para la paz, porque ahora el trabajo se toma la revancha empeñándose en defraudar al capital. He aquí uno de los más serios problemas de nuestros días.

Los excesos del pasado no se remediaron con los del presente porque éstos prepararían los del futuro y de esta manera tendría que vivirse en un estado permanente de guerra social. Si el capital tiene el deber divino y humano de remunerar suficientemente al trabajo, el trabajo tiene a su vez el de no defraudar al capital. La justicia debe ser bilateral si se quiere que no degenere en injusticia. He aquí por qué la correlación de los derechos y los deberes debe ser indivisible.

Y hay más aún; para que la justicia pueda ser perfecta no debe divorciarse de la caridad. Cuando la justicia asiste al derecho de mi prójimo yo debo prestarle mi adhesión, aun a costa de mi propio sacrificio. Para hacérmelo aceptar se requiere la intervención del amor. El amor que debo a mi prójimo que debe asemejarse al que me profeso a mí mismo. Véase por qué no debe separarse la justicia del amor, ni el amor de la justicia. Ni caridad sin justicia ni justicia sin caridad.

Si se iniciara en el mundo una cruzada en favor del cumplimiento de los deberes, comenzaría la era de la pacificación social. De los deberes para con Dios y de los deberes entre los hombres. El Código de los unos y de los otros es el Decálogo. El Decálogo promulgado en el Monte Sinaí, ha sido rubricado con la sangre divina en el Monte Calvario. La obligación de cumplirlos es grave y tiene trascendencias individuales y sociales. Es necesario tener presente que todo lo que en él se prohibe, no es malo solamente porque se prohibe; se prohibe porque es malo y porque lo malo es engendro de ruinas. Es necesario también advertir que los deberes para con Dios y para con los hombres no implican un cercenamiento, sino una garantía de la verdadera libertad. Los faros que se encienden para señalar los escollos, no atentan contra la libertad de los navegantes, antes bien la protegen y la salvan. Y conviene también recordar que las transgresiones a las leyes divinas, nunca quedan impunes. Pero no incurramos en el materialismo que condenamos; los deberes han de cumplirse no por conveniencia, sino por conciencia.

El heroísmo en el cumplimiento de los deberes es la gloria suprema de esta Madre de Dios y Corredentora de los hombres. Fijemos en ella la mirada de nuestras almas para aprender sus lecciones. Los desfallecimientos suelen sobrevenir una vez realizados los supremos esfuerzos. La única excepción de esta regla es nuestra Madre; eres tú, Reina de los

Mártires. Al expirar Jesús, el sol se oscurece como para vestir de luto a la tierra. La tierra tiembla y las piedras se parten. El velo del Templo se rasga. La Reina de los Mártires permanece firme y serena, desamparada y sola.

Si ahora se sienta al pie de la Cruz, no es para descansar, sino para que su regazo sirva de altar a la Víctima inmolada. ¡Qué altar! El mundo jamás vió ni verá otro semejante. ¡De qué manera tan distinta descansaba Jesús en el regazo de su Madre en Belén y en Nazaret!

El patíbulo del Hijo está siendo el dosel de la Madre. Ese altar es también una cátedra. Desde ella nos incita a cumplir con nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, para nuestra salvación. Esa incitación nos llega entrecortada por gemidos; los gemidos que le arranca la obstinación de los que persisten en no seguir sus lecciones con peligro de su salvación temporal y eterna.

No olvidemos la advertencia consignada en la Sagrada Escritura: *gemitus matris tuae, ne obliviscaris,* "no eches en olvido los gemidos de tu madre". Es esto lo que nos pide para nuestro bien esa Madre "desamparada y sola".

LA FUERZA VICTORIOSA DEL ESPÍRITU

Sermón de Resurrección pronunciado en la Iglesia de San Miguel Arcángel, el domingo 13 de abril de 1952

HAEC DIES QUAM FECIT DOMINUS, EXULTEMUS ET LAETEMUR IN EA.
Alegrémonos hasta que el júbilo desborde de nuestras almas, en este día creado por el Señor.

Es un deber primordial de todo apóstol de la verdad el conocimiento del medio en que está llamado a exponerla. De lo contrario resultaría inadaptada y por lo tanto ineficaz.

El medio en que se debate la época actual es el de la desesperanza. De la desesperanza a la desesperación no hay más que un paso. Nuestro deber primordial es pues el de empeñarnos en que no se dé este paso fatal. Y para ello es necesario eliminar de las almas el tóxico de la desesperanza. Esta ha penetrado en todas las esferas y en el afán de justificarse ha llegado a inventar una filosofía: el existencialismo. He aquí uno de los más funestos errores contemporáneos. El error es casi siempre una desfiguración o un fraccionamiento de la verdad. Los hombres, por una imperiosa exigencia congénita, tenemos necesidad de la verdad, de la verdad evidente, descubierta por la razón o revelada por la fe.

Nosotros sentimos una necesidad imperiosa no de lo relativo, sino de lo absoluto. Sentimos ansias no de lo deleznable, sino de lo duradero. Tenemos hambre no de la duda sino de la certeza. Tenemos sed no de las apariencias, sino de las realidades.

¿Y por qué nos ha invadido la desesperanza? Porque en estos tiempos la esperanza se ha puesto en lo relativo, lo

deleznable, lo dudoso y lo aparente. Y todo eso está fracasando.

Hoy es el día creado por Dios, cuyo esplendor disipa las tinieblas de la desesperanza y ahuyenta la oscuridad de la desesperación. Es el día del resurgimiento definitivo de la esperanza inconmovible, de la victoria indefectible de lo absoluto sobre lo relativo, de lo duradero sobre lo deleznable, de lo cierto sobre lo dudoso, de lo real sobre lo aparente.

Es el día de la victoria del espíritu sobre los avances de la materia; el día del triunfo de la fe sobre las veleidades de la razón; el día de la derrota de la fuerza por la supervivencia de la libertad. Jesucristo triunfando de la fuerza y libertándose de la muerte nos revela nuestro destino. Por esto hacemos nuestro el júbilo de la Iglesia Católica y no obstante lo adverso de las circunstancias y el pesimismo de los augures fatalistas repetimos hoy con entusiasmo: "Alegrémonos hasta que el júbilo desborde de nuestras almas en este día creado por el Señor".

Las fuerzas armadas del imperio romano custodiando el sepulcro para impedir que los discípulos de Cristo secuestren su Cuerpo, sólo sirvieron para documentar oficialmente el hecho de su gloriosa resurrección, que fueron incapaces de frustrar como lo serían todas las fuerzas del universo si se concentraran en el oriente con la pretensión de impedir la salida del sol. De la misma manera como del fondo oscuro del sepulcro se levanta transfigurado el Cuerpo del Redentor, debe surgir hoy de las profundidades de la desesperanza la vigorización de nuestra fe en la victoria definitiva.

Tal vez nunca como ahora la humanidad ha necesitado tanto de esta vigorización espiritual. Si la humanidad hoy tan materializada no detiene pronto su marcha, se hundirá en su ruina. En este tono la está amonestando el Vicario de Cristo resucitado. Y los acontecimientos que se suceden están ratificando las admoniciones del Pontífice. Pío XII acaba de formular un llamamiento patético de retorno de todo el mundo a Cristo, comenzándolo por su propia Diócesis de Roma. "Espanta, ha dicho recientemente, la persistencia de una situación general que puede, no titubeamos en decirlo, explotar en cualquier momento y cuyo origen se debe buscar en la tibieza religiosa de tantísimas almas, en el bajo tono de la vida pública y privada y en los esfuerzos sistemáticos para intoxicar a las almas sencillas con un veneno que se les ingiere después de haberles adormecido el sentido de la verdadera libertad". Lo que equivale a decir que el materialis-

mo que en la actualidad estimula las actividades humanas, es lo que las está empujando hacia su ruina. Y por eso agrega el citado mensaje: "el espíritu del Evangelio además de salvar a millones de almas de la ruina eterna, es el único elemento que puede asegurar la convivencia pacífica y la colaboración fecunda entre los pueblos".

Confirmemos hoy nuestra esperanza en la victoria definitiva del espíritu sobre la materia. No hay en el mundo ninguna fuerza que pueda dominarlo ni vencerlo. Y lo interesante es que no hay nadie en el universo, por desvalido que sea, que no pueda utilizarlo. Lo único que se requiere es quererlo. Es una simple cuestión de voluntad. La voluntad es una de las tres facultades del alma con que todos por igual venimos al mundo. Y la voluntad es la energía indomable dada por Dios a todo hombre. Pueden mancomunarse todas las amenazas y todas las seducciones para arrancarme un "sí". ¡Pero todas ellas caerán vencidas a mis pies, si mi voluntad persiste en mantener un "no"! El heroísmo cristiano de esta actitud emana de la voluntad vigorizada por el espíritu y regida por la fe.

Pero cuando los móviles de la voluntad son terrenos, sensuales, inmediatos, puramente mundanos, la voluntad se desvirtúa y las claudicaciones vienen a constituir la norma vulgar de la vida. Por eso cuando impera el materialismo desaparecen las resistencias y las reacciones. Cuando los únicos incentivos son las ambiciones de poder, de mando, de ventajas, de puestos y de dinero, la voluntad se enerva y el heroísmo moral desaparece.

Durante el aprendizaje de mi apostolado evangélico, yo no comprendía del todo la razón por la cual nuestro Divino Maestro ha señalado al oro como rival de Dios. "No es posible servir a dos señores de intereses opuestos. No es posible servir a Dios y al becerro de oro". Ahora sí, lo comprendo, lo compruebo, y todos los días lo veo. El dinero tiene un poder fascinador. Cuando impera el materialismo el dinero se cotiza más alto que el mismo Dios. ¡Cómo extrañarse pues, que también se cotice más alto que la moral, que la amistad, que el parentesco y que la Patria misma!

Ha sonado ya la hora de detenerse a pensar que si queremos contribuir a evitar la catástrofe colectiva, todos debemos resolvernos a reaccionar, es decir, a retornar a Cristo para vivir de su espíritu. Es hora ya de comprender que no

sólo "de pan y de circo" ha de vivir el hombre. Y nadie puede considerarse exceptuado de responder a este llamamiento supremo. Acaba de ser lanzado al universo por el Congreso Mundial del Apostolado de los seglares y autorizado por el Papa. El llamamiento se dirige a pueblos y gobiernos, a poderosos y desheredados, a hombres y mujeres, a sabios e ignorantes, a todos los que creen que hay algo por encima del mundo deleznable de la materia.

Ha sonado la hora en la cual todos, sacerdotes y seglares debemos convertirnos en apóstoles del espíritu, del verdadero espíritu de Cristo. Y no tengo por qué ocultar que a los sacerdotes nos corresponde iniciar la reacción con la palabra y con el ejemplo.

Hay dos cosas que el pueblo no tolera en el sacerdote; la militancia política y la avaricia o el apego excesivo a los bienes materiales. Y el pueblo está en su derecho porque ambas cosas nos están vedadas. Los sacerdotes no podemos, no debemos militar en partidos políticos. Partidos es una parte del pueblo y nosotros nos debemos por entero a todo el pueblo. Por lo demás, y nunca me cansaré de repetirlo, nuestra doctrina auténtica nos enseña y la historia nos demuestra que la política más benéfica para el pueblo y para la misma Iglesia, ha sido, es y será la de la prescindencia política de la Iglesia.

En cuanto al desapego de los bienes materiales, nos está expresamente ordenado por Jesucristo. Al enviar a sus Apóstoles les dice: "No os preocupéis de atesorar oro, ni plata, ni dinero... al operario evangélico no le faltará jamás el sustento y con eso le basta".

Por convicción y por experiencia puedo y debo afirmar que la pobreza evangélica es lo que da eficacia y libertad a la predicación de la verdad. Cuando se puede decir sin temor a ser desmentido: nada temo y nada espero del mundo; nada temo porque nada tengo que se me pueda quitar y nada espero porque nada quiero de lo que se me pueda dar, se halla uno en posesión de lo único que necesita el apostolado de la verdad ¡la libertad! El sacerdote puede entonces decir: me siento feliz y me considero independiente no teniendo nada, porque no teniendo en este mundo nada, lo tengo todo, porque lo tengo a Dios. El sacerdote que puede hablar así, se halla en condiciones de poder repetir esta frase de uno de los más eminentes de nuestros frailes patriotas: "Si la fuerza me hace callar, me doy por mudo; si me hace matar, me doy por muerto; pero no tendré que decir jamás: *vae mihi quia tacui*, ¡Ay de mí!, por haber callado".

Sin embargo, esta elevación espiritual que todos debemos procurar, no debe hacernos perder el sentido de la realidad. Puedo afirmar que no desconozco el medio en que me toca vivir y actuar. Veo, como todos, nubes oscuras en el horizonte de los cuatro vientos y las veo también bajo nuestro cielo. Nos debatimos en medio de una gran oscuridad y andamos a la deriva y como sin brújula. Pero si se me hace la pregunta contenida en el Libro de Isaías: *Custos quid de nocte?*, vigía, ¿qué nos pronosticas de la noche que nos envuelve?, daré con fe absoluta la misma respuesta consignada en aquella admirable profecía: "a través de la oscuridad de la noche que nos envuelve veo una claridad: ¡es la aurora! ¡el amanecer!"

Cuando después de las tinieblas que envolvieron las largas horas de la Pasión del Señor, cuando las pasiones humanas se creían triunfantes porque habían muerto al redentor que había venido a frenarlas, la victoria de la resurrección no vino de afuera del sepulcro, surgió de adentro, del fondo de su oscuridad. El Taumaturgo fué el mismo ajusticiado. El mismo a quien se creyó vencido es quien por su propia virtud se levantó victorioso. La derrota duró unos días, la victoria se prolongará por toda la eternidad.

El resucitado ya no padece ni muere. *Ubi est mors victoria tua?*, ¿qué es, oh muerte de tu victoria?

De estas reflexiones, debemos sacar estas consecuencias: a pesar de todas las circunstancias adversas, mantengamos siempre firme la fe. Cuanto más densa haya sido la oscuridad más viva brillará la luz. Y esa luz auroral no será encendida desde afuera. La virtud que ha de producirla es la que esté dentro de nosotros, si en nuestro espíritu reina Dios: *regnum Dei intra vos est*, el reino de Dios está dentro de nosotros.

Dios es verdad, es libertad, es amor. Y el amor es más fuerte que la muerte. Abundan pues las razones superiores para augurarnos desde el fondo del alma: ¡Felices Pascuas!

NECESIDAD URGENTE DE UNA CRUZADA ESPIRITUALISTA

Conferencia pronunciada por Monseñor Doctor Miguel de Andrea en la Iglesia de La Piedad de Buenos Aires, el lunes 16 de junio de 1952

CUANDO una epidemia se acentúa y se extiende, se hace indispensable proceder con urgencia a desinfectar los organismos atacados y a inmunizar a los que se hallan expuestos al contagio. Esta es la tesis explicativa del tema de esta conferencia que se ve honrada por esta asamblea que compromete mi esfuerzo y obliga mi gratitud.

Todos sabemos que merced a la concurrencia de diversos factores, se ha desarrollado en el mundo entero una epidemia singularmente contagiosa dada la predisposición de la naturaleza humana. Esta epidemia nos ha alcanzado. En todos los sectores sociales se multiplican sus brotes. La atmósfera que respiramos está ya saturada de su virulencia. El preservarse de ella nos va resultando cada vez más difícil. Habéis adivinado cual es la epidemia a que me refiero: la del materialismo de la vida. Las doctrinas que se divulgan, las prácticas que se observan, las procacidades que se exhiben, los proyectos que se incuban, los ejemplos que se ven y las costumbres que se aclimatan, comprueban con desconsoladora elocuencia lo alarmante de esta triste realidad. Y bien: si la epidemia se propaga, si se vuelve endémica, la catástrofe colectiva será inevitable. Y habrá que perder toda esperanza de reacción y aun de resistencia y la generación que nos suceda no se explicará la incomprensión o la indolencia de la nues-

tra. Es indispensable por lo tanto proceder con urgencia a desintoxicar los organismos contagiados y a inmunizar a los que hasta ahora se hayan preservado.

¿Cuál es el antídoto? El único hasta ahora conocido es el espiritualismo. Pero el espiritualismo auténtico, se entiende. Si alguien ha descubierto otro procedimiento, si alguna nueva filosofía lo ha inventado, tiene la obligación de divulgarlo bajo pena de incurrir en crimen de lesa humanidad. Ya estamos hastiados de sistemas negativos y resueltos a aplicar los constructivos.

¿Y cuál es el espiritualismo auténtico? El de Cristo: El Cristianismo. Es por lo tanto necesario reactualizarlo. Es imprescindible, es urgente recristianizar la sociedad. Son ya muchos los países que han retrogradado, desde el punto de vista moral, hasta convertirse en regiones de misión. Tal es la razón de la "necesidad urgente de una cruzada espiritualista". Hacer que lo espiritual predomine sobre lo material en el *individuo,* en la *familia* y en las *asociaciones.* La instancia no es originariamente mía. Proviene de lo más alto del cielo y de la cumbre más elevada de la tierra. Del cielo, por la mediación de la Madre de Dios; y de la tierra por la del Vicario de Jesucristo.

Pío XII acaba de formular un llamamiento patético al mundo incitándolo a retornar a Cristo, retorno que ha querido que sea encabezado por su propia Diócesis de Roma. Y al anuncirlo *urbi et orbi* ha dicho que la causa del presente malestar del mundo debe buscarse "en la tibieza religiosa de tantísimas almas, en el bajo tono de la vida pública y privada y en los esfuerzos sistemáticos para intoxicar a las almas sencillas con un veneno que se les ingiere después de haberles adormecido el sentido de la verdadera libertad".

Y esta admonición del Papa, la suprema autoridad moral de la tierra, es la reiteración auténtica del mensaje que, en sus dos últimas apariciones, la Madre de Dios ha venido a traernos desde el cielo con el fin de hacernos comprender que si el mundo se quiere salvar tiene que retornar a Dios.

Tengo el convencimiento de que a todos los presentes interesará por igual la síntesis del relato que he debido prometer a las comisiones de los Sindicatos de la F. A. C. E., promotoras de esta conferencia. Nos convencerá más que todas las disquisiciones de la transformación maravillosa e inmediata que opera en el individuo y en la familia la reviviscencia del espiritualismo cristiano.

El hecho que sintéticamente voy a referir aconteció en Roma el año 1947.

La Iglesia, extraordinariamente cautelosa en sus veredictos de orden sobrenatural, aún no ha pronunciado su fallo; y yo no debo ni puedo adelantarme a él. Pero para inspirar la fe humana concurren todas las razones exigidas por la más escrupulosa credibilidad. Vivos están los cuatro actores que testifican el hecho extraordinario. He conversado reiteradamente con ellos y he presenciado en el sitio del hecho la reconstrucción del mismo realizada por sus testigos presenciales. El protagonista es un hombre en la plenitud de su vida. Tenía entonces treinta y cinco años y tiene cuarenta en la actualidad. Nacido en el seno de una familia católica muy modesta, su niñez y su primera juventud transcurrió en la placidez que originan las creencias y las prácticas religiosas. Constituyó un hogar análogo al de su procedencia. Desde hace muchos años viene trabajando como obrero tranviario. Los ejemplos de muchos compañeros, los incentivos de las propias pasiones, el materialismo de la vida ambiente, fueron debilitando sus creencias e induciéndolo al abandono de sus prácticas. Cuando se es niño no hay interés en rechazarlas, pero en la juventud, cuando las pasiones despiertan y se desarrollan, sí. Desde que se inicia ese período peligroso de la vida, se adquiere con mucha facilidad el convencimiento de que los preceptos del Decálogo constituyen un cercenamiento de la libertad. La verdad es que no lo son de la libertad sino de la licencia, que no es lo mismo. Los faros que se encienden en los lugares peligrosos no están allí para coartar la libertad de los navegantes sino para defenderla apartándola de los escollos en los cuales naufraga. De indiferente pasó a ser incrédulo, de incrédulo a libertino y de libertino a sectario.

En esas condiciones trasladóse a España a tomar parte en la guerra civil. En Madrid trabó relación con un oficial alemán, miembro de una de las sectas protestantes más virulentas contra nuestro catolicismo y se afilió a la misma. Allí se envenenó su alma y se nutrió de un odio satánico contra la Santísima Virgen, principalmente en el dogma de su Inmaculada Concepción, contra la Iglesia Católica y en particular contra el Vicario de Cristo en la tierra, contra el Papa. Cuando se apostata del catolicismo para incorporarse a otra religión, la experiencia comprueba que no es para perfeccionarse adaptándose a las normas de alguna otra moral, sino simplemente para pervertirse. Antes de salir de Madrid para volver a Roma compró un puñal con el propósito de consumar un atentado sacrílego.

Había salido del hogar con la indiferncia del ateo y regresaba a él con la virulencia del sectario. Prohibió a su esposa y a sus hijos toda práctica religiosa, quitó de las paredes los cuadros de la Santísima Virgen y de los santos, despedazó un crucifijo y lo arrojó entre los desperdicios. Daba a sus compañeros y a cuantos querían escucharlo conferencias sectarias y blasfemas. Cada vuelta al hogar quedaba marcada por una tragedia: la de los insultos y los golpes a su pobre esposa. Aquella pequeña habitación de la cual se había desalojado a Dios, se había convertido en un gran infierno.

En la tarde del sábado 12 de septiembre de 1947 salió con sus tres hijos afuera de los muros de Roma hasta el lugar conocido con el nombre de las "tres fuentes" brotadas en los tres puntos tocados por la cabeza del Apóstol San Pablo en los tres saltos que dió al serle tronchada sobre un soporte de piedra por el hachazo del verdugo. El sitio es ahora un bosque con plantaciones de eucaliptos. En una de las prominencias de aquel terreno quebrado existe una gruta natural, frecuentada hasta entonces por gentes que se entregaban a todos los excesos. Bruno Cornacchiola, el tranviario, llevaba su Biblia protestante y los niños una pelota con la cual jugarían, mientras su padre preparaba la conferencia que debía pronunciar el día siguiente, domingo, contra la Santísima Virgen en el dogma de su Inmaculada Concepción.

A un llamado de los niños, advierte la desaparición del más pequeño de cinco a seis años de edad. Lo llama repetidas veces y lo busca temiendo que se hubiese extraviado entre las zarzas o despeñado por alguna cuesta del barranco. De pronto oye su voz infantil y siguiendo su eco, lo descubre en una actitud que al niño y a sus hermanitos les estaba prohibida; hallábase de rodillas a la entrada de la gruta con sus manecitas juntas y a sus ojos fijos hacia el interior de la misma y diciendo con intermitencias:

—¡Oh, hermosa señora!, ¡oh, hermosísima señora!

Desconcertado Bruno llama primero a su hija entretenida en hacer un ramo de flores silvestres.

—Observa —le dice—; oye a tu hermano; tú, ¿ves algo?

—No.

Pero en seguida cae también de rodillas y en la misma actitud comienza a repetir la misma invocación del hermanito. Llega el tercero y se reproduce igual escena. El hombre los llama, ninguno le contesta. Los toma de los brazos, del torso, quiere levantarlos; pesan más que una montaña —son sus palabras—, y continúan en su contemplación repitiendo

las mismas exclamaciones admirativas. Mira él ansiosamente hacia el interior de la gruta; no ve sino una densa oscuridad. Se restrega los ojos y queda ciego. No sabe si los fenómenos de que se siente víctima son debidos a alguna sugestión hipnótica o a una intervención demoníaca, y le sale del alma en que dormía su antigua fe este grito desesperado:

—¡Dios mío, sálvanos!

"De pronto, al contacto de una mano suavísima que se desliza sobre mis párpados —son sus palabras—, abro grandes los ojos y veo el interior de la gruta todo iluminado con una suave luz como de aurora y en medio de esa claridad de cielo, una mujer de una hermosura tan impresionante como jamás se ha visto en la tierra. Ignoro si caí de rodillas junto a mis hijos o si me mantuve de pie. Un manto de color verde oscuro caía desde su cabeza hasta sus pies, una túnica blanca como la nieve cubría su cuerpo y una faja de color de rosa le ceñía la cintura. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho oprimiendo un libro de tapas grises como las de mi Biblia. Extendió el brazo izquierdo hacia sus pies y señaló con la mano un crucifijo; ¡era el mismo que había despedazado y arrojado a la basura! Y después me habló: "Bruno, —me dijo— yo soy la Virgen de la revelación; tú me estás persiguiendo; ¡basta ya! ¡Los nueves primeros Viernes que hiciste en honor del Corazón de mi Divino Hijo, cuando eras bueno, te han salvado! Ahora escúchame y luego escribirás el siguiente mensaje, reservado exclusivamente para el Papa. De lo que acaba de acontecer informarás únicamente al sacerdote que te devuelva el saludo con estas palabras: Ave María, ¿hijo mío, qué andas buscando?"

Las palabras de la Señora, díjome Bruno, se me quedaron grabadas como en un disco. La aparición se prolongó por un espacio como de cuarenta minutos. Al volverse hacia el fondo de la gruta y, al comenzar a alejarse en dirección a Roma, uno de los niños intentó asirla del manto para detenerla. "Hijitos míos, esa mujer a quien habéis visto y admirado es la Virgen a quien tanto he perseguido, es la Madre de Jesucristo a quien todos juntos vayamos ahora a pedir perdón." Así lo hacen y vuelven a su casa. La madre de los niños, la esposa de aquel hombre, al percibir los pasos de su marido tiembla. Pero advierte algo raro en la fisonomía de los cuatro. ¿Qué les ha pasado? "Ya te lo referiré después, le dice Bruno, y te lo confirmarán tus hijos. Por ahora déjenme solo; tengo que escribir. Pero quiero anticiparte, esposa mía, este juramento: en adelante no llorarás. Perdóna-

me todo lo pasado y te aseguro que si en el resto de mi vida te hago llorar, no será de pena, sino de alegría".

Omito otros datos ilustrativos para terminar el relato con la siguiente escena: En uno de los días inmediatos a la festividad de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima, el Santo Padre quizo rezar el rosario con una delegación de trabajadores acompañados por un sacerdote. Al terminar el rezo el Pontífice Pío XII se vuelve hacia ellos para bendecirlos agregando estas palabras: "En medio de vosotros hay alguien que tiene que hacerme una revelación". Bruno, sacudido por una fuerte emoción al sentirse directamente aludido se levanta, avanza hasta el Papa; cae de rodillas a sus pies y le dice: "Santidad, ¡soy yo! Imploro perdón". "Hijo mío, el arrepentimiento que demuestras es ya el principio del perdón". "Sí, Santidad, pero yo imploro, además del perdón de Dios que espero haber obtenido, su perdón, su perdón personal. Yo había jurado asesinarlo." "Hijo mío, habrías hecho un mártir más para gloria de la Iglesia." "Sí, Santidad, pero ¡perdón, perdón!..." Y mientras continuaba implorándolo sacaba del bolsillo y ponía en las manos del Pontífice un paquete preparado por una religiosa cuyo contenido era: un libro, la Biblia protestante, una copia del mensaje y el puñal que con sacrílego designio había llevado, desde Madrid, y en el cual estaban grabadas estas palabras: "Muerte al Papa".

La vida de aquel convertido es, desde entonces, ejemplar y apostólica. Los Obispos están autorizados a invitarlo a dar conferencias. Las ha pronunciado ya en muchas Diócesis de Italia. Asistí a una de ellas en la cual hallábase también su esposa. Si las piedras tuvieran sentimiento se enternecerían al escucharlo, como los corazones de sus oyentes. Cuando los invita a volver a Jesucristo y les dice: "¿quién puede desconfiar de ser acogido con misericordia, al comprobar lo que por medio de su Madre Santísima ha hecho conmigo?", ese hombre está espiritualizado. ¡Qué diferencia entre la vida espiritualista de hoy y la materialista de ayer! Su hija, de quince años, tiene vocación religiosa. Él la fomenta. Suele decirle: "hija mía, que Dios te la conserve, que puedas llegar a ser una santa religiosa para ayudarme a difundir el bien y a reparar tanto mal como he hecho en mi vida anterior."

Cuando fuí a su modesta vivienda para saludarlos, me invadió una gran emoción al comprobar que aquella casa que hasta ayer había sido un infierno, está ahora transformada en un paraíso, paraíso de amor, paraíso de paz.

Tales son las maravillas que realiza el espíritu de Cristo. Transforma los individuos y transfigura las familias.

Con el propósito de preservar a la familia de uno de los atentados que amenazan su constitución cristiana, necesito anticipar una advertencia: circulan con insistencia rumores, que afloran, de poderosas corrientes, más o menos ocultas, orientadas hacia los legisladores con el propósito de inducirlos al establecimiento del divorcio.

Corresponde por lo tanto que cada cual en su esfera asuma su responsabilidad y ejercite su influencia, sin aguardar a los hechos consumados, después de los cuales sólo quedaría el triste consuelo de recriminarlos o de llorarlos, estérilmente, porque ni con la recriminación ni con el llanto podríamos redimirnos de la culpa de nuestra negligencia y de nuestra imprevisión imperdonable.

Vivimos en una República que nos legaron como herencia bendita los creadores de esta Patria cuyas familias han sido su fundamento más sólido y su mejor corona; y tenemos el deber sagrado de conjurar el peligro de la demolición de ese fundamento y del despojo de esa corona. Para que nuestra civilización cristiana, asentada sobre esas bases, pueda conservarse, deben ser respetadas, por una parte, la individualidad que actualiza la conciencia de la responsabilidad personal, y por otra, la centralización que implica el mantenimiento de una autoridad que vele por el bienestar común. Pero la individualidad lleva dentro de sí un germen de corrupción que propende hacia el individualismo y la centralización otro que tiende hacia el colectivismo. Y a su vez el individualismo fácilmente degenera en anarquía; y el colectivismo en dictadura. Dictadura es un exceso, una extralimitación; pero no siempre de la fuerza sino también de la ley. Y ¿cuál de los abusos es más funesto?: ¿el de la fuerza o el de la ley? La respuesta no resulta difícil, si se tiene en cuenta que el de la fuerza hiere a la persona y el de la ley a la comunidad. El de la fuerza es, por naturaleza, transitorio y el de la ley, inmanente; el de la fuerza atenta contra el cuerpo, el de la ley contra la conciencia. No sé si nos hallamos en vísperas de uno de los excesos de la ley. Si es así, con todo el respeto que exige de mí la condición ciudadana y la elevación cristiana, pero también con todo el derecho que me da el deber de defender las instituciones, con toda la fuerza que me comunica la verdad y con toda la valentía que me infunde la libertad, digo al poder de quien dimana la ley: ¡Detente!, la inviolabilidad del contrato matrimonial es natural y divina y en consecuencia está muy por encima de tu órbita y por lo tanto fuera de tu alcance. La familia es una institución anterior a ti. No eres tú quien ha creado la fami-

lia; es el conjunto de las familias quien te ha originado a ti. Tú, efecto, no puedes intentar destruir a la que es tu causa. ¡No seas, pues, parricida! ¡No prepares tu propio derrumbe minando tus cimientos! ¡No te suicides! ¡No apagues con tu hálito helado el fuego sagrado del hogar! ¡No rasgues el velo que lo defiende de las acechanzas profanas! ¡No te hagas reo de semejante sacrilegio! ¡No vuelvas contra la Patria el cetro que ella, dispensándote confianza, colocó en tus manos! "¡No separe el hombre lo que Dios ha unido!"

Y a los que por intereses inconfesables, se esfuerzan por inducir al poder a romper el vínculo de la familia, les diré: si con ello os proponéis inferir un agravio a la Iglesia, ¡sabed que al mismo tiempo empobrecéis la sangre y desfiguráis la fisonomía de la Patria! Y sin con ello, pretendéis molestar al clero, pensad que, sin destruir la célula madre de nuestra sociedad cristiana, tenéis tantas maneras de desahogar contra nosotros vuestros rencores infundados. ¡Cercenad nuestros derechos! ¡despojadnos de nuestros bienes si es que los tenemos! ¡Expulsadnos de la Patria que os dieron nuestros heroicos colegas! ¡Escupidnos la frente! ¡Quitadnos la vida! ¡Pero ¡ay! no seguéis las fuentes puras de la sangre renovadora de nuestra vida nacional y cristiana! ¡No dejéis vacías las cunas de la Patria! ¡No enlutéis a las que fueron fecundas, dejando en vergonzosa orfandad a la niñez inocente! ¡No arranquéis de la frente de la Patria su más prestigiosa diadema que la viene distinguiendo entre las naciones del mundo; la que constituye su orgullo y su fuerza, su dignidad y su riqueza; la de sus familias cristianas y patriotas, puras y fuertes, numerosas y sanas, tradicionales y virtuosas!

Unámonos todos suprimiendo diferencias accidentales para demostrar que más que de programas políticos y de sistemas económicos, más que de reformas revolucionarias y de doctrinas exóticas tenemos necesidad de que se respeten nuestras familias. Tenemos necesidad urgente de que ellas vivan en paz y continúen proporcionando a nuestra Patria millones sucesivos de manos suaves y limpias que suavicen y esclarezcan las sendas del bien y de la virtud que deben recorrer las nuevas generaciones destinadas a perpetuarla en su integridad; de manos cultas y libres que manejando la pluma divulguen las nuevas conquistas de la ciencia; de manos sanas y vigorosas que empuñando el arado cubran de mieses doradas nuestros campos y blandiendo la espada custodien el orden, defiendan las fronteras y velen por la integridad y el honor de la Nación.

Si el materialismo de la vida está ya inficionando tanto el ambiente en las familias cristianamente constituidas, ¿qué acontecería desde el momento en que quedara legalizada su disolución?

La grandeza y la prosperidad de la Patria reclaman no la ruptura de los vínculos de la sangre, que acelera la dispersión de los miembros de la familia, sino la consolidación progresiva de los mismos para que se mantengan unidos; no la disociación de los sentimientos y las creencias que distancia los espíritus sino la identificación de los mismos para fortificar la adhesión entre las almas; no la abolición o el cercenamiento de la propiedad familiar sino, por el contrario, la multiplicación indefinida de la misma, sobre todo entre las familias del pueblo.

Porque de lo contrario, rotos los vínculos que unen a los individuos a la misma familia, rotos los de las creencias que los polarizan en la misma fe, rotos los de la propiedad que los adhieren a la misma tierra, la población sería un hacinamiento de seres desvinculados entre sí como los granos de arena de los médanos o el polvo fino de los desiertos, expuestos constantemente a ser levantados por los vientos tempestuosos, para amalgamarse entre sí, tan sólo cuando deben caer amasados en el mismo fango o coagulados en la misma sangre.

La Patria no es, no ha sido ni será nunca un hacinamiento de individuos, sino una conjunción armónica de familias.

Para posibilitar el advenimiento de un nuevo orden pacífico en el mundo no basta que el espíritu cristiano informe a los individuos y a las familias; debe también vivificar a las asociaciones que son las partes integrantes de la entera sociedad humana.

En una de sus inmortales Encíclicas, cuyas palabras iniciales son *Inmortale Dei,* anunciaba al mundo esta verdad aquel Pontífice genial que se llamó León XIII; "Las asociaciones no pueden, dice, sin grave pecado comportarse como si Dios no existiera, ni volver la espalda a la religión como si les fuera extraña, ni mirarla con desdén como si les resultara inútil o embarazosa".

Sirvan estas augustas palabras de anticipada respuesta dada hace más de medio siglo a quienes hoy pretenden negar a la Iglesia el derecho de vivificar con el espíritu auténticamente cristiano las asociaciones sindicales de cuya actuación inevitablemente dependerá la suerte del mundo nuevo que se avecina, para reemplazar al anticuado que ya se aleja. Y a

cuantos trabajamos con el elevado propósito de lograrlo, sírvanos de estímulo las que nos dirigió el Pontífice Pío XII, gloriosamente reinante, al clausurar a fines del último año, el Congreso Mundial del Apostolado de los Seglares, ante los representantes de setenta y cuatro países. Nos dijo en su magistral discurso: "Os felicitamos por vuestra valiente oposición a esa tendencia nefasta que reina, aun entre algunos católicos, que quisieran confinar a la Iglesia dentro del círculo de los problemas puramente religiosos, recluyéndola en el recinto del Santuario y de la sacristía y dejando que la humanidad se debata afuera con sus necesidades y sus problemas. Esto, desgraciadamente, es ya una dolorosa realidad en algunos países, en los cuales se la obliga a permanecer así. Pero aun en este triste caso, "aun aprisionada dentro de los muros de sus templos", continúa diciendo el Papa, "debe la Iglesia esforzarse para hacer cuanto le sea posible, porque ella no se recluye ni se retrae ni espontánea ni voluntariamente".

Esta es la norma que en virtud de su magisterio supremo nos traza a los que nos toca actuar en este período de la historia, y nosotros le reiteramos el inquebrantable propósito de seguirla con tanto más empeño cuanto que al hacerlo cooperamos leal y desinteresadamente en la conquista de la pacificación social y de la consolidación y verdadera grandeza de la Patria. Los que disienten, si verdaderamente buscan antes que sus propios intereses, los de la Patria, en lugar de discutirnos el derecho de intervenir en todo lo que contribuya a su mejor destino, deberían culparnos de no haber cumplido bastantemente en el pasado con ese sagrado y patriótico deber.

En cuanto a nosotros —lo recuerdo en el deseo de salvar nuestra responsabilidad ante la historia— iniciamos hace más de cuarenta años el cumplimiento de ese deber organizando con catorce gremios obreros la Confederación Profesional Argentina y más tarde, hace veinte años, la Federación de Sindicatos de Empleados. Dábamos así los primeros pasos hacia la coordinación de los derechos del trabajo con los del capital y hacia la armonización de las clases sobre la cual pueden y deben establecerse la tranquilidad y la prosperidad de la Nación. Les hablábamos de deberes tanto o más que de derechos y comenzaban a sentirse fuertes. Comprendían por experiencia que en definitiva resultan más fuertes que los dotados de derechos, los armados de deberes. Aquéllos suelen cejar ante la seducción o la amenaza, porque todos pueden

ceder de su derecho, pero éstos no, porque nadie debe renunciar a su deber.

Tales eran los frutos tempranos de aquellas organizaciones incipientes, a las cuales creyóse conveniente cubrirlas de polvo como a nosotros mismos. ¡Cuán acibarada resulta la amargura del cáliz cuando se lo propinan a uno, las manos de aquellos mismos a quienes se procura salvar! No evoco este recuerdo con la intención de hacerlo servir como desahogo inofensivo, sino para dar autoridad a la palabra que sólo es eficiente cuando se la emite precedida por el ejemplo.

No querría que se tomara esta triste evocación como la única venganza que nos es permitida para cuando se nos desaloja de algunas posiciones: la de sacudir el polvo. Sería por lo demás una venganza innecesaria porque ya han comenzado a sacudirlo los acontecimientos que se están sucediendo en el mundo.

No obstante lo pasado, subsiste y se acentúa el convencimiento de que la única esperanza de una nueva y mejor constitución del mundo, está en las organizaciones profesionales, es decir las que resultan del avenimiento entre los sindicatos del trabajo y los del capital. La inteligencia mutua de los unos y de los otros representados por sus respectivas delegaciones es lo único que dará la solución a los problemas económicos. Y mientras estas organizaciones no existan, no habrá derecho a imputar toda la responsabilidad de la deficiente solución de los conflictos a la intromisión excesiva del Estado.

Cuando las organizaciones existan, la fórmula reguladora de la actividad estatal deberá ser la que ya es un axioma en la sociología católica: "dejar hacer lo que la iniciativa privada es capaz de hacer, ayudar a hacer lo que por sí misma no alcanza a hacer, y hacer lo que no puede o no debe hacer, como acontece con cierto género de servicios públicos".

Forman un coro universal las voces que de todas partes se levantan denunciando la existencia de una verdadera crisis social. Esta es ya innegable. Pero no se piensa suficientemente en que la crisis social es consecuencia de la económica y la económica, de la moral, y la moral, de la religiosa. ¿Y quién duda que el mundo de hoy adolece de una crisis religiosa?

Hace mucho tiempo que se ha venido difundiendo la tesis de que el mundo podía y debía organizarse y progresar sin Dios. Así lo proclamó el liberalismo de los siglos XVII y XVIII. Consecuencia lógica y necesaria del liberalismo fué el individualismo que engendró la explotación de los trabaja-

dores indefensos en beneficio exclusivo de cierto número de individuos insaciables, como lo denunció León XIII.

Aquellos excesos provocaron una reacción formidable: la del colectivismo. En adelante, según éste, ya no habría ni explotadores ni explotados. El Estado sería el único productor, obligaría a trabajar a todos los individuos y distribuiría entre los mismos los beneficios del trabajo. Las injusticias de esa distribución engendran y vigorizan al comunismo. Y éste a su vez afirma que deben ser eliminadas todas las causas de las injusticias y para ello debe establecerse en el mundo la dictadura del proletariado. La libertad, según él, ha creado la injusticia; luego la justicia debe suprimir la libertad.

No nos espantemos de esta conclusión a la cual se llega por un proceso lógico cuando lo que mueve la economía del mundo es el materialismo ateo. ¿Se puede esperar una demostración más evidente de la necesidad imprescindible de que las asociaciones patronales, lo mismo que las obreras, la de los empleadores lo mismo que las de los empleados, tengan un espíritu que les infunda el convencimiento de la necesidad imperiosa de la justicia y de la caridad, únicas virtudes capaces de hacer conocer y respetar los mutuos derechos entre las asociaciones de una misma colectividad?

La doctrina y la experiencia han creado en mí esta convicción definitiva: El nuevo orden en el mundo, si se aspira al establecimiento de la paz social, deberá establecerse sobre la organización profesional. Esta resultará de la armonía, para valerme de una expresión gráfica, entre la sindicación horizontal y la sindicación vertical. Horizontal de los trabajadores, vertical de los patrones. Las representaciones de ambos, deben converger en un cruce, que ha de ser como el centro regulador de las actividades de ambos, a la manera de un corazón del que fluye la vida que anima a todo el organismo. El Estado tendrá la tutoría subsidiaria para los casos en que unos u otros se obstinen en imposibilitar la mutua comprensión. Y la Iglesia informará desde la altura de su magisterio espiritual, la moral de los unos y de los otros para inducirlos al respeto de los mutuos derechos y a la observancia de la justicia social.

Saquemos esta conclusión: la paz no se creará en el mundo ni bajo el reinado del martillo y la hoz, ni bajo el de la espada, ni bajo el de la cruz svástica de las puntas quebradas. Se creará solamente bajo el reinado de la cruz auténtica con sus brazos tendidos a la derecha y a la izquierda, atravesados por la vertical que los cruza de abajo arriba alcanzando así a todos para juntarlos en su centro que es el corazón, el Co-

razón de Cristo, redentor y pacificador de la humanidad. *Ave crux spes única,* ¡Salve oh Cruz, nuestra única esperanza!

Con este propósito volví a poner la mano en el arado y procedí a la fundación de la F.A.C.E. el año 1922. Era necesario seguir el consejo evangélico; no hay para qué perder el tiempo volviendo la mirada hacia atrás; hay que mirar siempre hacia adelante. Urgía defender de tantas acechanzas a ese mundo de mujeres jóvenes a quienes la tiranía económica obliga a alejarse diariamente de sus hogares para sostenerlos en la dignidad y en el honor. Y esta urgencia nos apremiaba no sólo para iniciar las organizaciones sindicales sino para promover la elevación material y moral de las asociadas.

En los tiempos harto difíciles, sobrevenidos después de la guerra del catorce, cuando imperaba la tiranía de los gestores de los sindicatos revolucionarios que no eran trabajadores auténticos sino agitadores profesionales lanzados al mundo por el sovietismo, iniciamos la obra de defensa, de protección y de cultura de las mujeres que trabajan. Comenzamos con dieciocho. El buen Dios que prometió un rendimiento del ciento por uno a la simiente que cayese en buen terreno, ha sido tan pródigo que la premió con más del mil. Son en la actualidad veintiséis mil socias activas agrupadas en veinticuatro sindicatos autónomos y libres. Son características de los mismos *la confesionalidad, la multiplicidad, la justicia, la caridad y la libertad. La confesionalidad*: porque si no tiene una ideología, si no están animados por un espíritu serían organismos sin motor y sin brújula, serían masas inanimadas y amorfas, expuestas a ser impulsadas por las exigencias de las circunstancias y el apasionamiento de los hombres; y si la tienen deben confesarla para que los adherentes actúen con pleno conocimiento de causa y para que el Estado conozca los propósitos públicos y secretos de las organizaciones que actúan dentro de la Nación, cuyos destinos deben custodiar.

La multiplicidad en su doble significado: primero, de que las asociaciones puedan ser múltiples a fin de que los integrantes, trátese de trabajadores o de patrones, puedan optar por adherirse al sindicato que responda mejor a sus intereses y sus convicciones sin estar sometimos a la tiranía del unicato. Y segundo: que puedan también ser múltiples los medios para alcanzar las finalidades de la elevación moral y del mejoramiento material de sus adherentes sin quedar limitados al único objetivo de la lucha de clase y la guerra al capital.

La *justicia.* Pero una justicia que responda a la significación del vocablo que es: dar a cada uno lo que le corresponde en derecho; *jus;* aun cuando a veces la exigencia del derecho no favorezca los intereses propios, sino los del prójimo; de lo cual fluye por la fuerza de la lógica, la necesidad de la *caridad* que induce a reconocer, aun en contra del propio, el interés del prójimo, a quien debe amarse como se ama cada cual a sí mismo. De esta máxima evangélica desprendemos este axioma: "Ni caridad sin justicia, ni justicia sin caridad". ¡Cuánta ventaja lleva para la convivencia social lo que se hace por amor, sobre lo que se cumple por temor, lo que se realiza por convicción, sobre lo que se ejecuta por fuerza!

Por último, la *libertad.* Libertad de las asociaciones y libertad de los asociados. Las asociaciones deben ser autónomas; no pueden ni deben soportar otro sometimiento fuera del exigido por sus organismos profesionales. Los adherentes a su vez, como personas individuales, deben conservar incólume su libertad. Pongo como ejemplo lo que acontece en nuestra Federación. Dijimos que es *confesional,* porque no tiene ningún interés en ocultar su ideología que es la del catolicismo social de la cual justamente se gloria. Pero no impone a sus adherentes ni las creencias ni las prácticas religiosas. Estas sobrevienen como consecuencia espontánea del desinterés en la profusión de los beneficios materiales y morales que la institución les prodiga. Por lo demás en las filas de nuestra pacífica militancia económico social no queremos hipócritas sino convencidas. La denominación de: Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas manifiesta la doctrina que regula y el espíritu que informa a la institución. Pero ella no es para Empleadas Católicas exclusivamente; de ahí la denominación de Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas en general, sin limitación, sin exclusividades de clase, ni de nacionalidad, ni de raza, ni de política, ni de religión; no requiriéndose para pertenecer a las mismas sino el respeto de los cuatro principios que consideramos indispensables y básicos para nuestra civilización cristiana: Dios, Patria, Familia y Propiedad. Creemos sinceramente que el mayor homenaje que podemos rendir a la mujer que trabaja y el único que ella aprecia por encima de todos es el del respeto de su libertad. Por eso en cada una de sus casas diseminadas por el territorio de la República, se sienten satisfechas bajo esta única divisa: "Libertad dentro del orden y alegría dentro de la moral".

Los requisitos que acabo de señalar como esenciales de los verdaderos sindicatos no son antojadizos, ni menos sugeridos

por exigencias circunstanciales. Ya fueron proclamados por nosotros mismos durante el Primer Congreso de los Católicos Sociales de la América Latina, realizado en esta capital desde el 26 de mayo al 1º de junio de 1919.

Pero la fraternidad que reina entre las decenas de millares de este sector social, continúa soportando todavía una nostalgia. Hay en ese dilatado vergel una laguna y bajo su cielo una nube. Suman muchos centenares las compañeras que se hallan solitarias, que no cuentan, para sostenerse en su trabajo, con el estímulo que proporciona el poder contribuir con sus modestos aportes al sostén de sus familias. ¡Las han perdido! ¡Han quedado solas en el mundo! Expuestas a todos los peligros morales y físicos se debaten defendiendo por sí mismas su subsistencia y su honra. Este vacío que viene lamentándose en nuestra populosa capital, constituye una afrenta para la misma.

El Hogar de la Empleada sin Familia será el anhelado complemento de nuestra obra. Se halla como es sabido, en construcción en la calle Cangallo entre las de Talcahuano y Libertad. La obra continúa librada a los esfuerzos conocidos sólo por Dios, de la iniciativa privada. He dado ya más de un grito pidiendo socorro y he tendido reiteradamente la mano pidiendo ayuda por caridad. El primer año la generosidad pública, en muchos casos anónima, respondió con ofrendas que alcanzaron la suma de un millón seiscientos mil pesos nacionales y el segundo la de un millón trescientos mil. En la tarea de allegar recursos han cooperado con un esfuerzo ejemplar, por lo continuado y heroico, las Comisiones de nuestros Sindicatos cuyas asociadas, sin desatender sus tareas habituales, sustraen el tiempo que necesitan para las colectas a la diversión, al reposo, al sueño y muchas veces hasta a la alimentación. Realizan maravillas impulsadas por los sentimientos de una fraternidad verdaderamente conmovedora. ¡Honor a ellas! Con el resultado de esos esfuerzos la suma ascendió a tres millones ciento cincuenta mil pesos. Pero llevamos invertidos en la magna obra cuatro millones cuatrocientos mil. Habrían bastado sin duda para la terminación completa, si las circunstancias adversas, de todos conocidas, no hubiesen cuadruplicado los presupuestos.

Pero la ininterrumpida demanda de vivienda nos apremia, y con ella el propósito de contribuir a la solución de este pavoroso problema del momento. El coronamiento de la obra nos urge, pues. Y un nuevo pedido de auxilio se impone. El que ahora reitero iniciando los actos preparatorios del Día de la Empleada, para terminar el grandioso Hogar que

ha de albergar bajo su techo a cuatrocientas empleadas solitarias, va dirigido a todos en general sin distinción de ninguna clase, porque es como lo dije desde el principio "obra de confraternidad cristiana y de conciliación humana" recientemente prestigiada por el Soberano Pontífice quien en su augusto comunicado del último diciembre, al manifestarnos la satisfacción que le causa "la ampliación de la benemérita obra de la F.A.C.E. que va a contar próximamente con el Hogar de la Empleada sin Familia", alienta a todos los que contribuyen a tales fines diciéndoles que hacen una obra excelente y generosa y les imparte su Bendición Apostólica.

Si esta nueva súplica mía denuncia un acento conmovido, no es causado por el temor a la humillación que deberé soportar si por falta de recursos nos viéramos precisados a paralizar la obra. No sería la primera ni la más afligente entre otras que con la gracia de Dios he podido superar; sino por las lágrimas que las ilusiones perdidas harían derramar a las más desheredadas e indefensas entre las mujeres que trabajan. ¡Pido a Dios, por intercesión de Santa Teresita nuestra constante y eficaz Protectora, que pronto las más necesitadas de ser protegidas dejen de ser estrellas errantes bajo nuestro cielo tan acogedor para cuantos llegan buscando su refugio; y lleguen a formar una constelación de claridad apacible a fin de que compatriotas y extranjeros puedan pronto admirar y aplaudir a la orfandad refugiada, la virtud protegida y la tranquilidad reconquistada para honor y gloria de nuestra Patria!

BONDAD Y FORTALEZA

Alocución pronunciada en la Iglesia de San Miguel Arcángel el día 3 de septiembre de 1952, con motivo de la bendición del altar dedicado a su Santidad Pío X.

"SPERA IN DOMINO ET FAC BONITATEM" Ps. 36-3.
Espera en Dios y practica la bondad.

La característica de la personalidad augusta del Pontífice Pío X puede enunciarse así: la conjunción armónica de una bondad sin límites, unida con una fortaleza sin debilidades. Bondad sin límites en el trato con las personas y fortaleza sin debilidades en la salvaguardia de los principios.

Si a estas dos virtudes se las mira superficialmente, podría pensarse que se excluyen; pero observadas en su esencia se descubre que se complementan. La bondad es la permanente irradiación del bien y por eso reacciona instintivamente contra todos los avances del mal. Cuando advierte que el mal amenaza a las personas o a las instituciones, reacciona para anularlo o para contenerlo. La fortaleza es la custodia permanente de la bondad. Estas dos virtudes son hermanas gemelas que crecen y se robustecen juntas.

El mundo de hoy se halla inquieto y dolorido. Está soportando privaciones, molestias y sobresaltos. Diré una gran verdad al afirmar que todas esas angustias son consecuencias de una de las crisis más funestas de su historia: la crisis de la bondad. Puede asegurarse que todas desaparecerían, con el advenimiento de la bondad.

Inspirándome en uno de los grandes pensamientos de Lacordaire, puedo decir: si no fuera idolatría adorar el polvo

de lo humano, adoraría el polvo del corazón, antes que el del cerebro. En efecto, la carestía que hoy aflige al mundo, no es tanto de inteligencia, cuanto de bondad.

Los hombres no quieren todavía convencerse que lo único capaz de asegurar la armonía familiar, la convivencia social y la paz internacional es la bondad. Los hombres creen más en la eficacia de la inteligencia, de la riqueza, de la política, de la astucia, de la ambición y de la fuerza. Ojalá el fracaso sucesivo de todos estos medios puramente humanos, los lleve al convencimiento de que el único infalible, es el de la bondad. La paz que puede establecerse en la tierra, ha sido prometida desde el cielo a los hombres de buena voluntad. Todos los otros medios emanados de las pasiones humanas, causan distanciamiento y reacción; sólo la bondad provoca aproximación y correspondencia. Las máximas del mundo son diametralmente opuestas a las de Dios. El mundo cree que las conquistas terrenales son de los belicosos. El Hombre Dios afirma todo lo contrario: "Bienaventurados los pacíficos porque ellos conquistarán la tierra". La maldad y la violencia alejan y sublevan; la bondad y la mansedumbre atraen y subyugan.

Pero aun suponiendo que con la bondad no se contribuyese ni a la paz internacional ni a la convivencia social ni a la armonía doméstica, es igualmente seguro que nadie tendrá que recriminarse jamás de haberse excedido en bondad y que nadie dejará de arrepentirse, más tarde o más temprano, de haber incurrido en maldad.

La bondad es siempre divinamente fecunda. Pasará tiempo; pasarán años quizás; nuestro acto de bondad se habrá borrado de nuestra memoria; pero siempre llega el día en que alguien se nos acerca y nos dice: hace mucho tiempo, en circunstancias adversas y dolorosas, usted fué bueno conmigo y ese gesto me reconcilió con la vida. Este encuentro en medio del olvido y de la ingratitud habitual, nos reconforta el corazón y nos perfuma el alma.

¿Qué será el día en que a los que hayan pasado por el mundo sembrando bondades, les salga al encuentro la Bondad infinita, Dios, que las recompensa una por una, sin límites y sin fin?

He considerado oportunas estas consideraciones preliminares para apreciar mejor los designios de la Providencia Divina al reservar para nuestro tiempo la beatificación de un Pontífice que es la encarnación perfecta de la bondad que se difunde sin reservas y de la fortaleza que la defiende sin cobardías.

De la bondad inmanente de Pío X floreció otra de sus grandes virtudes: la esperanza. Era lógico; la maldad desconfía y teme; la bondad confía y espera.

Si en todas las épocas es una virtud necesaria para la humanidad, en la nuestra se ha vuelto imprescindible. En las circunstancias en que el mundo de hoy se debate, la desesperanza nos precipitaría en el abismo de la desmoralización y en el caos de la desesperación.

En una época difícil y peligrosa, en la cual Pío X debió superarse, pronunció estas palabras: "¡Oh esperanza, sostén inconmovible en todas mis vacilaciones! ¡Oh esperanza, compañera inseparable y única en toda mi existencia, fuerza misteriosa que me hace triunfar de mi impotencia! Tanto podemos cuanto esperamos... ¡Oh esperanza que realizas el milagro permanente de unirme a mí con Dios y a Dios conmigo! ¡Por incapaz que yo sea, me reanimo y consuelo al sentirme en tu compañía, virtud divina de la esperanza!"

Pláceme repetir aquí el concepto que tuve ocasión de emitir hace muy poco tiempo: más tarde o más temprano llega el momento en que la experiencia confirma esta verdad: aunque se tenga todo lo del mundo, si no se tiene a Dios, no se tiene nada; y si se tiene a Dios, aun cuando no se tenga nada, se tiene todo.

La bondad inalterable que popularizó tan ampliamente a Pío X en la vida, lo agigantó y transfiguró en la muerte. Murió de bondad. Presintió la inminencia de la guerra e hizo lo indecible por evitarla. Sabía que los pueblos no la querían porque aun saliendo victoriosos, no ganarían más que destrucciones y miserias. Pero sabía también que los hombres en cuyas manos estaban sus destinos, se hallaban ofuscados. Las pasiones los perturbaban. Sus exhortaciones eran incomprendidas o mal interpretadas. Cuán cierto es que la paz y la felicidad no la establecen los más sabios, los más ricos, los más poderosos, sino los más buenos. La última preocupación obsesionante de Pío X fué la primera guerra mundial. El año 1911, a tres años de distancia, desahogándose con uno de sus íntimos le dijo: "veo venir una guerra muy grande", y poco después a su Secretario de Estado: "la guerra monstruosa se avecina; ya está a las puertas; no pasará el 1914".

Cuando el 28 de junio de ese año le llegó de Viena el telegrama de su Nuncio informándolo del asesinato perpetrado en Sarajevo, dijo a su secretario: "¡He aquí, Eminencia, la chispa que causará el incendio!" Y estalló la guerra. Y el Pontífice bondadoso y pacífico que tanto había hecho por evi-

tarla, no pudo sobrevivir. La bondad rompió su debilitado corazón y cayó la más grande de sus víctimas. A su caída el mundo entero se estremeció.

Era la alborada del día 20 de agosto. Sus ojos "color de cielo" pasearon una mirada en rededor. ¿Qué vieron? Tal vez veía más con la mirada de su espíritu. Su médico de cabecera lo adivinó y tratando de reanimarlo le dijo: "Ánimo, Padre Santo, no se deje abatir. Su salud es preciosa y necesaria para la Iglesia, y para el mundo y en particular para nosotros, los italianos". El Papa replicó: "Son millones y millones los que pelean y mueren; yo debería haberlo evitado y no he podido. Me queda ese inmenso dolor". ¡Y ese dolor rompió su tan bondadoso y debilitado corazón!

Llega el día 3 de junio de 1951, centésimo décimosexto aniversario del bautismo de Pío X. Pío XII, el actual Vicario de Jesucristo, tan grande y tan glorioso, va a hablar "urbi et orbi" a Roma y al mundo. Al interior de la inmensa Basílica de San Pedro van afluyendo oleadas de pueblo que desbordan luego sobre la plaza.

En medio de la magnificencia de la liturgia, domina la voz celeste y a la vez terrena que decreta los primeros honores del Altar al humilde, bondadoso y magnánimo siervo de Dios, Pío X. De improviso se encienden millares de lámparas y los ávidos ojos se dirigen hacia el altar de la Cátedra. La imagen pacífica y pacificadora de Pío X aparece entre nubes de oro deslumbrante, desde la "gloria del Bernini". Un grito formidable brota de las decenas de millares de los pechos entusiasmados de muchos de los que en vida lo vieron, conocieron y amaron; es grito de aclamación y de plegaria: ¡Beato Pío X ruega por nosotros!

Las campanas de la monumental Basílica Vaticana con sus lenguas de bronce anuncian la "buena nuevas" y las de todas las Iglesias de la capital del mundo de las almas la divulgan por todos los ámbitos de la Ciudad Eterna, que eterniza la gloria de uno de los más grandes Pontífices de la Iglesia.

El 21 de noviembre de 1951, día de Nuestra Señora de los Remedios, Patrona de la Capilla en cuyo reemplazo se levanta este Templo Parroquial, hallábame en Roma y obedeciendo a no sé qué impulso decidí solicitar de la Santa Sede el privilegio de anticipar en nuestra querida Parroquia el culto público que de acuerdo con la liturgia sólo puede tributarse a los Santos después de su Canonización. ¿Fué otra de

las gracias que Pío X está esparciendo por el mundo? Lo ignoro. Él lo sabe. Pero a la hora de haber iniciado la gestión, la solicitud fué despachada favorablemente por la Sagrada Congregación de los Ritos. Tal vez el bondadoso Pontífice quiso recompensarnos el hecho de haberlo representado como Papa de la Eucaristía, germen y sustento de la bondad, en la figura central del cuadro pintado hace más de un cuarto de siglo, en la bóveda del ábside de nuestro Altar Mayor. ¡Bendito sea!

En el modesto altar que ahora bendeciremos, erigido frente al de Nuestra Señora de Fátima, confiados en las ofrendas de los fieles, el artista que ha ejecutado el cuadro, ha interpretado admirablemente nuestro anhelo. Pío X se halla de cuerpo entero en su blanco traje habitual posando los pies sobre el mundo envuelto en nubes oscuras y amenazantes, como se encuentra hoy. Su rostro está sereno y apacible, suave y confiada la mirada de sus ojos de cielo, levantando la mano derecha en actitud de bendecir y extendiendo la izquierda en ademán de aconsejarnos calma y de infundirnos confianza.

La oscuridad de abajo se disipa a medida que se sube, hasta transformarse en claridad, porque del cielo baja la luz y bajan los ángeles con la leyenda de su Pontificado: *Instaurare omnia in Christo;* renovarlo todo en Cristo.

La esperanza es la flor que perfuma la existencia, pero la raíz de la planta que la produce es la bondad. En medio de todos los males y sumidos en tinieblas, yo os digo: pongámonos bajo la protección de Pío X; resolvamos triunfar del mal ahogándolo en el bien; seamos siempre buenos y esperemos. Tengamos confianza; no quedará fallida nuestra esperanza. ¡Practiquemos la bondad y confiados, esperemos en Dios!

LA RESPONSABILIDAD DEL EMPLEO DE LA VIDA

Alocución pronunciada en la Iglesia de San Miguel Arcángel, el día 1º de enero de 1953

A medida que avanzamos en el tiempo, los años pasan con mayor celeridad. Ayer se nos ha terminado uno; hoy comenzamos otro nuevo. Al iniciar el año fenecido, nos saludamos con augurios de felicidad. Tal vez para algunos se hayan cumplido. Pero para los más, ¡cuántas desilusiones, cuántos desencantos! Y, ojalá no haya motivos para agregar: ¡y cuántos remordimientos!

A fin de que no acontezca lo mismo al término del que hoy comenzamos, convendría formarnos una noción más exacta acerca de cómo debe emplearse la vida. No interesa tanto saberla definir, cuanto saberla utilizar. La vida por larga que sea, siempre nos parece corta. Pasa con suma celeridad y desaparece, como el agua del río, como la nube del cielo, como la estela de la nave. Y en su celeridad es más fecunda en desencanto que en felicidad, para los individuos y para las colectividades. ¿No será porque nos equivocamos en la finalidad que nos proponemos en el empleo de la vida? Hagamos un rápido examen. Preguntemos a los jornaleros, a los profesionales, para qué trabajan. Contestarán: "para ganarnos la vida". A los egoístas para qué acumulan recursos: "para descansar en la postrera etapa de la vida". A los amorales, para qué utilizan todos los medios de obtener dinero: "para gozar de la vida". A los sabios, a los investigadores para qué inten-

sifican sus estudios y multiplican sus vigilias: "para prolongar la vida". A los estadistas, a los gobernantes, para qué organizan conferencias periódicas y consejos permanentes: "para que los pueblos logren vivir en paz su vida".

Tales son en general, las finalidades que se proponen los hombres en el empleo que hacen de sus vidas. Algunas de ellas son razonables, pero todas ellas intrascendentes para el logro de la paz verdadera que es la base insustituíble de la felicidad.

Y lo más lamentable es la comprobación de que constituyen una alarmante minoría aquellos que al ser interrogados respecto a por qué se esfuerzan, trabajan y sufren, pueden contestar con verdad: "para rectificar, espiritualizar, moralizar y santificar la propia vida y la vida de los demás". Y lo peor es que a éstos, se los tiene en menos, se los molesta, se los calumnia, se los obstaculiza, no sólo en los países donde se ha declarado la guerra religiosa y la persecución cruenta contra el clero y el laicado católicos, reactualizando la época de los mártires; sino también en algunos de los que hacen profesión de fe.

Esa exclusión de lo espiritual en el empleo de la vida, nos está dando una civilización más erudita, más industrial, más confortable, más deportista y como consecuencia, una civilización más materialista.

Quiero llamar la atención sobre la trascendencia de este hecho. Los pensadores que ahondan en los problemas para descubrir sus causas, afirman que la lucha gigantesca a que se hallan abocados los dos grandes sectores en que se divide hoy la humanidad, la está provocando el materialismo, empeñado en suplantar al espiritualismo. El materialismo está representado por el comunismo ateo, y el espiritualismo por el cristianismo auténtico. Esta tesis es el planteo real de la actualidad histórica. Y a mi modo de ver lo que debe preocupar a cuantos sinceramente anhelamos la victoria del espiritualismo, es el de no excluirlo del empleo que hacemos de la vida. Si lo excluimos nos hacemos cómplices de la derrota del espiritualismo y de hecho nos sumamos a los que forman la quinta columna del comunismo ateo dentro de la civilización cristiana.

No faltan quienes esperan lograr la victoria del espiritualismo, asegurando el predominio en la celeridad y el poder destructivo de las armas. Esto equivale a afirmar que para vencer al materialismo, hay que apelar al materialismo. ¡Qué aberración! El poderío de las armas, de las bombas

atómicas y de las de hidrógeno pueden asesinar a millones de comunistas, pero no pueden exterminar al comunismo. ¡Las ideas no se matan! Y en este caso más bien se vigorizan. Porque la fuerza, al sembrar la destrucción multiplica la miseria y la miseria es la incubadora más fecunda del comunismo.

No desconozco la legitimidad y aun la obligatoriedad de la previsión para la defensa contra la invasión armada. Pero mucho me preocupa que para oponerse a la penetración del comunismo, que es la forma adecuada del materialismo, se descuide lo único que con absoluta eficacia puede detenerlo y aun desalojarlo: la prevalencia del espiritualismo. Sólo el predominio de los valores espirituales puede darnos una civilización más justa para todos, más equitativa, más solidaria, más pacífica, más humana, lo que equivale a decir: ¡más cristiana!

Esta es la gran batalla que debe librarse en este período de transición en que vivimos. Cada católico debe ser un soldado. Pocas veces como ahora en el decurso de la historia, ha pesado sobre todos los católicos el deber irrenunciable de ser apostólicos. Nos lo está advirtiendo permanentemente Pío XII que además de ser el Vicario de Jesucristo, es, aún humanamente considerado, el hombre más grande del universo.

Nadie pretenda exceptuarse diciendo: soy un individuo insignificante y mi actividad es intrascendente. Si cada uno espiritualizara su propia vida, por consecuencia lógica quedaría espiritualizada la de todos.

Cada uno debe hacer preponderar en su vida por modesta que sea, los atributos y los derechos del espíritu. Debemos dar preferencia a la educación de la voluntad. La voluntad es la potencia indomable con que Dios ha armado al espíritu del hombre. Ante la firmeza de la volutad se estrellan y caen pulverizados todos los poderes materiales. Pueden mancomunarse todos los recursos de la amenaza y de la seducción para arrancar a la voluntad el "sí": caerán deshechos a sus pies, si ella resuelve mantener el "no". Mientras quede sobre la tierra un hombre de voluntad, habrá un candidato a la gloria del martirio.

Cada uno debe sobreponer la moral a las ventajas materiales. "No sólo de pan vive el hombre" nos ha dicho Jesucristo, y ha agregado: "¿de qué le sirve la conquista del mundo, si es en detrimento de su alma?" Ahora se pretende sustituir esta máxima divina, por esta otra esencialmente mundana: "¿de qué sirve al hombre jugarse por las prerrogativas del alma si ello redunda en detrimento de sus ventajas temporales?"

Cada uno debe preferir la libertad a la claudicación, al logrerismo y a la servidumbre. La libertad es el atributo culminante otorgado por Dios Creador y Padre al espíritu del hombre. Sin ella el hombre es un ser moralmente mutilado. Sin ella no hay ni responsabilidad, ni mérito, ni virtud, ni santidad, ni heroísmo. La libertad, derecho divino de nuestro espíritu, es complemento de la autoridad. ¿De qué serviría la autoridad si no hubiese libertad para acatarla y de qué serviría la libertad, si no hubiese autoridad para protegerla? He ahí por qué el Sumo Pontífice ha proclamado esta fórmula en la gran concentración de hombres católicos realizada en octubre de este año de 1952: "Ni libertad sin autoridad, ni autoridad sin libertad".

En la época aciaga en que vivimos hay un factor que está debilitando a la fortaleza. La fortaleza es la resistencia del alma. Es la guardiana de la moral. Es la sostenedora del carácter. Es la virtud que sirve de apoyo a las demás virtudes. Su etimología la define: virtud quiere decir fortaleza; la fortaleza del alma es un don del Espíritu Santo. El factor siniestro que la debilita, es la pusilanimidad, la cobardía, el miedo. No hay más que un solo temor Santo: el temor de Dios y de lo que representa a Dios. Pero el miedo que infunde lo que prescinde de Dios y lo que aleja de Dios, es una enfermedad, una debilidad del alma. Para que el alma pueda ver con claridad cuál debe ser su actitud, necesita conservar la serenidad y el miedo hace perder la serenidad. La enfermedad del miedo es contagiosa y hay circunstancias en que se vuelve endémica.

Hoy el mundo está enfermo de miedo. Las emigraciones que agravan las dificultades de los países a los cuales se dirigen, están siendo provocadas por el miedo a la guerra. La carrera armamentista, cuyos gastos alcanzan a cifras astronómicas, es provocada por el miedo a la guerra. Todo esto desaparecería si el motor de las actividades mundiales fuera más humano, más cristiano. Si las sumas inverosímiles que se invierten para la destrucción, se emplearan en la exterminación de la miseria; en otros términos: si el motor de las actividades humanas no fuera el temor, sino el amor.

Las personas se hallan también atacadas por la enfermedad del miedo. Vacilan y claudican porque temen; temen perder las ventajas de este mundo. Olvidan o ignoran esta admonición divina: "procurad ante todo el reinado de Dios y de su justicia, y las ventajas terrenas se os darán por añadidura". En el libro de las revelaciones, el Salmista ha con-

signado esta afirmación: "he sido joven, he vivido mucho, he llegado a la ancianidad y nunca he visto al justo abandonado a la miseria, ni a su descendencia mendigando el pan".

El miedo que hace vacilar y claudicar en la rectitud es anticristiano. Jesucristo para sostenernos, dice: "Confiad, hijos míos, yo he venido al mundo".

Era ya pasada la medianoche. La oscuridad lo envolvía todo. El viento impetuoso hacía vacilar la barca en que se hallaban algunos discípulos de Cristo. De pronto divisan al Maestro que se les aproxima caminando sobre las olas embravecidas. Pedro exclamó: Maestro, si eres Tú, mándame llegar hasta Ti, caminando también yo sobre las olas. Jesús le responde: "ven". Pedro salta de la barca y comienza a andar. Pero el viento se vuelve más impetuoso y las olas arrecian su furia. Pedro se siente invadido por el miedo, pierde la confianza y comienza a hundirse. Jesús lo toma de la mano, los sostiene y le dice: "Hombre de poca fe, ¿por qué desconfiaste?"

He ahí el hecho que se reproduce todos los días. ¡Cuánta necesidad tenemos de retemplar nuestra confianza en Dios! A cada paso debemos actualizar la confianza contenida en este versículo del Salmo veintidós: "Aun cuando tenga que andar en medio de la oscuridad de la muerte, no me asustaré porque Tú, mi Dios, estás conmigo". Y en este otro del veintiséis: "El Señor es mi luz y mi fuerza, ¿a quién, pues, temeré? El Señor es quien protege mi vida, ¿quién podrá intimidarme?"

Permítaseme repetir por centésima vez: la experiencia tarde o temprano confirma que aun cuando se tengan todos los recursos del mundo, si no se tiene a Dios, no se tiene nada, y aun cuando no se tenga nada del mundo, si se tiene a Dios, se tiene todo.

Entreguémonos, pues, a todas las actividades humanas lícitas, honestas y necesarias. Pero no nos desorientemos en el empleo de la vida. No olvidemos jamás que Jesucristo, para enseñarnos a vivirla, nos ha dicho: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Si nos desviamos de la senda que nos señala, si contrariamos la verdad que nos revela, si no asimilamos la vida que nos ofrece, nos desorientamos y nos encaminamos en dirección al fracaso.

En pleno materialismo de Israel vivía en Jerusalén un anciano consagrado por entero a Dios. Sufría lo indecible porque su patria, cuyo antiguo esplendor recordaba con nos-

talgia, se hallaba bajo el yugo del Cesarismo romano y gobernada por idólatras. Sus compatriotas olvidando la ley de Dios, sólo se preocupaban de negociar y de acumular riquezas. El Templo Salomónico, se había convertido en reducto de mercaderes.

En medio de aquella desolación moral, el corazón del anciano se mantenía como la ciudadela de la fe y de la confianza. El Espíritu Santo le había revelado la proximidad del Mesías y le había anunciado que no moriría sin haberlo visto.

Un día guiado por una inspiración celestial, entró en el Templo. Junto al altar, se hallaba una joven madre presentando al sacerdote su recién nacido. En ese instante fué develado al anciano todo aquel misterio. Temblando, más que por los achaques de la ancianidad, por la alegría de la realidad, tomó al Niño entre sus brazos y arrobado en un éxtasis, exclamó: "Señor, ahora puedes ya disponer que muera en paz. ¡Mis ojos, según tu promesa, están viendo ya al Salvador que envías para que sea la luz, la felicidad del pueblo y la gloria de la Patria y del mundo!"

En este primer día del año en que se conmemora la circuncisión del Niño Divino, quiero reproducir simbólicamente esta escena. Mi edad y mi experiencia me autorizan a presentar a vuestra adoración al Hombre-Dios, presente en el Tabernáculo, y que diariamente baja a mis indignas manos en el altar y a deciros: He aquí al que ha venido para ser el camino, la verdad y la vida de cada individuo y todo el pueblo. Conformemos nuestras vidas con sus máximas. Así estaremos a la altura de la responsabilidad en el empleo de la vida. Fuera de Él no hay ni paz ni felicidad, ni salvación. "Non est in alio aliquo salus". Que Él viva en nuestras vidas y en nuestra civilización para que el año que comenzamos sea pacífico y venturoso y se realice nuestro augurio de un feliz año nuevo. Así sea.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Alocución pronunciada con motivo de la celebración del "Día de la Empleada", el 6 de julio de 1952

La conmemoración del Día de la Empleada, se enaltece este año con la resolución adoptada por el Consejo Superior de la F.A.C.E. de ofrecerla en prueba de adhesión incondicional y de filial homenaje, a la suprema jerarquía eclesiástica de la República en la persona del Eminentísimo Cardenal Primado Doctor Santiago Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires, cuyas bodas de oro sacerdotales se celebran en este año de 1952.

Esta ofrenda nos resulta doblemente grata al hacerla pública en presencia del Ilustrísimo Monseñor Carmelo Rocco, Encargado de la Nunciatura Apostólica en nuestro país.

Al llegar la F.A.C.E. a los treinta años de su vida institucional, cábeme la satisfacción de presentarla como un edificio social asentado sobre cuatro bases inconmovibles y protegido por otras tantas cúpulas singularmente auspiciosas. Son ellas, estos sublimes ideales: Dios, Patria, Familia y Propiedad.

Dios. — Dios, ideal supremo; principio y fin de la creación entera. De Él proceden los tres destellos de luz, de fuerza y de calor proyectados hasta cada una de las creaturas humanas para levantarlas del materialismo que las pretende absorber.

De Él, en efecto, proceden las tres virtudes teologales: la Fe, la Esperanza y la Caridad.

La Fe: telescopio divino ofrecido a nuestra razón humana para ayudarla a descubrir en el firmamento sobrenatural, las estrellas fijas que son las verdades eternas que deben orientarnos en nuestro paso por la vida.

La Esperanza: ancla salvadora que mantiene a nuestra fluctuante voluntad, adherida a la de Dios para que pueda resistir victoriosamente al embate de los vientos contrarios y las corrientes adversas.

La Caridad: fuego sagrado que nos calienta el corazón a fin de que la atmósfera helada por la rivalidad y por el odio, en medio de la cual en ciertas épocas debemos vivir, no nos enfríe el amor a Dios, ni el amor al prójimo.

Más tarde o más temprano —es una simple cuestión de tiempo— la experiencia confirma que quien no tiene a Dios, aun cuando tenga todo lo de este mundo, no tiene nada; y quien no tiene nada, si tiene a Dios, ¡lo tiene todo! "Dios es Amor"; ¡el amor es más fuerte que la muerte! ¡Qué maravilla!, en medio de la indiferencia y de la envidia y del odio podemos continuar viviendo y triunfando gracias al amor.

PATRIA. — ¿Qué es la Patria? ¿Es acaso el territorio? No: el territorio es, a lo sumo, el asiento de la Patria. Hay Patrias a las cuales la invasión de la fuerza reduce el territorio y en la apreciación de los pueblos se agigantan. Y hay otras que abusando de su poderío material ensanchan su territorio y se empequeñecen en el concepto de las Naciones.

¿Es acaso la forma de gobierno? No: ésta puede cambiar, permaneciendo la Patria inmutable. Pretender que la forma de gobierno se identifique con la Patria, es incurrir en uno de los errores del materialismo político.

¿Es acaso la sangre o el idioma? No: Puede la sangre proceder de fuentes distintas y pueden lenguas diversas coexistir con la autóctona contribuyendo conjuntamente a promover la grandeza de una misma Patria.

¿Es acaso la bandera? Tampoco. Por la bandera se puede y a veces se debe sacrificar la vida. Ya dijimos en las tempestuosas vísperas centenarias de 1910 y lo repetimos en la semana trágica de 1919, cuando las hordas anárquicas pretendieron sustituir la nuestra por la suya; que los argentinos de entonces y los de siempre no reconocerán otra bandera roja, fuera de la blanca y celeste cuando por defenderla nos haya cabido la gloria de enrojecerla con la sangre de nuestras ve-

nas. Y con todo, la bandera no es la Patria; ¡es la enseña, es el símbolo de la Patria!

Patria es ese acervo inestimable de realidades y ensueños, derrotas y victorias, avances y retrocesos, recuerdos y esperanzas, principios y creencias, instituciones y modalidades, tradiciones y costumbres, que constituyen la fisonomía moral y caracterizan el alma de la Patria. ¡El alma!, eso es la Patria, cuya sola denominación evoca lo que hay de más humano y divino en la tierra y en el cielo: *Pater*. Esa paternidad tiene una sola génesis y una sola historia. Cada Patria tiene su propia historia, no dos, sino una sola. Y si a ésta se la mutila o se la desfigura, se profana a la Patria y en cierto modo se trabaja porque deje de existir. El alma, pues, de la Patria es lo que debemos jurar mantener intacta, rechazando con igual energía a cuantos pretendan violarla, sea que procedan de afuera o que surjan de adentro.

Pero queremos advertir que nuestro concepto cristiano de la Patria no es el deformado por un nacionalismo cerrado, excluyente y agresivo. Es comprensivo, generoso y humano. El amor que cada cual se tiene a sí mismo, no debe ser en detrimento del que se debe a la familia, ni el que se debe a la familia, del que se ofrenda a la Patria, ni el que se ofrenda a la Patria, del que se debe a la humanidad.

FAMILIA. — Hace pocos días he tenido oportunidad de promover la defensa de la constitución cristiana de la familia.

Las naciones no son conglomerados de individuos, sino asociaciones de familias. Una nación es un gran edificio, construído para sobrevivir a los siglos y las familias son las piedras sillares sobre las cuales se afianzan sus cimientos y se levantan sus muros.

Todos quisiéramos pertenecer a una sociedad culta, moral y honorable. Pero ninguna sociedad podrá enorgullecerse de esa característica envidiable, si ésta no dimana de las familias que la componen. Las mieses no serán sanas si no lo son las espigas.

PROPIEDAD. — Somos partidarios y defensores del derecho de propiedad. Propiedad de los bienes materiales legítimamente adquiridos y de las facultades morales por la naturaleza otorgadas. Ambos derechos son originariamente divinos y por esto, no deben ser ni pospuestos, ni olvidados, ni conculcados por los humanos.

Suele criticarse a los seguidores de Cristo por su ambición preferente de los bienes espirituales y su desprendimiento de

los materiales, sosteniendo que esa modalidad constituye una rémora para el progreso porque priva a la tierra de gran parte del concurso de las actividades humanas. Pero lo que se está evidenciando como resultado de la actividad de los que olvidan el espíritu para entregarse a la materia, es la abolición y el cercenamiento del derecho de propiedad sobre las facultades morales y sobre los bienes materiales. Esta inconsecuencia es una de las venganzas que inexorablemente se toman los principios que se conculcan. ¡Cuántas contradicciones están revelando los acontecimientos!

También se pretendía presentar a la Iglesia como enemiga de la libertad. Y ahora resulta que los hechos están demostrando en todo el mundo, que la Iglesia es por excelencia la institución que frente a todas las opresiones, defiende más denodadamente la libertad.

He dicho que somos sostenedores del derecho humano y divino de propiedad. Es oportuno añadir que lo somos también de su función social. Nuestra posición es contraria al *jus utendi et abutendi,* el derecho de usar y de abusar de la propiedad. Esta posición fundada en la doctrina evangélica la hemos venido manteniendo durante las varias décadas de nuestra actuación social. Tal vez no se prestó el crédito debido a las afirmaciones que tantas veces repetíamos, derivadas de los principios fundamentales de nuestra doctrina social cristiana: "lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres". "Decídanse por la evolución, cuantos pretendan no ser desposeídos por la revolución".

Si se hubieran tomado esas máximas como normas de vida ¡cuántos daños se habrían evitado y cuántas ventajas se habrían obtenido! Pero la comprensión, aún tarda en penetrar.

No importa: nosotros continuaremos levantando la mirada y poniendo muy arriba nuestra confianza. Lo que decimos todos los días en la Misa, lo practicaremos constantemente en la vida: *Sursum corda,* ¡arriba los corazones! El pueblo es comprensivo y es generoso. Es de ello testimonio mudo pero elocuente este edificio que con su concurso se levanta. Las empleadas son hijas genuinas de ese pueblo y yo estoy profundamente satisfecho de su colaboración y su generosidad. Sirvan de lección y de ejemplo estos hechos extraordinarios: el personal administrativo de la F.A.C.E. ha contribuído para ayudarnos en la construcción de este Hogar de la Empleada sin familia, con la suma de seis mil trescientos sesenta y un pesos. El personal de servicio de comedor y de cocina, con cinco mil quinientos veinticinco y las comensales que concurren a los almuerzos diarios con diez y ocho mil doscientos

cuarenta y seis, destinados a adquirir las mesas de este su futuro gran comedor. Estos ejemplos de solidaridad fraterna ¿no son enternecedores? ¿No son de una elocuencia que conmueve las almas en la hora en que vivimos? ¿No constituyen una prueba alentadora de los promisorios resultados de su elevación moral? ¡Dios las bendiga!

Cuánta filosofía encierra esta frase que leí hace muchos años y no olvidé jamás: "para suerte de los pobres, siempre habrá pobres en el mundo".

Doy gracias a Dios por el aliento y el consuelo que me proporciona este ejército de paz. Con él marchamos hacia la conquista de la paz social en bien de la República. Las Bienaventuranzas son infalibles porque son divinas. "Bienaventurados los mansos, dice una de ellas, porque poseerán la tierra". Dice "la tierra" no el cielo. Entonces su conquista no es de la fuerza ni de las armas sino de la convicción, de la solidaridad, del amor. ¡Adelante, pues, en vuestra marcha bienhechora y pacífica! Con vuestra pujanza y con la generosidad de nuestros protectores, comienzo a acariciar la esperanza de habilitar este edificio en el Día de la Empleada del próximo año de 1953.

Permítaseme terminar formulando este voto: ¡Ojalá los argentinos de los siglos futuros puedan continuar presentando a nuestra querida Nación, asentada y protegida por los profundos y sublimes ideales: Dios, Patria, Familia y Propiedad que fueron los de nuestros próceres al anunciar al mundo su nacimiento diciendo: "¡Se levanta a la faz de la tierra una nueva y gloriosa Nación!"

Palabras pronunciadas por Monseñor Dr. Miguel de Andrea en la Asamblea plenaria de las comisiones de los sindicatos de la F. A. C. E. el sábado 26 de julio de 1952 al darse cuenta de la campaña para la recolección de fondos para el Hogar de la Empleada sin familia.

Si hace ya medio siglo hubiese yo iniciado el apostolado de la palabra y de la acción, movido por el interés de ganar dinero o de obtener un puesto o de satisfacer mi vanidad; al darme cuenta de que ni acumulé dinero, ni obtuve puestos, ni halagué mi vanidad, lo habría abandonado. Mejor dicho, no lo habría abandonado porque por móviles tan efímeros y subalternos, no lo habría comenzado. Y si al principio de mi modesto apostolado pudo prevalecer este desprendimiento, ¿cómo habría de contrariarlo ahora cuando me hallo al fin?

Cuando se lanza al público una inculpación o una sospecha, el aludido, si puede disiparla, tiene el deber de hacerlo, según este precepto bíblico: "cuida tu buen nombre". Corresponde, por lo tanto, recordar a cuantos lo olvidan y revelar a cuantos lo ignoran, que los millones recolectados por la Unión Popular Católica Argentina durante la Gran Colecta Nacional, fueron invertidos en la erección de cuatro barrios de viviendas individuales y colectivas en las cuales viven satisfechas desde hace treinta años, centenares de familias del pueblo; y en la compra y construcción de edificios destinados a la acción social. Aquéllos y éstos pasaron, como correspondía, al dominio de la Acción Católica cuando el Papa Pío XI resolvió crearla perfeccionando la Unión Popular creada por el Papa Pío X. Los interesados en comprobarlo tienen la posibilidad de hacerlo, informándose en la Acción Católica Argentina.

Los móviles que nos impulsan a la realización de obras eminentemente populares, son del orden sobrenatural: la justicia y la caridad. Los sinsabores que trae aparejados encuentran sobrada compensación en el amor a Dios y al prójimo, en la felicidad que se proporciona a las favorecidas, y en la solidaridad afectuosa del pueblo que nos secunda. La suma invertida hasta ahora en la construcción del Hogar de la Empleada sin familia que asciende a cuatro millones y medio, es debida en su totalidad a la ayuda conmovedora que nos llega directamente del pueblo que es quien más nos secunda y estimula, lo que equivale a decir que la ayuda nos viene de la democracia, de la democracia auténtica. No es muy sensato anticiparse a falsificar nuestra historia porque todavía no está hecha; todavía la estamos haciendo porque aún la estamos viviendo.

El nuevo y vigoroso impulso que ahora se inicia por caballeros que me rodean y honran y que por ahora me imponen reserva, confirma la esperanza manifestada en mi discurso del Día de la Empleada: "El Hogar, con la bendición de Dios y la nueva y eficaz cooperación, podrá ser habilitado el Día de la Empleada del próximo año de 1953".

¡Él me dé la vida y la perseverancia para que yo pueda gozar con el gozo de nuestras protegidas!

REVIVISCENCIA CRISTIANA

Sermón pronunciado en la iglesia de San Miguel Arcángel el domingo 5 de abril de 1953

SURREXIT NON EST HIC
Ya no está aquí, resucitó

UNO de los misterios que con más evidencia pone de manifiesto la impotencia del hombre, es el de la vida. Por poderosa que sea su fuerza el hombre no puede ni crearla ni restituirla; y por penetrante que sea su inteligencia no alcanza ni a comprenderla ni definirla.

El milagro de la resurrección de Lázaro realizado por Jesucristo en la última semana de su vida, exaltó con razón el entusiasmo del pueblo y este aumento de popularidad exasperó a sus enemigos y los decidió a precipitar su muerte.

La multitud formada por los admiradores y los adversarios de Jesús, se hallaba acrecida por los extranjeros llegados a Jerusalén para la celebración de la Pascua. Algunos de éstos solicitaron la mediación de los Apóstoles para acercarse a Jesús, quien advertido de ello, les dice: "Ya es tarde, se acerca la hora en que debe ser glorificado el Hijo del Hombre. En verdad os digo que mientras el grano de trigo se halla al aire libre permanece infecundo, pero cuando se le entierra muere, germina y fructifica. ¡Oh! Padre glorifica tu Santo Nombre".

En ese momento la muchedumbre fué presa de un estupor general, porque oyó una voz que bajaba del cielo con el estampido del trueno diciendo: "Ya lo he glorificado, y tornaré a glorificarlo".

Había sido glorificado al resucitar a Lázaro, pero lo sería definitivamente al resucitarse a sí mismo. Jesucristo había dicho a los que conspiraban contra Él: "Destruid, ya que lo tenéis resuelto, el templo vivo de mi cuerpo, pero sabed que al tercer día lo reconstruiré".

Si se realizaba esta desconcertante profecía, quedaría evidenciado que es señor y árbitro de la vida, de la vida ajena y de la propia. Y ante todo el mundo quedaría documentada la evidencia de su Divinidad.

Los enemigos de Jesucristo, empeñados en aguardar un Mesías temporal, tomaron todas las precauciones para frustrar la creencia en la resurrección. Y eran lógicos porque si la resurrección se evidenciaba, ¿cómo podía el pueblo dejar de creer en la Divinidad de ese Mesías? Como primera medida obtuvieron del poder civil una custodia permanente de fuerzas imperiales. Medida ésta tan inocua como sería la de todos los poderes de la tierra si se resolvieran a mancomunar sus fuerzas y apostarlas en el horizonte para impedir la salida del sol.

El taumaturgo que había de operar la sobrehumana maravilla, no llegaría de afuera; se hallaba dentro del sepulcro. Era la propia víctima; era el mismo Jesucristo que lo había profetizado; era la Divinidad que no se había separado ni de su cuerpo, ni de su alma. Y de la misma manera que cuando llegó la hora de su inmolación se entregó libremente a la muerte, cuando sonó la de su resurrección recuperó la vida para difundirla por el universo hasta el fin de los tiempos.

Comprobado el hecho, único en la historia de la humanidad, el santo sepulcro despertó un interés extraordinario. Los paganos reinstalaron sobre él sus dioses para neutralizarlo. Pero todos los siglos lo vindicaron. Promovieron guerras para conquistarlo, organizaron cruzadas para rescatarlo, multiplicaron peregrinaciones para venerarlo. Y ¿qué es lo que constituye la gloria extraordinaria de ese sepulcro? El hecho de ser el único en el mundo cuya celebridad dimana de una característica contraria a la que constituye la grandeza de todos los sepulcros de los hombres famosos de la tierra. Los sepulcros de los sabios, de los héroes, de los santos y de los mártires, son venerados porque guardan sus restos. El de Jesucristo es el único entre todos los sepulcros del mundo, cuya gloria sobrehumana se funda en el hecho de haber quedado vacío. Su tumba abierta milagrosamente en la alborada del día de la resurrección, viene cantando como con labios graníticos el salmo de su gloria a través de los tiempos. Resulta único en la historia el contraste entre el "aquí yace" grabado en los

sepulcros de los hombres y el "ya no está aquí porque resucitó" enunciado por el ángel a las tres Marías y a todas las generaciones humanas.

He dicho que el día de la resurrección, Jesucristo recuperó la vida para difundirla incesantemente en todo el universo hasta el fin de los tiempos. Promover la permanente reviviscencia de esa vida espiritual en los individuos y las colectividades, es la misión del cristianismo auténtico. La subsistencia de este cristianismo es la contraprueba de la veracidad de la resurrección. El cristianismo no subsistiría si no hubiese existido la resurrección. No hay efecto sin causa.

En presencia de esta realidad evidente, paréceme necesaria y útil esta observación: Si el cristianismo es fuente perenne de reviviscencia espiritual para los individuos y las colectividades, ¿cómo se explica que aquéllos y éstas adolezcan en ciertas épocas de las mismas ambiciones materialistas y bajezas morales que denigraron a la civilización pagana? ¿No hace veinte siglos que viene actuando el cristianismo? ¿Deberán estas abyecciones de nuestra época atribuirse a agotamiento o a intermitencias de la vitalidad espiritual? ¡Ah! ¡no! El cristianismo viene actuando desde hace veinte siglos pero no sobre los mismos individuos, ni sobre las mismas colectividades. Los individuos se renuevan y las colectividades cambian. Y el cristianismo debe comenzar a influir en cada nuevo individuo que viene al mundo, y en cada nueva colectividad que se constituye. Y téngase presente que la naturaleza humana opone una resistencia incesantemente renovada a la asimilación de la vida cristiana. Con evidencia meridiana nos lo ha revelado el Espíritu Santo por boca de San Pablo: "la carne lucha contra el espíritu". La vida auténticamente cristiana implica vencimiento, moderación, abnegación. No es posible vivir cristianamente sin crucificarse. Y la naturaleza humana es instintivamente propensa al egoísmo, al desenfreno, a todas las solicitaciones positivistas. Por eso las épocas de debilitamiento de la fe quedan marcadas por el relajamiento de las costumbres. Y en ellas aparecen los que pretenden que el cristianismo debe adaptarse a las modalidades de las épocas. La tesis contraria es la verdadera: las épocas deben conformarse a las normas del cristianismo.

Pero a pesar de todas las resistencias que constantemente renacen, yo creo en el avance y en la victoria definitiva del cristianismo para bien de la humanidad. Todos los eclipses son transitorios. Ha de llegar indefectiblemente el día en que toda la humanidad de Sur a Norte y de Oriente a Occi-

dente constituya un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor.

No nos dejemos impresionar por la lentitud del progreso de la civilización auténticamente cristiana. Reconozcamos que la causa está en nosotros. No atribuyamos al cristianismo las rémoras de las cuales somos culpables los cristianos. La culpa que buscamos fuera, se halla dentro de nosotros mismos. Confesemos nuestra culpabilidad. ¿Acaso no tardamos décadas en adquirir una sola virtud? ¿Acaso no pasamos la vida entera sin haber logrado la extirpación radical de un vicio? ¿Acaso no estamos comprobando cómo tantos de nuestros contemporáneos, a los veinte siglos de civilización cristiana se complacen en vivir divorciados del espiritualismo y amancebados con el más crudo materialismo? ¿Acaso no los vemos buscar afanosamente todo cuanto halaga a la carne, sin preocuparse para nada de cuanto fortifica el espíritu? ¿Acaso no los oímos exaltar el bienestar material, mientras guardan silencio en lo que respecta al progreso moral?

Pero nada de todo esto puede atribuirse a falta de vitalidad del cristianismo, sino al rechazo de su asimilación por parte de muchísimos cristianos, porque ¡loado sea Dios! esta misma hora que para nosotros es de vergüenza está siendo de gloria para tantos pueblos oprimidos y subyugados, donde los cristianos auténticos con la firmeza de su moral y con el sacrificio de sus vidas están reeditando las páginas de la edad de oro de la primitiva era cristiana!

Tonificar el espíritu, rehabilitar la moral, vigorizar el alma de los individuos y cristianizar la colectividad, ¡he ahí nuestro deber en esta hora! Nos lo impone la misión espiritual que nos ha sido confiada y a la cual no podemos traicionar.

Los adversarios de Jesucristo iniciaron su proceso con dos acusaciones: la primera ante el tribunal de la autoridad religiosa y la segunda ante el de la autoridad civil. Pilatos era en Jerusalén el representante del César. Constituído Jesucristo en su presencia, el juez lo interroga: "¿Eres tú rey de los judíos?" Jesús le responde: "¿Me lo preguntas por tu propia inspiración o haciéndote eco de la imputación que se me hace?" Y hecha la aclaración dice Jesús: "Mi reino no es de este mundo". Puedes por lo tanto, Pilatos, y puede el César a quien representas, estar tranquilo. Mi reino no viene a competir con el vuestro. Cuando la autoridad es legítima, mi reino contribuye a sostenerla porque mi doctrina enseña que toda autoridad legítima procede de Dios. Mi reino tampoco

viene a disputar un solo palmo de vuestros dominios temporales, porque mi reino no es de los que se ejercen sobre una determinada extensión territorial, sino sobre las almas diseminadas sobre los territorios del universo. Mi reino es del mundo superior, del mundo del espíritu.

Pero no por ser espiritual la realeza de Jesucristo, deja de ser efectiva. Por eso la autoridad civil sintiéndose celosa al pensar que se halla frente a un émulo aun cuando lo sea en un orden diferente, replica: "¿Pero entonces eres rey?" ¿Cómo podría negarlo Jesucristo, si la suya es la más eficiente, la más honda, la más duradera de todas las realezas? Y así, le contesta categóricamente: Tú lo dices, soy Rey. Para serlo he venido al mundo; pero para serlo no por el imperio de la fuerza, sino de la verdad. Todo el que acepta la verdad escucha mi voz y todo el que escucha mi voz acepta la verdad y libremente la sigue. ¡Y sólo la verdad espontáneamente aceptada es lo que hace a los hombres libres!

¡Cuán antigua es la táctica de denunciar ante la autoridad como agitadores políticos a aquellos de los cuales se considera conveniente desentenderse! La calumnia política no es la más infamante pero es la más eficaz contra los calumniados. Es ésta una verdad que debemos tener presente los sacerdotes para perseverar en nuestra norma de prescindencia absoluta de toda militancia política. Me refiero a la política de bandería, a la política partidista. La única política que nos es permitida, o mejor dicho, que nos está ordenada es la contenida en la fórmula de Jesucristo: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. La historia continúa confirmando la verdad de esta afirmación: la única política moralmente benéfica para la Iglesia es la de la prescindencia política.

Para el éxito de nuestra misión espiritual no debemos valernos, pues, ni de la política, ni de la fuerza. La fuerza no es apta para crear el convencimiento. A lo sumo puede ocasionar un sometimiento exterior: ¡corteza de hierro dentro de la cual bulle la rebeldía hasta que suena la hora del estallido!

La única fuerza que nos es permitida y que nos está ordenada es la esgrimida por nuestro Divino Maestro, la de la verdad. El reino de Dios no se establece sobre esclavos sino sobre libres: *Non servi sed liberi.* Lo único que liberta el espíritu es la verdad. *Veritas liberabit vos.* La verdad os dará la libertad. Y a propósito de esta afirmación del Espíritu Santo, considero oportuno decir a cuantos pretenden extrañarse de mi persistente apostolado en defensa de la libertad,

que mientras Dios me conserve la vida y las energías, no podré ni querré interrumpirlo porque debo y quiero ser hasta el fin, apóstol incorruptible de la verdad y la verdad es madre de la libertad.

Si vivificados por el espíritu, perseveramos en esta orientación, avanzaremos seguros en medio de las sombras que envuelven al mundo en esta hora aciaga. No sé si todos los que nos encontramos aquí, celebrando la gloria de la Resurrección, alcanzaremos a ver la claridad que indefectiblemente vendrá a disipar las tinieblas.

No siempre los que cosechan son los que siembran, pero a éstos nadie les robará el testimonio de su conciencia ni nadie les quitará la sanción con que Dios lo recompensa. Por ahora bástenos la convicción de que más tarde o más temprano resplandecerá la verdad y reinará la libertad.

El Profeta Isaías vió la caída de Babilonia con todo el cortejo de sus dioses. Las tinieblas envolvieron aquel desastre y sobrevino una noche oscura. Una voz de misteriosas resonancias exclamaba: "Vigía, ¿qué dices de la noche?, ¿qué nos auguras?" Hago mía la respuesta: ¡Albricias! Ya despunta la aurora, ya amanece. Pero para que el nuevo día sea para el mundo entenebrecido día de verdad y de libertad, añadiré con el Profeta: *Convertimini ad Deum*, volveos a Dios y confiad en Él. Le estabais dando la espalda para correr en pos de los incentivos terrenos, cuyo término fatal es el caos. Volveos a Dios y confiad en Él. Su vitalidad es infinita. En nada se disminuye haciendo revivir a cada individuo que resuelve retornar a Él. El sol no disminuye el poder de su luz y su calor por cada uno de los átomos que son vivificados por sus infinitos destellos. En nada se debilita al reavivar el fuego del amor cristiano en el seno de civilizaciones congeladas por el egoísmo y al parecer próximas a morir.

Y aun cuando individuos y colectividades hubiesen muerto a la fe, a la esperanza y a la caridad viviendo sólo en la materia, el Divino Resucitado posee en su plenitud indefectible la vida para poderles decir como a Lázaro en el sepulcro: ¡Levántate de tu postración y vuelve a la vida verdadera y completa viviendo también la del espíritu! Estos son los augurios con que os saludo y os bendigo diciéndoos: ¡Felices Pascuas!

CON CRISTO Y MARÍA UN MUNDO DE PAZ

Discurso pronunciado el 14 de agosto de 1953, en oportunidad de la realización del Congreso Nacional de Congregaciones Marianas Argentinas de Varones.

COMIENZO por agradecer de todo corazón la oportunidad que se me ha ofrecido de participar en este Congreso Nacional de Congregaciones Marianas Argentinas de Varones. El tema que me corresponde desarrollar es: "Con Cristo y con María un mundo de paz". Considero que será muy ventajoso actualizar la noción exacta que debemos tener de la paz que nos proponemos alcanzar.

Paz es la tranquilidad que resulta del orden. Orden es la adjudicación y el mantenimiento del lugar correspondiente a las cosas, los valores y las personas. Si se perturba o se contraría, se introduce un desorden que quita la tranquilidad. Acontece en lo moral lo mismo que en lo material. Si por ejemplo un miembro cualquiera del organismo humano sale del sitio que le corresponde causa malestar y produce dolor.

Actualizada la noción de la paz, aspiración suprema de este congreso, meditemos sintéticamente sobre lo que es y lo que debe ser la paz individual, la doméstica, la social y la internacional. Esto es indispensable si se desea contribuir al advenimiento de un mundo de paz.

LA PAZ INDIVIDUAL. — El requisito indispensable para la felicidad del individuo es la paz. La paz es un bien moral. Un individuo puede nadar en la abundancia de los bienes

terrenos, pero no será feliz, si le falta la paz. La paz, como lo hemos recordado, es la tranquilidad que resulta del orden; y orden el mantenimiento jerárquico de las cosas, los valores y las personas. La suprema jerarquía y la única absoluta para todo individuo es Dios Creador y Legislador. En consecuencia su deber primordial es el cumplimiento de las leyes de Dios. Los mandamientos divinos no coartan la libertad humana, antes bien la preservan y la salvan. Los faros no quitan la libertad a los navegantes sino que la defienden y la aseguran señalándoles los escollos en los cuales se naufraga.

El segundo deber del individuo es el respeto de los derechos de los hombres. Este mandamiento tampoco se opone a la libertad. El respeto de la libertad ajena es la mejor garantía de la propia. ¿Y qué es lo que necesita el hombre para el cumplimiento de sus deberes para con Dios y para con los hombres? Voluntad. Atributo inefable con que Dios inviste a toda alma humana cuando la crea. Todos venimos al mundo con ese atributo divino y sólo lo pierde el que por sus claudicaciones se vuelve indigno de tenerlo. Por eso es oportuno recordar que cuando Jesucristo vino a la tierra como Dios Redentor para que los individuos pudieran reconquistar la paz perdida por sus transgresiones contra las leyes de Dios Legislador, hizo que los ángeles del cielo aparecieran sobre su cuna para anunciar la paz a cuantos quieran conquistarla, no requiriéndose para ello nada más que buena voluntad. Buena voluntad para el cumplimiento de sus deberes para con Dios y para con los hombres.

Desde hace mucho tiempo se viene bregando por la conquista de los derechos del hombre y no por esto se ha avanzado hacia el establecimiento de la paz. Es hora ya de comenzar a exigir el cumplimiento de los deberes, que es el medio infalible para conquistar la paz. Para obtenerla es más eficiente el que cumple sus deberes que el que reclama sus derechos. Y es también, por fortuna, más fuerte el cargado de deberes que el armado de derechos, porque el hombre puede ceder su derecho pero no faltar a su deber.

Son dos los factores principales que conspiran contra la paz individual: el remordimiento y el miedo. Remordimiento es la protesta de la conciencia ante la transgresión del deber; miedo, el sobresalto causado por la propia inseguridad. Existe por fortuna una fuerza moral poderosa para libertar al individuo de la tiranía de esos factores siniestros: la del amor. El amor termina con el remordimiento porque asegura el perdón: "Se perdona mucho al que ama mucho" y acaba con

el miedo porque todo individuo que ama a Dios dice con el Salmista: "Aun cuando tenga que andar hasta el fin entre nubes de amenazas y tinieblas de muerte, no temeré, porque Tú, mi Dios, estás conmigo".

La paz doméstica. — El hombre por una exigencia innata de su naturaleza, es un ser social. Ni su conservación, ni su desarrollo físico ni su progreso intelectual, ni su perfeccionamiento moral le serían posibles en el aislamiento absoluto. Por esa exigencia de su naturaleza la vida humana se conserva y evoluciona merced a cierto número de sociedades evidentemente imprescindibles. La primera de todas, la más natural, es la sociedad doméstica, la familia. Esta es la primera unidad social, el germen de todas las demás. Ninguna de las subsiguientes por dilatadas e importantes que sean tienen derecho alguno sobre su esencia y si alguna atentara contra ella, demolería su propio cimiento.

Ahora bien, el agente creador y conservador de la familia, es el amor, y como el amor humano puede desfallecer, Jesucristo, el Hombre Dios, resolvió vigorizarlo y fortalecerlo con la gracia sobrenatural del Sacramento. La familia así constituída y así sobrenaturalizada se convierte en el mundo en una ciudadela de la paz, sostenida y custodiada por el amor. Los padres aman a sus hijos viendo en ellos la prolongación de sus propias vidas; y los hijos a sus padres en quienes ven a los representantes de Dios que se la da. Por eso el precepto divino no les dice: "amaréis" sino "honraréis" al padre y a la madre. El amor que les debéis queda erigido en culto. Vuestro corazón es órgano y además altar de vuestro amor.

Desgraciados los hijos cuyos padres se vuelvan indignos de ser mantenidos sobre ese altar; los hijos que debiéndolos amar, no los puedan venerar. Y desgraciados los padres que se hallan incapacitados de legar a sus hijos la única herencia de que se podrían gloriar: la de la honradez del nombre y de la pureza de la sangre. ¡Ah! ¡Cuando las flaquezas humanas hacen peligrar la estabilidad de la unión de los esposos, habría que gritarles: si no os sentís capaces de continuar unidos por el amor entre vosotros mismcs, perseverad por el amor de vuestros hijos!

El centinela que mantendrá inviolado el orden de las relaciones familiares dentro de la ciudadela de la paz es sólo el amor. Si falla el amor, se produce el desorden; y el desorden ahuyenta la paz. Es lo que acontece cuando la pasión profana el sacramento, cuando la infidelidad atenta contra su vínculo

o cuando el interés disgrega a la familia. Y si esto acontece en épocas en las cuales amos y criados se ven precisados a cohabitar como adversarios, quedan denunciadas las causas de la pérdida de la paz doméstica.

LA PAZ SOCIAL. — Las clases sociales son una consecuencia inevitable de las desigualdades accidentales de los individuos y de las familias. Los abusos y los excesos de aquéllas han creado la hostilidad que las divide originando el problema formidable denominado: "la cuestión social". Problema de tal manera agudizado que ha llegado a crear en algunos la convicción de que sólo es posible resolverlo, mediante la supresión de las clases. Pero esta supresión es tan utópica como la de unificar los diferentes órganos del compuesto humano. Podrá suprimirse la diversidad de la denominación de las clases; pero no su realidad. La veracidad de esta afirmación ya la está documentando también la experiencia. Es un hecho de actualidad que aún en los países donde impera el régimen de la dictadura del proletariado, prolifican los sectores de los dirigentes y de los dirigidos, los de los usufructuarios de la abundancia y de los sometidos a la indigencia.

En el proceso de la supresión de las clases, la primera víctima es siempre la clase media. Y esto constituye un atentado contra el ordenamiento social. La clase media, sin los incentivos de la abundancia y sin las privaciones de la indigencia, es la que más fácilmente puede conservar el equilibrio resultante de la práctica de las virtudes cristianas que dignifican y elevan. La clase media viene a ser como un puente providencial que une los extremos y facilita el intercambio de las prestaciones requeridas para el logro de una convivencia pacífica. Por otra parte, las clases no son estáticas. Los individuos y las familias tienen un gran estímulo en la posibilidad de cambiar de clase. De la clase proletaria, pueden ascender a la clase media, de ésta a la burguesa y de la burguesa a la aristocrática. Y siempre resulta más intensa la satisfacción y más pura la gloria de recordar de dónde se asciende que de dónde se desciende. La hostilización a la clase media constituye un atentado contra el pacífico ordenamiento social. La guerra fomentada por el odio de clase es no sólo anticristiana, es además antihumana. Cada clase es un sector de la misma humanidad. Y el amor cristiano no puede quedar limitado ni por el sector de arriba ni por el de abajo, ni por el de la derecha, ni por el de la izquierda. Jesucristo ha universalizado el amor derribando todas las fronteras para extenderlo a toda la humanidad.

Para lograr por lo tanto la solución de la cuestión social, ¿no sería menos violento y más eficaz el método de la inteligencia, la comprensión y la colaboración entre las clases, que el de la lucha para la supresión de las mismas?

Si las Encíclicas Pontificias en lugar de ser empleadas para enriquecer bibliotecas, demostrar erudición y sostener polémicas, fuesen aplicadas prácticamente con hechos en la solución de los problemas sociales —que es lo que constituye su razón de ser— otra sería la suerte de la civilización cristiana, ya que el odio quedaría reemplazado por el amor que quiere sí la mayor igualdad posible pero no abatiendo a los de arriba sino levantando cada vez más a los de abajo.

LA PAZ INTERNACIONAL. — Agitaciones permanentes propias del equilibrio perdido, están sacudiendo en la actualidad al mundo de hoy, cuya característica es la inquietud generalizada. La situación presente podría describirse con las frases siguientes del Profeta Jeremías: "Esperábamos la paz y este don no nos ha llegado...; el tiempo de la consolación y nos sobrevino el del terror...; el de la rehabilitación y nos debatimos en la postración. Esperábamos la claridad y estamos en tinieblas; la justicia, y se nos está negando; la salud, y la estamos perdiendo."

No sé si en otras épocas la humanidad ha soportado una crisis tan intensa y tan generalizada de la paz mundial. Pasan las guerras y la paz no llega. La contraposición de los ideales perseguidos, el entrechoque de los intereses y las pretensiones de un nacionalismo hipersensible, no sólo neutralizan el progreso alcanzado por la supresión de las distancias y la facilidad de los intercambios sino además se utilizan para hondar los abismos de las rivalidades que separan a las naciones y las razas.

La causa profunda de esta rivalidad internacional es la misma que engendra todas las rivalidades humanas: el egoísmo. Por esta razón, lo único que puede neutralizarla es el amor. Así como el amor a sí mismo no debe excluir el amor a la familia, ni el amor a la familia el amor a la Patria; el amor a la Patria no debe excluir el amor a la humanidad.

Tal debe ser el amor cristiano. No puede ser cristiano el amor que deja de ser humano. El cristianismo auténtico presupone y sobrenaturaliza al humanismo legítimo. Como lo he afirmado repetidas veces interpretando la frase de un gran Pontífice: el que empieza por dejar de ser humano termina por dejar de ser cristiano. Véase surgir de la entraña de este concepto el acierto del contenido del tema que me ha sido

asignado y que sirve de lema a este primer Congreso Nacional de los Marianos: "Con Cristo y María un mundo de paz".

En nuestros días, nos llegan desde todos los vientos y en todos los tonos, los anhelos de paz. Pretenden llegar a establecerla, los estadistas, los gobiernos, los pueblos. Responden tanto esos anhelos a la sensibilidad contemporánea que aún los que la mantienen en jaque alardean de ser sus partidarios y organizan congresos mundiales de la paz. En su afán de aparecer sus protagonistas con el propósito de ganar la confianza, llegan hasta el extremo de presentar a la Iglesia como enemiga de la paz por su tolerancia, dicen, con los imperialismos. Con lo cual, sin advertirlo, se denuncian como los más fanáticos perturbadores de la paz. Esa paz que tanto proclaman no la obtendrán jamás, porque no emplean el único medio que la podría lograr. Hacen muchos ensayos y todos sucesivamente fracasan. Fracasa el de la fuerza, el de la riqueza y el de la diplomacia. No puede ser de otra manera porque el inspirador de todos esos ensayos, es el interés y el interés nace del egoísmo.

La paz no se conquista ni con la espada, ni con el martillo y la hoz, ni con la cruz svástica de puntas quebradas como si sus brazos caídos lo esperaran todo de la tierra y nada del cielo. La paz sólo florece a la sombra bendita de la cruz auténtica de Cristo en la que el Amor se inmola sólo por amor. Cruz auténtica de Cristo cuyo tramo vertical hundiéndose por su base y elevándose por su cúspide alcanza a todos por igual, los de las clases bajas y los de las altas, para elevarlos juntos hacia Dios; y cuyo tramo horizontal tiende sus brazos a la derecha y a la izquierda no para separar a los hombres polarizados y en los extremos sino para alcanzarlos a todos y atraerlos al centro del corazón, símbolo y órgano del amor para que se reconozcan por hermanos y se den el abrazo de la paz.

En los tiempos aciagos en que nos estamos debatiendo, sobreabundan en todos los órdenes sociales, económicos, políticos e internacionales quienes se obstinan en extremar las apreciaciones de las disidencias que dividen y separan; es necesario y urgente multiplicar el número de los que patriótica y cristianamente, se empeñen en hacer valer por encima de todo, las coincidencias que nos aproximan y nos unen.

Una gigantesca lucha que absorberá las pequeñas disensiones se aproxima. Recordando el estudio de las conclusiones a que llegaban algunos observadores y sociólogos eminentes de fines del siglo pasado y principios del presente, quedó indeleblemente grababa en mi espíritu la afirmación de que se

avecina el tiempo en el cual las divergncias de los diversos sectores y las de los mismos partidos políticos, comenzarán a perder la vivacidad del colorido de sus banderas y a mitigar la acritud de sus programas antagónicos porque se verán en la necesidad imperiosa de ahondar en las almas de las masas para impresionarlas y moverlas con los principios fundamentales y decisivos que definen la suerte de la humanidad. Ese tiempo previsto por aquellos observadores ha llegado ya para nosotros. Lo comenzamos a vivir. La humanidad ha empezado a desinteresarse de los programas superficiales y todos más o menos promisores, para nuclearse alrededor de dos que proclaman principios divergentes pero fundamentales. Son así porque dimanan de los dos conceptos opuestos que se tiene respecto el destino de la vida del hombre sobre la tierra: uno la encierra en la materia y la limita, otro la asocia al alma y la inmortaliza; aquél la materializa, éste la espiritualiza; aquél concentra todas sus aspiraciones en los valores materiales, éste reconoce la preponderancia de los espirituales.

Esta lucha que ha de ser titánica, tiene su origen en los últimos siglos, cuando comenzó a difundirse la tesis de la separación de lo espiritual y lo material desde las cátedras, las revistas y los periódicos. Luego se dió un paso más y se propuso la eliminación de lo espiritual que debía ser absorbido y suplantado por lo material. Estamos llegando ya a las últimas consecuencias. La más trascendental es la de la lucha gigantesca iniciada ya entre el materialismo y el espiritualismo: el materialismo que actúa bajo la denominación de comunismo ateo, y el espiritualismo, bajo la de cristianismo auténtico.

¿Cuál de los dos grandes partidos, que tal vez pronto llegarán a ser los únicos que apasionen a las multitudes, triunfará¿ ¿Y con cuál de ellos logrará la humanidad establecer la paz? No podemos dudarlo. Con mayores o menores alternativas triunfará el del espíritu. Aún cuando para afirmarlo no tuviéramos otra razón, nos basta la de la naturaleza de las fuerzas en lucha. Una fuerza material se quiebra con otra superior y ambas, la vencida y la victoriosa, se formaron del polvo y en polvo se convertirán. El espíritu, en cambio, en virtud de su simplicidad esencial es imperecedero y por consiguiente inmortal. Y según el adagio italiano: "qui dura vince"; el que resiste, el que sobrevive, es necesariamente el que vence. Los valores materiales no puedan triunfar sobre los espirituales sino cuando éstos claudican, cuando resuelvan ignominiosamente dejarse vencer.

¿Y con cuál de ellos, logrará la humanidad la paz? Con el partido del espíritu. La paz es un bien moral. No es el

resultado del bienestar de los cuerpos, ni el de la opresión de las almas. No es ni enervamiento, ni quietismo de cementerio. Es la tranquilidad espiritual de las almas que gozan de sus derechos al cumplir con sus deberes.

Pueden los cuerpos hallarse halagados en un paraíso de bienes terrenales, mientras sus almas se debaten en un infierno de torturas morales. Y pueden las almas gozar delicias espirituales, mientras los cuerpos se hallan sometidos a privaciones y torturas materiales.

En nuestros días actualizan las victorias del espíritu millones de cristianos tras las cortinas de hierro, oprimidos bajo la violencia de la fuerza, pero libres en su espíritu, imitadores jubilosos de los ejemplos magníficos que está dando a la humanidad de hoy el sereno y heroico Cardenal Stepinac!

A esta altura conviene insistir en la afirmación de que la paz del espíritu y en consecuencia la del individuo, de la familia, de la sociedad y de la entera humanidad depende exclusivamente de la buena voluntad. Pero ¿cuál es el motor capaz de impulsar y de mantener en actividad a la buena voluntad? El amor: el amor a Dios y el amor al prójimo. Véase por qué Jesucristo nos impuso el amor como el primero y más grande de los mandamientos. Quien cumple con él, cumple con todo lo ordenado por la ley y lo anunciado por los Profetas.

Suele afirmarse que para lograr la paz, basta la justicia. No. La justicia es necesaria, es insustituíble. No puede haber caridad cuando se falta a la justicia. La caridad no puede, no debe utilizarse como pantalla de la injusticia.

La justicia condena y remueve los obstáculos y los impedimentos que imposibilitan la paz; pero quien la anhela y la logra es el amor. Ni caridad, pues, sin justicia, ni justicia sin caridad. Inspirado en esta doctrina evangélica, hace más de tres décadas grabé en mi escudo episcopal esta máxima: 'A la paz por la caridad y la justicia".

No puedo terminar sin hacer una seria advertencia sugerida por los acontecimientos actuales. Las grandes falanges a que me he referido, la que milita por imponer la preponderancia de la materia y la que lo hace por la del espíritu, no tienen visiblemente demarcados los límites de su beligerancia. Hay dentro de las civilizaciones cristianas una penetración alarmante de los que doctrinaria o prácticamente viven el materialismo. Esta es la quinta columna que facilita el éxito al comunismo ateo.

La resistencia y aun el ataque contra el avance de la misma, es la gran acción conjunta de las Congregaciones Maria-

nas. Son éstas como otras tantas constelaciones diseminadas sobre la superficie del universo. Las estrellas que las forman no pueden, no deben permanecer estériles e inactivas. Su misión no es solamente la de dar luz sino también la de irradiar amor. El amor que reciben de Cristo, llevados hasta Él por la mediación de su Madre Santísima. Los pastores y los Reyes hallaron a Jesucristo en el regazo de María, los congregantes también. *Ad Jesum per Maríam.* Se llega a Jesucristo por la mediación de María.

Dice la tradición que cuando la Sagrada Familia marchaba al exilio a través del desierto, el Niño Jesús desde el regazo de María, alumbraba la senda para descubrirles los pasos peligrosos. María era la custodia viviente llevando a Jesús que es el Camino, la Verdad y la Vida. Hermosa vocación la de los Congregantes Marianos en esta encrucijada del camino de la humanidad. Están llamados a ser los heraldos de la paz. "¡Benditos los pies de los que andan por la vida evangelizando la paz y difundiendo el bien!" A todos los integrantes de estas Congregaciones Marianas, el Augusto Pontífice Pío XII acaba de invitarlos a hacerse más apostólicos que nunca y constituir para vigorizar mutuamente la Federación Mundial en ocasión de celebrarse en Roma el año próximo el Centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

Que sea Ella la que aplastando la cabeza del materialismo, se muestre como la aurora de la paz del mundo. Será obra laboriosa y exigirá intrepidez. Pero ya lo ha dicho el mismo Pontífice: los pusilánimes no sirven ni para la conquista de la tierra ni para la del cielo; conquistadores son únicamente los intrépidos.

¡Madre Santísima, para que comience pronto el reinado de la paz en el mundo: *Regina Pacis, ora pro nobis.* Reina de la Paz, ruega por nosotros!

LA INMACULADA Y LA ACTUALIDAD

Sermón pronunciado en la Catedral Metropolitana con motivo de la celebración centenaria del Dogma de la Inmaculada Concepción, el domingo 6 de diciembre de 1953

Los creyentes celebramos con júbilo extraordinario la definición del dogma que declara ser una verdad de fe el privilegio exclusivo de María Santísima a quien Dios preservó de la mancha hereditaria del pecado original. Dios por su omnipotencia pudo y por su conveniencia quiso otorgárselo. Era indecoroso que la Mujer que El creaba para que fuera Madre de Dios Redentor, hubiese estado, aun cuando fuera por un sólo instante, sometida al imperio del enemigo del género humano que resolvió redimir.

Correspondía que Ella hiciera su entrada al mundo según había sido profetizada en el Paraíso terrenal, aplastando con su pie la cabeza de la serpiente infernal. La que venía a terminar con la oscuridad de la noche del pecado, debía hacer su aparición infinitamente más radiante que la aurora mensajera de la llegada del sol.

Los incrédulos que niegan este privilegio, se contradicen a sí mismos. Ellos rechazan la realidad del pecado original. Y al negar el dogma de la Concepción Inmaculada, atribuyen a María el mismo pecado que niegan en todos los demás. Con esta negación ellos se muestran inmensamente más crédulos que nosotros. Los católicos no exceptuamos del pecado original más que a la Santísima Virgen y los incrédulos pretenden exceptuar a todos menos a Ella.

Los que no creen en el pecado original se hallan imposibilitados para comprender la coexistencia y la lucha del bien y del mal en el fondo de la naturaleza humana. Y esta es la causa por la cual no aciertan a descubrir el procedimiento certero para el éxito de la educación moral del hombre. ¿Cómo podrían acertar a asegurar la victoria del bien, si ignoran el origen y la causa del mal? Si el hombre nace bueno y sin ninguna propensión al mal, ¿qué es lo que lo pervierte? ¡Niegan el misterio y caen de cabeza en el absurdo!

Los que no admiten la preservación del pecado original en la Virgen, para ser consecuentes deben confesarse ateos. Queda demostrada la conveniencia de que la Virgen naciera Inmaculada. Para ello se requería un milagro. Negar la posibilidad del milagro es negar la Omnipotencia de Dios y negar la Omnipotencia de Dios es negar a Dios. ¡De donde se sigue que negar la Concepción Inmaculada de María, es una profesión palmaria de ateísmo!

Es necesario advertir que la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima no es, simplemente, la proclamación auténtica de su verdad. Esta verdad ha existido siempre. La definición del dogma es además la declaración oficial y solemne de que esa verdad ha sido revelada por Dios y que en consecuencia además de ser una verdad es un artículo de fe que no se puede negar sin incurrir en herejía.

Dios revela una verdad que permanece como sembrada en la Sagrada Escritura o en la Tradición hasta que llega la hora en que la Divina Providencia hace comprender a la Iglesia que es el momento de proclamarla al mundo como artículo de fe. Esa es la razón por la cual algunos dogmas han sido definidos en los primeros tiempos del cristianismo, otros en la edad media, otros en la nuestra, y tal vez algunos más lo serán en edades futuras.

Desde el nacimiento de la Iglesia, los fieles eclesiásticos y laicos han venido reconociendo y proclamando la verdad de la Concepción Inmaculada de María. Esta convicción ha quedado documentada en las devociones tradicionales de los pueblos, en los monumentos erigidos y en los Concilios celebrados en el universo católico.

Pero al aproximarse la hora de la mayor oportunidad, se produce un acontecimiento absolutamente extraordinario, cuya actora es la misma Virgen Santísima. Ella baja del cielo y viene a confirmar al mundo la verdad de su gloriosa prerrogativa para que la Iglesia proceda ya con seguridad absoluta a proclamarla como dogma de fe católica.

El acontecimiento tiene lugar en París el 18 de julio de 1830. La Santísima Virgen se aparece a una humilde Religiosa de San Vicente de Paul, en la Casa Madre de la Congregación, de la *Rue du Bac*. Le revela los males que se ciernen sobre Francia, las próximas masacres en París, sus calles convertidas en arroyos de sangre... y cuando la Religiosa le pregunta cuándo se producirán esos luctuosos acontecimientos, le responde categóricamente: "a los cuarenta años". Y a los cuarenta años se desata la guerra de la Comuna. Sin una revelación ¿cómo podía saber esa ignorada Religiosa en 1830, lo que iba a acontecer en 1870?

El 27 de noviembre del mismo año, María se aparece de nuevo a Sor Catalina. Esta vez se le muestra nimbada de un óvalo luminoso en torno al cual fulguran estas palabras: "Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a Vos".

Tiene las manos tendidas hacia la tierra y de ellas se desprenden en profusión rayos luminosos. ¡Qué consoladora sugerencia! Luego la visión gira sobre sí misma y deja ver a su dorso una M coronada por una Cruz sobre la cual se hallan dos corazones, uno coronado de espinas, el de Jesús; otro, atravesado por una espada, el de María. La Virgen confía a su hija la misión de hacer acuñar medallas que en el anverso y el reverso reproduzcan ambas fases de la visión. Y esta medalla con el justo calificativo de milagrosa se difunde por todo el mundo haciendo llegar a vidas que se debaten en la oscuridad material y moral, alguno de los rayos luminosos de las manos maternales de María Santísima.

Y suena al fin la hora feliz señalada por la Divina Providencia. Un Papa devotísimo de la Virgen, Pío IX, acogiendo con soberana complacencia los prolongados anhelos del universo, concita entre todos los Obispos del mundo una especie de plebiscito ecuménico que ratifica plenamente la expectación universal y el 8 de diciembre de 1854, en una solemnidad de las más deslumbrantes que se realizan en la Basílica de San Pedro, proclama, como Vicario de Jesucristo, que es de fe la verdad de la Concepción Inmaculada de María Santísima.

Cuando la superficie serena de un lago recibe una honda percusión, comienzan a producirse círculos concéntricos que se ensanchan cada vez más hasta alcanzar a sus márgenes. Así la augusta solemnidad de San Pedro provoca resonancias ininterrumpidas hasta los últimos confines del universo católico conmoviéndolo con vibraciones de filial entusiasmo.

Y la Virgen Santísima quiso canonizar el entusiasmo del universo católico nimbándolo con la aureola luminosa proyectada por su celestial presencia. Ella había descendido en 1830 para decidir la definición dogmática por medio de la invocación universal expresada desde la Medalla Milagrosa. Y en 1858 vuelve y, como para manifestar al mundo su maternal complacencia, se deja ver reiteradamente en Lourdes desde donde habla a toda la tierra diciendo: "Yo soy la Inmaculada Concepción". Como si dijera: vosotros hijos míos de todo el mundo, hacíais bien cuando anhelabais para mí la gloria de este insigne privilegio y Vos Vicario Divino estuvisteis inspirado cuando con acento inefable proclamasteis *urbi et orbi* a la urbe y al orbe, que me correspondía por derecho divino.

Nos hallamos en vísperas de la solemne apertura del Año Mariano, conmemorativo del centenario de la definición de este dogma glorioso. Correspondía que los cultos solemnes del año jubilar fueran iniciados en esta Catedral Primada por las Hijas de María de la Medalla Milagrosa. La primacía les pertenece por derecho legítimamente otorgado por la misma Virgen Santísima. Deben ser las vanguardias en las celebraciones triunfales, las que lo fueran en las organizaciones iniciales.

Quiero además evocarla para que no pase inadvertida otra coincidencia providencial que acrecienta nuestro júbilo. Ambos Pontífices, el que promulga el dogma y el que decreta su conmemoración centenaria, Pío IX y Pío XII, se han prosternado ante nuestra Virgen de Luján, representación auténtica de la Inmaculada en nuestra querida Patria que por una singular analogía tiene por bandera los colores de su manto.

Paréceme necesario y oportuno llamar la atención sobre la eficacia de la verdad de este dogma católico para la solución de los grandes problemas de la actualidad mundial.

Existe una conexión tan íntima entre las prerrogativas de la Virgen y las necesidades de la naturaleza humana que, cuando la Iglesia define un dogma Mariano, le proporciona un arma contra una o muchas herejías que la amenazan.

¿Cuáles son las que se hallan en auge en nuestro mundo de hoy? El materialismo, el sensualismo y el naturalismo.

EL MATERIALISMO. — El materialismo niega el alma. Los materialistas pretenden explicar el pensamiento diciendo que es una vibración sutil del cerebro y el amor que es un estremecimiento placentero de los nervios. ¿De qué parte de la materia harían dimanar la libertad? Si lo intentaran, la negarían.

Dada la inconsistencia de las explicaciones en que se funda, es fácil rechazar el materialismo teórico. Pero hay un materialismo al cual se le otorga con suma facilidad carta de ciudadanía y con el cual se establece sin reservas, una convivencia permanente: es el materialismo práctico; el materialismo del número innumerable de los que viven y actúan como si no tuviesen un alma libre y por lo tanto responsable de sus actos ante la propia conciencia, ante los hombres y sobre todo ante Dios.

Una ola pesada de materialismo práctico se expande y avanza incesantemente sobre el mundo en nuestros días, y sus emanaciones infectan la atmósfera que respiramos. Prácticamente ha dejado de cotizarse el precio del alma y de sus atributos porque prácticamente ha dejado de creerse en su existencia. No se vive sino por excepción del espíritu y para el espíritu, porque se vive de la carne y para la carne. Nos hallamos en pleno reinado de una de las más repugnantes idolatrías: la idolatría del cuerpo y la del oro que la facilita. ¡Desgraciada característica de una civilización en decadencia!

La Inmaculada Concepción es la desautorización más absoluta del materialismo porque es el desarrollo del más grandioso de los dramas en torno de un alma. Alrededor de esta alma que acaba de ser creada, están el Espíritu de Dios y el espíritu del mal. Se hallan también miríadas de naturalezas angélicas y humanas interesadas en el desenlace final. Se trata de saber si esa alma que hace su entrada en el mundo ha de pertenecer en el primer instante de su existencia a Dios o a Satanás. Su suerte nos ha sido revelada. Satanás queda vencido, queda eliminado. Triunfa Dios y se inclina con amor sobre esa alma que al ser creada se abre hacia el cielo, enviándole su primer pensamiento y su primer amor, como esas flores que en la alborada exhalan su primer perfume enviándolo hacia el sol que con su luz y su calor las acaba de abrir. He aquí el drama estupendo que se desarrolla en torno de un alma. Todo el cielo jubiloso por ella, toda la tierra esperanzada en ella, todo el infierno alzado contra ella. ¿No es ésta la prueba más convincente de la realidad y de la grandeza del alma?

El sensualismo. — El sensualismo es un error y un vicio. Error cuando se lo profesa, vicio cuando se lo practica. Error o vicio, es el pernicioso sistema que termina por avasallar el alma bajo la tiranía de los sentidos y de las pasiones. Siempre han existido partidarios teóricos y sobre todo prácticos del sensualismo. Los de la antigüedad quedan estigmatizados en el Libro de la Sabiduría que concentra sus aspiraciones en esta

frase: "Comamos y bebamos, coronémonos de rosas y gocemos: dentro de poco moriremos y más allá de esta vida no hay más que la nada". Los de la actualidad, no hay para qué puntualizarlos. Se hallan en exhibición permanente ante nuestras miradas. No hay nada que los modere, nada que los frene. Dilapidan las preciosas herencias de las costumbres tradicionales y rompen todas las barreras hasta la de los vínculos sacramentales, pretendiendo que la sociedad abdique de sus derechos a que se la respete y tolere y acepte sus crecientes aberraciones. En épocas pasadas existían también, pero el pudor y el recato los moderaba. El sensualismo de la actualidad entroniza el desenfreno y alardea hasta en público de indecencia. ¡Qué atmósfera deletérea se ven precisadas a respirar las generaciones que se renuevan!

Para todos los cultores teóricos y prácticos del sensualismo, la conmemoración del dogma de la Inmaculada Concepción es decir: la victoria del espíritu sobre la materia, del alma sobre el cuerpo, de la pureza contra la inmundicia, constituye la admonición más oportuna y la ayuda más eficaz.

Cierto día una pobre mujer irlandesa vió que su hijo tomaba una boleta para ir a depositar su voto contra el gran Libertador de su Patria, Daniel O'Connell y con un acento a la vez suplicante y enérgico, acompañado con un gesto de dignidad y de imperio, le dijo: "Hijo mío, acuérdate de tu alma y de tu libertad". Acuérdate de tu alma infinitamente más preciosa que tu cuerpo con todos sus halagos materiales y de tu libertad inmensamente más gloriosa que tu esclavitud moral, es lo que la conmemoración de la Inmaculada apostrofa a la sensualidad contemporánea donde quiera que se exhiba y téngase presente que no es decoroso celebrar lo que se desdeña imitar. "Acuérdate de tu alma y de tu libertad".

El naturalismo. — La Inmaculada echa por tierra el tercer error de nuestra época: el naturalismo, es decir: la negación del orden sobrenatural, porque Ella es en sí misma la manifestación más espléndida de la gracia.

Hay en nuestros días hombres honestos que alarmados por el auge de la corrupción contemporánea y el peligro que ella comporta para la generación naciente, combaten con indignación y energía el materialismo y el sensualismo que la causan. Hablan y escriben recriminando los excesos, inculcando moderación y pidiendo la represión de la propaganda y de las doctrinas que están provocando el envilecimiento de la raza. Urgen el dominio de las pasiones y el vencimiento de los apetitos inmoderados en nombre de la moral, pero de una moral

puramente rumana. Todos ellos, a pesar de las buenas intenciones de que puedan hallarse animados, lejos de contribuir a la regeneración de las costumbres, aceleran su depravación, porque niegan la intervención sobrenatural de la gracia que es la única energía capaz de vigorizar el alma para su lucha contra las inclinaciones instintivas de la naturaleza. La Concepción Inmaculada de María es la maravilla de la plenitud de la gracia. Desde su primer instante el cielo y la tierra la saludan diciéndole: *Ave gratia plena,* "Dios te salve llena de gracia".

Sin la gracia de su Concepción Inmaculada, su Maternidad Divina no habría sido posible. El Hombre Dios no podía nacer de una mujer que hubiera sido esclava de Satanás.

La Concepción Inmaculada es la razón de ser de su Asunción gloriosa en cuerpo y alma a los cielos. La corrupción es el castigo del pecado. A la carne contaminada corresponde la corrupción del polvo. Pero de ninguna manera a la carne inmaculada de la cual Jesucristo tomó la suya. Como al Cuerpo del Hijo, correspondió al de la Madre la exaltación a la gloria.

La Inmaculada es en consecuencia la más categórica desautorización del naturalismo.

Todos estos errores que han causado la alarmante crisis moral de nuestra época, han contribuído a debilitar las resistencias de los espíritus y a facilitar el éxito a la funesta tendencia contemporánea a absorber y anular a la persona humana. Su Santidad Pío XII con la preclara inteligencia que Dios le ha dado para que sea el faro que nos alumbre en medio de las tinieblas actuales, ha analizado y definido con precisión admirable el más hondo de los males que soporta la civilización cristiana. Lo ha denunciado en el luminoso mensaje de Navidad del año pasado: es, dice, el mal gravísimo de la *despersonalización* del hombre moderno. El clima de lo impersonal lo está invadiendo todo. En no pocas Naciones el Estado moderno se está convirtiendo en una gigantesca máquina administrativa para la cual el indidivuo es apenas una pieza insignificante. El hombre es considerado como un medio y no como un fin. Se echa en olvido que el hombre no debe ser para el Estado sino el Estado para el hombre. La dignidad de la persona humana emerge de una triple fuente: su creación, su existencia y su destino. Su creación lo eleva a la categoría de imagen de Dios, su existencia reclama el predominio del espíritu: su destino trasciende del tiempo y lo orienta a la eternidad. El menosprecio a que está siendo relegada la persona

humana está siendo la causa de los desastres que amenazan a las modernas colectividades. Las Naciones no aciertan a entenderse para vivir en paz. Las opiniones de los individuos no se toman en cuenta. Cuán distintas serían las determinaciones si emanaran de plebiscitos debidamente organizados. Cuando se contrarían las normas del Plan Divino, las consecuencias son siempre desastrosas. Parece que los estadistas comienzan a darse cuenta de esta verdad. Por un comunicado de La Haya del 21 de octubre último acaba de saberse que el Congreso del Movimiento pro Europa en que además de seiscientos delegados participaron Churchill, De Gásperi, Schuman, Spaak y otros estadistas notables, adoptó la resolución de invocar oficialmente la ayuda de Dios para los que tienen la responsabilidad del gobierno. "El destino de las Naciones, dice textualmente, está en las manos de Dios Vivo ante quien son responsables los gobiernos del mundo... Ansiamos el momento en que toda Europa se incline ante la Cruz del Redentor".

La Concepción Inmaculada es la glorificación de la personalidad humana. La humanidad entera la aclama "bendita entre todas las mujeres". En el paganismo la mujer carecía de derechos, no tenía más que deberes. No era un sujeto de derechos, era un objeto, no era una persona, era una cosa. Ahora la Virgen, desde su trono altísimo junto al de Dios, es la dignificación de la femineidad, la glorificación de la maternidad y la exaltación de la personalidad humana.

El catolicismo de hoy debe luchar incesantemente por la dignificación de la persona humana. El Papa cuando se dirige a las juventudes católicas de ambos sexos, les reitera que no deben ser pusilánimes, sino intrépidas. Les dice: los pusilánimes no sirven ni para conquistar la tierra ni el cielo; sólo son conquistadores los intrépidos. Esta admonición deben tenerla muy presente las Hijas de María. Ellas deben ser la levadura espiritual para el fermento moral de la masa de la sociedad. No deberán permitir que la masa las inficione; ellas deberán preservar de la corrupción a la masa. Pero la intrepidez en la fe y en la virtud no quiere decir agresividad ni violencia, sino todo lo contrario. Las doctrinas y las prácticas que para imponerse apelan a la agresividad y a la violencia, se desprestigian a sí mismas porque confiesan su impotencia.

La Virgen es la triunfadora, la victoriosa por excelencia. La veneramos bajo la advocación de Nuestra Señora de las Victorias. Pero triunfa con la dulzura, con la bondad, con la misericordia.

Así queremos triunfar nosotros sobre las herejías en medio de las cuales nos toca vivir. Y agradezcamos a Dios el habernos

situado en una época en que podamos dar testimonio de nuestra fe siendo intrépidos en su conservación y en su defensa. Para robustecer nuestras energías espirituales, Pío XII, el Papa de visión profética y de magnanimidad paterna, con las llaves del reino espiritual que Dios ha puesto en sus manos, ha abierto el tesoro inagotable de los merecimientos infinitos. de Nuestro Señor Jesucristo, de María Santísima y de los Santos para poner a nuestra disposición con prodigalidad inusitada todas las gracias y todas las indulgencias parciales y plenarias para que podamos purificarnos nosotros y regenerar a los demás.

En todos los períodos de la historia, la humanidad ha necesitado la protección de la Madre de Dios y de los hombres y siempre que la ha impetrado la ha obtenido. Hoy la necesitamos más que nunca. El mundo se ha pervertido y anda desorientado. No somos de él, pero vivimos en él. Queremos salvarnos y queremos contribuir a salvarlo. Para lograrlo pongamos en práctica el consejo de San Bernardo: Que María no se aparte de tus labios y no se separe de tu corazón. No te desvíes de los ejemplos de su virtud. Búscala en la oscuridad porque es tu Estrella. Si la sigues no te extravías. Si la invocas no desesperas. Si piensas en Ella no te pierdes. Si la tomas de la mano no caes. Si la invocas nada temas. Si te apoyas en Ella no te cansas. Si la sigues a Ella llegarás al puerto.

DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

Sermón pronunciado en la Iglesia de San Miguel Arcángel, el 1º de enero de 1954

DEUS, QUI HUMANÆ SUBSTANTIÆ DIGNITATEM MIRABILITER CONDIDISTI ET MIRABILIUS REFORMASTI. (PALABRAS DE LA LITURGIA DE LA MISA.)
¡Oh Dios!, que admirablemente habéis creado la dignidad de la persona humana y más admirablemente la habéis rehabilitado.

Las épocas en que se divide la historia son conocidas y quedan señaladas por las modificaciones que durante ellas experimenta la civilización. Así la época de la esclavitud, la de las persecuciones y los martirios, la del feudalismo, del individualismo y del colectivismo.

Si la nuestra acentúa su propensión al laicismo, pasará a la historia marcada con el estigma de la época del vilipendio de la dignidad de la persona humana.

El Papa lo está advirtiendo al mundo; y el Episcopado en pleno de una de las naciones más civilizadas y poderosas de la tierra, acaba de publicar un documento sensacional sobre la urgente necesidad de salir en defensa de la dignidad humana.

Paréceme éste un tema digno de preocupar nuestra atención al iniciarse un nuevo período cronológico con el año nuevo que Dios permite que comencemos hoy. La preservación de la dignidad personal, es la mejor manera de garantizar la felicidad que nos auguramos.

El hombre por el solo hecho de existir comprueba su dignidad personal. Su sola existencia presupone el concurso de la Omnipotencia y de la Voluntad de Dios. Y viene al mundo marcado con el sello de la imagen Divina. Su alma, reflejo de un destello de la Divinidad, es manantial de vida y de liber-

tad. Es la energía esencial de la cual dimana la vida y la facultad espiritual de la cual emerge la libertad.

Pero la dignidad de la persona humana ha sido realzada con otra vida superior a la natural: con la vida sobrenatural de la gracia. En virtud de este don divino el hombre adquiere su dignidad suprema. Es creatura de Dios y por la gracia sube a ser hijo de Dios. En consecuencia el hombre completo vive relacionado con tres mundos distintos y sobrepuestos: el físico, el racional y el sobrenatural. Para relacionarlo con estos tres mundos, Dios le confiere tres órganos diferentes: el de los sentidos, que lo ponen en comunicación con el mundo de los fenómenos físicos; el de la razón que lo relaciona con el mundo de los conocimientos intelectuales, y el de la gracia que lo habilita para participar de las maravillas del mundo sobrenatural.

El hombre que carece de alguno de los órganos que lo relacionan con el universo físico es un defectuoso; el privado del de la razón, aislado del mundo de los conocimientos, es un anormal, y el que ha perdido el de la gracia es un disminuido.

Perdida por el hombre la gracia de la filiación divina otorgada por Dios Creador, Dios Redentor resuelve restituírsela y se la rescata al precio de su sangre. Si se desea tener una idea del valor del alma humana, piénsese en el precio con que ha sido rescatada. El precio es infinito: la sangre del Hombre-Dios. Con razón nos ha dicho Jesucristo: "¿De qué sirve al hombre la conquista del universo entero, si pierde su alma?"

Estas breves consideraciones basten para hacernos vislumbrar la dignidad de la persona humana.

El contenido de la civilización occidental, se venía conservando fundamentalmente cristiano. Pero la cultura predominante en nuestra época, al transmitirlo a las nuevas generaciones pretende laicizarlo. Si al hombre se lo aisla de lo sobrenatural, su formación tendrá que ser exclusivamente natural. En su educación actuarán elementos sentimentales y materiales, con exclusión de los espirituales y morales.

Privado de la energía sobrenatural de la gracia, quedará abandonado a la de la naturaleza. Será un hombre disminuído. La fortaleza necesaria para el mantenimiento de la propia dignidad se debilitará por falta de nutrición adecuada, por ausencia de vitaminas morales y perecerá por anemia espiritual.

No sé si en alguna otra época se ha observado una agravación tan alarmante en las epidemias del carácter, como en la nuestra. Precisamente por esta alarmante y generalizada debili-

dad de caracteres, estamos soportando la peor de todas las crisis: la crisis de la moral. Es la terrible consecuencia que tarde o temprano soportan las civilizaciones que olvidan este axioma: "la educación del alma, es el alma de la educación."

Este debilitamiento progresivo de la defensa de la propia dignidad, está acusando la complicidad de las personas con la más funesta de las tendencias de la actualidad mundial: la tendencia a despersonalizar a los individuos, contra la cual Pío XII tan insistentemente viene amonestando al mundo.

A esa tendencia se la está denunciando con el nombre de *masificación*. Como el grano de trigo que al ser triturado y molido pierde su individualidad y desaparece en la masa, se pretende que los hombres anulen su personalidad en aras del robustecimiento de las organizaciones. Las organizaciones son necesarias, indispensables para la efectividad de las conquistas del progreso y el bienestar de la comunidad; pero es imprescindible procurar que quede siempre en salvo este principio fundamental: "No deben ser los hombres para las organizaciones sino las organizaciones para los hombres."

¿Cuál es el medio de conquistar y de mantener la dignidad de la persona? El de la intransigencia en el cumplimiento del deber. Por desgracia la atmósfera que nos envuelve no es propicia para lograrlo. Está saturada de pretensiones, de exigencias de derechos. Son muy raros los que piensan y declaran que lo que urge es adelantar la hora del cumplimiento de los deberes.

El perfeccionamiento moral del hombre se asegura con el cumplimiento de los deberes, más que con la exigencia de los derechos. Y con el cumplimiento de los deberes se vigoriza la fortaleza del carácter. Es más fuerte el hombre del deber que el hombre del derecho, porque el hombre siempre puede ceder de su derecho pero nunca debe faltar a su deber.

El imperativo del deber supone la existencia de una autoridad que lo sanciona. No deben confundirse autoridad y poder. Poder es la fuerza por la cual se puede imponer el sometimiento al deber. Autoridad es el derecho a que sea aceptado por obediencia. El poder puede ser soportado por miedo. La autoridad es acatada por conciencia. El que se somete por miedo se esclaviza. El que obedece por conciencia se liberta.

La autoridad suprema es Dios. Dios es la única Autoridad absoluta. Toda otra autoridad dimana de Dios y llega al hombre que la inviste por los medios establecidos. Dios es fuente

eterna de autoridad y de justicia. Por eso ninguna autoridad legítima debe divorciarse de la justicia. La autoridad que impusiera una injusticia se desautoriza a sí misma y para ese caso dejaría de ser autoridad, como la ley que por el hecho de ser injusta deja de ser ley. Una autoridad que pretendiera imponer una violación a la moral, por eso mismo quedaría despojada del derecho a ser obedecida. Y los que la resisten, aun a costa de la vida, pasan a la historia transfigurados con la gloria del martirio.

Toda ley que procede de la Autoridad Divina es dignificante para la creatura humana. La creatura humana no siempre advierte lo que más conviene a su perfeccionamiento moral. Pero Dios sí, porque es su Creador, es su Padre, es su Redentor y quiere ser su Glorificador.

Los hombres además adolecemos de una tendencia instintiva a inflar y a tener por absolutos los que consideramos ser nuestros derechos, y nos resistimos a reconocer la legitimidad de los derechos de los otros si contrarían o limitan a los nuestros. La propensión al absolutismo es desgraciadamente muy humana.

Las leyes divinas son las que infaliblemente nos dignifican. Y al mismo tiempo que nos dignifican, nos libertan. Nos libertan del despotismo de los hombres, porque cuando pretenden hacernos claudicar nos mantienen firmes recordándonos que no es lícito ni por adular ni por temer a los hombres, consentir en violación alguna de la Ley de Dios.

¡Con cuánta razón nos ha sido revelado que donde preside el Espíritu de Dios reina la libertad: *Ubi Spiritus Domini ibi libertas!* Y desbordantes de gozo espiritual, celebremos esta primera consecuencia: donde reina la verdadera libertad, florece la dignidad de la persona humana. Para legitimar este gozo el Espíritu Santo nos ha revelado que Dios no se complace con el sometimiento forzado de los esclavos sino con el acatamiento voluntario de los libres: *Non servi, sed liberi.*

El año cristiano se inaugura con la lección trascendental que nos da el Hombre-Dios a los ocho días de haber venido al mundo: la de la voluntaria sumisión a la ley. Se hallaba en vigencia en el Antiguo Testamento la ley de la circuncisión. Jesucristo además de no hallarse sometido, venía a derogarlo. El cumplimiento de aquella ley implicaba un derramamiento de sangre y una mortificación para El y para su Madre Virgen. No importa. Comienza por darnos ejemplo. Y más tarde nos dirá que no viene a quebrantar las leyes sino a perfeccionarlas y a cumplirlas.

No olvidemos jamás que la observancia de las normas divinas no coartan la libertad, antes bien la protegen. Los faros no son para impedir sino para asegurar la libertad de los navegantes. Tal es la finalidad dignificante de la ley divina, escrita en las tablas de piedra o grabada en la profundidad de las conciencias.

Si queremos pues asegurarnos la felicidad que nos auguramos a pesar de las circunstancias adversas, observemos las leyes divinas y cumplamos con nuestros deberes. El primer resultado será el afianzamiento de nuestra dignidad personal ante la propia conciencia, ante la consideración de los hombres y sobre todo ante la mirada de Dios, justo Juez de las conciencias y misericordioso Remunerador de los esfuerzos en el cumplimiento de los deberes.

EFICACIA Y SUPERVIVENCIA DE LA VERDAD

Sermón de Resurrección pronunciado en la Iglesia de San Miguel Arcángel, el domingo 18 de abril de 1954

COGNOCETIS VERITATEM ET VERITAS LIBERABIT VOS. (EV. DE SAN JUAN C. 8 - 32.)
Conoceréis la verdad y la verdad os dará la libertad.

EL Viernes Santo las tinieblas que ensombrecían las mentes y los corazones de la inmensa mayoría de los hombres, los hicieron incurrir en tantas aberraciones que llegaron hasta el deicidio. El universo físico, como asociándose a aquella oscuridad moral, quedó también en tinieblas. El sol se había enlutado. Era una advertencia para los que habían intentado apagar el sol de la verdad. Al salir del sepulcro el cuerpo luminoso y glorificado de Jesucristo, en la alborada de la Resurrección, ese hecho demostrativo de su Divinidad, comenzó a esclarecer el mundo de las almas.

En nuestros días, el universo se halla también en tinieblas. Y por eso, pesa sobre nosotros más que nunca la obligación de contribuir a que brille la verdad.

El Papa ha denunciado ante el mundo la causa por la cual no tienen éxito las prolongadas y laboriosas gestiones que se vienen realizando con el propósito de establecer la paz: "la insinceridad".

La insinceridad es la desfiguración dolosa de la verdad.

Esta crisis que padece la verdad en el orden de las relaciones internacionales, la soporta también en el social y el personal. Si la verdad llegara a imponerse en el orden internacional, el social y el individual, el mundo sería un reino de paz porque

sería el reino de Dios que imploramos en la oración Dominical. La verdad es de una eficiencia y de una trascendencia universal.

El Viernes Santo hemos recordado con emoción profunda el diálogo entablado ante el Tribunal del César entre Pilatos que actuaba como juez y Jesucristo que asistía como reo. Lo habían acusado de que pretendía hacerse rey. Pilatos lo interroga: "¿Eres tú rey de los judíos?" Jesús responde: "¿Me lo preguntas por propia inspiración o haciéndote eco de la acusación que se me hace?" Pilatos replica: "¿Acaso soy yo judío?. Los Pontífices de tu nación me lo han denunciado y te han entregado a mí, ¿qué respondes a esto?". —"Mi reino no es de este mundo", respondió Jesús. Y Pilatos replica: "¿Luego tú eres rey?" "Sí, lo soy", contesta Jesús. "Para serlo nací. Para esto vine a este mundo a dar testimonio de la verdad".

¡Afirmación admirable, revelación portentosa¡ Hasta entonces no se había formulado jamás. Para fundar un reinado universal e imperecedero se valdrá de un solo procedimiento, empleará una sola arma: la verdad.

Y la prueba de esta afirmación comenzó a descubrirla el mundo en el proceso de la pasión y muerte de Jesucristo. La desfiguración dolosa de la verdad, la hipocresía y la mentira disponían de todos los recursos: del poder, de la justicia, de la riqueza y de la fuerza. La verdad se hallaba indefensa y desamparada. Sin embargo el éxito de la mentira fué momentáneo y efímero y el de la verdad fundamental y permanente. En su avance continúa encontrando resistencia pero éstas no detienen su marcha, y avanzará hasta el fin de los siglos cuando la humanidad llegue a constituir un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor.

¿De dónde proceden la eficacia y la supervivencia de la verdad? De que la verdad es la generadora de la paz, la sostenedora de la estabilidad y la creadora de la libertad.

La verdad es la generadora de la paz. En primer término, de la paz de la conciencia. Hay en la intimidad de cada alma una tendencia invencible hacia la verdad, como hay en los ojos del cuerpo una avidez de luz. La inteligencia en su intimidad no se satisface con el engaño, con el error o con la mentira. Aún cuando los utiliza para su ventaja, en su intimidad le repugnan. Sólo descansa con la posesión y el empleo de la verdad. En todas las épocas hay hombres que se esfuerzan ideando doctrinas con las cuales pretenden justificar los desvíos de sus ambiciones. Un eminente pensador de nuestros días ha dicho: No sé hasta qué punto es exacta la afirmación de los que proclaman que los pueblos tienen los gobiernos que

se merecen, pero es irrebatible la de los que sostienen que las épocas de degeneración moral engendran las doctrinas que la justifican. Y comprueba su tesis con la aparición en nuestra época de cierto existencialismo.

Pero es inútil. Ningún artificio puede sustituir a la verdad para engendrar la paz. Los individuos y las colectividades percibirán siempre en la intimidad de las conciencias el eco del desmentido bíblico: *pax, pax sed non erat pax,* "hablan de paz, pero no están en paz".

Es lo que acontece también en el orden internacional. La paz concertada artificiosamente después de la primera guerra mundial del año catorce fué efímera. Los puntos de Benedicto XV —el Pontífice de la paz, a quien debemos la invocación a la Madre de Dios y de los hombres como a Reina de la Paz— propuestos a los gobernantes de entonces, eran las exigencias de la verdad. Si después de la segunda guerra, consecuencia de la falsa paz de la primera, se estableciera otra paz sobre "la insinceridad" denunciada por el actual Pontífice Pío XII, una tercera guerra que equivaldría a un suicidio universal, sería la tremenda respuesta que darían los acontecimientos a cuantos pretenden establecer la paz falsificando la verdad.

La verdad es además sostenedora de la estabilidad. Entiendo por estabilidad la firmeza en los principios orientadores de la inteligencia y en la rectitud normativa de la vida. No hay nada que desacredite tanto al hombre como la volubilidad en sus opiniones y la contradicción en sus actitudes. Nadie confía en él. La volubilidad que demuestra lo exhibe con una falla fundamental o en su inteligencia por su incapacidad de percibir la verdad o en la voluntad por su debilidad para conformar a ella su conducta. En cambio la verdad, abrazada por la inteligencia y observada en la conducta, da al hombre una estabilidad admirable que le conquista el respeto, la confianza y aún la admiración de sus semejantes.

La verdad dignifica al hombre que la sostiene en todas las circunstancias favorables o adversas y a su vez el hombre que afronta los sacrificios que su mantenimiento le exige, ennoblece y glorifica a la verdad.

La verdad es también creadora de la libertad. El error implica siempre una servidumbre. Servidumbre que humilla y degenera porque se halla siempre dispuesta a cambiar de amo. La doctrina ocasionalmente más difundida, la filosofía más en boga, el sistema más afortunado, se suceden en la tiranía que ejercen sobre ese fácil esclavo en las épocas sucesivas de cada

siglo. Y entre los que soportan esa servidumbre hay quienes se glorían de ella porque pueden llamarse hombres de su época, de su siglo, lo que equivale a decir, hijos de su tiempo. Nosotros renunciamos a esa gloria efímera, ya que no podemos ni queremos considerarnos ni del siglo presente ni del pasado ni del futuro. Sabiéndonos en posesión de la verdad que nunca varía, no somos hijos del tiempo, somos de la eternidad. La verdad que nos liberta de todos los prejuicios y de todas las veleidades personales, nos liberta además de todas las mutaciones del tiempo y de todas las exigencias del siglo. Hemos descubierto la verdad y la verdad nos da la libertad. Por lo que a mí respecta puedo afirmar que la razón de ser de mi libertad ha sido siempre la verdad. La verdad es la creadora de la libertad.

La libertad es el alma del espíritu. Pero mientras vivimos en este mundo, el espíritu no actúa sin su órgano, es decir: sin el cuerpo. Y el cuerpo para el desempeño de su función, necesita de un relativo bienestar material. La miseria es en consecuencia un obstáculo para la libertad. La miseria es causa de inseguridad y la inseguridad absorbe las preocupaciones de la persona que necesita arbitrar los medios de superarla. Por eso la Iglesia ha sostenido siempre la necesidad de liberar al pueblo de la servidumbre de la miseria por medio de la justicia social y de la práctica de las obras de misericordia espirituales y corporales.

Sin embargo no debe pensarse que la abundancia favorezca más a la libertad. La opulencia la perjudica tanto o más que la miseria. El desmedido afán de prebendas y el miedo de perderlas, someten al hombre a obsecuencias más humillantes que las de la miseria. Hay más capacidad de reacción y de heroísmo en el indigente que en el sibarita.

Pilatos gozaba del favor del César. Los enemigos de Jesucristo le exigían la sentencia de su muerte. Pilatos, sabedor de su inocencia, se resistía. Los Pontífices y los Fariseos indujeron al pueblo a que lo amenazaran con denunciarlo como a enemigo del César si continuaba resistiéndose a condenar a quien actuaba con la pretensión de hacerse rey. Y entonces el juez cedió. ¿Perder la gracia del César y con ello la posición y las prebendas?... ¡Ah, no! Callen entonces los remordimientos de la conciencia que se resiste a condenar a un inocente. ¡Y tú, pueblo, posesiónate del reo y haz de él lo que quieras!

¡Ah!, la miseria material puede ser un obstáculo para la libertad; pero la miseria moral es una imposibilidad. El espíritu dominado por las pasiones se prostituye y se incapacita para toda resistencia.

La orientación que en el mundo se pretende imprimir a las masas, me obliga a llamar la atención sobre otro de los riesgos que amenazan a la libertad. La afirmación vulgarizada de que la miseria es mala consejera, contiene una gran verdad en el orden económico y en el moral. En la búsqueda del bienestar material para combatir la miseria, se equivocan por igual los que pretenden el cercenamiento de la libertad individual en favor de las libertades colectivas, y los que atentan contra éstas con la ilusión de exaltar la libertad individual. Cuando se suprime la libertad individual con el pretexto de favorecer las libertades colectivas, se entroniza el despotismo y cuando se atenta contra las libertades colectivas con la pretensión de exaltar la libertad individual, se introduce la anarquía. Y ni la anarquía ni el despotismo son capaces de proporcionar el bienestar de la persona ni de la comunidad. La libertad genuina jamás atentará contra la libertad.

Estas reflexiones claras y precisas bastan para dejar demostrado que la verdad es de una eficiencia y de una trascendencia universal.

Pero a fin de que en realidad lo sea, la verdad no debe quedar inactiva en la región de la inteligencia sino que debe descender a informar los actos de la vida. Reconocer la verdad y obrar contra ella, es profanarla.

¿Pero cuál es la verdad, la única verdad que proporciona la estabilidad, la paz y la libertad? Es necesario buscarla con lealtad y una vez hallada, abrazarla con sinceridad. Cuando Jesucristo afirmó solemnemente ante el tribunal, que había venido a traernos la verdad, Pilatos le preguntó: "¿Y qué es la verdad?" Pero sin aguardar la respuesta se levantó y se fué. Ningún interés tenía en descubrir la verdad que lo obligaría a proceder contra su interés material. Por el contrario le convenía ignorarla para continuar gozando de la vida.

Nosotros sabemos en quién está la verdad. Todo el mundo se la adjudica. Los hombres, las escuelas, las filosofías, los sistemas, los partidos, las religiones, todos se proclaman poseedores de la verdad. Nadie es lo excesivamente osado para afirmar que defiende un error o que divulga una mentira. Y nadie lo es tampoco para atreverse a decir que él es la verdad o que fuera de él o contra él no hay verdad. Sólo el Hombre Dios ha podido presentarse al mundo haciendo esta afirmación sin peligro de ser desmentido: "¡La verdad soy yo!", *Ego sum via veritas et vita.* ¡Yo soy la senda que conduce a la verdad y la verdad que da la vida!

Aun cuando no existiesen las innumerables maravillas sobrenaturales con las cuales comprobó la exactitud de sus afirmaciones, la última que realizó después de haberla preanunciado basta y sobra para evidenciar ante el mundo que Él es la verdad: el hecho de su resurrección. Sobre la verdad inconcusa de este hecho único en la humanidad, descansa la institución de su Iglesia universal, que perdurará en la tierra hasta el fin de los tiempos y en el cielo por toda la eternidad.

Asociación de almas inmortales, de espíritus libres, que aun indefensa y desamparada, continuará triunfando sobre la hipocresía y sobre la mentira aunque éstas tengan a su disposición la justicia, la riqueza y la fuerza.

Celebremos con júbilo la resurrección de Jesucristo, abramos la inteligencia y el corazón para iluminarnos con su luz y enfervorizarnos con su amor en esta hora de oscuridad y de egoísmo a fin de que no nos acontezca lo que recrimina el Evangelista a tantos de los contemporáneos de Jesucristo que obstinados en rechazar la luz prefirieron quedarse en las tinieblas.

SAN PÍO X

Sermón pronunciado en la iglesia de San Miguel Arcángel el domingo 6 de junio de 1954, con motivo de la Solemnidad de San Pío X

El más grande de los milagros que comprueban la permanencia de la intervención de Dios en el desarrollo de la humanidad, es el de la vitalidad de la Iglesia, merced a la cual no sólo sobrevive, sino que se mantiene en una perenne juventud. Es éste su estado inmanente en el cual nacemos, vivimos y morimos y, precisamente, por esto, para muchos pasa inadvertido. *Ab assuetis non fit passio.* Lo que se torna habitual ya no impresiona.

Pero el acontecimiento espiritual que en estos días ha estado impresionando al mundo, ha interrumpido su habitual insensibilidad, obligándolo a comprobar la realidad de la eterna juventud de la Iglesia.

Durante los dos milenios que lleva de existencia ha visto aparecer y desaparecer, sin dejar rastros de sí, filosofías, escuelas, herejías, religiones y organizaciones, algunas de las cuales, al menos aparentemente pujantes, se prometían milenios y apenas contaron décadas. Es la suerte reservada a todas las instituciones humanas por soberbias que sean, por poderosas que se sientan. Son hijas del tiempo y no pueden librarse de su caducidad hereditaria. Tarde o temprano les llega el día en el cual la Iglesia, a veces perseguida por ellas, las despide repitiendo estas palabras divinas: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos".

La canonización de Pío X es la demostración más elocuente de la vitalidad juvenil de la Iglesia que durará hasta el fin de los tiempos. La Iglesia es un árbol plantado por Jesucristo, Hombre Dios en la tierra. Su tronco robusto hunde sus raíces en profundidades inaccesibles, permanentemente regadas por el río de su sangre divina que siempre corre, y hasta que sea trasplantado en la eternidad, continuará produciendo flores maravillosas, cuyo perfume servirá para embalsamar al mundo con el olor de Cristo a fin de impedir que los miasmas deletéreos del materialismo lo envenenen y lo maten. Pío X es la flor blanca y lozana que en todo el esplendor de su pureza se abre en nuestros días sobre la decadencia de la humanidad marchita para reanimar nuestra esperanza. A esta esperanza, patrimonio de los que pertenecen a instituciones que viven del espíritu, no tienen derecho los que se entregan a las que pretenden vivir sólo de la materia.

Por esta razón la Iglesia ha venido diciendo a los que mantenían su fidelidad en las épocas de las persecuciones cruentas y las acechanzas insidiosas, lo mismo que en nuestros días nos está repitiendo a nosotros: no os desesperéis, no desmayéis ante las contrariedades ni ante las amenazas; al contrario sentíos felices y orgullosos de que os haya tocado en suerte el ser no sólo testigos sino también actores en las actuales tragedias originadas por las mutaciones que está soportando el mundo.

La Providencia ha dispuesto proporcionarnos un protector eficacísimo para que con su ejemplo nos estimule y con su generosidad nos ayude a adquirir y a practicar las dos grandes virtudes necesarias para superar la prueba y obtener la victoria: la Bondad y la Fortaleza.

Son éstas, precisamente, las grandes virtudes características de San Pío X: Bondad sin límites y Fortaleza sin vacilaciones. Bondad en el trato con las personas, fortaleza en la salvaguardia de los principios. Estas dos virtudes, miradas superficialmente, parecerían excluirse pero observadas en su esencia se comprueba que se complementan. Bondad es la posesión y la difusión del bien. Y este atributo divino obliga a reaccionar contra todo avance del mal. Cuando advierte que el mal lo amenaza sea en sí mismo, sea en las personas o las instituciones, reacciona y se siente obligado a repelerlo. Para ello debe contar con la fortaleza que es, en consecuencia, la virtud que sirve de custodia a la bondad. Son dos virtudes gemelas que se desarrollan y crecen juntas. Y el terreno propicio donde germinan y se desarrollan no es la materia, es el espíritu.

En nuestros tiempos de prevalencia de lo material, resulta difícil persuadir a los hombres de las ventajas de hacer predominar lo espiritual. Por eso estamos lamentándonos de la imposibilidad de lograr el establecimiento de la armonía en el orden familiar, en el social y en el internacional.

Los hombres creen más en la eficacia de la ambición, de la riqueza y de la fuerza. Ojalá el fracaso sucesivo que están experimentando estos medios, los lleve al convencimiento de que por ser puramente humanos no pueden sustituir a los divinos. Los medios divinos son la contraposición de los humanos. El mundo cree que las conquistas son de los fuertes. El vencedor del mundo nos dice, en cambio: "Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra". No se promete aquí la conquista del cielo sino la posesión de la tierra, es decir: de lo que actúa sobre la tierra. Los mansos son los buenos, los bondadosos. La ambición, la violencia, la fuerza, provocan reacción, levantan resistencia. La bondad, la mansedumbre, la humildad, despiertan simpatía, infunden confianza y estimulan la adhesión y el seguimiento. No se vence a la maldad sino con la bondad. Tal fué la táctica invariable del santo y bondadísimo Pío X con la cual obtuvo tantas victorias.

La libertad es hija del amor, la servidumbre engendro del temor. El que gobierna sólo con el amor, puede gloriarse de gobernar a hombres libres; el que se ve precisado a apelar al miedo tendrá que avergonzarse de que subyuga a esclavos.

El gobierno espiritual de Pío X sobre las almas fué esencialmente paternal. Algunas resistencias individuales que fueron vencidas por sus exhortaciones paternales, le arrancaban lágrimas de alegría. Y otras colectivas, que pretendieron justificarse como exigencias, del adelanto de la ciencia, denominadas modernistas, se sometieron también al paternal llamado del amor. Y desde entonces todos los que se disponen a asumir cargos de responsabilidad en la jerarquía eclesiástica, puestos de rodillas a los pies de sus respectivos Prelados, las repudian con un juramento al cual adhieren su inteligencia y su corazón.

Todas las innumerables victorias del espíritu fueron conquistas del amor. ¡Y difundió el amor por todo el mundo, promoviendo la frecuencia de la Eucaristía!

La generosidad es efecto de la bondad. Y la generosidad sin medida revela una bondad sin límites. Así fué la bondad de Pío X en todas las etapas de su vida. La Providencia dispuso que recorriese uno por uno todos los grados de la carrera eclesiástica, desde el más bajo hasta el más elevado, tal vez

para que sirviese de ejemplo a todos los eclesiásticos del mundo. Y después de haberlos desempeñado todos, desde modesto Capellán hasta Pontífice Supremo, se le hizo justicia con la verdad de este elogio: "Nació pobre, vivió pobre y murió pobre". Ejemplo oportunísimo para todos los sacerdotes del universo en una época tan materializada como es la nuestra. Cuanto más desprendidos vivan de los bienes materiales más aptos serán para distribuir los espirituales. La pobreza material es la mejor disposición para atesorar riqueza espiritual. El desapego de los bienes terrenos liberta a los sacerdotes de la influencia de cuantos pretenden seducirlos o someterlos con prebendas. Por eso, en circunstancias memorables en las cuales los poderes públicos de cierta nación, pretendieron limitar la libertad de acción de la Iglesia, mediante el despojo de sus bienes temporales, Pío X hizo públicas estas dos expresiones: "Yo no defenderé los bienes de la Iglesia sino el bien de la Iglesia", y refiriéndose a los sacerdotes dijo: "Que sean pobres, pero libres".

¿Cómo podríamos extrañarnos de que la inmensa bondad de Pío X lo indujera a darlo todo, si lo mantenía permanentemente dispuesto a dar la vida?

Había realizado esfuerzos sobrehumanos por contener la primera guerra mundial. El horror que experimentaba ante la visión de los millones de víctimas inocentes que habría de causar, lo obsesionaba. Cuando se persuadió de la esterilidad de sus esfuerzos por contenerla, se consideró vencido y varias veces predijo en confidencias íntimas la proximidad de su estallido. Al informársele del asesinato de Sarajevo dijo a su Secretario de Estado: ese disparo provocará el incendio. Ante los primeros anuncios de los millares que caían ametrallados, a quienes sin distinción de nacionalidad ni de religión amaba como a hijos, prorrumpió en llanto lamentando su incapacidad de salvarlos y su corazón debilitado se rompió de dolor, y cayó, estremeciendo al mundo, la primera gran víctima de la primera guerra mundial.

El veinte de agosto de 1914, en la tierra se hizo un gran vacío. Desde la Colina Vaticana envuelta en humo, Pío X se fué al Cielo. Al hacer entonces su elogio fúnebre dije que su vuelo fué el de una paloma blanca que llevaba las alas salpicadas con sangre: la sangre de las primeras víctimas de la guerra y la de su corazón roto por el dolor de no haberlo podido contener. Desde entonces la paloma de la paz no ha podido posarse sobre la tierra.

La bondad no está reñida con la fortaleza: al contrario, la reclama porque la fortaleza la defiende. El que es fundamen-

talmente bueno rechaza serena pero firmemente todo cuanto pueda dañar a la bondad en sí mismo o en los demás. La defensa de la bondad requiere superioridad y energía de carácter. Estas facultades no se poseen cuando se carece del don de la fortaleza. La fortaleza moral es un don del Espíritu Santo. Los dones del Espíritu Santo son atributos otorgados a las almas buenas. La fortaleza moral es muy distinta de la fuerza material. La fuerza material es deleznable y sujeta a ser quebrada por otra fuerza; la fortaleza moral es invencible. Si en nuestros días hay tantas claudicaciones y tantos sometimientos, es porque se está pasando por una crisis alarmante de fortaleza moral. Pío X se presenta en esta segunda mitad del siglo veinte como ejemplo y estímulo de la fortaleza moral. La necesaria brevedad de esta alocución no permite ni siquiera enumerar las diversas oportunidades en que reveló la firmeza de su resistencia contra todos los intentos de avasallar la superioridad de lo espiritual. Bástenos el recuerdo de una sola. En la alocución Consistorial del 14 de noviembre de 1904, al poner en conocimiento de los Cardenales los acontecimientos que se sucedían, consignaba en términos dolorosos, pero firmes y serenos, las condiciones en que el gobierno de una nación acababa de consumar la ruptura de relaciones con la Santa Sede. Haciendo resaltar el contraste de la benevolencia de la Santa Sede para con la República y la hostilidad del gobierno para con la Iglesia, les dijo: "Según el curso que toman los acontecimientos, no podemos esperar que cesen las hostilidades. Mientras las actitudes de la Santa Sede continúan demostrando que la profesión del cristianismo auténtico puede conciliarse perfectamente con la forma republicana de gobierno, los opositores, por el contrario, pretenden afirmar que la República no puede tener nada de común con la Iglesia". Doble calumnia se infiere con esto, gratuitamente, a los ciudadanos: como a patriotas y como a católicos; y bien; éstas son palabras textuales del Santo Pontífice. ¡Que vengan los acontecimientos que no hemos provocado; nos encontrarán firmes y sin miedo, porque estamos preparados y fortalecidos por las exhortaciones y la fe de Jesucristo!

Así se defiende contra todo avance de la seducción o de la amenaza el patrimonio espiritual, aun a costa de la pérdida de todo lo material y, si el caso lo requiere, hasta de la misma vida.

El mundo en que vivimos se halla envuelto en tinieblas. Al parecer nos hallamos en el ocaso de una civilización. Pero he aquí que en medio de esta oscuridad desalentadora, ha

brillado un sol que viene a iluminarnos con su luz y a reanimarnos con su fuego. Este hecho reconfortante me trae a la imaginación el relato del Profeta Isaías. La noche envolvía a la ciudad. En la quietud de su silencio se oye una voz que grita como pretendiendo despertar a los espíritus dormidos: "¿Centinela, qué ves en la oscuridad de la noche?" "Veo despuntar la aurora, veo que amanece". ¡Oh Santo Pío X!, permitidme que yo desde mi modesta cátedra, avizorando el horizonte ante vuestra Canonización providencial, grite a todos los pesimistas, a todos los desesperanzados, a todos los vacilantes: Animaos, reconfortaos, veo despuntar la aurora, veo que amanece. El astro que brilla es el del Amor; es el Pontífice de la Eucaristía y la Eucaristía es la reviviscencia y el fortalecimiento del espíritu.

Esto tenía que acontecer en este Año Mariano. La Madre de Dios quiere salvar a los hombres, sus hijos. Se presenta al mundo coronada por doce estrellas del cielo y sustentada desde la tierra por doce astros, los doce Pontífices devotos suyos que tomaron por nombre "Pío": el duodécimo ha corrido el velo que ocultaba la gloria del décimo hacia el cual levantamos los ojos, las manos y el corazón llenos de esperanza. Y yo le digo: cuando vivíais en esta tierra accedisteis con benignidad conmovedora a las súplicas que os formulé para mí y para los seres queridos y vuestra mano bondadosa se levantó para impartir la bendición anhelada. Ahora que en el cielo vuestra visión lo abarca todo en la luz y vuestra bondad se confunde con la inmensidad del amor de Dios, extended vuestra mano paternal y bendecidnos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

MATERIALIZACIÓN DE UN SUEÑO: EL HOGAR DE LA EMPLEADA

Alocución pronunciada el día 15 de agosto de 1954, en oportunidad de la inauguración del Hogar de la Empleada "Santa Teresita"

En el año litúrgico hay un día, el de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, en el cual la Iglesia universal no pudiendo contener su júbilo, lo exterioriza exclamando: alegrémonos todos en este día que nos ha sido creado por el Señor.

En este día de la gloriosa Asunción de nuestra Madre Santísima, en el año Mariano de 1954, cumpliendo el deseo expresado por Su Santidad Pío XII, Pontífice gloriosamente reinante, de que se consagren a la Santísima Virgen obras sociales, el Eminentísimo Cardenal Santiago Luis Copello, Primado Arzobispo de Buenos Aires, ante la auspiciosa presencia de las autoridades de la Nación y del Municipio, del representante del augusto Pontífice, de embajadores de naciones amigas, de delegaciones de asociadas de todo el país y de múltiples organizaciones, acaba de impartir su bendición a este edificio destinado a Hogar de la Empleada; y todos cuantos hemos trabajado y sufrido y suspirado por ver la gloria de este día, como despertando de un sueño, al encontrarnos frente a la magnífica realidad decimos a cuantos nos han ayudado, sostenido y estimulado, presentes y ausentes: ¡alegraos todos con nosotros en este día que nos ha creado el Señor!

Sí, nos lo ha creado el Señor. Viene muy bien repetir aquí lo que tantas veces he dicho: el que cree poderlo todo porque dispone de cuanto el mundo puede proporcionar, si no cuenta

con Dios, no tiene nada ¡y el que no dispone de nada de lo que el mundo da, si tiene a Dios lo puede todo!...

Ha llegado el momento de hacerlo público: cuando los obstáculos se volvían insuperables, cuando los recursos nos faltaban, aparecían contribuciones inesperadas y soluciones imprevistas, como para que nadie pudiera atribuírselas y al ser sorprendido por ellas se viese precisado a exclamar: "¡Sólo a Dios coresponde el honor y la gloria!..." De esta obra puede decirse que es el resultado de la eliminación de todas las dificultades por medio de la sonrisa de Dios. ¡Sí, de la sonrisa de Dios!...

Cuando cierta enfermedad misteriosa parecía terminar con la vida de Teresita a los diez años de edad, la Virgen Santísima, infundiendo vida a una imagen suya instalada sobre la cabecera de la cama de la niña, la miró y le sonrió y con esa sonrisa le devolvió la salud y le prolongó la vida para dicha del mundo.

Desde que la F.A.C.E. al nacer, la juró su Patrona, Santa Teresita viene sonriéndole, en cada uno de los problemas que le parecían insolubles, en cada una de las dificultades que se le presentaban como insuperables y aquellos problemas y aquellas dificultades se desvanecían ante soluciones providenciales, ante intervenciones inesperadas que obligaban a bendecir las contrariedades que las habían provocado. Por eso Santa Teresita que preside todas nuestras obras, presidirá con más derecho, si cabe, este Hogar que se inaugura en el día de la Santísima Virgen que con su sonrisa le devolvió la salud y le prolongó la vida para que ella continúe salvando y prolongando la nuestra. ¡Y hoy le decimos que nuestra recompensa resultará sobreabundante, si la vida de las moradoras de éste su hogar, se desliza bajo su dulce protección iluminada por una fraternal y permanente sonrisa!...

Es inmensa la dicha que nos proporciona el hecho de que el buen Dios se haya servido de nosotros para que el sector de nuestras empleadas que por diversas causas se hallan relegadas a vivir en un peligroso aislamiento, puedan sentirse acompañadas en su soledad, protegidas en su debilidad y defendidas en su desamparo. Tal es la finalidad de éste su Hogar. Para ellas no habrá más exclusiones que las exigidas por la capacidad de su espacio, a pesar de la amplitud que han podido proporcionarle nuestros modestos esfuerzos.

Fuera de los requisitos exigidos por la necesidad de una saludable convivencia, física y moral, no se les exige ningún otro que subyugue su libertad.

Al agradecer a Dios el que se haya servido de nosotros, debemos también manifestarle públicamente nuestra inmensa gratitud por haber movido a tantos corazones que han contribuído a la realización de nuestro propósito. La colaboración popular desde el punto de vista de su procedencia, ha sido y continúa siendo ilimitada.

Sin diferencia de raza, de clase, de nacionalidad, de política ni de religión, de todos los sectores de la Capital y de todas las regiones de las Provincias, nos han llegado aportes en su inmensa mayoría modestos que nos han permitido invertir hasta este momento la cantidad de diez millones de pesos. Los que nos faltan han de llegarnos de la misma procedencia.

Aprovechamos esta oportunidad para anunciar que nos resulta suamamente grato el proporcionar a todos nuestros generosos favorecedores, de hoy en adelante, la oportunidad de comprobar por sí mismos cómo se invierten sus donaciones.

Esta conmovedora y espontánea generosidad del pueblo nos ha hecho posible, hasta ahora, el poder prescindir de importunar al gobierno, dándonos, por el contrario, la posibilidad de colaborar, con el esfuerzo de la iniciativa privada y en la medida de nuestras fuerzas, en la solución de los pavorosos problemas de la vivienda, del transporte y de la alimentación.

Nos ha proporcionado también la satisfacción inmensa de poder presentar a este edificio con la característica especial que le asigné el día de la bendición de su piedra fundamental, al decir que quería que fuese "un monumento de conciliación humana y de confraternidad cristiana".

Para coronar esta obra no bastaba la colaboración económica, se hacía indispensable, en ciertas circunstancias, la profesional, la intelectual y la moral. Y cuando aquéllas se volvieron más apremiantes, nos las proporcionó en forma inesperada la Providencia divina, comprobando una vez más que la hora de la impotencia del hombre es la de la omnipotencia de Dios.

No daré nombres ni aun el de los que forman la comisión asesora constituída entonces, pero yo que predico la Caridad y la Justicia que constituyen el lema de mi escudo episcopal, incurriría en una contradicción, si, aun cuando sé que contrarío su especial modalidad, no mencionara a quien los encarna y representa a todos y que en los momentos más angustiosos puso sin reservas, para realizar el esfuerzo supremo, la contribución de su competencia, de su genio, de su honestidad, de su tiempo y de su corazón: el arquitecto Gerónimo Rezzoagli.

¿Y podría silenciar el aporte sorprendente del trabajo permanente, edificante, abnegado e inteligente, durante estos años, de todas las comisiones y socias de los gremios que con su solidaridad conmovedora, año tras año, han continuado desviviéndose por aportar los recursos requeridos para proporcionar el alivio del Hogar a sus compañeras más infortunadas? ¡Dios os bendiga, heroínas singulares, que continuáis vuestra movilización admirable en las filas en que os habéis alistado de nuestro ejército de la pacificación social!

Quizá resulte conveniente en esta oportunidad recordar brevemente por qué los sindicatos de la F.A.C.E. se preocupan tanto por el bienestar material de las asociadas, asistiéndolas dentro de lo posible en todas sus necesidades temporales: la razón es porque mientras vivimos en este mundo debemos ser no utópicos, sino realistas.

Somos un compuesto de alma y cuerpo, es decir: de espíritu y de materia. No podemos ni debemos prescindir de ninguno de estos dos elementos constitutivos. Nuestro Divino Maestro nos lo hizo notar: "no sólo de pan vive el hombre", es decir: lo material es indispensable aunque no basta para la vida. Un relativo bienestar material es absolutamente indispensable para la salvaguardia de la dignidad humana, para el ejercicio de la libertad y aun para la práctica de la virtud. En consecuencia resultaría inconducente ocuparse sólo de lo espiritual, como sería funesto preocuparse exclusivamente de lo material. Por eso, si nuestros sindicatos se esfuerzan constantemente por proporcionar a sus asociadas el bienestar temporal, es con el propósito de que se hallen en condiciones de poderse preocupar de su elevación moral. Si esto ha sido necesario siempre, lo es de una manera imperiosa en nuestra época.

Estamos comprobando que la humanidad se materializa de una manera alarmante. Hoy priman las ventajas materiales; los valores morales no son cotizados. Hubo épocas en las cuales la moral cristiana modelaba las costumbres hasta el punto de que para ponerse a tono se hacía frecuente la simulación de la virtud. ¡En nuestros días de pleno reinado del materialismo, se está generalizando la ostentación del vicio! Si la moral no se refugiara en los santuarios, en los claustros y en ciertos hogares, podríamos temer un nuevo diluvio de agua, de sangre o de fuego. No hay que olvidar que el diluvio que arrasó a la humanidad con excepción de la familia destinada a perpetuar el género humano, fué el castigo infligido por Dios porque toda carne había degenerado y se había corrompido.

Nosotros queremos que el numeroso sector de las mujeres empleadas, desde las más favorecidas hasta las más desheredada, con su elevación material y su dignificación moral, lleguen a ser como una levadura espiritual de la masa para la salvación del pueblo.

Nuestra ambición es superior a nuestras posibilidades, pero asociada a la de quienes se empeñan en redimir a otros sectores, podemos contribuir al bienestar y a la salvación de la entera colectividad.

Para el logro de esta patriótica y cristiana aspiración, nos empeñamos, además, en difundir los principios fundamentales de nuestro ideario constituído por las diez máximas siguientes, extraídas de la doctrina del catolicismo social:

I. — Sostener la indisolubilidad del vínculo de la institución divina de la familia, célula de la sociedad humana y repudiar la abolición de la propiedad privada, promoviendo en cambio la multiplicación indefinida de la misma y defender la libertad y la dignidad de toda persona humana.

II. — Rechazar la pretensión utópica de la supresión de las clases y promover la convivencia armónica de las mismas.

III. — Contribuir a la elevación de los de abajo pero sin pretender el abatimiento de los de arriba.

IV. — Auspiciar más que el aumento de los sueldos, la rebaja de los precios.

V. — Exigir de todos el respeto debido a la dignidad de la persona humana y profesarlo a todos, principalmente a los investidos de superioridad legítima.

VI. — Defender los derechos y con igual decisión cumplir con los deberes.

VII. — Procurar la paz: la paz doméstica, social, nacional e internacional y repudiar la guerra, fuera de la guerra contra el odio y contra la ambición desorbitada, generadores de toda guerra.

VIII. — Empeñarse en establecer el orden del cual nace la paz, mediante el ejercicio de la caridad y la vigencia de la justicia. En consecuencia ni caridad sin justicia, ni justicia sin caridad.

IX. — Fomentar el progreso de la técnica, pero anteponiendo el perfeccionamiento de la moral, porque la moral sin técnica puede resultar inoperante, pero la técnica sin moral será siempre funesta.

X. — La observancia de las nueve máximas, dará como resultado la feliz convivencia de la colectividad de la F.A.C.E. que anhelamos para toda colectividad humana y la posibilidad

de realizar la décima con la cual se complementa nuestro decálogo: *Libertad dentro del orden y alegría dentro de la moral.*

Tal es el programa de acción material y moral que nos proponemos continuar realizando mientras Dios nos conserve la vida y la salud.

Y al terminar, séame permitida esta pública confesión: no he trabajado con desinterés. Para reaccionar contra todos los desalientos, y para sobreponerme a todas las contrariedades, me he prevalido de dos grandes y supremos intereses: ¡el de la gloria de la Iglesia y el de la grandeza de la Patria!...

MISIÓN DEL CATOLICISMO SOCIAL

Alocución pronunciada el domingo 29 de agosto de 1954, en el acto organizado en celebración del septuagésimo aniversario del Primer Congreso de los Católicos Sociales de la Argentina

Los organizadores del homenaje que hoy se tributa a los iniciadores de las aplicaciones constructivas del catolicismo social, desde los comienzos de nuestro siglo, merecen bien de la Iglesia y de la Patria. Desde hace tiempo su conciencia les advertía que aún no se había intentado pagar la deuda que la gratitud nacional tenía contraída especialmente para con los que ya se fueron.

El acervo moral de toda sociedad se forma con los aportes sucesivos de los que en cada etapa militan por salvarla y por engrandecerla. La nuestra lleva soportadas tres incursiones disolventes durante la primera mitad de este siglo. Necesito comentarlas y para ello recordar algunos antecedentes. En el siglo XVIII el racionalismo había realizado la tarea nefasta de separar a la razón de la fe. En el siglo XIX el liberalismo, deduciendo la primera consecuencia del divorcio entre lo divino y lo humano, pretendió abolir las directivas sobrenaturales que encauzaban a la libertad humana. Y para independizarla del todo, no tardaron en aparecer los que intentaron eximirla también de las trabas humanas. Al levantarse contra la autoridad de Dios, se eliminan los escrúpulos de sublevarse contra los hombres.

Así las cosas nuestro siglo XX se inició con los conatos trágicos del anarquismo. Después de mi ordenación sacerdotal,

a fines de 1899, regresé a la Patria a mediados de 1900, cuando se reiteraban los regicidios y los atentados contra la autoridad.

La primera incursión disolvente que soportó nuestra sociedad, fué la del anarquismo. Se aproximaba la fecha de la celebración centenaria de nuestra independencia. Los gobiernos se aprestaban a enviar sus delegaciones, algunas de las cuales constituídas por personajes de monarquía. El anarquismo urdía sus atentados y en su frenesí pretendió ahogar en sangre las vísperas de aquella celebración. Apeló al terror. Juró impedir que la Patria se engalanara con los colores de su bandera. La derribaría de los balcones de las casas y arrancaría las escarapelas de los pechos. Buenos Aires se hallaba bajo el terror. ¿No se produciría una reacción? ¡Sí! Por fortuna no se hizo esperar. Pero fué necesario provocarla. ¿Qué se opondría al embate de la fuerza? ¿Otra fuerza? ¡No! Pareció mejor enfrentarla con la debilidad. Debilidad aparente porque se hallaba robustecida por la fortaleza imbatible del espíritu. En 1908 habíamos fundado la Federación de las Congregaciones de Hijas de María. Se efectuó una reunión plenaria en su Consejo. Se dispuso la organización de un desfile de todas ellas, llevando escarapelas argentinas en sus pechos. Un grupo de jóvenes resueltos debía flanquearlas. Llegadas al pie de la Pirámide de Mayo cantarían el Himno Nacional, como lo hicieron con voces vibrantes de entusiasmo. Resolvieron continuar la marcha triunfal hasta el Monumento de Belgrano. La primera reacción se había producido y se había conquistado la primera victoria. En seguida se produjo la segunda que fué definitiva. Los varones no se resignaron a quedar en inferioridad con relación a las mujeres.

En las vísperas del 25 de Mayo de 1910, se organiza en la Plaza del Congreso una concentración masculina que debía desfilar hasta la Plaza de Mayo. Preponderaban los jóvenes. Cincuenta mil diestras varoniles levantaban en alto otros tantos banderines de colores patrios.

La reacción fué formidable y se hizo general. Las notas del Himno Nacional electrizaban el ambiente durante todo el trayecto. El desfile triunfal se prolongó hasta la Plaza de San Martín.

Allí fuí impelido a subir las gradas del monumento. Y obligado a hablar por aquella muchedumbre frenética de entusiasmo, la incité a jurar, mientras los últimos destellos del sol poniente acariciaban nuestro rostro y nimbaban el altar de la Patria, que no permitiríamos flamear la bandera roja de la anarquía. ¡La única bandera roja que deberá enarbolarse como

soberana, será la celeste y blanca, si Dios nos otorga la gloria de enrojecerla con la sangre de nuestras venas en defensa de la verdadera y auténtica libertad!

Terminadas las grandiosas celebraciones centenarias, realizóse una gran solemnidad de acción de gracias en la Catedral de Buenos Aires durante la cual dije desde su púlpito: ¿Qué es lo que ha acontecido? ¿Es qué el cielo ha bajado con sus colores a besar a la Patria cuando se levantaba de su postración o es que la Patria se elevaba hasta el cielo para revestirse de nuevo con su celeste y blanco? ¡Bendita sea aquella reacción del patriotismo de nuestro pueblo!

Necesito recordar una segunda incursión contra la subsistencia de la civilización cristiana de nuestra Patria: la organizada por el comunismo con sus ataques contra la Iglesia y sus vejámenes contra el Clero. Un grupo reducido de jóvenes sacerdotes y laicos formados en el catolicismo social se lanzaron a la calle iniciando una vigorosa cruzada reivindicatoria de su honor y de su libertad. Levantaron intrépidos sus tribunas en las calles y las plazas oponiendo su abnegada resistencia a los gritos y los insultos y presentando sus pechos a las pedreas y a las balas.

Entretanto dos adalides inteligentes e intrépidos, llevados por sus respectivos partidos a las bancas del Congreso Nacional, iniciaban su actividad parlamentaria, obteniendo leyes fundamentalmente benéficas para el pueblo, inspiradas todas ellas en la doctrina del catolicismo social. Eran los doctores Arturo Bas y Juan Cafferata. El primero ha recibido ya su galardón en la eternidad; el segundo continúa rodeado del respeto de su provincia y de la veneración de la Patria. He ahí dos modelos del catolicismo social en plena actividad. Alcide De Gasperi, cuya vida ejemplar y fecunda acaba de extinguirse repentinamente, me dijo en una última entrevista: procuren formar ciudadanos que conserven incontaminadas y puras sus vidas privadas y sus vidas públicas, porque llega un momento en que los pueblos vuelven instintivamente los ojos hacia ellos para preservarse de las catástrofes.

Los dos adalides que acabo de recordar, con algunos otros, actuaron con eficacia en sus respectivas actividades y merced a ellos el Poder Legislativo incorporó numerosas conquistas en beneficio del pueblo. Ahí están para comprobarlo las leyes 4661 del descanso dominical y la 5291 reglamentaria del trabajo de mujeres y menores. La 8999 creando el Departamento Nacional del Trabajo. La 9148 organizadora de las agencias gratuitas de colocaciones. La 9527 fundadora de la

Caja Nacional de Ahorro Postal. La 9688 sobre accidentes de trabajo. La 9677 de construcción de casas baratas. La 10650 de jubilaciones y pensiones de empleados ferroviarios. La 11173 llamada del Hogar Ferroviario. La 11232 del Hogar Bancario. La 11170 de arrendamientos agrícolas. Y otras cuatro leyes creando la Comisión Nacional de la Tuberculosis y diversos hospitales y sanatorios para los atacados de dicha enfermedad.

Las leyes posteriores obtenidas con la cooperación de la F.A.C.E., como la del escalafón y estabilidad de los empleados bancarios y la protección del trabajo a domicilio, constituyen con las anteriores un capítulo del Código de Legislación Social en beneficio del pueblo que hace honor a la Nación. De esta manera queda evidenciado cómo se puede trabajar abnegada y pacíficamente por el mejoramiento del pueblo sin acudir a los extremos del comunismo cuya última consecuencia es siempre la esclavitud colectiva.

Terminada la guerra mundial del año catorce, el comunismo consideró que aprovechando la oportunidad que le ofrecían la rivalidad, el odio y la miseria, saldos inevitables de todas las guerras, podría intentar una segunda arremetida para conquistar algunos pueblos del nuevo mundo. El nuestro atrajo sus preferencias. En enero de 1919 inició su violenta acometida que culminó en la "semana roja". Pretendió apoderarse del Gobierno. Pero el pueblo como un león que parecía dormido despertó a tiempo. Al sentir que le invadían sus dominios lanzó un rugido y el intruso se refugió en sus antros.

Para disimular su intento, hizo circular que lo que se pretendía era liberar al pueblo de la ignominia de su miseria; que esa miseria era provocada por la avidez insaciable de los ricos y que la Iglesia era la patrocinadora de éstos, interesada como estaba en merecer sus dádivas. Se hizo necesario disipar esa especie calumniosa. Por fortuna existía ya la Unión Popular Católica Argentina, surgida a instancias de San Pío X, quien en su fecundo Pontificado había creado la Unión Popular Católica Italiana, con el propósito de coordinar la acción de las organizaciones católicas hasta entonces dispersas. La flamante organización católica argentina fué autorizada por el Episcopado Nacional a realizar una acción positiva e intensa que evidenciara ante los ojos del pueblo que la Iglesia no es una usufructuaria sino una Madre.

Se organizó entonces una campaña de recolección de los fondos necesarios para subvenir a las necesidades más apremiantes de nuestro pueblo. El éxito fué sorprendente. Se

construyeron viviendas populares. Ahí están las cuatro barriadas, en cuyas casas individuales y colectivas viven felices centenares de familias de nuestro pueblo. Ahí están los terrenos adquiridos y los edificios levantados para instituciones benéficas cuya utilidad pueden todos comprobar.

Se hallan presentes, rubricando conmigo las afirmaciones que hago, dos testigos excepcionalmente fidedignos: Monseñor Santiago M. Ussher, decano y honor del clero de Buenos Aires y Don Enrique Udaondo, modelo de civismo y cultor meritorio de las tradiciones patrias.

A la "semana roja" habíamos contestado con la "semana blanca" durante la cual se realizó la Gran Colecta Nacional en el mismo año de 1919.

Séame permitido recordar que aquella reacción victoriosa de nuestro catolicismo social no se logró sin víctimas. Para despertar a los adormecidos en la placidez de su bienandanza había sido indispensable reeditar las invectivas de los apóstoles populares de otras épocas que aplicaban la afirmación de Nuestro Señor Jesucristo: "¡He sido enviado por el Padre para evangelizar a los pobres!" Resultó imprescindible formular desde la Cátedra Sagrada sentencias como éstas: "Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres"; "Decidíos a iniciar la evolución si queréis evitar el ser arrollados por la revolución social". Mas todo esto no lo dijimos impunemente. Nos lo cobraron. Nos hostilizaron y nos derribaron. ¡Qué importa! Por lo que a mí respecta puedo asegurar que en mi caída no me hice daño, porque caí entre los brazos fraternales del pueblo y en el seno materno de la Iglesia. Y, además, me ha quedado la satisfacción inmensa de habituarme a repetir en cualquier época, sin preocuparme de los riesgos, la frase lapidaria de aquel fraile patriota de los primeros días de nuestra nacionalidad: "si la fuerza me pone una mordaza me daré por mudo, si me hacen matar, me daré por muerto, pero nunca quiero que me llegue el día en que tenga que lamentarme diciendo: ¡ay de mí por haber callado!"

Para cumplir con el deber imperioso que nos impone la gratitud para con los compañeros desaparecidos citaré solamente media docena de nombres: cuatro laicos y dos religiosos: Francisco Sagasti, Victoriano Lobato, Horacio Beccar Varela, Juan Podestá, el Padre Gabriel Palau y don Carlos Conci! Ellos continúan exhortándonos desde el cielo. No importa que entre los vivos haya quienes nos obstaculicen. Las almas de los muertos actúan con mayor eficacia y éstos nos orientan y nos estimulan. ¡Adelante, pues!

Nos hallamos ahora debatiéndonos en medio de la tercera invasión que amenaza desfigurar y aun reemplazar la fisonomía moral de nuestra Patria. Según mi entender es más funesta que la del anarquismo y la del comunismo. Las dos primeras suelen presentarse como ráfagas violentas que despiertan la defensa. El materialismo, en cambio, se insinúa en forma reservada y halagüeña. La inclinación a la dicha es instintiva en la naturaleza humana y el materialismo se la promete.

Le reitera la tentación del Paraíso Terrenal: "Comed ese fruto": su aspecto es apetitoso, saboreándolo seréis dichosos, seréis como dioses. Esa tentación halaga a todo ser humano cualquiera sea la clase social a la que pertenezca. Pero cuando se cae en ella, el materialismo con sus emanaciones placenteras extingue las admoniciones del espíritu. Esta es la razón por la cual cuando el materialismo impera hay que perder toda esperanza de reacciones y aun de resistencia.

Por esto la consigna para los católicos sociales en la actualidad debe ser la de reaccionar intrépidamente contra ese funesto materialismo que inficiona la vida moral, económica y política. Y es necesario advertir que todos los católicos auténticos deben serlo sociales. El catolicismo social no es un código de vida religiosa que se refiera exclusivamente a las relaciones individuales entre la conciencia y Dios. Establece, además, las relaciones de los individuos y de las sociedades entre sí. Por eso el hombre que profesa un catolicismo estrictamente individual, lo concibe y lo practica de una manera imperfecta. Sólo la profesión del catolicismo social es la integral. En nuestros tiempos principalmente, no se es católico si no se es apostólico. El catolicismo no debe ser individualista. Cuando Caín fué interrogado sobre la muerte de Abel contestó: ¿acaso soy responsable de la suerte de mi hermano? ¡Sí, lo era! Y todos nosotros lo somos de nuestros hermanos, de los que lo son por la sangre como de los que lo son por el espíritu. No sólo obliga la fraternidad en el hombre sino también la fraternidad en Dios. Hay un dogma que no se puede contrariar sin incurrir en apostasía: el de la Comunión de los Santos, es decir: el de la comunidad de merecimientos y responsabilidades entre todos los hijos del mismo Dios. Siguiendo el ejemplo de nuestros antepasados, los sinceros creyentes de hoy deben sumarse y erguirse contra el materialismo invasor que intenta desfigurar y profanar la característica cristiana de la Patria. En definitiva: ¿Qué es la Patria? ¿Es acaso el territorio? ¡No! El territorio es el asiento de la Patria, pero no es la Patria. Puede con la superioridad de su fuerza agrandar el territorio y achicarse

la Patria en el aprecio de los pueblos y puede bajo una agresión injusta reducírsele el territorio y agrandarse la Patria en el aprecio del mundo. ¿Es acaso la bandera? Tampoco: la bandera es el símbolo de la Patria pero no es la Patria. ¿Es acaso la forma de gobierno? ¡De ninguna manera! La forma de gobierno puede cambiar permaneciendo intacta en su esencia la Patria. Confundir la forma de gobierno con la Patria es incurrir en el error del materialismo político.

La Patria es el acervo de las mismas tradiciones y de las mismas glorias, es el conjunto de los mismos recuerdos y de las mismas aspiraciones, el cúmulo de las mismas victorias y aun de la mismas derrotas; es el culto de las mismas creencias y en fin, todo eso que constituye lo que se llama alma de la Patria, esa alma que le es característica, que fija su fisonomía moral y que forma su historia. La Patria no tiene dos historias, sino una sola, y si se la adultera, si se la cambia, la Patria en cierto modo deja de existir.

¡Y bien: todos unidos en una fraternidad indisoluble debemos juramentarnos para conservar en toda su autenticidad el alma de la Patria que es esencialmente cristiana y afianzados en ella como en una roca viva, debemos resistir y rechazar todos los atentados que pretendan adulterarla, sea que procedan de afuera o que surjan de adentro!... La intrepidez no debe confundirse con la agresividad; ni la fortaleza con la violencia. Las causas que para imponerse apelan a la agresividad y a la violencia, se desprestigian a sí mismas, porque confiesan su impotencia.

¿Cuál es el programa de esta nueva consigna exigida por la necesidad de oponerse a la actual invasión del materialismo de la vida? Me permito ofrecer el mismo que desde esta tribuna fué proclamado como ideario de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas el día de la Asunción, al ser inaugurado este edificio en circunstancias tan auspiciosas, es decir: el decálogo de las máximas extraídas de la doctrina del Catolicismo Social. ¿No será una coincidencia providencial, que las mismas aspiraciones emanen de la misma raíz? Las reacciones que permitieron la celebración gloriosa del centenario de nuestra independencia fueron iniciadas por las mujeres de las congregaciones de Hijas de María; las que desalojen la invasión del materialismo, que es como una quinta columna del comunismo, ¿no serán también provocadas por otras mujeres, las de la F.A.C.E.?

Termino con estas palabras: cuando en este mismo lugar se colocó y se bendijo la piedra fundamental del edificio, al concluir mi discurso me salió del alma esta exclamación: ¿Me

concederá el buen Dios la dicha de verlo terminado? El coro vigoroso de los millares de empleadas que se hallaban presentes, electrizó el ambiente con un "Sí" formidable.

Ahora digo: ¿veré yo la hora en que los católicos sociales de toda condición y de toda edad opongan su resistencia varonil y victoriosa al materialismo invasor? No me preocupa la respuesta: ¡mi aspiración queda colmada con la esperanza de que lo comprueben la Iglesia y la Patria!

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Sermón pronunciado el día 1º de enero de 1955, en la iglesia de San Miguel Arcángel

DESDE hace más de cuatro décadas, es decir, desde el año 1912, conformándome a las inspiraciones de mi función parroquial, vengo formulando en días como éste, augurios de felicidad para mi feligresía, para la Patria y para el mundo, porque el amor sobrenatural no tiene fronteras. Hoy cumplo con el grato deber de reiterarlos con mayor razón.

Dios me ha otorgado la gracia de poderme presentar ante vosotros en este primer día del año 1955, con el alma ungida por los efluvios sobrenaturales que emanan de los lugares más santificados y santificantes de la tierra.

En ellos os he tenido presentes con mis mejores anhelos. Mas mi solo recuerdo personal, por afectuoso que fuera, no habría pasado de ser una insignificancia. Por esto quise volverlo fecundo valiéndome de un recurso que le comunica una eficacia infalible. Hay dos lugares en la tierra que ungidos por una consagración excepcional, emanan efluvios sobrenaturales: la Casa de Nazaret en la cual el Verbo se hizo carne y el Monte Calvario en el cual consumó la redención de la humanidad.

En ambos he celebrado el Santo sacrificio de la Misa en el cual quien actúa invisible pero tan personalmente, como cuando nació y murió, es el mismo Jesucristo y he aplicado

sus merecimientos infinitos por vuestras necesidades y por vuestras intenciones.

Acabo de decir que el amor sobrenatural carece de fronteras. Durante la recepción oficial que nos fué gentilmente tributada en Jerusalén por las autoridades de Israel, se presentó la oportunidad de documentar esta verdad que las circunstancias mundiales vuelven cada vez más consoladora y auspiciosa.

Al sernos ofrecida, díjose que se pretendía también agradecer la actitud observada por mí, al iniciarse las persecuciones raciales iniciadas con los vejámenes, las expulsiones y las masacres contra los judíos. En efecto: en aquellas circunstancias dije más de una vez en público que si todos tenemos el derecho y aún el deber de refutar los errores, nadie los tiene para vejar a las personas, porque éstas, quienes quiera que sean, son sagradas e inviolables sin que convenga olvidar que lo que se hace un día contra los judíos, puede al siguiente hacerse contra los cristianos. Muy pocos años han bastado para que los hechos comprobaran que aquellas palabras eran tristemente proféticas.

Al agradecer la demostración, me pareció oportuno dejar constancia de que yo no investía ninguna representación, ni de la Iglesia ni del Estado, siendo solamente un modesto Obispo católico, y que al hacer públicas aquellas afirmaciones que plenamente ratificaba, las hacía como un simple vocero de la doctrina esencial y del precepto fundamental de Jesucristo, que es el del amor, el amor a Dios que implica el amor al prójimo sin fronteras, ni raciales, ni sociales, ni políticas, ni religiosas. Y agregué que me complacía en refirmarlo desde aquel país bajo cuyo cielo había sido anunciada la paz a todos cuantos sobreponiéndose a las sugestiones de los intereses mezquinos, se resuelvan a seguir los dictados de la buena voluntad.

La buena voluntad es la firme e inconmovible resolución de hacer prevalecer el bien, sea cuando favorece a uno mismo, sea cuando beneficia al prójimo.

Es éste el único medio leal de llegar al establecimiento de la paz.

Ya San Pablo lo anunció en los orígenes del cristianismo con las siguientes palabras en su Epístola a los Romanos: "gloria, honor y paz a todo el que realice el bien".

¿Cómo es posible que hombres en cuyas manos está la suerte de los pueblos, pasen años tras años promoviendo conferencias de paz que al ser realizadas dejan la impresión de haber sido conciliábulos de guerra? ¿Cómo es posible que la paz se mantenga sólo durante el tiempo necesario para preparar los armamentos y dejar crecer las nuevas generaciones hasta la

edad que las capacite para nuevas masacres? Ya lo ha denunciado en más de una oportunidad con su visión genial el Papa: La causa es la insinceridad: Es decir, se antepone el interés al bien.

La voluntad decidida por el bien lo hace preponderar sobre todos los intereses y prevalecer sobre todas las diferencias.

Permítaseme otra evocación. Nos hallamos en el sitio del emplazamiento del grandioso Templo Salomónico. Parecen prolongarse a través de los siglos las resonancias de las polémicas realizadas en su recinto y en sus pórticos. Han ido recogida en los Libros Santos pero las transmiten también las piedras. Cuando los Fariseos querían silenciar las aclamaciones de las muchedumbres, les dijo el Mesías: "si éstas callaran hablarían las piedras". Las piedras continúan hablando.

En cierta oportunidad se habían dado cita los conjurados en suprimir al Mesías. Ellos suspiraban por uno que fuese temporal y Jesucristo se manifestaba espiritual. Creyeron haber encontrado lo que podía ser causa de condenación.

Interrumpen la exposición doctrinaria que el Mesías se hallaba exponiendo en parábolas y simulando acatamiento le dicen: "Maestro, nos es lícito pagar el tributo al César?" La respuesta, según ellos, sería fatalmente condenatoria porque Jesús debía contestar que sí o que no. El dilema era sin salida. Sus dos términos eran igualmente condenatorios.

Si la respuesta era afirmativa presentarían a Jesús auspiciando el sometimiento indefinido del pueblo que aspiraba a la libertad. Si era negativa lo denunciarían como autor de la rebelión contra el César. Jesús, según sus adversarios, quedaba condenado a provocar irremisiblemente las iras de abajo o las de arriba. Pero éstos eran los cálculos de la ciencia de los hombres. ¡Cuán distintos son los de la sabiduría de Dios!

Jesucristo les responde: "¿Tenéis una moneda?" Ellos se la presentan. Jesús la observa y les pregunta: "¿De quién es la efigie y la inscripción?" Le respondieron: "Del César". Pues entonces: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Con lo cual quiso decirles: vosotros tenéis acuñadas y en circulación las monedas con que venís pagando y haciendo pagar el tributo y venís ahora a preguntarme si es lícito hacerlo. ¡No seais hipócritas!

¡Cómo se actualizan en aquellos lugares en que fueron dictadas las normas, las sentencias, las máximas del Divino Maestro y cuán eficaces resultan para establecer la armonía de las relaciones humanas a través de todos los tiempos y en medio de todas las circunstancias!

Cuando la voluntad antepone decididamente el bien, a todo lo demás, se eliminan las causas de las disensiones y de las guerras.

Dar a Dios lo que es de Dios, nunca podrá redundar en perjuicio de dar al César lo que es del César. Dios es el dador de todos los derechos y el creador de todos los deberes.

Los que se apartan de Dios y se concentran en sí mismos, exageran sus derechos y cercenan sus deberes. En estas condiciones el egoísmo humano se empeña solamente en satisfacer sus propias exigencias y para ello procura neutralizar las de su prójimo. De esta manera se obstaculiza permanentemente el logro de la paz. Ojalá nos convenciéramos cuanto antes de la necesidad de reducir nuestras exigencias y de prodigar nuestras concesiones. Ojalá nos persuadiéramos de que ya es hora de no observarnos tanto por las aristas que nos separan y nos mirásemos más por las coincidencias que nos aproximan. Cesen las rivalidades y comiencen las aproximaciones. Aquéllas pierden, éstas salvan. Si nuestras energías morales son débiles, si nuestras almas están anémicas: invoquemos por intercesión de nuestra Madre querida del cielo la gracia de Dios, que robustece, vivifica y salva. No hay ninguna situación desesperante. Siempre la hora en que hace crisis la impotencia del hombre coincide con la hora de la omnipotencia de Dios.

Hallábame hace menos de dos meses en las márgenes del Mar de Tiberíades. ¡Visión encantadora! La superficie parecía una esmeralda inmensa y transparente circundada por una diadema de montañas sonrosadas por los reflejos del sol poniente. Por esas márgenes anduvo muchas veces Jesús. Nos hallábamos junto a Cafarnaun. Cierto día el Maestro quiso subir a la barca de sus discípulos para trasladarse a la orilla de enfrente. Comenzaron a internarse. Jesús se durmió. Se levanta de improviso una furiosa tempestad. Los vientos huracanados levantaban los olas que abrían abismos, y caían sobre la barca que parecía hundirse. Desesperados los discípulos despiertan a Jesús: Señor, ¡salvadnos, perecemos! El Maestro se incorpora, observa la tempestad y con la sola mirada la disipa; el mar instantáneamente se serena y luego dice a los discípulos que parecían extasiados: "Hombres de poca fe, ¿por qué dudásteis?" Y ellos se preguntan: "Pero, ¿quién es éste a quien obedecen también el océano y los vientos?" Lo supieron en seguida. Nosotros lo sabemos también.

Esto se viene repitiendo constantemente en la historia, en tempestades individuales y colectivas. El poder del recurso a Dios es incontrastable.

Durante la segunda crisis de la enfermedad del Augusto Pontífice Pío XII una de las noches se tuvo la certidumbre de la inminencia de su muerte. Decenas de miles de personas de ambos sexos, de toda edad y de toda nacionalidad se congregan en la Plaza de San Pedro y concentrando en ella la ansiedad de las almas del universo católico pasan la noche en vela postrados en oración incesante. La tierra ha hecho violencia al cielo. El Pontífice reacciona nuevamente, se recobra, se levanta, trabaja, vela por los destinos de la Iglesia en estos momentos cruciales de la humanidad.

Compartamos las fervientes plegarias por intercesión de la querida Madre del cielo, cuyos principales Santuarios mundiales venimos de visitar, y a la cual ese mismo Pontífice nos ha aproximado tanto durante el Año Mariano Universal coronado por Él con tanta solemnidad y confiemos en que Dios nos otorgará un año más feliz a nosotros, a nuestras familias, a nuestra Patria y a todo el mundo.

Así sea.

MI RECIENTE VIAJE A EUROPA Y TIERRA SANTA

EUROPA, mirada con ojos de turista es el conjunto de las regiones de un continente que llevan todavía en su fisonomía exterior las cicatrices de las destrucciones vandálicas de las guerras y en su vida ciudadana revelan la inestabilidad característica de los sacudimientos soportados; pero que sin embargo, continúan reconstruyéndose y aún engalanándose. Esto se observa principalmente en Italia, nación que se rehace y se supera al impulso de dos grandes amores: el amor al trabajo y el amor a la familia, el primero alimentado por el segundo. Mas al observarlas en la intimidad que aflora cuando se tiene oportunidad de tratar con los responsables de sus destinos, se descubre la inquietud latente que las obsesiona ocasionada por el fatídico presentimiento de la posibilidad de otra guerra que sería peor que las precedentes porque asumirá los caracteres de un suicidio universal.

He leído reiteradamente el mensaje del Augusto Pontífice Pío XII a los estadistas del mundo en la última Navidad y he resuelto utilizar algunos de sus conceptos fundamentales para dar autoridad a los que voy a emitir como fruto de mis observaciones personales. ¿Será posible evitar la catástrofe de una nueva guerra que sería de proporciones apocalípticas? ¡Sí!... Pero a mi modo de ver a una sola condición. A condición de

que se afiance en los hombres responsables de los destinos de los pueblos el sentimiento del temor de Dios.

Si alguien pretendiera objetarme diciendo que el temor es indigno de los hombres conscientes, yo le pediría que observara con imparcialidad el medio en que actúa. La característica generalizada es el temor y un temor que empequeñece y humilla, porque es el temor del hombre. ¡Cuántas actitudes nobles, cuántas reacciones saludables yacen sofocadas por el miedo!

Y si observamos a los propios estadistas, ¿no deducimos que hasta ahora lo único que los ha venido conteniendo de provocar la guerra es el temor que frena casi por igual a los dos bandos en que se halla dividido el mundo? La incógnita de la potencialidad bélica y de la suerte de las alianzas, mantiene la angustiosa incertidumbre acerca de si la victoria favorecerá al agresor o al agredido. En más de una oportunidad ha contenido la ruptura, el sentimiento de la propia conservación: lo que equivale a decir que el temor juega un papel preponderante. En realidad no se decide la supresión del adversario porque se teme por la propia subsistencia.

Pero el temor del hombre, que de por sí es insuficiente, es además indecoroso. El único temor que dignifica y salva es el temor de Dios. Es el que en esta hora trágica se debe inculcar en las conciencias. En definitiva, la guerra es siempre el resultado de la determinación de algunos individuos. Y si es cierto que cada uno siente dentro de sí mismo la admonición de la propia conciencia, aun para la ejecución de los actos ordinarios de la vida, ¿cómo es posible que deje de sentirla al tratarse de la determinación de una guerra cuya consecuencia inmediata es la masacre de millones de víctimas inocentes? ¿Cómo es posible que deje de pesar en la conciencia la visión de un Juez Supremo que de ninguna manera puede dejar de vengarlas? ¿Cómo es posible que no se detenga la mano que se halla a punto de firmar una declaración de guerra, si el alma se estremece ante el trueno amenazador de la intimación del "no matarás"?

En esta hora debe actualizarse la doctrina clásica de la Iglesia sobre la justicia y la injusticia de las guerras: sobre las guerras ofensivas y las defensivas, las impuesta por la ambición y las soportadas por la resistencia. Los ambiciosos podrán evadir la sanciones de los gobiernos o de los pueblos, sobre todo si la victoria los favorece; pero no evadirán jamás los tremendos castigos de la sanción inexorable del Justo Juez de los Ejércitos y de las Naciones, de los Pueblos y de los Gobiernos. ¿Es tan frágil la memoria de los hombres como para que no recuer-

den el trágico fin de los que provocaron las guerras precedentes? Con alguno de ellos conversé y recibí confidencias cuando se hallaban en su apogeo. ¡Dios mío! ¡Qué aleccionadores recuerdos!...

Hasta hace poco los pseudodoctrinarios surgidos en diversas naciones, para halagar a los tiranos difundían la tesis de que si una guerra provocada se perdía, era simplemente un error político de quienes la declaraban. Ahora, por fortuna, comienza a resurgir la doctrina verdadera; toda guerra que se hace por ambición o se provoca por hegemonía, es un crimen de lesa Divinidad y de lesa humanidad.

Los acontecimientos se precipitan y obligan a todos los que tienen la posibilidad de influir sobre la suerte de los mismos a ocupar su puesto, apareciendo en la palestra y blandiendo la verdad. He recordado alguna vez la frase de uno de nuestros Frailes próceres: Si la fuerza me hace amordazar me daré por mudo; si me hace matar me daré por muerto; pero no quiero verme en el caso de tener que exclamar alguna vez *Vae mihi quia tacui,* ¡Ay de mí por haber callado!" Es esta la hora en que todos los que tenemos el derecho y el deber de predicar la verdad nos resolvamos a ser apóstoles siempre respetuosos pero nunca pusilánimes del Vicario de Jesucristo en la tierra, ese vigía extraordinario y maravilloso que Dios ha suscitado y mantiene misteriosamente para conducirnos en la obscuridad que nos envuelve y que acaba de llamar la atención a todos los responsables de los destinos de los pueblos, diciéndoles que los resuelvan no deslumbrados por la ambición sino iluminados por la fe. No son aptos, les dice, para contribuir a la pacificación del mundo aquellos que no admiten verdades absolutas ni aceptan obligaciones morales superiores a las propias, en el terreno de la vida social. Estos pretenciosos que ya en el pasado con su abuso de la libertad y con una crítica errónea y demoledora prepararon a menudo y tal vez inconscientemente un clima favorable a las dictaduras y las opresiones, se presentan de nuevo para impedir la obra de pacificación social y política emprendida bajo la inspiración cristiana. He aquí la oportuna advertencia y la voz de orden para nuestro apostolado. ¡La seguiremos con intrepidez, porque así como la cobardía es siempre despreciable, la intrepidez es respetable aún para los adversarios!

El Papa en su magistral mensaje de la última Navidad, expresa la confianza que le inspira el hecho de que no pocos estadistas comienzan a orientarse hacia las iluminaciones de la

fe. La ciencia se halla en plena actividad. La ciencia es útil y necesaria, pero la ciencia no es la sabiduría. La ciencia es el resultado del esfuerzo de la inteligencia del hombre, pero a veces falla como todo lo humano. La sabiduría en cambio es un don divino; es una intuición que anticipa las ulterioridades descubriéndolas con un destello de lo alto. La revelación nos dice que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

Uno de los bandos en que está dividido el mundo había cifrado todas las esperanzas en la ciencia humana. Su materialismo había prescindido de todo lo espiritual. Para transformar la tierra en un paraíso bastarían la organización y la industria. La organización ha terminado en colectivismo y el trabajo ha degenerado en esclavitud. Pero el paraíso prometido al pueblo como "sol del porvenir", continúa envuelto en la oscuridad de la noche en la cual se han sumergido los destellos de los valores espirituales y los derechos divinos que dignifican a la persona humana.

Lo penoso es que las exageradas esperanzas en los resultados de la organización y de la industria han tentado también a no pocas naciones del bando opuesto. Los que todo lo esperan de las organizaciones y de la industria, suelen olvidar la inviolabilidad de los derechos de la persona humana y que el individuo no es un medio, sino un fin. Por consiguiente, no debe ser el individuo para la organización, sino la organización para el individuo. ¡Los pueblos se dignificarán y se salvarán no cuando sus organizaciones lleguen a ser perfectas, sino cuando sus individuos y sus familias sean dignos, libres y felices!

Quiero cerrar esta primera parte con un punto luminoso compartiendo la esperanza que acaba de revelar el Papa. Se espera, dice, que la coexistencia actual de ambos bandos llegue a convertirse en convivencia. Pero esta convivencia deberá afianzarse con la comunión de la misma verdad.

Y no se puede construir sobre la verdad un puente entre los dos mundos separados, si no es apoyándose en los hombres del uno y del otro y no sobre los regímenes políticos o los sistemas sociales.

Tengamos fe en esta esperanza del Papa. ¿No la tendrá fundada en Aquella cuyo Año Mariano Universal acaba de coronar con éxito maravilloso: en Aquella a la cual saludamos todos los días diciéndole: *Spes nostra, salve.* "¡Salve oh, esperanza nuestra!" Recibió la consagración Episcopal para ser enviado como Nuncio a Alemania, el día en que hacía su aparición en Portugal Nuestra Señora de Fátima. Conserva en su poder

dos mensajes sobrenaturales que le han sido entregados por dos emisarios, el de la Virgen de Fátima y el de la Virgen de la Revelación. ¿Cuál es el secreto que en ellos le han sido confiados? ¿Para qué su vida está siendo prolongada de una manera evidentemente sobrenatural? Estas preguntas, que deben quedar sin respuesta, nos infunden una gran esperanza. ¿Y no será un indicio auspicioso para confirmarla, el hecho de que no hace mucho tiempo la imagen de la Virgen de Fátima ha quedado entronizada en uno de los pisos más prominentes del centro mismo de Moscú? ¿No será la Estrella que bajo aquél cielo comienza a irradiar sobre el mundo efluvios de paz?

Al poner el pie en tierra del Oriente, me sentí sacudido por hondas emociones. Estas continuaron durante toda la travesía, mientras cruzábamos el desierto desde Alejandría hasta el Cairo. Luego serían reemplazadas por otras aún más intensas.

Tiende uno la mirada hacia adelante, la vuelve hacia atrás, la dirige hacia la derecha, y luego hacia la izquierda y sólo se ve un océano de arena, cuyos confines se pierden en el horizonte. Un océano, dije, pero océano sin vida. Es una inmensa mortaja de la palidez de la muerte, tendida sobre aquellas regiones estériles. ¡Dios mío, a lo qué han quedado reducidas todas las maravillas de las antiguas civilizaciones orientales, tan pujantes y tan soberbias!...

Estamos en el reino del silencio. El silencio del desierto. Ha desaparecido todo cuanto rodea la vida a que estamos habituados. Se han paralizado todas las agitaciones, han enmudecido todos los rumores. Parece que no hubiesen existido nunca. Se experimenta la sensación de hallarse uno en plena libertad, libertad tan grande que no la cree uno posible aquí en la tierra. Es la quietud y el silencio de la muerte. Pero es un silencio que habla con más elocuencia que la de las esfinges y las pirámides y de las multitudes estridentes de los vivos.

La voz de un silencio que hora tras horas nada interrumpe, la voz que obliga al hombre a sumergirse dentro de sí mismo, "la voz que clama en el desierto" y que descubre el camino que lleva a Dios.

Una de esas voces me decía: este desierto fué atravesado por la familia más pequeña y a la vez más grande de cuantas pasan por la tierra. Pequeña por el número, pequeña por la indigencia y por el desamparo. Conformándose a un aviso del cielo, ha emprendido el camino del destierro, porque era necesario burlar la furia del tirano que decretó el degüello del Niño que acababa de nacer. Pensó el tirano que venía a disputar su reino.

Ignoraba que el reino espiritual no necesita compartir, ni mucho menos asumir el temporal.

Aquel punto casi imperceptible que concentra toda la vida en el desierto, está formado por Jesús, María y José. En su marcha silenciosa exploran el horizonte y no descubren nada que pueda prestarles auxilio. Tal vez mejor; porque si divisaran a alguien temerían que fuesen satélites del tirano, y ellos están absolutamente indefensos.

Pero esa familia tan pequeña es a la vez la más grande de cuantas poblarán la tierra. Sus componentes van iluminados por la fe, sostenidos por la esperanza y confortados por el amor. Pasará un tiempo y el cielo volverá a advertir al que hace de jefe que pueden volver a sus lares porque ya han desaparecido, ya han muerto, los que se habían propuesto degollar al Niño.

La familia modelo para todas las familias del mundo se salvó y pudo cumplir la trascendental misión de su destino. La fe que ilumina, la esperanza que sostiene, el amor que vigoriza, deben ser las virtudes cardinales de todas las familias que aspiran a fundamentar la verdadera grandeza de las Naciones. Estas sólo pueden cimentarse sobre las familias. Las Naciones no son, no pueden ser el resultado del hacinamiento de los individuos, sino de la conjunción de las familias. Por eso es necesario preservarles la fe, consolidar su parentesco y respetar su propiedad.

Hace más de un cuarto de siglo dije en una de mis conferencias: "si se atenta contra esos vínculos se amenaza no sólo la grandeza, sino también la estabilidad de las Naciones". Porque, rotos los vínculos de la fe, que los adhieren a una misma creencia y los de la sangre, que los unen a una misma familia, y los de la propiedad, que los arraigan a la misma tierra; los individuos aunque yuxtapuestos, quedan desvinculados como los granos de arena de los médanos, prontos a ser levantados por los vientos de las revoluciones para unirse tan sólo cuando deban caer amasados en el mismo fango o coagulados en la misma sangre!

Aquella población blanquecina que se divisa al pie de la montaña, es Belén, nos advierte el humilde y erudito Franciscano que nos guía. Belén, la Ciudad de David. La hondonada a la cual nos aproximamos es el "Campo de los Pastores". Desde aquí vieron el coro de los ángeles y oyeron su cántico: "Gloria a Dios en las Alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

La ruta que seguimos es la misma que recorrieron los Reyes Magos. Bajo este cielo, sobre nuestras cabezas fulguraba

la estrella que los guiaba. Al salir de Jerusalén volvieron a verla. Los conducía al lugar donde se hallaba Aquél a quien buscaban para adorarlo. Herodes no la veía desde Jerusalén. Los que buscan con sinceridad a Dios lo encuentran siempre. Los que lo desacatan o lo persiguen no lo alcanzan nunca.

Hemos llegado a Belén y avanzamos por sus calles. Esas mujeres que pasan, de tocas altas y blancas de las que pende un velo también blanco y que parecen figuras desprendidas de una miniatura de la Edad Media, son Betlemitas cristianas. La población cristiana de Belén es trabajadora y cultiva con esmero la tierra, que va recobrando su antigua fertilidad.

Nos hallamos frente a la Iglesia de la Navidad, levantada sobre la Gruta como para guardarla en su seno. Penetramos en el sagrado recinto y en el interior de la Gruta. Aquí tuvieron que refugiarse María y José. Se aproximaba la hora en que María debía dar a luz. Ella y José habían tenido que venir desde Nazaret a empadronarse en la ciudad de sus antepasados, según lo exigía el edicto del Emperador. Pero eran pobres, muy pobres, y no habían encontrado albergue en la Ciudad de David.

La oscuridad de la Gruta queda disipada por las luces de las lámparas suspendidas sobre nuestras cabezas, y a su tenue resplandor descubrimos incrustada en el suelo una refulgente estrella de plata, circundada por esta inscripción: "Aquí nació Jesucristo de la Virgen María". ¡Aquí nació Jesucristo!

¿Pero no es Dios? ¿No es el creador del universo? El universo entero creado por Él, con todas sus riquezas, no podía ser una cuna digna de Él. Por pobre que sea un niño, siempre tiene un techo, poseído en propiedad, en arriendo o en préstamo. Y Jesucristo ha querido nacer aquí donde se refugian animales para resguardarse de las inclemencias de las noches invernales. ¡Qué pobreza! ¡Qué indigencia, qué desamparo! Es que ha venido para redimirnos con su muerte y para darnos ejemplo con su vida.

Y desde su entrada al mundo nos da el del desprendimiento de los bienes terrenales. Los hombres, por su propensión a las comodidades y a las riquezas que las proporcionan, se materializan. El desapego de las mismas, el renunciamiento, es la exigencia fundamental del verdadero cristianismo que los espiritualiza. Cuanto más se desprende uno de los bienes materiales, más agranda su capacidad para los morales. Cuando llegue la hora de su apostolado dirá Jesús con vehemencia: "no es posible servir a Dios y al oro".

San Francisco de Asís fué suscitado por Dios como una encarnación auténtica de la pobreza, para que sirviera de mode-

lo en oposición al materialismo de su época. El renunciamiento espiritual, es decir la libertad del alma que no se apega a lo material, o lo que es lo mismo la pobreza de espíritu, debe ser la gran virtud para todos los cristianos y para todos los sacerdotes de la nuestra. Cuanto más libertados estemos de las ataduras materiales, más aptos seremos para las luchas y las victorias morales.

Cuando al principio de nuestro siglo cierto gobierno intentó someter a la Iglesia despojándola de todos sus bienes temporales, un gran Pontífice, Pío X, a quien hoy veneramos en los altares, exclamó: "No defenderé los bienes sino el bien de la Iglesia", y refiriéndose a sus sacerdotes dijo: "¡Que sean pobres pero libres!".

Estamos en la villa del lago Tiberíades. Por su extensión y su profundidad puede ser un mar. Tiene la forma de un arpa. De esta palabra hebrea, según algunos, procede su nombre. Es profundo desde la orilla. Por eso Jesús, asediado por la multitud pudo subirse a la barca y hablarle desde ella. Sus aguas son limpias y transparentes, parecen haber quedado clarificadas por las miradas de los ojos de Jesús. La configuración de las montañas que las circundan hace que los vientos las agiten con facilidad y que se improvisen tempestades. Para los cristianos es el lago de los lagos. Por sus márgenes anduvo Jesús pisando las arenas con sus pies decalzos. Aquí puso en manos de San Pedro las llaves del reino de los cielos. A sus márgenes, en Cafarnaum, realizó algunos de sus primeros milagros. Surcó su superficie varias veces sobre la barca de sus discípulos, a los cuales de diversa manera reveló su Divinidad. En una ocasión lo hizo calmando repentinamente la furia de la tempestad que amenazaba hundir la barca en la cual viajaba con sus discípulos, con una mirada de sus ojos. Los discípulos absortos lo adoraron, confesando que sólo siendo Dios puede instantáneamente hacer cesar los vientos y serenar las tempestades. En otra les reveló su Divinidad hallándose lejos de la barca y dirigiéndose hacia ella caminando tranquilamente sobre las olas enfurecidas.

Los discípulos a la distancia pensaron que era un fantasma. Pero Juan lo descubre y exclama: "¡es el Señor!" Pedro entusiasmado, dice con la vehemencia de su carácter: "Maestro, si lo eres, mándame que yo pueda alcanzarte caminando sobre las olas como Tú". Jesús le responde: "¡Ven!" Pedro se arroja al agua y avanza sobre las olas como Jesús para unirse a Él. Pero los vientos arrecian, las olas se embravecen más. A Pedro lo domina el miedo y comienza a hundirse. Jesús se le acerca,

le tiende la mano y lo salva diciéndole: "Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?".

¿Con cuál de las dos actitudes revela mejor Jesucristo su Divinidad?...

¿Serenando la tempestad con uno solo de sus gestos o dejándola desencadenar sus furias y avanzando imperturbable sobre las mismas?

Paréceme que su señorío omnímodo se revela mejor al dejar en libertad los vendavales que agitan el océano, mientras Él avanza sobre el mismo, imperturbable y sereno.

¡Cuántas veces se ha venido reproduciendo esta escena a lo largo de la historia de la humanidad! El mundo es un océano por la inestabilidad de su superficie, el misterio de sus abismos, la mutabilidad de sus vientos. La Iglesia es la Nave que lo surca en dirección al puerto de la eternidad llevando en su seno los millones de las almas que a ella se confían. Nosotros le hemos entregado las nuestras. Viajamos en su seno. Tengamos la seguridad de su suerte. ¡Compartiremos su destino! Que nunca el Señor pueda decirnos: "hombre de poca fe, ¿por qué tuviste miedo, por qué dudaste?"

Procuremos por último deducir algunas conclusiones prácticas de nuestra visita a Getsemaní y al Calvario.

Nos hallamos en el Monte de los Olivos. A sus pies está Getsemaní con sus olivos milenarios, como retorcidos de dolor; con sus flores rojas como las gotas del sudor de sangre que cayeron en aquella noche del Jueves Santo sobre sus piedras.

A pocas distancia del sitio sobre el cual se postró Jesús para orar al Padre, se nos muestra el lugar donde se realizó su encuentro con Judas.

Aquí asalta este pensamiento: ¡a dónde puede llegar el apego incontrolado al dinero!

Qué advertencia la de Jesús: "No se puede servir a Dios y al oro". Judas prefirió el oro y traicionó a Jesús. La ambición apasiona y ciega.

¡Oh, la luna que alumbró con su luz plateada aquél encuentro dramático!

Jesús se le adelanta, Judas lo besa: era la señal convenida para que lo reconocieran los que iban a prenderlo.

"Amigo". ¡Adviértase la mansedumbre con que trata Jesús al mismo que lo traiciona y lo vende! ¡"Amigo"! no porque lo seas. Sé que has dejado de serlo, pero sé también que si lo quieres puedes reanudar nuestra amistad! Dios está siempre dispuesto a brindar su gracia a cuantos sinceramente se arrepientan de sus defecciones.

Con el propósito de tocarle el corazón agrega Jesús: "¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?"

El beso es una expresión de la amistad. La pasión del dinero lo profana, lo transforma en sacrilegio.

En Judas es el signo de la deslealtad, de la traición. ¿Qué es lo que no prostituye la pasión por el dinero? Nada se salva de su profanación. ¡Ni la amistad, ni la sangre, ni la familia, ni la Patria!

Hay dos virtudes que llamaré humanas, y que insistentemente predico e inculco, porque compruebo que van desapareciendo de la sociedad siendo las que la hacen encantadora: la amistad y la gratitud; la amistad, que nace del amor desinteresado, y la gratitud que denuncia la nobleza del alma. Algunas veces me pregunto: ¿por qué siendo las dos tan encantadoras están desapareciendo? ¿Son tan raras porque son tan bellas o son tan bellas porque son tan raras? ¿Cómo podrá sustituirlas el interés, que carece de entrañas, y la ingratitud, que denuncia villanía?

Después de habernos dado el Maestro enseñanzas y ejemplo de vida; con su sacrificio y con su muerte nos da la redención. Al subir por la estrecha y empinada "Vía Dolorosa" rezamos devotamente el Vía Crucis arrodillándonos en cada una de las catorce estaciones señaladas por la tradición. Llegados a la Cumbre del Calvario penetramos en la inmensa Basílica que lo cubre.

Parécenos oír en el fondo del alma la voz que resonó en los oídos de Moisés al subir al Sinaí: "descálzate porque la tierra que pisas es tierra Santa".

No hay en el mundo una porción de tierra más santa, más santificada y más santificante que la del Calvario. Siente uno la necesidad de despojarse de todo lo terreno. Debajo de uno de los altares está el agujero que se abrió en la piedra para enarbolar la cruz. El otro altar, el de la derecha, el de los latinos, el nuestro, está emplazado en el sitio donde el Redentor fué enclavado en ella. *Ave Crux spes única.* "Salve, oh Cruz, única, esperanza nuestra". Esperanza para todos los siglos, para todas las épocas y tratándose de nosotros, más que para todas, para la nuestra. La humanidad no puede, no debe fijar su esperanza en lo que simboliza la hoz y el martillo porque la ley divina del trabajo no debe utilizarse para implantar la esclavitud, sino para conquistar la libertad; ni en lo que significa la cruz svástica de puntas quebradas y dobladas hacia la tierra en la cual concentra todas sus ambiciones: ni en la espada, símbolo de la fuerza que se promete todas las con-

quistas, porque una fuerza se quiebra y se pulveriza con otra fuerza. La única esperanza de salvación para la humanidad, debe ponerse en la Cruz auténtica, en la Cruz de Cristo que con su línea vertical, por su extremidad inferior desciende hasta lo más bajo y por la superior sube hasta lo más alto, y con su línea transversal se dirige hacia la derecha y hacia la izquierda; pero no para polarizar a los hombres o a los pueblos en los extremos, sino con el propósito de alcanzarlos a todos y atraerlos para juntarlos en el centro, que es el Corazón de Jesucristo, que es Dios, y Dios es Amor!

Sobre este Calvario tuve la satisfacción inmensa de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, reeditando incruentamente el mismo sacrificio de Jesucristo y ofrendándolo en su alcance infinito, por mi Patria y por la humanidad.

Llegado el momento de trasponer las fronteras de la Jordania, nos disponemos a entrar en las de Israel.

Las Embajadas de su gobierno, en París y en Roma, nos habían advertido acerca de su propósito de recibirnos oficialmente. Y así fué. Funcionarios del mismo, nos aguardaban en la línea divisoria, y gracias a ellos nos fueron acordadas todas las facilidades.

Se nos comunicó inmediatamente que se nos había preparado una recepción en uno de los hoteles de la nueva Jerusalén.

Al ofrecérnosla, un representante del Gobierno dijo que esa demostración tenía también el propósito de expresar el profundo reconocimiento de la colectividad israelita por cuanto yo había hecho público en este mi País al iniciarse las persecuciones raciales: los vejámenes, expoliaciones y masacres, contra los judíos.

En la respuesta que debí improvisar dije lo siguiente: "Yo no invisto representación alguna, ni del Estado ni de la Iglesia. Vengo aquí como un simple ciudadano argentino y un modesto Obispo de la Iglesia Católica". Y sólo con esta humilde investidura me constituí en aquella época en vocero del Evangelio de Jesucristo, cuyo precepto fundamental es el del amor a Dios, y del amor al prójimo sin limitaciones y sin fronteras, ni políticas, ni raciales, ni religiosas.

En su virtud, dije entonces, que si a todos nos asiste el derecho de combatir los errores, a todos también nos obliga el deber de respetar las personas que son sagradas e inviolables, debiendo tenerse presente que lo que hoy se ejecuta con los judíos, mañana puede hacerse con los cristianos. Una sola década ha bastado para que aquellas palabras puedan considerarse como proféticas. Completé mi pensamiento con este voto:

"me permito augurar que desde este pueblo bíblico que renace, bajo cuyo cielo fué anunciada al mundo la paz a los hombres de buena voluntad, despunte cuanto antes la aurora de la pacificación de la humanidad que ya está hastiada de rivalidades, de divisiones, de odios y de guerras y abrumada por la nostalgia de una paz verdadera, humana y cristiana".

Al emitir este anhelo resonaron los aplausos, confundiéndose los de los judíos con los de los cristianos.

Mi emoción fué intensa. Dios me había concedido la gracia inesperada de haber obtenido aquella ovación conjunta para Jesucristo en Jerusalén.

¿No será uno de los primeros destellos de las llamaradas del amor fraterno, que al aproximarse el fin de los tiempos hará de toda la humanidad una sola familia reunida a la sombra bendita del mismo Padre que está en los cielos, profetizada por Jesucristo cuando dijo que al fin todos, sin excepción, llegaríamos a constituir un solo redil bajo el cayado de un solo Pastor?

¡Sí! Llegará un día desde el cual en adelante la tierra se verá desde el cielo como un planeta circundado por el resplandor de una inmensa aureola; será el resplandor de la gracia en que vivirán las almas de todos los seres humanos, pobladores del universo y libertados al fin de todas las miserias que habían heredado de la defección de Adán.

Por algo la cruz del Redentor, símbolo de la vida, fué enarbolada en el calvario, donde conforme a la tradición se conservaba el cráneo de Adán, despojo de la muerte.

Hemos evocado a la encarnación más auténtica de la persona de Jesucristo: el "Poverello" de Asís de quien Dios se sirvió para que fuera el Angel Guardián del Cristianismo en los Santos Lugares, función que continúa desempeñando por medio de sus hijos a través de los siglos.

Quiero terminar pidiendo a todos cuantos me estimulan con su adhesión y con sus dádivas, que me ayuden a colmar mis aspiraciones para la última etapa de mi vida. Consisten en que Dios me permita cumplir los siguientes anhelos de San Francisco: Donde hay odio ponga yo amor; donde hay ofensa ponga yo perdón; donde hay discordia ponga yo unión; donde hay error ponga yo verdad; donde hay desesperación ponga yo esperanza; donde hay tinieblas ponga yo luz; donde hay tristeza ponga yo alegría. ¡Oh Maestro, que no busque yo tanto ser consolado como consolar; ser comprendido como comprender; ser amado como amar; porque, dando se recibe, olvidándose se encuentra, perdonando se alcanza el perdón; muriendo se resucita a la vida eterna!

LA VERDADERA LIBERTAD

Alocución pronunciada en el templo de San Miguel Arcángel, el día de Resurrección, 10 de abril de 1955

IPSE LIBERATOR AT QUE SALVATOR. (DAN. 6-31.)
El es el libertador y el Salvador.

ENTRE todas las palabras del lenguaje humano, la que encuentra un eco más universal y más profundo es "la libertad".

La libertad es el atributo esencial del espíritu. "Donde está el espíritu está la libertad." La materia es ciega y consiguientemente, esclava de las leyes físicas que la rigen.

El hombre es una creatura compuesta de espíritu y de materia. A la materia la llamamos "cuerpo", y al espíritu "alma" porque lo anima como que es su principio vital.

Desde el punto de vista moral el hombre será lo que su alma quiere que sea. Esto indica la trascendencia del empleo que haga el alma de su libertad. Por lo tanto, el primer requisito es el de adquirir una noción exacta de la libertad.

Si yo lograra infundir en quienes me oigan o me lean, la noción verdadera de la libertad, habría hecho en bien de mis semejantes mucho más que si hubiese entregado mi vida a las agitaciones de las empresas públicas o de la vida política. Porque la libertad mal interpretada es la causa de todas las degradaciones y de todas las servidumbres y la libertad bien entendida es la generante de todas las virtudes y de todos los heroísmos.

No olvidaré ni un solo momento la hora ni el lugar en que hablo. No me referiré a tal o cual de las opresiones o de

las exaltaciones de la libertad. Hablaré de la libertad en el sentido moral, de la libertad del alma, de la libertad esencial.

La libertad es la facultad de poderse determinar sin hallarse sometida a presión alguna. En otras palabras: es la facultad de la libre elección, de la libre determinación, del libre albedrío.

¿Pero la libertad consiste en esto sólo? ¿La facultad de determinarse sin ejercitarla nunca, es en sí misma la libertad completa? No. La indecisión indefinida no es una perfección sino más bien una deficiencia. La libertad en este caso sería una ilusión: bella ilusión, pero ilusión al fin. La determinación debe ser actuante, debe ser positiva. Debe optar positivamente por el bien o por el mal. Y aquí se impone esta pregunta: ¿mi libertad será perfecta en cualquiera de los dos casos? Optar por el mal, es decidirme por lo que es contrario a mi perfeccionamiento superior, que es la ley suprema de mi creación. Es someterme a aquello que debo dominar, es esclavizarme a mis sentidos, a mis concupiscencias. En este caso mi libertad sólo serviría para determinar mi servidumbre. El hecho de ser yo quien forja voluntariamente las cadenas, no justifica, antes bien agrava mi esclavitud.

El hijo pródigo usó de su libertad, al reclamar su herencia y al alejarse de la casa paterna; pero ese mal empleo de su libertad, lo condujo a la degradación y a la servidumbre. Ya nos lo ha advertido Jesucristo: "el que peca se esclaviza".

En cambio, quien ejecuta el bien se liberta. Con este razonamiento llegamos a la definición sublime de Séneca: "Obedecer a Dios, he aquí la Libertad".

De lo expuesto se sigue que la verdadera libertad debe tener dos condiciones indispensables. La determinación debe ser libre y buena. Si no es libre el hombre es semejante al animal que obedece a su instinto. Si no es buena el hombre se entrega al mal y su sometimiento no por ser voluntario deja de ser degradación y esclavitud.

Los racionalistas que pretenden negar lo sobrenatural, han causado a la humanidad perjuicios de proyecciones incalculables. Pretendieron establecer una civilización sin Dios, fundándola sobre los derechos del hombre. Pretendieron, además, crear una moral sin religión, estableciéndola sobre filosofías humanas, esas filosofías que se vienen sucediendo como las olas del océano sin dejar rastros de sí. ¿Con qué mito científico habrían podido reemplazar al Legislador supremo de sabiduría infinita y de sanciones inexorables y eternas?

Esa nueva civilización, según ellos, orientaría a la humanidad por la senda que conduce al progreso indefinido. Los sucesivos fracasos que viene soportando, terminarán por convencerla de la necesidad de reaccionar para establecerla no sólo sobre los derechos sino también y principalmente sobre los deberes. Los deberes de los hombres son imprescindibles porque son derivados de los derechos de Dios.

Es absolutamente indispensable mantener en toda circunstancia la convicción inconmovible de la grandeza infinita de Dios. De la idea que el hombre tenga de Dios, a quien en su soberbia no podrá suprimir jamás, depende la suerte definitiva de lo que proyecta y de lo que organiza.

Piensan algunos que eliminando los derechos de Dios, exaltan la libertad del hombre. Podemos compararlos con quienes pretendieran suprimir los faros con el propósito de asegurar la suerte de la navegación.

La historia nos ha confirmado lo que nos anticipaba la sana inteligencia. Desde la primera página de la Biblia, el libro inspirado que contiene el principio y el fin de todas las cosas, adquirimos el convencimiento de que el primer hombre al pretender independizarse de Dios, al intentar ser como Dios, sólo consiguió someterse a las sugestiones del espíritu satánico y esclavizarse a las exigencias de su propia naturaleza. Desde entonces la historia de la humanidad es el relato de su constante degradación. Dejemos pasar algunos siglos y evoquemos su progresiva decadencia en las remotas regiones del Asia. ¿Quién es ese ser envilecido que se prosterna ante ese ídolo de madera, de piedra o de metal y por lo tanto ciego, sordo y mudo a quien adora en sustitución de su Dios, tributándole un culto a la vez voluptuoso y cruel, infame y sanguinario? ¿Quién es ese ser que abusa de la fuerza para oprimir a los débiles y que somete a la esclavitud a la mitad más delicada del género humano? ¿Quién es ese que casi nunca, si no es por excepción, reconoce en su semejante su dignidad nativa? Cuando venera a su prójimo, no es por su dignidad originaria, sino porque ha llegado a ser rico, sabio o poderoso, es decir: lo que en él respeta no es lo esencial sino lo accidental. Y es lógico porque los que rechazan la paternidad divina, no tienen por qué admitir la fraternidad humana.

¿El que en tales excesos degenera, es acaso el hombre tal cual había sido creado por Dios para que fuera el sacerdote y el rey de la creación? ¿Es acaso el guardián de la libertad que debía mantener en las relaciones de fraternidad que deben vincular entre sí a los hijos del mismo Dios, Creador y Padre? No. Es todo lo contrario. Cuando el hombre se independiza

de Dios es para situarse en su lugar, ante sus semejantes a quienes pretende someter bajo su imperio omnímodo. El hombre restringe la libertad ajena, porque teme el debilitamiento de la propia. Es una de las diferencias esenciales entre la libertad finita y la libertad infinita, entre la libertad del hombre y la de Dios. Merced a su libertad esencial e indefectible, Dios es paciente y tolerante hasta lo infinito. No ha querido suprimirnos la libertad para impedir el mal. "Dios no se arrepiente de sus dones." Nosotros a veces nos lamentamos de la tolerancia divina. Somos impacientes porque somos hijos del tiempo. "Dios, dice San Agustín, es paciente porque es eterno." Dios en su eternidad ha preferido utilizar su omnipotencia no para suprimir el mal, sino para transformarlo en bien.

Ahondemos un tanto este misterio. Observemos el drama que se desarrolla dentro de nosotros mismos. En nuestra intimidad brilla con sus atractivos el ideal del bien. Pero al tratar de conquistarlo, sentimos dentro de nosotros las solicitaciones del mal. San Pablo decía: Me siento solicitado encarnecidamente por dos leyes, que son dos fuerzas interiores: la ley de la carne y la ley del espíritu. ¿De dónde ha surgido esta lucha? Las creaciones de Dios son perfectas. Por lo tanto, este desgarramiento causado por el duelo interior que es el drama de todo corazón humano, no tiene sino esta explicación razonable: el hombre es un ser que ha sufrido una catástrofe después de haber salido de las manos de Dios.

La justicia divina le había advertido que su suerte dependería del uso que hiciera de su libertad. Si abusaba de la misma, la muerte del cuerpo y la rebeldía de su propia naturaleza serían el castigo en que incurrirían él y toda su descendencia. He aquí el misterio. Quienes no admiten el misterio, quedarán condenados a debatirse en el absurdo.

La rebeldía de la naturaleza la experimenta el hombre caído no sólo cuando trata de dominarse a sí mismo, sino también cuando se empeña en vencer a la naturaleza exterior, cuya resistencia le exige el esfuerzo redoblado de un trabajo penoso.

¿Y podrá el hombre dominar su resistencia originaria? ¿Podrá resistir al mal y practicar el bien? ¿Podrá salir moralmente victorioso empleando bien su libertad? Para esto sería necesaria una reacción vigorosa de su naturaleza que sólo podría obtenerse por medio de una inoculación de una energía sobrenatural. Pero este prodigio sólo podría operarlo Dios. Y para ello sería necesario que la justicia divina se aplacara, dejándose vencer por la misericordia. ¡Y es lo que ha acontecido! He

aquí el nuevo misterio sobrevenido para la salvación de la humanidad. El Creador del alma dotada de libertad, que es también Padre, resolvió hacerse Redentor. Se revistió para ello de un cuerpo semejante al nuestro. Se ha convertido en un segundo Adán para poder padecer y morir pagando la pena merecida por la culpa del primero. Se ha transformado además en alimento y estableciendo los sacramentos ha creado los medios para inocularnos la energía sobrenatural de la gracia.

La gracia vigorizará a la naturaleza y así el hombre podrá dominarla por el empleo razonable de su libertad. El resurgimiento del hombre no se realizará por medio de una aplicación externa sino de una reacción interna y personal. La rehabilitación no será adventicia, sino conquistada y por lo mismo meritoria. El Dios que nos creó sin nosotros, resolvió no salvarnos sin nosotros. ¡Hasta qué punto Dios es respetuoso de la dignidad y de la libertad de la persona humana!

Terminado el drama de la redención del género humano, Jesucristo da al mundo la prueba definitiva de su divinidad: la de su resurrección. Es la festividad que hace estremecer de júbilo al universo entero en el día de hoy.

Hace cinco meses el buen Dios me otorgó la dicha de visitar los Santos Lugares de su suplicio y de su sepulcro. He visto cómo los adeptos a todas las religiones, los preservados de la incredulidad engendro del crudo materialismo, se disputan la posesión del Santo Sepulcro. A algunos aquella pugna desedifica. A mí me sirvió para comprobar con los hechos mi fe. Tales hechos son testimonios auténticos y permanentes de la divinidad de Jesucristo, ya que todas las religiones se disputan la pertenencia de aquel Sepulcro que se diferencia de todos los que guardan los restos de los grandes de la tierra, porque el de Jesucristo está vacío. Y en esto se funda su grandeza excepcional. El sepulcro de Jesucristo es el más grande entre los grandes porque ya no contiene sus despojos, según lo anunciaron los ángeles a los primeros visitantes: "Ya no está aquí, les dijeron, porque ha resucitado".

Es la prueba más auténtica e incontestable de la divinidad de Jesucristo, del Libertador y Salvador que vino a restituirnos la verdadera libertad.

Nos liberta de la muerte del alma y de la muerte del cuerpo. De la del alma muerta por el pecado a la cual resucita dándole la vida sobrenatural de la gracia y de la del cuerpo, al cual resucitará al fin de los tiempos con la inmortalidad de la gloria.

En este día los cuatrocientos millones de almas adheridas a la Iglesia Católica, que Él fundó, desde todos los confines de la tierra prorrumpen en este grito de entusiasmo: *Haec dies quam fecit Dominus exultemus et loetemur in ea.* "¡En este día, por antonomasia del Señor, haga explosión nuestra alegría!"

Hagamos público nuestro reconocimiento y expresemos nuestro propósito de custodiar celosamente nuestra libertad; la verdadera libertad que nos ha sido restituída por Jesucristo como textualmente dice San Pablo. Formulemos el propósito de mantenerla inviolada para custodiar con ella la dignidad de nuestra conducta y la integridad de nuestra Patria.

Y para esto formémonos un concepto cabal de lo que es la Patria. Hace varias décadas, en circunstancias inquietantes lo expuse desde el púlpito de la Catedral de Buenos Aires. Lo expresé con las siguientes palabras: "En definitiva ¿qué es la Patria? ¿Es acaso el territorio? No. El territorio es la posesión, es el asiento de la Patria, pero no es la Patria. Hay Patrias que abusando de su fuerza, ensanchan su territorio y se empequeñecen en el concepto de las naciones; y las hay también cuyo teritorio se reduce por el atropello de otras más poderosas, y se engrandecen en la apreciación de los pueblos. ¿Es acaso la bandera? No. La bandera, por querida que sea, es la enseña, el símbolo de la Patria, pero no es la Patria. Cuanto más ennegrecida por el humo de las batallas y más destrozada por las balas, nos parece más venerable y más gloriosa. ¿Es acaso el idioma o la sangre? Tampoco. Pueden sus hijos heredar diversas lenguas y proceder de distinta sangre y constituir sin embargo un solo organismo, un solo cuerpo moral que la quiera y la defienda como a la propia madre.

Pretender que sea la Patria lo que es tan sólo el cuerpo de la Patria, es incurrir en un error de materialismo político. La Patria es más que todo eso. Es lo constituído por su esencia, por lo que es su alma. Es el acervo moral de su exclusiva pertenencia que han venido acumulando las mismas alternativas de un mismo origen y los mismos ideales de un idéntico destino, las mismas creencias de sus almas, los mismos afectos de sus corazones, las mismas costumbres de su vida, las mismas victorias y las mismas derrotas de su exclusiva tradición, es decir: la Patria es todo el acervo sagrado de tesoros espirituales y morales que forman lo que llamaremos la fisonomía moral y que constituyen los elementos auténticos de su historia que es necesario mantener inviolada e inviolable. Porque la Patria no tiene dos historias, sino una sola y si ésta se mutila o se fal-

sea, la Patria en cierto modo deja de existir. Y bien, la fisonomía moral de nuestra Patria la exhibe ante el mundo como auténticamente cristiana y en consecuencia la verdadera libertad debe servirnos para mantenerla inalterable contra los ataques que vengan de afuera o que surjan de adentro".

Que para todo ello, el Libertador y el Salvador nos bendiga a todos nosotros y a nuestra Patria querida.

EL EMPLEO DE LA LIBERTAD

Alocución pronunciada el día de San Miguel Arcángel, 29 de septiembre de 1955 en el templo de San Miguel

Al finalizar el siglo XIX la Iglesia Católica soportó los embates combinados de todas las fuerzas sectarias. En circunstancias tan adversas ascendió al supremo Pontificado León XIII, ese genio prodigioso de quien dije alguna vez que había iluminado el ocaso del siglo XIX y la aurora del siglo XX. Con el propósito de superar la tremenda crisis acudió al auxilio divino. Dispuso que los sacerdotes de todo el universo lo invocaran postrándose al pie de los altares al terminar el santo sacrificio de la Misa. Teniendo aún en el corazón a Dios Eucarístico y con los labios todavía húmedos con la sangre Redentora invocan la protección del Arcángel San Miguel, Príncipe de la milicia celestial. Y en esa plegaria de la liturgia, aquel gran Pontífice dispuso que pidiéramos para la Iglesia perseguida, no la protección sino la libertad. Con la libertad tiene la Iglesia todo lo que necesita para su victoria y para su exaltación.

San Miguel Arcángel Patrono de la Iglesia universal debe ser invocado y venerado como protector del buen empleo de la libertad. El grito de fidelidad con el cual se opuso a la rebeldía de Lucifer y mantuvo adictos a Dios los ejércitos de los Angeles, fué el del significado de su nombre: "¿Quién como Dios?"

Esta fué la espada fulgurante con la cual quebró la soberbia de quienes pretendieron igualarse a Dios y aún sobreponérsele. Nada ciega tanto como la soberbia y nada ilumina tanto como la humildad.

Nos toca vivir en una época, cuyas circunstancias nos obligan a adherirnos cada vez más estrechamente a Dios. Para esto debemos emplear nuestra libertad. Muchas veces lo he repetido: el que dispone de todo lo que el mundo puede dar: oro, poder, gloria, y no tiene a Dios, no tiene nada, porque en un instante puede perderlo todo y el que no dispone de nada de lo que el mundo da, si tiene a Dios, lo tiene todo.

Apliquemos este concepto para lograr la aspiración fundamental de la vida que es la de la paz. En todo hombre hay la tendencia innata hacia la felicidad. Pero no hay felicidad posible sin paz. Nos es indispensable por lo tanto descubrir el medio seguro de conquistar la paz: la paz individual y la paz social. Para ello nos servirán las lecciones de la historia. Son muchos los medios que hasta ahora se han ensayado: el de la espada, el del oro, el del martillo y la hoz, el de la cruz svástica, el del temor y el de la organización; y todos sucesivamente han fracasado. Es la suerte que corresponde a todos los ídolos materiales. Ha fracasado el de la espada, símbolo de la fuerza. Ha fracasado el del oro, porque el oro que es ineficaz para la vigorización de los espíritus, es en cambio poderoso para la corrupción de las costumbres y la venalidad de las conciencias. Ha fracasado el del martillo y la hoz, porque el trabajo cuando se lo divorcia de su vocación redentora, en lugar de dar la libertad, implanta la esclavitud. Ha fracasado el de la cruz svástica porque con sus puntas quebradas concentra sus aspiraciones en la tierra, revelando que su obsesión es el materialismo de la vida. Ha fracasado el del temor, porque el temor sólo es apto para forjar esclavos, sólo el amor hace los libres. Por eso sólo del Evangelio ha podido dimanar esta frase *Non servi led liberi.* "No queremos que haya esclavos sino libres!..."

En fin, ha fracasado también el de la organización, porque ésta ha utilizado al hombre como un medio olvidando que el hombre no es un medio sino un fin: lo que exige no olvidar nunca que el hombre no debe ser para la organización, sino la organización para el hombre.

El único medio infaliblemente eficaz de alcanzar la paz individual y la social, es el de la cruz auténtica de Jesucristo. Aún como símbolo lo predica con muda elocuencia. Ella crea

la paz individual y establece la paz social. Su línea vertical por su extremidad inferior desciende hasta lo más bajo y por su superior sube hasta lo más alto.

La horizontal que la cruza, con una de sus extremidades tiende hacia la derecha y con la otra hacia la izquierda. Pero no con el designio de polarizar a los hombres en los extremos, sino con el propósito de alcanzarlos a todos por igual. A los de arriba y a los de abajo, a los de la derecha y a los de la izquierda, para aproximarlos a todos hacia el mismo centro del Corazón de Cristo, es decir: del amor, para hacernos sentir que todos somos igualmente hijos del mismo Padre y en consecuencia debemos estar unidos con los vínculos de una misma fraternidad.

De la Cruz ha brotado la fortaleza que ha vigorizado los espíritus que promovieron y consumaron esta reacción que ha maravillado al mundo. Es ésta una de las grandes victorias de la fe. *Ave Cruz spes nostra,* "Salve oh Cruz esperanza nuestra". De la Cruz brotarán también los efluvios que nos darán la fortaleza que nos es necesaria para la consolidación definitiva de la paz.

La fortaleza es un don del Espíritu Santo.

Tres son las actitudes que puede adoptar el hombre ante los agravios de que se siente víctima. La reacción, la fuga y la serenidad imperturbable. La reacción violenta nos rebaja al nivel del agresor. La fuga envalentona al victimario que multiplica sus vejámenes. La serenidad imperturbable lo desconcierta y lo asombra, obligándolo a reconocer una fortaleza indomable y una superioridad que lo desconcierta. Tal es el sentido sublime de esta sentencia evangélica: "al que te golpea en una mejilla preséntale la otra".

Esta es la actitud que corresponde a los cristianos auténticos en esta hora histórica de nuestra vida nacional y la que debe caracterizar a toda la cristiandad. Sólo así florecerá la paz social. Ella germinará en nuestra Patria grande y generosa. Bajo nuestro cielo la Cruz del Sud es un símbolo y un augurio.

El Arcángel San Miguel que guió la victoria de los ángeles, consolidará sobre nuestra tierra la victoria de los hombres. Es grata y duradera la victoria que se conquista con el amor.

Dios nos ha protegido con una sucesión de prodigios en estos últimos días. Ahora corresponde a nosotros demostrarle nuestra gratitud con una conducta digna de Él. La mejor manera de demostrarla será la de una resolución efectiva de cooperar en los trabajos de organización que deberán emprender-

se para no reincidir en la culpable despreocupación de nuestro pasado.

Lo reclaman por igual de todos nosotros la justicia y la caridad. Hace treinta y cinco años puse como lema de mi escudo episcopal esta leyenda: *In charitate et justitia pax,* "A la paz por medio de la caridad y la justicia". En consecuencia, ni caridad sin justicia ni justicia sin caridad.

NUESTRO DEBER EN ESTA HORA

Alocución pronunciada el "Día de la Enfermera", 21 de noviembre de 1955, durante la Concentración en Plaza de Mayo.

La festividad de Nuestra Señora de los Remedios celebrada desde la época colonial, y declarada Patrona de las Enfermeras, me brinda la oportunidad de pronunciar algunas palabras con las cuales quiero dejar definido cuál es, según mi opinión, nuestro deber en esta hora.

Hay tres palabras que desde el siglo XVIII vienen concitando las aspiraciones de los pueblos: LIBERTAD, IGUALDAD y FRATERNIDAD. Es esta la trilogía de los ideales supremos, cuya realización bastaría para asegurar la paz de la humanidad. El Creador los depositó en la esencia de la naturaleza humana. Pero la rebelión de nuestros primeros padres comenzó a desvirtuarlos. La esclavitud, la desigualdad y el fratricidio proliferaron en el decurso de los siglos.

Con el advenimiento del cristianismo se inició la rehabilitación de esos ideales puros y sublimes. El cristianismo es la rehabilitación de la humanidad. Para lograrla se requieren muchos siglos y muchos esfuerzos. Es muy laboriosa y muy abnegada la tarea de la regeneración de los conceptos, y de las palabras que los expresan. Es la que correspondió a los cristianos auténticos que se impusieron el deber de corregir los excesos de la Revolución Francesa cuyos gestores pretendieron adulterar la procedencia y el contenido de aquellas tres palabras para implantar la demagogia contrariando su

genuina finalidad que es el establecimiento de la verdadera democracia. La historia comprueba que los demagogos se manifiestan siempre atacados de la manía de descristianizarlo todo. Por eso el gran Lacordaire se consideró obligado a denunciarlos en circunstancias críticas para Francia, afirmando desde el púlpito de Notre Dame de París: "La democracia será cristiana o no será democracia".

Y yo en este período de transición en que por fortuna la verdadera democracia comienza a restablecerse para consolidarse definitivamente, quiero comenzar este discurso sintetizando ante mis conciudadanos las razones por las cuales he sido, soy y continuaré siendo profundamente democrático: lo fuí, lo soy y lo seré, porque soy cristiano, porque soy argentino y porque soy del pueblo y para el pueblo.

Con esta afirmación cuya veracidad queda avalada por la posición mantenida durante toda mi existencia, no pretendo implicarme en ninguna militancia política. Jamás incurrí en esta aberración y sería inconcebible que lo hiciera en las postrimerías de mi existencia. Debo repetir en esta oportunidad lo que he afirmado siempre que las circunstancias me lo han aconsejado: la Iglesia no puede, ni debe ni quiere militar en política partidista alguna. Toda su historia demuestra que su mejor política ha sido siempre la de su absoluta prescindencia de toda política partidista. Y yo su sacerdote como todos los colegas que la sirven con fidelidad, quiero y debo ajustarme a sus sabias directivas. Partido, según su significado etimológico, es una parte del pueblo y el sacerdote leal a su ministerio no puede, no debe pertenecer a una parte porque debe ser de todo y para todo el pueblo.

Esto no nos impide que veamos con honda satisfacción que los católicos seglares de ambos sexos cumplan con su deber de militancia política para contribuir al mantenimiento y el progreso de la civilización cristiana, pero bajo su responsabilidad personal, sin pretender jamás implicar a la Iglesia. Que surjan en buena hora en todo el mundo partidos de católicos, pero no partidos católicos. Catolicismo no puede nunca implicar fraccionamiento porque es por esencia universalidad.

La misión del Clero exigida de nosotros con mayor apremio en la iniciación de este período histórico para nuestra Patria, es mucho más honda, más alta y más dilatada que la política, es la social, es la popular: la que nos ha venido siendo señalada por los grandes Pontífices de nuestro siglo: la de ir al pueblo, a todo el pueblo, no por medio de la militancia

política, sino por medio de la cultura espiritual y de la acción social.

Merced a la Divina Providencia que manifiestamente viene velando por nuestra Patria desde su cuna, iniciamos ahora un período de recuperación de la libertad. Y me siento suficientemente autorizado para afirmar que la Iglesia contará con lo que debe constituir su única ambición indeclinable: la de la libertad. La protección material es secundaria y no la considera indispensable para el desempeño y el éxito de su misión. En cierta oportunidad, cuando en Francia la Iglesia era despojada de sus bienes, el Santo Pontífice San Pío X dirigiéndose al Clero francés dijo: "¡Que sean pobres pero libres!"

Todos los que tenemos la honra y la dicha de ser patriotas de verdad, debemos aproximarnos y unirnos para elevarnos a la altura de la responsabilidad que crea la libertad. Hemos perdido en el pasado demasiado tiempo en actuar desconectados dando excesiva importancia a las disidencias que nos separan. Es hora ya de aproximarnos y de adherirnos descubriendo las coincidencias que nos unen. ¡De esta manera, lograremos el éxito del apostolado exigido por la providencial recuperación de la libertad obtenida con tantas plegarias, con tantas lágrimas, con tantos heroísmos, con tanta sangre, con tantas vidas!

El deber de esta hora consiste en aprovechar de la libertad para establecer la igualdad y la fraternidad.

Hoy como nunca debemos tener presente que la libertad no es un privilegio, es una responsabilidad. No debe por lo tanto utilizarse para hacer lo que se quiere sino para realizar lo que se debe. Y lo que se debe hacer en esta hora de responsabilidad colectiva es ir al pueblo. Ir al pueblo con desinterés, con humanidad, con cristianismo, con verdad, con caridad y con justicia. Ir al pueblo abnegadamente para proporcionarle bienestar, para hacerle posible su elevación moral y material. Lo reclama hasta el egoísmo de la colectividad. En las diversas regiones del mundo en las cuales se ha instalado el comunismo, se ha comprobado que sus causas han sido las privaciones en que se debatían sus pueblos. La miseria es siempre mala consejera. Si la experiencia ha de servirnos para algo, debemos resolvernos a emplear la libertad para el establecimiento de la igualdad y de la fraternidad en nuestro pueblo. Así contribuiremos a la consolidación de la democracia.

Pero, ¿por qué medio podrá lograrse gradual y pacíficamente la elevación material y moral del pueblo? No conozco más que uno sólo: por medio de la sindicación cristiana que

está logrando éxitos auspiciosos en Naciones Europeas y Americanas. No coincido con los que pretenden esperarlo todo del perfeccionamiento de la técnica de las organizaciones, con desmedro de los individuos que las componen. El grave error de los partidarios de tales procedimientos consiste en que utilizan al individuo como un medio. No, señores, el hombre no es un medio sino un fin. En consecuencia no debe ser el hombre para las organizaciones sino las organizaciones para el hombre. Por esta razón fundamental debe siempre dejarse a salvo la libertad de la persona humana.

Los sindicatos deben ser libres y autónomos. Su libertad y su autonomía deben ser respetadas por todos, aun por el Estado. Para salvaguardar esa libertad debemos defender también la pluralidad sindical. Los unicatos suprimen la libertad del individuo porque lo privan del derecho de elegir la organización que según su entender consulte mejor sus intereses y sus ideologías personales.

Somos, además, partidarios de la confesionalidad de los mismos. Pretender impedirla es un grave error. A nadie interesa más que al Estado la confesionalidad de las organizaciones que actúan en su seno.

Y en cuanto a las organizaciones, puede convenir el ocultamiento a aquellas cuyas ideologías son disolventes, pero esta misma modalidad aconseja la conveniencia de que sean conocidas por el Estado. Las organizaciones cristianas, en cambio, no tienen nada que ocultar. Por el contrario, están interesadas en proclamar su ideología a los cuatro vientos, porque auspician el orden, el progreso y consiguientemente la paz y la grandeza de la Patria.

Pero esta confesionalidad deja en salvo la libertad del individuo, que debe ser inviolable.

Tales son las características de nuestra Asociación Católica de Enfermeras. Adviértase que no se denomina Asociación de Enfermeras Católicas. Es Católica la organización por su espíritu, por su doctrina, por su ideología, que son principios del Catolicismo Social. Pero pueden pertenecer a ella y en realidad pertenecen las no católicas. Esta es otra comprobación elocuente del respeto que nos merece la libertad individual. El mayor homenaje que he tributado desde la fundación de los sindicatos católicos hace treinta y dos años es el del respeto a la libertad de la mujer que trabaja. En nuestras organizaciones es inviolable y he procurado mantener inviolado el respeto de la libertad política y de la libertad religiosa. Dios "no quiere esclavos sino libres".

Ha tocado en suerte a la Asociación Católica de Enfermeras hacer su aparición públicamente a la faz de la ciudadanía, después de haber vivido una década en catacumbas. Salen fortalecidas, renovadas, resueltas a incitar con su ejemplo a todas sus hermanas a perfeccionarse cada vez más para el desempeño honorable de su noble y humanitaria misión.

Las enfermeras para estar a la altura de su profesión deben ser exquisitamente humanas. El primer beneficiado de la humanidad de las enfermeras será el pueblo. Ellas saben que cuando se comienza por dejar de ser humano se termina por dejar de ser cristiano. Porque no quieren dejar de serlo y porque quieren serlo cada vez con más perfección, se consagran al perfeccionamiento de la Escuela Modelo de las Enfermeras. Por eso se presentan hoy al pueblo bajo el amparo de su Patrona, Nuestra Señora de los Remedios. Esta imagen providencialmente salvada del incendio sacrílego del Templo en cuyo altar se hallaba instalada, es símbolo sagrado de un doble auspicio materno: del de la Madre Iglesia y del de la Madre Patria. Esas dos Madres bendicen hoy a sus hijas que se glorian de su profesión humanitaria de aliviar los dolores del pueblo.

Gracias sean dadas a Dios que quiso preservar para el aumento de la devoción de sus hijas esta imagen veneranda que nos evoca la Patria porque hace doscientos años fué traída a la Buenos Aires colonial por el abuelo del general Belgrano, el insigne católico que presidió el nacimiento de la Patria cobijando su cuna con la bandera de nuestros amores y de nuestras glorias. Ella con sus colores de cielo cuando la ultrajaron y la quemaron encendió nuestro patriotismo y lo exaltó hasta el heroísmo.

Que ella fortifique nuestros espíritus para el establecimiento definitivo de la paz en la convivencia armoniosa del Gobierno con el Pueblo y de la Patria con la Iglesia.

SALVÉMONOS POR EL AMOR

Alocución pronunciada el domingo de Navidad de 1955 en el templo de San Miguel Arcángel

MUCHOS, muchísimos hogares gracias a una extraordinaria y evidente protección divina, celebran este año la fiesta de Navidad, en el pleno regocijo que comporta la presencia de todos los miembros de la familia, reintegrados por fin al seno de la misma, que es en el mundo el único nido donde la intimidad se expande y se disfruta de la paz. El hijo, el hermano, el esposo, el padre hasta hace poco dispersos, ya reintegran la familia. Ya todos sus miembros reunidos comparten la felicidad del hogar.

Muchos, muchísimos otros, en cambio, deberán conmemorar estas fiestas cristianas lamentando un vacío. El hijo, el hermano, el esposo, el padre, ha muerto. Y el vacío que ha dejado no se llenará jamás. Pero no importa. ¡Ha muerto por la libertad, ha dado la vida por la patria! ¡Bendito sea! Esos hijos, esos hermanos, esos esposos, esos padres dejaron en sus hogares un vacío, un gran vacío, es cierto. Pero ese vacío está nimbado por un halo que es resplandor del cielo.

Los mártires son seres predestinados para la gloria. Mártir quiere decir testigo, testigo que sostiene sus convicciones con la sangre. La sangre que vertida por las grandes causas se vuelve refulgente, como las heridas de Jesucristo, después de su Resurrección. Madres, hermanos, esposas, hijos: cuando os entristezca el vacío de vuestro hogar, levantad al cielo la mi-

rada. Con los ojos del alma veréis que los ausentes os acompañan, os iluminan más que las estrellas en las noches serenas.

Que vuestros hogares celebren también alborozados estas fiestas cristianas. Desde el cielo se los ve nimbados de un singular resplandor. El resplandor que emana del martirio de los que lo afrontaron y de la resignación cristiana de quienes se conformaron. Esos hogares cuentan con una singular asistencia divina. Y, gracias a ellos, celebran estas fiestas llenos de esperanza y pletóricos de alegría todos los demás.

Pero la celebración de la Navidad no debe consistir solamente en una fiesta de los hogares.

Debe hacerse consistir principalmente en un renacimiento positivo de vida cristiana en cada uno de los que gozamos de la gracia divina de sobrevivir para poderla conmemorar una vez más.

Rememoramos el día de la iniciación del proceso de nuestra redención. Si Dios hubiese dejado que corriésemos la triste suerte merecida por la prevaricación de nuestros padres, seríamos unos seres degenerados en el tiempo y desgraciados en la eternidad. Pero la Misericordia de Dios con su compasión infinita, sujetó el brazo de la justicia divina. Esto lo sabemos. Pero lo que no recordamos suficientemente es que la Misericordia de Dios no realizó nuestra redención con sólo un acto de su voluntad soberana. El orden había quedado subvertido, la Justicia Divina había sido violada por el abuso de la libertad humana. Era necesario que el hombre utilizara el don de la libertad, de la cual había abusado, para restablecer el orden y para satisfacer la justicia.

El problema era formidable y la criatura humana por sí sola era incapaz de resolverlo. El drama de la humanidad era insoluble, la Trinidad Santísima lo contemplaba desde el Cielo. La segunda Persona, el Hijo se responsabilizó de la triste suerte merecida por el hombre. Asumió su representación y dijo al padre: *ecce ego, mitte me.* "Heme aquí, yo me ofrezco a ir a la tierra." El hombre abandonado a sus fuerzas debilitadas y a su naturaleza herida no es capaz de rehabilitarse por sí mismo. Su destino fatal tendrá que ser la ruina temporal y eterna. Pero yo me haré hombre y me responsabilizaré por él. Siendo a la vez Hombre y Dios mis sufrimientos y mi muerte serán de merecimientos infinitos y por lo tanto suficientes para restablecer el orden y para satisfacer plenamente a la justicia.

He aquí el gran misterio, cuya realización se inicia en la media noche que precede al primer día de la era cristiana.

El catolicismo no es simplemente una ideología que puede ser superada o sustituída. No es tampoco un hecho que pueda ser negado o reemplazado, como acontece con las ideologías y con los hechos de los hombres.

El catolicismo es, además, una perenne expansión de vitalidad sobrenatural. Y he aquí lo que en los tiempos en que estamos viviendo debemos actualizar.

Al catolicismo se lo cree, se lo exalta, se lo defiende. La mayoría de los que lo profesan afirman que para comprobar su divinidad se hallan dispuestos a afrontar la muerte. Pero entre ellos está muy generalizada una falla fundamental: no se lo vive. Y lo esencial del catolicismo es, precisamente, el vivirlo.

Si se estableciera con exactitud el porcentaje de los que viven el catolicismo entre los que lo confiesan y lo aclaman, la cifra resultaría decepcionante. Y la causa está en que la gran mayoría de los católicos no asimilan la vida que es indispensable.

Los que hemos tenido la dicha de estar en Belén y de contemplar el interior de la Gruta, los que mientras nos encaminábamos hacia ella levantando los ojos a lo alto, hemos visto el cielo bajo el cual corearon los ángeles el anuncio de la paz. Los que nos hemos arrodillado con estremecimiento junto a la estrella incrustada en el suelo circundada con esta leyenda grabada con caracteres de plata refulgente: "aquí nació Jesús, Hijo de María". Los que a cerca de dos mil años de distancia hemos tenido la dicha de prosternarnos en el mismo sitio en que lo hicieron los pastores y los reyes, debemos bendecir al Señor por haberse dignado depararnos una dicha semejante.

Pero todos los católicos del universo tienen a su alcance la posibilidad de una dicha más grande y más completa: la de realizar en sí mismos la finalidad del misterio que comenzó a manifestarse en la Noche Buena.

Diariamente, en cada uno de los altares del universo se actualiza el coronamiento del misterio de Belén. Belén quiere decir "ciudad del pan". Pero su actualización tuvo lugar en el cenáculo.

El salmista profetizó en uno de sus salmos, que es la síntesis de todo un poema, las distancias infinitas que el Hijo de Dios debería salvar para descender hasta las profundidades a que había descendido el hombre hasta el cual había resuelto bajar para levantarlo hasta Él. *Exultavit ut gigas ad currendam viam,* "Como gigante desbordando entusiasmo se dispuso salvar los abismos". Y así, desde el seno del eterno padre saltó hasta

el seno de la Virgen Madre, desde el seno de la Virgen hasta sustancia de una partícula de pan y desde la sustancia del pan hasta la intimidad del alma del hombre, para dársele realizado en ella la transfusión de su vida divina. De tal manera que el hombre que comulga dignamente, puede repetir con San Pablo: "ya no soy yo quien vive, es Jesucristo el que vive en mí".

He aquí el gran misterio de la trasmutación del hombre. Lo había revelado con anterioridad a Nuestro Señor Jesucristo al anunciar la institución de la Eucaristía: "El que se alimente de mí recibirá la vida, la vida sobrenatural, la única que sirve para vivir el cristianismo en la tierra y para gozar de la gloria en el Cielo. Cuando nos prosternamos ante el Sagrario donde se reserva el Santísimo Sacramento, debemos pensar que estamos ante la viva realidad del coronamiento del misterio de Belén.

Pero todo este misterioso proceso debe servirnos para actualizar el convencimiento de que el catolicismo no será auténtico y no logrará su finalidad, si no se lo vive.

La única manifestación auténtica de vida católica es la del amor. La única demostración de vida cristiana, lo ha dicho explícitamente Jesucristo, es la del amor. "El mundo conocerá que sois Discípulos míos si os amais los unos a los otros".

Si no existe el amor fraterno, no hay cristianismo auténtico. Es ésta una verdad teológica que me hace estremecer, porque me obliga a dudar de la estabilidad de nuestra situación, a pesar de haber logrado con tantas plegarias y con tantos heroísmos la abolición de todas las dictaduras, el exterminio de todos los totalitarismos y la recuperación de todas las libertades. Esta afirmación es grave, pero debo hacerla por un deber de conciencia impuesto por las circunstancias. Dentro del mundo que se proclama católico es increíble la ligereza con que se lanzan acusaciones, se concretan inculpaciones y se aseveran actitudes que son infundadas y calumniosas. Todo esto siembra la duda y trae una desunión que puede llegar a poner en peligro a la estabilidad.

Cuando San Pablo fué a Roma, después de comprobar las grandezas de la Capital del Imperio y las manifestaciones suntuosas de la vida pagana adquirió el convencimiento de que su ruina era fatal y que había de producirse a corto plazo. ¿Por qué? Porque comprobó que faltaba entre las clases y entre los individuos lo único que une, fortifica y salva.

Faltaba el amor. El amor fraterno. La sociedad pagana estaba a punto de sucumbir porque son sus palabras: "*qued*

sine afectione essent", porque no nos une al amor. Todos los anhelos que han venido siendo cultivados, todos los heroísmos que han sido ofrendados, todas las esperanzas que se han visto florecidas, todas las alegrías incontenidamente desbordadas, todo ese conjunto augural de un verdadero renacimiento podría fracasar por la incomprensión del catolicismo auténtico evidenciada por la ausencia del amor fraterno. El gran deber de la conciencia cristiana en esta hora consiste en hacerlo prevalecer para suprimir todas las distancias y anular todas las divergencias. No es ésta la hora de fomentar desavenencias ni sociales, ni políticas, ni religiosas.

Los creyentes no podemos ni debemos olvidar que el precepto del amor al prójimo es equiparado por Jesucristo al precepto del amor a Dios. Y en cierto modo ha sido antepuesto. Si estando prosternados ante el altar con la ofrenda de tu adoración a Dios, te acuerdas de alguna disidencia que te separa de tu prójimo, deja tu ofrenda, vete en busca de tu hermano, reconcíliate con él y luego vuelve a ofrendar tus dones a Dios. He aquí el verdadero cristianismo; he aquí al catolicismo auténtico. No ama a Dios quien desprecia, ofende o calumnia al prójimo.

Que comience a reinar entre nosotros la paz. Pero la paz no reinará sino por medio de nuestra buena voluntad, es decir, por medio del amor. Haciendo efectivo el cántico de los ángeles sobre la gruta de Belén, celebraremos con éxito esta alegre Navidad.

Más que la doctrina convence el ejemplo. La palabra es un eco del alma; el ejemplo es un pedazo de la vida. Tengo el deber de darlo por eso desde mi modesta tribuna, que es a la vez cátedra de verdad evangélica. Con toda la sinceridad de mi alma en presencia de Dios, pido perdón a cuantos, sabiéndolo o ignorándolo, haya podido agraviar o simplemente desagradar con hechos o con palabras, empeñando mi honor en la promesa de no reincidir jamás, porque ésta es la hora en que todos debemos aunar nuestros esfuerzos y arrimar nuestros corazones para contribuir a afianzar la unión entre la Iglesia y la paz en la Patria.

CONQUISTEMOS LA FELICIDAD CON EL DEBER

Alocución pronunciada el primer día de enero de 1956 en el templo de San Miguel Arcángel

En estos últimos tiempos, sobre todo después de haber sido reconquistada, se habla mucho de libertad. La Iglesia la exalta porque es el fundamento de la dignidad de la persona humana. Sin libertad no habría ni virtud, ni heroísmo, ni santidad. La libertad es el alma del espíritu. El cuerpo sin el alma es la muerte. El espíritu sin libertad es la negación de la responsabilidad.

Pero la libertad —recuerdo lo que el 21 de noviembre dije en la Plaza de Mayo— no debe ser usufructuada como un privilegio. Debe ser utilizada como una responsabilidad. No debe ser empleada para hacer lo que se quiere, sino lo que se debe.

De donde se sigue que la libertad podría ser definida de esta manera: la facultad que permite al hombre cumplir meritoriamente con el deber.

Lo que dignifica y ennoblece al hombre, es el cumplimiento del deber. Pero el cumplimiento del deber, muchas veces exige esfuerzos que llegan a ser heroicos. Con frecuencia suele falsificarse el concepto del heroísmo. Es muy común aplicar el calificativo de héroes a los que conquistan victorias sobre los demás. Pero estas victorias no siempre exigen esfuerzos supremos. Las victorias que los exigen siempre, son las que se conquistan sobre uno mismo. La virtud es siempre el resul-

tado glorioso del esfuerzo que se realiza en el vencimiento de sí mismo. Por esto, precisamente, se llama virtud: *virtus* que quiere decir: fortaleza: fortaleza moral. Por esto la Iglesia decreta los honores de los altares, que son los supremos que pueden merecerse sobre la tierra, a los santos. Los santos son los héroes de la virtud.

La naturaleza humana, herida en su origen, es instintivamente propensa a dejarse llevar de sus inclinaciones hacia el bienestar y la comodidad. Todo cuanto le exige un esfuerzo la contraría; todo cuanto le proporciona una satisfacción inmediata la atrae. Y es esto, precisamente, lo que constituye el equívoco dramático que soporta la naturaleza humana. Ella se inclina sin control a todo lo que le brinda un halago, esperando encontrar en ello la conquista de la felicidad a que invariablemente aspira.

Pero la realidad le demuestra muy pronto que en lugar de la felicidad, tropieza con la desilusión, con el desencanto, con todas las amargas realidades a que la conduce su equivocación.

Para adquirir el convencimiento de lo que acabo de expresar no es necesario el raciocinio. Nos basta una mirada a nuestro alrededor. Constituyen legión cuantos se dejaron seducir por los halagos del servilismo, por las fascinaciones de las dádivas, por las seducciones del dinero, por las comodidades de las posiciones encumbradas. La seducción constituye uno de los más grandes peligros para la libertad. Por lo general es mayor que el de la amenaza. Muchas veces se acepta la autoridad aun cuando se convierte en dictadura porque se rehuye el esfuerzo que impone la libertad. La autoridad que pretende dominar sin resistencias emplea todos los medios para proporcionar a los hombres una vida fácil y placentera. Los incapaces de realizar esfuerzo, se someten sin oponer contradicción a la tiranía. Venden su libertad por la comodidad. Cometen una traición contra la dignidad humana. Prefieren la sumisión al heroísmo.

La libertad, en cambio, exige vencimientos sobre las propias pasiones, impone heroicidad.

El hombre que comprende y aprecia el don divino de la libertad, la defiende y la emplea primariamente para su propia dignificación. Este demuestra con su conducta no tener pasta de esclavo y poseer temperamento de libre.

Lo que debe constituir su suprema aspiración es el deber. Y la recompensa reservada al esfuerzo que exige el cumplimiento del deber es la felicidad. La felicidad que emana desde luego del testimonio de la propia conciencia que se siente en

paz. La paz que emana del orden. El orden que establece dentro de sí mismo el hombre, honra su libertad al emplearla para cumplir con su deber.

Se ha venido hablando en todos los tonos de los derechos del hombre. Y debemos luchar hasta el sacrificio si llegara a ser necesario, para defenderlos, sobre todo cuando se trata de los derechos esenciales imprescriptibles de la persona humana, porque éstos son derechos naturales y por consiguiente divinos. Por ser divinos deben ser respetados por todos los poderes puramente humanos. Pero frecuentemente se abusa de los enunciados de los derechos, cuando se pretende hacerlos prevalecer sin tener en cuenta los derechos de los demás. De ahí surgen las divergencias entre los individuos, las luchas entre las clases y las guerras entre las naciones.

Considero llegada la hora en que debe darse preferencia a la enunciación de los deberes. Suele creerse que se exalta más a la persona humana cuando se promueven sus derechos que cuando se le inculcan sus deberes. Considero que es un grave error. Son más útiles, más perseverantes y más eficaces los hombres armados de deberes que los munidos de derechos. Los munidos de derechos pueden cederlos; los armados de deberes deben siempre cumplirlos.

Son tres las entidades para con las cuales nos ligan deberes irrenunciables. Dios, el prójimo y nosotros mismos.

En primer término nos obliga el cumplimiento de los deberes para con Dios. Debemos cumplirlos en conciencia porque nos lo exigen la sumisión al Creador, el amor al Padre y la gratitud al Redentor.

En segundo lugar nos obliga el cumplimiento de los deberes para con el prójimo, impuestos por la relación de la confraternidad natural y sobrenatural y por la exigencia perentoria del mandamiento divino: "amarás a tu prójimo como a ti mismo". Prójimo, según la auténtica definición de Jesucristo, expuesta en la parábola del judío y del samaritano, es toda persona humana, no obstante las diferencias sociales, políticas o religiosas. Por distanciados que se hallen entre sí los hombres, el amor sobrenatural debe salvar todos los abismos que los separan, para aproximarlos y unirlos. A todo prójimo hay que acercarlo con el corazón aproximándolo a sí mismo.

En tercer lugar nos urge el cumplimiento de los deberes para con nosotros mismos. El primero de estos es el que nos exige custodiar el honor, adquirir la virtud y conquistar la eterna salvación mediante el recto empleo de nuestra libertad. A la libertad se la dignifica mucho más que cuando se la

usa para exigir un derecho, cuando se la emplea para cumplir un deber. El cumplimiento del deber es lo único que proporciona la paz de la conciencia, sin la cual no existe la felicidad completa y verdadera.

Esta es la gran lección que debemos aprender para no olvidarla jamás, al celebrar la fiesta de este primer día del Año Nuevo.

Nuestro Señor Jesucristo nos la enseña desde que nace hasta que muere. Este primer día del año ha quedado marcado con la sangre derramada por el cumplimiento de la ley de la circuncisión. La ley no obligaba al autor Supremo de toda Ley. Pero Él quiere observarla para enseñarnos el cumplimiento del deber. "No he venido, dice, a violar la ley, sino a cumplirla y a perfeccionarla".

El día en que muere nos reitera dramáticamente la lección del cumplimiento del deber.

Sus enemigos congregados al pie de la Cruz extreman sus recriminaciones pretendiendo agraviarlo con sus sarcasmos. "Si eres Hijo de Dios, le dicen, baja de la cruz y creeremos en Ti."

Los que no habían creído en tantos otros milagros tampoco habían creído en ése; por otra parte, Jesús no podía dejarse seducir por la tentación de impresionar a las gentes con gestos espectaculares. Todo lo contrario. Precisamente para probar que es el Hijo de Dios no descenderá de la cruz; permanecerá enclavado en ella hasta morir. Es lo que exige el perfecto cumplimiento del deber que ha decidido imponerse desde que se ofrendó para nuestra redención.

Con más fijeza de la de los clavos que sujetan su cuerpo a la Cruz, el deber mantiene adherida su voluntad a la del Padre.

He ahí el modelo divino que debe esforzarse por imitar todo aquel que pretenda dignificarse a sí mismo por medio del cumplimiento de su deber.

Los vencimientos que deba realizar sobre sí mismo, que a veces alcanzarán el grado de heroicidad, no tardarán en sentirse recompensados aún en esta vida, con el premio de la paz de su conciencia y del gozo de una íntima felicidad.

La epopeya de la rehabilitación de la Patria y de la recuperación de la libertad, es el resultado glorioso de la coincidencia de fuerzas entre las cuales han ejercido una actuación preponderante las morales. Es este otro hecho histórico que confirma la prevalencia del espíritu sobre la materia. Y en nuestro caso las fuerzas morales que han prevalecido han sido las más desinteresadas, las más puras.

En una de las tres conferencias que tuve oportunidad de dar en la Catedral Metropolitana hace dos años, afirmé que los síntomas observados en la reviviscencia de la fe, me inducían a anticipar esta afirmación: si los acontecimientos se producen como hechos recientes lo hacen prever, tengo la convicción de que no sólo nuestra Patria sino el mundo entero quedarán maravillados del número extraordinario de los que sin distinción de edad ni de sexo darán la prueba de hallarse dispuestos a afrontar el martirio por la libertad de la Iglesia y por la recuperación de la Patria. Los hechos han confirmado aquella previsión.

Una de las más hondas angustias que padecíamos cuantos nos sentíamos hondamente preocupados era la que nos causaba el temor de que la intensa y generalizada propaganda del materialismo, hubiese inficionado y enervado preferentemente a la niñez y la juventud. Pero ¡oh prodigio de la vitalidad de la fe! ¡La niñez y la juventud han formado la pujante vanguardia de la cruzada salvadora!

El relato de las innumerables escenas que lo confirman, sería una maravillosa documentación de los heroísmos que podría servir para enseñar a los pueblos los procedimientos más eficaces para el éxito de sus reacciones.

Forman una pléyade de la cual se gloriarían con razón las naciones más heroicas de la tierra, los que entre los catorce y los veinte años, se sentían incapaces de contener dentro de sus hogares los sagrados impulsos de sus vocaciones libertarias.

Son innumerables los casos en que las madres, observando el entusiasmo incontenible de sus hijos, trataban de moderar los impulsos que los inducían a salir para correr a enfrentarse con el peligro.

Ellos contestaban: no, madre mía, no puedo pedirte que no llores, porque presientes que tal vez yo no vuelva más al hogar. Pero puedo y debo pedirte que no te desesperes y que me des tu consentimiento y tu bendición. Tú me has enseñado siempre que hay que amar a Dios y a la Patria hasta el sacrificio; tú me has enseñado que hay que defender la fe aun a costa de la vida; y bien, ha llegado la hora en que yo demuestre que tu educación ha informado mi vida hasta el punto de resolverme a darla en defensa de la moral y de la dignidad. ¡Bendíceme, madre mía, y si no vuelvo, piensa que al bendecirme a mí, Dios te ha bendecido a ti, dándote un hijo mártir!

Ante estas evocaciones permítaseme recordar que esos niños, esos jóvenes, diseminados por todo el territorio argentino, cuyo número es gloria de la Patria, han sido formados en hogares

cristianos, en colegios religiosos y en parroquias Apostólicas, instituciones a las cuales el sectarismo pretende obstaculizar y denigrar. Y permítaseme recordar también que no tienen derecho a neutralizar los magníficos resultados del heroico desprendimiento de la vida de que han dado ejemplo esa niñez y esa juventud, los que llevados de aspiraciones individuales o colectivas e impulsados por pretensiones inconfesadas por inconfensables, se esfuerzan por hacer prevalecer el interés de personas o de grupos, en momentos en que todos debemos inmolar nuestros pequeños ídolos ante el altar de la Iglesia y ante las aras de la Patria.

Si el interés político, económico o ideológico de individuos o de grupos, hiciera demorar o peligrar la necesaria y urgente consolidación de la paz que todos los verdaderos patriotas anhelamos, sus causantes se harían merecedores de la execración general.

Con las consideraciones que acabo de hacer he procurado estimularnos al cumplimiento del deber. El de esta hora consiste en dejarnos de arrastrar con pretensiones individuales para no estar chocando con oposiciones interesadas, el de levantar la mirada y remontar el vuelo hacia regiones de superioridad colectiva, el de ensanchar el horizonte y respirar una atmósfera oxigenada de anhelos de pacificación patriótica y cristiana.

Después de una larga década de duras pruebas y de hondas preocupaciones, Dios lo dispuso todo de manera que pudiéramos intercambiarnos con fundadas esperanzas el saludo augural de feliz año nuevo. ¡Por favor! no contribuyamos nosotros a volverlo infortunado con nuestras ambiciones personales, con nuestras discordias familiares, con nuestras desavenencias políticas, con nuestras luchas religiosas. Nos haríamos indignos de la protección soberana dispensada por Dios.

En la introducción del prefacio con el cual se inicia la parte esencial del Santo Sacrificio de la Misa, el Celebrante hace esta incitación a todo el pueblo: *Sursum corda,* "arriba los corazones".

Yo me permito hacerla a todo el pueblo desde este púlpito testigo de los horrores a que llevan las ambiciones humanas. ¡Arriba los corazones para que se purifiquen y se unan en Dios que es "El Amor"!

EL PONTÍFICE PÍO XII Y LA CUESTION SOCIAL

Alocución pronunciada el domingo 4 de marzo de 1956 en la Plaza San Martín de Mar del Plata, iniciando la Semana de Homenajes a S. S. Pío XII, en ocasión de su octogésimo aniversario.

En alguna de mis conferencias, refiriéndome a los Papas que he tenido la dicha de conocer, pude afirmar con verdad que a León XIII, se lo podía denominar "el Papa del genio". Con sus fulgores había iluminado el ocaso del siglo XIX y la aurora del siglo XX. Y Pío X que lo sucedió podía ser presentado como el Papa de la bondad. ¿Cuál de las dos cualidades es más benéfica y más fecunda? Lacordaire dijo desde el púlpito de Notre Dame de París: "si fuera lícito adorar el polvo humano, yo adoraría más bien el polvo del corazón que el polvo del genio". La razón es que el genio puede ser empleado para el mal, mientras que la bondad sólo puede utilizarse para la difusión del bien.

El mundo entero se asocia con entusiasmo a la conmemoración del octogésimo aniversario del gran Pontífice que en la actualidad rige los destinos de la Iglesia. Y esa adhesión universal y entusiasta es sobradamente justificada, porque Pío XII pasará a la historia como el Papa del genio y de la bondad. Su genio concentra la admiración de los sabios del mundo por su profundidad y su universalidad. Y su bondad infunde la convicción de que su vida se robustece en las regiones sobrenaturales de la santidad. Con cuánta razón el universo entero, que tiene puesta en Él su esperanza, recita unánimemente la plegaria litúrgica: "El Señor lo conserve y lo vivifique".

La Argentina entre todas las Naciones puede y debe sobresalir adhiriéndose con jubilosas manifestaciones a esta celebración mundial.

Visitó a nuestra Patria y presidió la explosión entusiasta de su fe católica, durante los días memorables del Congreso Eucarístico Internacional, ante cuya magnificencia exclamó entusiasmado: *Beata pacis visio!* "¡Visión jubilosa de paz!"

Posteriormente compartió con nosotros la angustia de la densa oscuridad que la eclipsó. Pero la Providencia ha querido que pudiéramos celebrar la fecha gloriosa de su avanzada y sobrenaturalmente fecunda edad, iluminados por la jubilosa claridad de la aurora de la liberación.

Cábeme el honor de haber sido designado por la Autoridad Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires, organizadora de esta semana de adhesión al Papa, para iniciarla desarrollando este tema: "El Pontífice Pío XII y la cuestión social".

La cuestión social es el gran problema que convulsiona al mundo y preocupa a nuestra Patria. Su pacificación y la estabilidad de la misma dependen del acierto de su solución.

¿Cuál es el origen de la llamada cuestión social? Las profundas disidencias surgidas entre el capital y el trabajo. Disidencias dimanadas del individualismo que en su insaciable avidez de satisfacerse, resolvió libertarse de todas las normas divinas y humanas. ¡Cuántas veces tenemos que enfrentarnos con la fatalidad de ciertos "ismos" que prostituyen y adulteran ideas y palabras! ¡Cuán grande es la divergencia que introducen entre individuo e individualismo, feminidad y feminismo, milicia y militarismo, clero y clericalismo, comunidad y comunismo, libertad y liberalismo, capital y capitalismo!

¿Qué es el Capital? El fruto acumulado del trabajo. ¿Y qué es el trabajo? La actividad de la persona humana. La prolongación de la personalidad. De esto se deduce que es incomparablemente más noble y más digno el trabajo que el capital.

¿Pero qué es lo que ha acontecido? El hijo, es decir: el capital que nace del trabajo, seducido por el individualismo que prescinde de toda norma de moral y de justicia, se acumula, se agiganta explotando y exprimiendo a su padre que es el trabajo. Pero el trabajo que ni se debilita, ni envejece, ni muere porque es ley indefectible de la humanidad, lo advierte y a su vez se siente inducido a reaccionar. Los trabajadores se cuentan y al sumarse adquieren la convicción de que son extraordinariamente más numerosos que los detentadores del

capital y los propietarios de las industrias, y que pueden en consecuencia llegar a ser más fuertes.

Al promediar el siglo llamado de las luces, cuando el progreso de la industria alcanzaba su plenitud multiplicando sus víctimas, se levantó una voz que extralimitándose a su vez en la reacción contra la injusticia, lanzó este grito: *Trabajadores de todo el mundo uníos.* Uníos, ¿para qué?; para rebelaros contra el capital, eliminándolo de las manos que lo detentan bajo cualesquiera de sus formas.

Así quedó planteada la lucha implacable entre las clases, originando la cuestión social.

Si prescindiendo de todo prejuicio se procede con honestidad intelectual al análisis de su causa, se llega a la evidencia de que es incuestionablemente moral. El mundo ha llegado a las consecuencias de la lucha de clases, porque había consentido en la eliminación de las normas divinas de la moral y de la justicia. Y cuanto se toleran los principios, se pierde el derecho de rechazar las consecuencias.

El pueblo en su inmensa mayoría está constituído por trabajadores y el porvenir de la civilización depende de la orientación que en ellos prevalezca y los impulse.

He ahí la razón poderosa por la cual Su Santidad Pío XII desde la iniciación de su Pontificado nos viene exhortando insistentemente a la acción social. Nos ha repetido que en la actualidad el católico debe considerarse integral, si no es apostólico. Y ese apostolado no debe limitarse al de la palabra: debe ejercerse con los hechos. Los polemistas pueden ser necesarios, pero los que son indispensables son los benefactores. El Evangelio elogia el apostolado de Nuestro Señor Jesucristo con esta frase: "Comenzó a hacer y después a enseñar". Esta debería ser la norma del catolicismo auténtico en la actualidad.

Pero no basta comprobar la existencia del problema. Lo indispensable es hallar y proponer la solución.

¿Cuáles son los medios que se proponen para la solución del problema? Todos ellos pueden reducirse a los propuestos por el comunismo y por el cristianismo.

Los propuestos y en parte ya ensayados por el comunismo pueden reducirse a dos: la supresión del capital y la abolición de la propiedad privada. Esta solución además de ser antinatural, adolece de la falta de lógica. Por ser antinatural, no puede estabilizarse, porque una experiencia harto dolorosa ha demostrado que no es posible prolongar por largo tiempo e impunemente la opresión violenta de los derechos naturales. Y por ser falta de lógica, no debe imponerse como sistema,

porque equivaldría a autorizar el procedimiento de eliminar al enfermo para curar la enfermedad.

Por lo que respecta a nuestro campo, se proponen y se ensayan varias soluciones. Dicen algunos que para subvenir a las necesidades y remediar las miserias del pueblo, la solución la dará la beneficencia.

¡La beneficencia! ¡Bendita sea! Es la aurora que hizo aparecer el cristianismo sobre el horizonte oscurecido del mundo de los explotados y los esclavos. ¿Qué sería de tantos millones de desheredados, si les faltara esa celestial providencia?

Pero es necesario tener presente que el número de los desheredados a quienes la beneficencia alcanza, es incomparablemente inferior al que crea la avaricia del capitalismo, manteniendo por un lado la exigüidad de los salarios y elevando por el otro el costo de la vida. Los salarios suben penosamente como por una escalera y los precios rápidamente como por un ascensor.

Por otra parte la beneficencia no tiene por misión la de combatir y neutralizar la avaricia de los que multiplican las víctimas que ella trata de amparar. Y si la beneficencia procede a veces de los mismos que con sus exacciones multiplican los necesitados, el número de los que auxilia, resulta irrisorio comparado con el de los que crea.

Adviértase, además, que la acción de la beneficencia se concentra en las existencias ya quebradas y vencidas. Y la solución de la cuestión social exige sostenerlas en condiciones de poder bastarse a sí mismas para actuar dignamente en la vida. Por otra parte he repetido muchas veces que la mejor de las limosnas es aquella que tiende a tiempo la mano al hombre para ayudarlo a colocarse en condiciones de no necesitarla. ¡La previsión será siempre más benéfica que la beneficencia!

Dicen otros que la solución se encuentra en la resignación cristiana. ¡La resignación cristiana! Virtud admirable, virtud heroica, virtud de superación, tú también eres necesaria, eres indispensable en la vida. Lo eres para mí y lo eres para todos. Lo eres para los de abajo y lo eres para los de arriba. Lo eres para los que no tienen nada y lo eres para los que lo tienen todo. Cada día, cada hora tiene su afán para los mortales. Y hay una infinidad de sufrimientos del cuerpo y de angustias del alma, dimanadas de causas misteriosas, imponderables, inaccesibles, que no están al alcance del hombre para prevenirlas ni para remediarlas. Y para soportarlas, para superarlas no hay otro medio fuera del de la resignación cristiana. ¡Bendita sea!

Pero ante los males artificiales ocasionados por la avaricia del hombre; ante la miseria creada por la injusticia; ante las necesidades ocasionadas por la avaricia insaciable de una industria sin entrañas; pretender que nosotros prediquemos la resignación cristiana a las víctimas que las soportan, para que sus verdugos puedan continuar oprimiéndolas; eso no podemos, no debemos y no queremos hacer y no lo haremos jamás, porque torturaríamos nuestras conciencias y profanaríamos el Evangelio, que no es una garantía de esclavitud, sino, todo lo contrario, la carta magna de la libertad. La libertad no sólo debe tener un sentido político y civil, sino también económico y moral. Y los trabajadores honestos, no pueden tener la necesaria libertad moral sino sobre la base de una cierta independencia económica. Es ya un axioma que hasta para la práctica de la virtud, es necesario un relativo bienestar. Mientras ello no se haya logrado, no podremos decir que nos hemos libertado por completo de la ignominia de la esclavitud.

Debemos ser heroicamente sostenedores del don divino de la libertad. Cuando las pasiones de los hombres pretendan cercenarnos la libertad, debemos hacerles entender que es un don divino y que en consecuencia como dijo uno de los más eminentes argentinos: *¡la libertad no se mendiga, se arrebata!* Sólo a Dios de quien nos viene, imploramos y se la imploramos todos los días cuando en cumplimiento de su consejo le decimos en el Padrenuestro: "líbranos de todo mal". El mal nos impone siempre una servidumbre: si es físico la servidumbre del cuerpo, si es moral la servidumbre del alma. Y le pedimos la libertad, después de haberle pedido el pan de cada día, el pan, no robado, ni obtenido de limosna, sino adquirido según sus designios con el sudor de la frente, con el trabajo honrado y condignamente remunerado. Por tanto "ni libertad sin pan, ni pan sin libertad".

A fin de que esto resulte posible son indispensables dos medios: el adoctrinamiento y la organización. El primer deber del verdadero católico que sinceramente quiere adaptarse a las directivas Pontificias de Pío XII que nos pide que seamos apostólicos, consiste en adquirir una noción exacta de las verdaderas necesidades del medio en que se actúa. De lo contrario, el apostolado adolecerá de ineficacia porque será inadaptado.

Por lo que respecta al adoctrinamiento del pueblo trabajador, es una necesidad imperiosa y urgente. Pío XII la proclamó solemnemente en la audiencia pública otorgada a los representantes de las Asociaciones Católicas de Trabajadores

Italianos el 1º de mayo de 1955. "Desde hace mucho tiempo, les dijo, los enemigos de Cristo siembran cizaña en el pueblo, sin encontrar siempre y en todas partes una réplica eficaz de parte de los católicos. Principalmente en el sector de los trabajadores han hecho y hacen todo lo posible por difundir falsas ideas sobre el hombre y el mundo, sobre la historia, sobre la estructura de la sociedad y de la economía. Es frecuente el caso del obrero católico que falto de sólida formación religiosa, se encuentra desarmado cuando le proponen semejantes teorías. No está capacitado para replicarlas y fácilmente se deja seducir por el error. Como los intereses vitales de la Iglesia y de las almas han impuesto la institución de escuelas católicas para los niños católicos, así también la verdadera y profunda instrucción de los adultos, es una necesidad de primer orden. Porque estos erróneos principios están actuando. ¡Cuántas veces Nos, hemos afirmado y explicado el amor de predilección de la Iglesia hacia los trabajadores! Sin embargo, se propaga profusamente y encuentra eco la atroz calumnia de que la Iglesia es la aliada del capitalismo. Ella, Madre y Maestra de todos, ha tenido siempre solicitud por los hijos que se encuentran en condiciones más difíciles y también de hecho ha contribuído poderosamente a la consecución de los apreciables progresos obtenidos por varias categorías de trabajadores. Nos mismos, en el Radio-Mensaje Natalicio de 1942, decíamos: Por falsos, peligrosos y condenables que hayan sido y sean los caminos que se han seguido: ¿quién y sobre todo qué sacerdote o cristiano podrá hacerse sordo al grito que se levanta de lo más profundo, pidiendo en el mundo de Dios Justo, justicia y espíritu de hermandad?

En cuanto a la organización, es también una necesidad impostergable. ¿Cómo sería posible el adoctrinamiento de cada trabajador hallándose aislado? Y ¿cómo podría hacer valer sus derechos, sino imponiéndose por la fuerza resultante del número, mediante la organización? Organización de trabajadores y organización de patrones regidos por una representación paritaria de los unos y de los otros, sería, de acuerdo con la doctrina social católica, el procedimiento acertado para dirimir las cuestiones suscitadas por los intereses opuestos de los unos y de los otros.

Tal es la finalidad de la sindicación libre y autónoma propiciada por la sociología católica, de acuerdo con las directivas Pontificias.

He aquí un campo de acción social, donde el celo apostólico del clero y todo católico debería prodigarse para el logro de la pacificación social. Según la mente del Pontífice

reinante y de sus eminentes predecesores inmediatos, ésta es la acción que compete al clero. Acción no política en el sentido partidista de la palabra, sino social, en beneficio de la sociedad entera.

Lo he dicho ya muchas veces: a nosotros, sacerdotes, no nos corresponde actuar en política partidista, no nos es lícito, nos está vedado.

Partido es parte del pueblo y el sacerdote consciente de su misión no puede, no debe pertenecer a una parte del pueblo, porque debe ser de todo y para todo el pueblo.

Al recomendar las organizaciones es necesario tener presente que éstas no deben absorber a los individuos que las constituyen. El colectivismo tiende a esta anulación de la personalidad humana. El catolicismo social, la condena. El individuo no debe ser para la organización, sino la organización para el individuo. El error del colectivismo dimana de la falsa premisa que considera al hombre como un medio. El hombre no es un medio, sino un fin. La personalidad humana debe prevalecer siempre con la inviolabilidad de todos sus derechos y particularmente el de su libertad.

Circunstancias auspiciosas han contribuído a que esta primera ceremonia con que se inicia la semana de adhesión al Papa, se realice al pie del monumento de San Martín, recientemente inaugurado.

San Martín es el Padre de la Patria.

Complementa el significado de esta ceremonia inaugural, el hecho doblemente auspicioso de realizarse frente a la Basílica de San Pedro, el primer Sumo Pontífice de la Iglesia Católica.

La Patria y la Iglesia y en medio de las dos grandes realidades el pueblo que las venera y que jura honrarlas, defendiendo, como ya lo ha comprobado, con el derramamiento de su sangre, su fe y su libertad.

¡Pueblo querido! Surgido de tus filas, yo quiero consagrar por entero los días que me restan, a continuar trabajando por tu mejoramiento material y tu elevación moral, como medios de una pacificación permanente, para alcanzar el ideal simbolizado en el escudo de nuestra Patria.

En las dos manos que se estrechan, quiero ver la unión indisoluble de la Patria con la Iglesia y la del Gobierno con el Pueblo. Y para contribuir mejor al logro de esos ideales, quiero trabajar hasta el fin de mi vida, asistido por dos hermanas que me sean inseparables: la pobreza y la libertad. La pobreza hará que sea cada vez más genuinamente cristiano y la libertad que sea más auténticamente argentino.

SERMÓN DE SOLEDAD
VIERNES SANTO DE 1956

Pronunciado el Viernes Santo de 1956 en la Iglesia de San Miguel Arcángel

La actualidad mundial nos presenta un panorama que ofrece confrontaciones extraordinariamente aleccionadoras.

La primera entre todas, es la comprobación experimental que nos proporciona la diferencia esencial entre los procederes humanos y los divinos. El período ordinario de la vida del hombre basta para comprobar conclusiones de una evidencia meridiana.

Suelen aparecer en el escenario de las naciones, hombres con cualidades sobresalientes, pero que se dejan alucinar por pretensiones exageradas. Apelan a todos los medios para afianzar su pretendida grandeza y confían ciegamente en su capacidad de fundar sistemas y doctrinas que los sobrevivan con duración indefinida.

Durante la primera mitad de nuestro siglo veinte los hemos visto aparecer en el Oriente y el Occidente, en Rusia, en Italia, en Alemania, en América... Pero sus doctrinas y sus sistemas, han venido desvaneciéndose y comprobando su inconsistencia. Habían pretendido rivalizar, desplazar y sustituir la doctrina y la fundación del mismo Jesucristo.

¡Cómo queda evidenciada la diferencia esencial entre lo puramente humano y lo divino!

Hace ya casi dos mil años de la venida de Jesucristo, de la promulgación de su Evangelio y de la fundación de su Iglesia. Y cada año en el universo entero se viene conmemorando las fechas de su nacimiento y de su muerte. Y ¡cosa extraordinaria! A medida que el tiempo pasa, su obra se afianza y se vigoriza. En este año de 1956 el actual Pontífice, uno de sus más grandes representantes en la tierra, ha resuelto actualizar aún más las tradicionales recordaciones de su muerte redentora y de su resurrección libertadora. Las reformas introducidas en los ritos de esta Semana Santa tienen por objeto la adaptación más exacta de las conmemoraciones con las realidades históricas de los hechos. Y los hechos que conmemoramos constituyen el fundamento de las virtudes sobrenaturales que nos han de regenerar y salvar, inyectando vida sobrenatural y divina en nuestra vida natural y humana.

Durante esta semana recordatoria, nos damos cita en el recinto de nuestros Templos para recogernos a meditar en común acerca del extraordinario beneficio de nuestra redención. La prevaricación de nuestros primeros padres nos hizo perder la herencia de nuestra predestinación, nos privó del privilegio de nuestra filiación divina y nos despojó de la gracia en esta vida presente y de la gloria en la futura. Pero la Misericordia divina se sobrepuso a la Justicia. Mas he aquí lo sorprendente. Pudo Dios preservarnos de todos los males que nos sobrevinieron como consecuencia del primer pecado, con un acto de su voluntad soberana. Y esto habría constituído ya un gesto infinitamente benévolo de la misericordia divina para con nosotros. Pero no fué así. Dios es también la Justicia infinita. Y para otorgar la remisión de la culpa, se requería también el restablecimiento del orden subvertido por el pecado. El deseo inmoderado del placer debía ser reprimido por la acritud mortificante del dolor. La rebeldía de la desobediencia debía ser reemplazada por la humildad de la sumisión. La avidez inmoderada de la vida por la aceptación voluntaria de la muerte. Y el hombre por sí solo no era capaz de estas realizaciones y aun cuando lo fuera, carecía de la representación necesaria para pactar con la grandeza infinita de Dios. ¡Y he aquí lo que parecería inverosímil! ¡He aquí lo extraordinario! ¡He aquí lo infinitamente impresionante! El mismo Dios se ofrece a restablecer el orden para dejar satisfecha la Justicia a fin de que pueda prodigarse su Misericordia. La Segunda Persona de la Santísima Trinidad se presenta al Padre: *Ecce ego, mitte me.* Héme aquí: ¡Yo me ofrezco a hacerme Hombre para que pueda rehabilitarse el hombre!

Para la realización de este misterio se requería señalar una época y predestinar una mujer.

La humanidad, como consecuencia del pecado original, continuaba degenerándose durante las postrimerías del paganismo. Una humildísima Virgen Nazarena cuya niñez y primera juventud había transcurrido en los claustros del Templo de Jerusalén, meditando las Sagradas Escrituras y recibiendo revelaciones divinas, se había trasladado a la aldea de Nazareth, y en la mitad de una noche correspondiente al veinticinco de marzo, hacia el fin de la era pagana, hallábase en oración en su modesta morada. Las manos juntas sobre el pecho, la cabeza inclinada como la corola de una azucena sobre su tallo. Está orando fervorosamente por la humanidad. Se halla pidiendo a Dios el adelanto de la hora de la Redención, como dentro de algunos años pedirá el adelanto de la hora de los milagros. Se está ofreciendo, aunque se considera indigna, para ser esclava de la mujer que sea designada para ser Madre del Redentor. Se está inmolando para compartir los dolores que deberán martirizar a esa privilegiada mujer.

En ese instante, en el silencio de la media noche, en la soledad de su modesta vivienda, se le presenta un altísimo embajador del cielo. Es uno de los príncipes más eminentes de la corte celestial: un Arcángel. Saluda a la Virgen en nombre de Dios. *Dios te salve,* y le anuncia que ha sido ella la elegida para ser la Madre de Dios, Redentor de la Humanidad. Se estremece como una hoja sacudida por el vendaval. Y piensa: ¡esto es imposible! ¿Cómo yo siendo virgen y teniendo la resolución de serlo para siempre, puedo ser madre? ¿Cómo yo siendo tan débil e indefensa podré elevarme a la altura de tamaña responsabilidad? ¿Cómo podré soportar los martirios que deberá afrontar la mujer que sea destinada para el desempeño de semejante misión?

El Arcángel la tranquiliza, la reconforta: "No temas, le dice, Dios estará contigo, con Dios todo es posible, el Espíritu Santo te fortalecerá". Ella se resigna, se somete, se conforma al comprender que es esa la voluntad de Dios, y da esta admirable respuesta: *Cúmplase en mí tu Voluntad.* La aceptación de la responsabilidad y la conformidad anticipada con todos los sacrificios que imponga el cumplimiento del deber. He aquí la primera y la más grande de las lecciones que nos da la que acaba de ser constituída Madre de Dios y por eso mismo Madre nuestra.

Vivimos en una época durante la cual desde todos los centros y en todos los tonos se han venido proclamando los derechos del hombre. Recordemos aquella en la cual la que nos fué dada por Madre sobrenatural, nos enseñó a aceptar los deberes. Unos y otros están contenidos en el Evangelio. El Evangelio es el código de los derechos, pero es también el decálogo de los deberes del hombre. Y es inmensamente más útil y benéfico el hombre cargado de deberes que el armado de derechos. Y es también más fuerte y perseverante porque el hombre puede ceder sus derechos pero no debe renunciar a sus deberes.

Demasiado pronto comenzaron a presentarse a la Virgen Santísima las oportunidades de cumplir con los deberes impuestos por la responsabilidad aceptada de ser la corredentora de los hombres.

Cuando se aproximaba la hora del nacimiento de Jesucristo, coincidió la promulgación del edicto del César que la obligó a emigrar de su modesto domicilio para ir a empadronarse en Belén, ciudad de sus antepasados. Su pobreza no le permitió encontrar alojamiento en la población y debió refugiarse en una de las grutas de sus proximidades. En aquellas cavidades encontraban reparo las bestias durante las noches invernales. Sólo las madres privadas de techo y de recursos pueden adivinar algo de la inmensidad de la pena causada por semejante desamparo. ¡Y qué profundas e indelebles son las emociones que se experimentan al penetrar en aquel recinto y al caer de rodillas junto a la estrella formada con letras de plata que dicen: *Aquí nació Jesucristo de la Virgen María!*

Pero este dolor iba a ser absorbido por otro inmensamente mayor. Herodes receloso del porvenir del Niño de cuyo reinado hablaban los profetas resolvió quitarle la vida para lo cual ordenó la matanza de todos los niños menores de dos años, que se hallaran en la comarca. El cielo advirtió a San José la inminencia del peligro y la necesidad urgente de salvar la vida del recién nacido, emigrando precipitadamente a Egipto. Las angustias van haciéndose cada vez mayores.

Cuando se ha tenido la oportunidad de atravesar los interminables arenales del desierto, se puede meditar en las privaciones y las ansiedades de los días, las noches y las semanas transcurridos en una soledad absoluta, agravadas por los sobresaltos de la posibilidad de ser acometidos por asaltantes o por esbirros enviados por el perseguidor. He ahí algunos de los primeros sufrimientos presentidos por la Virgen

Santísima desde el instante de la aceptación de la maternidad divina.

Para avivar nuestra gratitud y nuestro amor es conveniente recordar, como lo estamos haciendo, los sufrimientos y los martirios voluntarios y heroicamente aceptados por nuestra Madre al acceder consciente y libremente a ser nuestra corredentora.

Pero de todos estos eran simplemente los preludios del drama formidable cuyos últimos actos serían sobremanera trágicos.

Cuando se tiene el presentimiento certero de la proximidad de un infortunio, el tiempo transcurre con excesiva velocidad. La Virgen Santísima, viuda ya, sentía transcurrir las horas y los días, sin decidirse a compartir con nadie las angustias que desbordaban de su corazón. Bien sabía que, por el contrario, los Apóstoles, los discípulos, las santas mujeres y los amigos que permanecían fieles a Jesús debían encontrar en ella su refugio y su sostén. Y a la que se disponía a hallarse a la altura de su tremenda responsabilidad, no la hacían vacilar ni su desamparo ni su debilidad. Le había sido revelado que Dios estaría consigo, y confiaba firmemente en que había de sostenerla en el cumplimiento de su deber.

Su Hijo Divino había sido ya apresado, conducido al Tribunal y cobardemente condenado a muerte. Pilatos, representante del César había comprobado su inocencia. Resistía las exigencias de la plebe hostigada por los dirigentes que materializados no querían reconocer la divinidad de un Mesías espiritual, cuya misión no consistía en libertarlos del César sino del mal, ni en proporcionarles bienes materiales sino aspiraciones espirituales. Urdieron la trama de intimidar a Pilatos amenazándolo con denunciarlo como desleal al César. Pilatos era uno de los tantos hombres que se complacen en el usufructo de los derechos y de las ventajas que proporcionan. Si hubiese pertenecido al número de los que profesan el culto del deber, habría respondido de esta manera: se me amenaza con denunciarme como desleal al César si no condeno a un inocente, y eso nada me importa. Por encima de todo está el dictado de mi conciencia, que me exige cumplir con mi deber, y me prohibe violar a la justicia. Pero era un hombre entregado al sensualismo de la vida y apegado a las ventajas de la posición. Su voluntad carecía de la fortaleza necesaria para sostenerlo en la defensa de la justicia, y claudicó como tantos sibaritas: ¡cómo presentarme a mí como desleal al César: perder con su confianza mi posición y mis prebendas!... ¡ah!, ¡no! Antes

bien, ¡cállate conciencia! ¡Doblégate, justicia! ¡Y tú, oh pueblo, apodérate de ese hombre y haz con él lo que te convenga!

¡Cuántas claudicaciones semejantes en nuestra época, disimuladas con actitudes y encubiertas con explicaciones, que las presentan bajo apariencias de lealtad!

Terminado el vergonzoso proceso, sonó la hora fatal de dar comienzo a la ejecución. La Madre del sentenciado a muerte había seguido ansiosamente los episodios del drama increíble. Los pocos que se mantenían fieles a Jesús trataban de disuadirla de su propósito de acompañarlo en el terrible proceso de su ejecución. Hasta las leyes paganas prohibían que las madres presenciaran la ejecución de los hijos.

Decíanle: "Señora, no podrás resistir, no os empeñéis en acompañar a vuestro Hijo". Ella les respondería: "No, dejadme. No tengáis cuidado, no temáis, no moriré. Yo sé que debo sobrevivirlo. Debo dar ejemplo de fortaleza. Debo sobreponerme, porque me ha sido confiada la misión de presidir el nacimiento de la Iglesia que fundará mi Hijo desde el patíbulo de la Cruz. Yo debo ser proclamada por Él como Madre de sus Apóstoles, de sus discípulos, de sus sacerdotes y de todos los que vayan naciendo en el seno de la Iglesia durante el transcurso de los siglos. Yo debo dar ejemplo de fortaleza, soportando sin morir todos los martirios. La muerte sería una recompensa pero no debo tenerla todavía".

Y así, en pos del Hijo, cargando sobre sus hombros la cruz, llegó a la cima del Calvario. Los golpes asestados sobre los clavos que traspasaban las manos y los pies del Hijo martillaban el corazón de la Madre. ¡Y Ella permanecía de pie! Era la estatua viviente del dolor. La imaginación de los artistas no ha logrado personificarla. *¡Stabat Mater Dolorosa!* Y allí debía soportar el martirio de los improperios. "Si eres Hijo de Dios —le gritaban— desclávate de la Cruz y creeremos en Tí".

Si Jesucristo hubiese sido solamente hombre, tal vez habría podido adoptar una actitud efectista causando asombro a los espectantes. Y con ello no habría convertido a los incrédulos que habrían permanecido obstinados como ante tantos otros de los milagros. Pero además de ser hombre es Dios. Y la prueba más evidente de comprobarlo la da su resolución de permanecer enclavado en la Cruz hasta morir. Su voluntad se mantiene adherida a la de Dios con una firmeza infinitamente mayor que la de los clavos que sujetan su cuerpo al madero de la Cruz. Y por eso, hasta su último suspiro permanecerá en la Cruz. He ahí, la demostración más convincente de la fortaleza que sostiene en el cumplimiento del deber.

¡De esa misma fortaleza está dando ejemplo la Madre, al mantenerse inmóvil al pie de la cruz, como se mantiene el Hijo enclavado en esa misma cruz!

Jesucristo, consumado el sacrificio, consiente en que la muerte se apodere de su cuerpo. Pronuncia las últimas palabras: *Consummatum est.* Todo está consumado; emite el último suspiro, inclina la cabeza y cierra los ojos.

El sol se entenebrece, el universo queda sumergido en la oscuridad como vistiéndose de luto, la tierra tiembla y las montañas se agrietan como si se partieran de dolor...

La Virgen Santísima permanece firme. No esconde su rostro como el sol. Su corazón no se parte como las piedras. Pero su dolor se ahonda y se ensancha. Es un océano de amargura. Es la hora trágica de su soledad.

Los desfallecimientos sobrevienen después de los grandes esfuerzos físicos o morales. En la Virgen Santísima no se producen. Ella se sobrepone porque sabe que debe prepararse para cumplir con los nuevos y grandes deberes que le impone la maternidad que su Divino Hijo le acaba de confiar desde el patíbulo de la cruz: la maternidad de la Iglesia que nace y la maternidad de los hombres que se le confían.

¡Qué ejemplo para los que sólo promulgan los derechos, para los que ante las menores oposiciones y contrariedades renuncian al cumplimiento de los deberes!

Postrémonos en espíritu ante ese vivo altar que acaba de erigirse, teniendo como dosel a la cruz. El altar viviente es la Virgen que por primera vez se sienta desde el principio de la Pasión. Sobre su regazo descansa la Víctima inmolada. El dolor de la Madre y el del Hijo se han fundido en una sola inmolación, ofrendada para salvarnos. ¿Seremos capaces de permitir que se desperdicie? ¡Ah!, ¡no! Pero ante la majestad de tu grandeza sin límites, agigantada por la inmensidad de tu dolor, mi insignificancia queda desconcertada y enmudecida. ¿Cómo me atrevería a saludarte? ¿Qué título invocaré? No me asiste ninguno. Por eso me anonado y pido que te salude Dios. *¡Dios te salve! ¡Reina y Madre!* Son estos los dos títulos más grandes y más hermosos de cuantos puedan adjudicarse a una mujer en la tierra y en el cielo. Tu realeza es múltiple. Pero hoy mi piedad se concentra en la contemplación de una sola: *Reina de los Mártires.* El martirio que tú has soportado sólo ha sido superado por el de tu Hijo Divino. Y lo has soportado sin morir. Has sobrevivido a todos los dolores asociándolos a los de tu Hijo y ofrendándolos por mi salvación.

Pero lo que más me interesa es saber que también eres Madre: y para mi dicha y mi consuelo, más Madre que Reina. Como Reina todo lo puedes y como Madre todo lo quieres. Es cierto que yo nada merezco. No soy merecedor de los bienes que deseo y necesito alcanzar, sino por desgracia de los castigos que me deben corresponder. Pero me reanimo y me consuelo pensando que eres Madre y Madre de Misericordia. Misericordia es la compasión invencible que el corazón experimenta en presencia de la miseria. Por eso yo que soy una gran miseria, sé que al prosternarme ante Ti, te provoco una gran misericordia, y siento reconciliarme con la vida.

Pecando he merecido la muerte, la muerte temporal y la muerte eterna. Y esta verdad me causa una gran amargura, ocasionada por la conciencia de lo que merezco y lo que me espera. Pero meditando en lo que eres renace en mí la esperanza. Eres pues, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Los hombres habíamos sido creados e inmunizados contra la muerte para ser felices en la inmortalidad. Pero la rebeldía de los primeros padres nos perdió esa herencia y quedamos reducidos a vivir transitoriamente en este mundo como en un destierro. Las satisfacciones y las alegrías pasan fugaces como acariciándonos la superficie; los sufrimientos y las angustias se nos clavan en el fondo de nuestro ser como dardos de fuego. Por eso a Ti clamamos los desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

¡Y qué bien desempeñas con nosotros tu misión de Madre de Misericordia en nuestras penas privadas y particulares y en nuestras angustias públicas y colectivas!

El 8 de diciembre de 1954 y el 8 de diciembre de 1955 quedarán señalados en los anales de la Patria como los días históricos de la iniciación y del coronamiento de nuestra liberación...

INMANENCIA DE LA RESURRECCIÓN

Alocución pronunciada en el templo de San Miguel Arcángel el día de Resurrección, 1º de abril de 1956

La naturaleza y la gracia comprueban constantemente la perpetuidad de la resurrección. Los primeros destellos de la aurora anuncian la reaparición del sol. Las primeras hebras verdes que asoman sobre la tierra arada revelan la reviviscencia de la vida vegetal que parecía muerta en la semilla reseca. Las yemas que se entumecen sobre los desnudos sarmientos de la vid y los brotes que despuntan sobre las ramas que parecían agostadas por las heladas del invierno, anuncian la proximidad de la primavera en la cual la vegetación reverdece para brindarnos sus flores y sus frutos.

Eso mismo, pero con mayor vigor aunque de manera menos visible acontece en el mundo sobrenatural de la vida de la gracia.

¡Cuántas existencias ya marchitas en las cuales había muerto toda esperanza de renacer para la existencia fecunda y benéfica, al recibir la ablución del sacramento de la penitencia renacen a la vida, como resucitaban los muertos al conjuro de la palabra divina "Levántate y anda"!

¡Cuántas almas en las cuales había muerto la vida sobrenatural de la gracia, la sienten renacer en su interior experimentando secretas e inefables alegrías, como las del joven difunto que al oir la voz divina que le decía: "joven, yo te lo mando: levántate" se arroja a los brazos de la madre viuda

con quien reinicia en medio de transportes de júbilo, la dulce vida de la intimidad del hogar que parecía haber terminado para siempre!

"Cuenta las estrellas, si puedes", dice un apóstrofe bíblico. Pero quién puede contar las almas en las cuales renace con la absolución sacramental la vida sobrenatural de la gracia, devolviéndoles la paz y reverdeciéndoles la esperanza. Hasta entonces se sentían forzadas a exclamar: ¡esto no es vida! Ahora dicen: me siento reconciliada con la vida: yo he vuelto a vivir.

Todos los renacimientos que se reproducen diariamente en todo el universo, son otros tantos destellos del misterio de la gloriosa Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo que hoy conmemora y venera el cristianismo universal.

Este misterio es el fundamento inconmovible de nuestra fe. Si Jesucristo no hubiera resucitado, exclamaba San Pablo, nosotros los creyentes seríamos los más miserables de los hombres: mereceríamos sino el desprecio, la compasión de lo demás. Pero siendo la Resurrección la más inconcusa de las verdades históricas, los creyentes somos los únicos que podemos y debemos estar firmemente seguros de ser poseedores de la verdad y consiguientemente de la libertad, porque lo único que realmente liberta al hombre es la verdad. El error es siempre un mal. Todo mal implica una esclavitud. Si el mal es físico causa una esclavitud del cuerpo; si es moral ocasiona una esclavitud del alma.

Los contemporáneos de Jesucristo que prefirieron continuar en la esclavitud del error seducidos por las ventajas materiales que les podía proporcionar se complotaron para eliminarlo en forma definitiva dándole muerte.

Habían oído decir que Jesucristo había profetizado su resurrección. Si esta profecía quedaba confirmada por el hecho, sería un acontecimiento funesto que haría frustrar los planes de eliminar a Jesucristo respecto de su persona, de su doctrina y de su moral. Por esto resolvieron hacer custodiar el sepulcro de Jesús destacando guardias permanentes con soldados del imperio romano. Pretendían persuadirse de la imposibilidad de la resurrección y de la posibilidad del secuestro del cadáver por parte de los discípulos de Cristo, para afirmar después que había resucitado. Establecieron guardias permanentes ¡Pobres ilusos!

Hacen pensar en poderosos de la tierra que resolvieran turnar destacamentos de las fuerzas del universo en el oriente, para impedir que salga el sol.

Todas las precauciones que adoptan los hombres para reprimir o contener la omnipotencia de Dios, son estériles y ridículas. Dios las tolera porque su respeto por la libertad humana es infinito, como su omnipotencia. El hombre cuyo poder es limitado, teme por su estabilidad y por eso se esfuerza por restringir y aún suprimir la libertad de los demás.

Lo que los enemigos de Cristo debieron tener presente es que el Taumaturgo que debía resucitar su cuerpo no estaba fuera sino dentro del Sepulcro. La muerte voluntariamente aceptada separó el alma del cuerpo; pero no separó, porque era imposible, la Divinidad ni del cuerpo ni del alma. Cuando llegó la hora preestablecida, la Divinidad actuó en el alma y en el cuerpo. Al restablecerse la conjunción de ambos recuperaron la vida, pero una vida sobrenaturalizada con las cualidades inmateriales de la sutileza, la agilidad, la ubicuidad. Sin necesidad de remover la piedra que cerraba el sepulcro ni de perforar la roca en que había sido cavado, el cuerpo resucitado salió como un sol y los soldados que montaban la guardia cayeron atónitos como habían caído tres días antes en el Huerto de Getsemaní, cuando fueron a prenderlo y al decirle que buscaban a Jesús Nazareno les contestó: "Soy Yo".

El de Jesucristo es el más grande de los sepulcros de la tierra. Los sepulcros de los grandes son venerados porque en ellos se conservan sus restos. Único entre todos los sepulcros venerables, el de Jesucristo es grande porque quedó vacío. Porque el que en él yacía, se levantó redivivo conforme lo había profetizado y porque la piedra que lo cerraba al ser milagrosamente removida, lo dejó abierto como para que la roca sepulcral continuara por sí misma anunciando la verdad de la resurrección a través de los siglos.

El universo entero lo designa con el nombre de "El Santo Sepulcro", y todas las religiones continúan disputándose el derecho de poseerlo.

Los que carecen de una fe suficientemente profunda se escandalizan cuando presencian la disputa de los que profesan cultos diversos, por adjudicarse la pertenencia. Por lo que a mí respecta, me complazco en declarar que si mi fe hubiese tenido necesidad de ser reconfortada, el milagro habría sido logrado durante mi visita al Santo Sepulcro, al comprobar como las religiones más opuestas se disputan el derecho sobre un sepulcro que se encuentra vacío de los restos del héroe, con lo cual proclaman de hecho, la creencia de su Divinidad.

Cuando yo lo visité a fines del año 1954, mi querida Patria se hallaba en tinieblas. Era muy densa la oscuridad que la en-

volvía. Pero por fortuna, a pesar de todas las desconsoladoras apariencias, los presagios de la claridad libertadora se aproximaban.

El mundo entero se hallaba muy próximo a comprobar con jubilosa admiración, otro de los grandes milagros de la inmanencia de la Resurrección.

Un materialismo persistente y obstinado había utilizado todos los medios para enervar las conciencias y amortiguar la fe en los espíritus. Era el procedimiento más eficaz para matar los gérmenes de todas las posibles reacciones. Se habían esforzado por amortiguar la vitalidad de la Iglesia y pretendían comprobar la esterilidad del catolicismo que ya anunciaban como caduco. Pero todo esto sólo sirvió para abrillantar la victoria adelantando la hora de otra demostración colectiva de la inmanencia de la Resurrección.

La vitalidad de la fe cristiana no había muerto ni en la vejez, ni en la virilidad, ni en la juventud, ni en la niñez. En el momento preestablecido por la Providencia, bajó un soplo de lo alto, aventó las cenizas acumuladas por el materialismo y fulguró la liberación, haciendo resplandecer la faz de la República que reapareció ante el mundo como la de la Argentina auténtica, es decir la Argentina tradicionalmente católica. Bendita sea la vitalidad inmanente de la fe verdadera que nos permite intercambiar el augurio contenido en la salutación cristiana de "Felices Pascuas".

La Santa Madre Iglesia desde tiempo inmemorial ha establecido el período durante el cual los creyentes verdaderos deben cumplir con el precepto pascual de la confesión y la comunión que deben realizar por lo menos una vez al año.

¿Quién puede imaginar el número innumerable de las almas a las cuales la absolución purifica y la eucaristía vigoriza y reverdece haciendo que la tierra presente al cielo una floración espiritual que atrae las miradas de los ángeles y hace llover las bendiciones de Dios?

A este constante reverdecimiento espiritual se debe que el mundo continúe espiritualmente viviendo en la fe, la esperanza y la caridad.

Pero este reverdecimiento espiritual de las almas, debe trascender a la entera sociedad y a la civilización cristiana. Los creyentes sinceros no deben, no pueden sustraerse al cumplimiento de la obligación colectiva que les impone la hora en que vivimos. De la comprensión que adquiramos y de la resolución que adoptemos, depende la suerte próxima de nuestra Patria y tal vez de toda Sud América.

El primero de abril de 1945, día también de la Resurrección del Señor, desde este mismo púlpito pronuncié las palabras siguientes que considero oportuno actualizar:

"Hasta hace poco, en medio de la confusión ambiente, se dejaban oír desde diversos sectores, voces pesimistas que anunciaban unas con fruición, otras con pena, el debilitamiento y el eclipse ya que no la muerte de la civilización cristiana. El comunismo se aprestaba a reemplazarla. Pero el cristianismo a semejanza de su Divino Fundador, lleva en su entraña la virtud de la reviviscencia y he aquí que ya vuelve a alborear la aurora de su Resurrección. Yo la descubro y la saludo en el contenido del Mensaje del Papa, el día de la última Navidad, ratificando definitivamente con las definiciones intergiversables y decisivas del último domingo de Pasión. Al orientarnos Él hacia la cristianización de las democracias que regirán durante siglos el ordenamiento político de los pueblos, nos ha hecho comprender que ha sonado la hora de sumar nuestras energías con las de Él, que se está desviviendo porque el nuevo período de civilización se inicie y continué impregnado de Evangelio".

El advenimiento de las democracias nos depara más que una satisfacción, una gran responsabilidad: la de consagrarnos sin reservas ni regateos a la elevación moral y material del pueblo, si es verdad que del pueblo deberán salir los que rijan en el futuro sus destinos.

Antes de la gloria de la Resurrección, debió consumarse la inmolación de la Crucifixión. Si queremos usufructuar la dicha de la liberación consolidada debemos disponernos a crucificar nuestras ambiciones personales y nuestras pretensiones de círculo. Ensanchemos los horizontes, hagámonos capaces de inmolarnos. Quememos nuestras aspiraciones personales y al resplandor de sus llamaradas, brille sobre todos nosotros este único lema: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.* "¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!"

EL CLERO Y LOS TRABAJADORES

Alocución pronunciada el "Día del Trabajo"
1º de mayo de 1956

HACE muy pocas semanas, algunos jóvenes párrocos de barriadas suburbanas, se me presentaron a solicitarme una conferencia para sus feligresías. En su casi totalidad las constituyen el pueblo, el pueblo auténtico, el pueblo trabajador. Llegaban a mí comisionados por sectores del mismo. Los abonaban dos títulos: el del pueblo, el del pueblo trabajador. Dos títulos que ejercen en mí una atracción de preferencia.

Los hechos lo han comprobado.

Llegaba yo de Roma recién ordenado de sacerdote, el año 1900, al iniciarse el siglo. Traía en el alma el eco de la voz de León XIII "id al pueblo". Pero carecía de prestigio y de medios. Había que contrariar costumbres inveteradas y oponerse a la corriente, para iniciar un apostolado social eminentemente popular.

En diversas oportunidades anuncié mis propósitos desde tribunas y desde púlpitos. Desde el de la Catedral Metropolitana, dirigiéndome a la sociedad, emití frases como estas: "Resolvámonos a iniciar la evolución si queremos evitar la revolución social", "Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres", "Ni caridad sin justicia, ni justicia sin caridad", "La mejor de las limosnas es tender a tiempo la mano al hombre para ayudarlo a ponerse en condiciones de no necesitarlas", "Lo que es vida para el cuerpo, debe ser para el alma la libertad".

Y no nos conformamos con la exposición de nuestra ideología. Iniciamos la tarea de encarnarla en los hechos. Era necesario comprobar su posibilidad y documentar sus beneficios. Y comenzamos a realizar los primeros ensayos. No tardaron en levantarse las primeras resistencias. Yo aparecía como un avanzado, un contagiado de peligroso modernismo, un simpatizante del marxismo. Era necesario preservarse de mí. Urgía neutralizárseme. Había que combatírseme y derribarme.

Y así se hizo. Se me derribó. Y caí. Pero mi caída no fué definitiva. En mi caída no me hice daño. El golpe no me resultó fatal, porque caí bien. ¡Caí entre los brazos fraternales del pueblo y en el regazo materno de la Iglesia!

Y aquí me tenéis bajo el auspicio de la Iglesia, dispuesto todavía y si cabe más que antes, a trabajar con todos aquellos con quienes coincidimos en idénticas aspiraciones, por el bienestar y por el mejoramiento material y moral del pueblo, para la prosperidad y la grandeza de la Patria!...

Una segunda circunstancia ha contribuído a que yo no sólo aceptara la invitación a dar esta conferencia, si no que además lo hiciera con satisfacción y con gratitud. Me refiero al hecho de haberme sido presentada por intermedio de la delegación de los jóvenes párrocos de estas barriadas esencialmente populares.

Estamos en la iniciación de un período que debe caracterizarse por un mejoramiento material y por una elevación moral del pueblo. Si la consolidación de la paz y de la grandeza de la patria, no se asienta sobre esa base, resultará extremadamente laboriosa y necesariamente efímera. La primera preocupación de todo apostolado debe ser la de adquirir un conocimiento tan perfecto como sea posible de las condiciones del medio en que se debe actuar y de los procedimientos que se deben emplear. De lo contrario resultará estéril, si no contraproducente, por falta de adaptación.

Y ¡gracias sean dadas a Dios!..., estoy comprobando que un sector numeroso de nuestro clero joven, ha enfocado con admirable acierto lo que debe ser el objetivo primordial de su celo: el de la conquista del bienestar material y de la dignificación moral del pueblo.

Mi espíritu se regocija con esta comprobación, que para mayor consuelo coincide con la celebración de la fiesta del trabajo, enaltecida por el Pontífice Visionario que quiere adelantarnos un venturoso porvenir, dándonos como Patrono de la misma al Glorioso Patriarca San José, a quien cupo la gloria sin segunda de enaltecer y glorificar para siempre el tra-

bajo, desde que quienes pretendían eclipsar la grandeza sobrehumana de Jesucristo, comenzaron a llamarlo despectivamente, "el Hijo del Carpintero".

¡Jóvenes sacerdotes, que Dios os bendiga! Os doy las gracias porque con vuestra actitud visionaria, me proporcionáis una dicha semejante a la del anciano Simeón, cuando al comprobar la existencia del Redentor del mundo a quien recién nacido sostenía en sus ya trémulos brazos, dejó salir de su alma desbordante de júbilo este cántico: Ahora ya puedes, Señor, dejarme partir de este mundo, porque has dispuesto la iniciación de los acontecimientos que presagian la realidad que antes de cerrar los ojos ansiaba yo contemplar!

Corresponde dejar sentados algunos principios.

Una de las causas primordiales del malestar social que se viene perpetuando en el mundo es el conflicto suscitado entre el capital y el trabajo. Considero oportuno un ligero análisis: ¿Qué es el capital? El fruto acumulado del trabajo. De esto se deduce que el capital es hijo del trabajo. ¿Y qué es el trabajo? La actividad de la persona humana. La prolongación de la personalidad. De esto se deduce que es más digno y más noble el trabajo que el capital. Y se sigue también que el trabajo debe proporcionar el sustento suficiente para la conservación y el bienestar de la persona humana.

Pero ¿qué es lo que ha acontecido? El hijo, es decir el capital, dejándose seducir por los halagos que produce, se acoge al individualismo que prescinde de las normas de la justicia y la moral y no sólo se aprovecha del padre y lo usufructúa, sino también lo desangra y lo explota.

Pero el trabajo que, ni se debilita, ni envejece, ni muere, porque es ley indefectible de la humanidad, lo advierte y a su vez se siente inducido a reaccionar. Los trabajadores se cuentan y al sumarse, adquieren la convicción de que son extraordinariamente más numerosos que los detentadores del capital y los propietarios de las industrias; y que pueden llegar en consecuencia a ser más fuertes.

Al promediar el siglo llamado de las luces, cuando el adelanto de la técnica adquiere un extraordinario desarrollo, se levanta una voz que pretendiendo interpretarlos les grita: "Trabajadores de todo el mundo uníos". Uníos, ¿para qué? Para rebelaros contra el capital, quitándolo de las manos que lo detentan y aboliendo el derecho de invertirlo en propiedad privada.

Pero he aquí una solución desacertada. Si el capital abusa, el remedio no consiste en abolirlo. No puede ser un procedimien-

to acertado para curar una enfermedad, la eliminación del enfermo. No debe combatirse al capital en sí mismo. Todo lo contrario, cuando es el fruto honestamente acumulado del trabajo, debe aceptarse su legitimidad y su eficiencia. Para la estabilidad de la vida y el desarrollo del progreso, es un elemento indispensable. Toda la economía exige su concurrencia con el trabajo. Lo repudiable, lo vituperable es el capitalismo, es decir: la opresión y la explotación del trabajo. Y en cuanto a la propiedad privada, la solución no está en la supresión, sino en la multiplicación indefinida de la pequeña propiedad.

El trabajo es un derecho natural y por lo tanto divino, lo cual exige que sea inviolable, y además remunerado con lo suficiente para la digna sustentación del trabajador y de su familia. La productividad del trabajo para el capitalista debe ser compensada con el rendimiento de una productividad benéfica para el trabajador. Debe considerarse justísima y debemos procurar ver realizada esta aspiración del pueblo: "ni pan sin libertad, ni libertad sin pan".

En el establecimiento de este equilibrio debe buscarse la solución de la cuestión social surgida por la desinteligencia entre el capital y el trabajo.

Y todos tenemos el imperioso deber de contribuir a que esa feliz inteligencia llegue a ser una venturosa realidad.

Las desavenencias no se concilian con recriminaciones. Por temperamento y por convicción soy enemigo de las mismas. Las verdades no se imponen ni con invectivas ni con agravios. Las convicciones no se infunden por la fuerza. Toda verdad y toda doctrina que para imponerse apela al agravio o a la violencia, se desprestigia a sí misma, porque confiesa su impotencia.

Es imprescindible y urgente la necesidad de resolverse a apartarse de los extremismos. Los conceptos más puros y más nobles se pervierten y se malogran cuando se extreman. Un fatídico bisílabo suele denunciar su deformación; el "ismo". Véase la diferencia sustancial que se establece entre individuo e individualismo, femineidad y feminismo, milicia y militarismo, clero y clericalismo, libertad y liberalismo, capital y capitalismo.

El comunismo es una expresión del materialismo de la vida, pero no lo es menos el capitalismo. Y es ésa la razón filosófica y teológica que justifica y urge la necesidad de que el cristianismo auténtico, procure desvirtuar y neutralizar al capitalismo con la misma decisión y claridad que al comunismo.

Ambos constituyen diques idénticos que detienen el avance de la moral, que debe ser el alma de la civilización cristiana.

No podré detenerme a indicar los diversos medios que pueden contribuir a contener o a moderar las ambiciones del capitalismo. Pero puedo y debo señalar uno que nos concierne directamente.

Las páginas maravillosas del Evangelio contienen el relato de una escena cuya profunda enseñanza resulta de una actualidad impresionante. Tuvo lugar durante los días del apostolado de Jesucristo. Entre las multitudes atraídas por el encanto de su palabra y el prestigio de sus maravillas, se le aproximó en cierta oportunidad, alguien que anhelaba observarlo de cerca. Era un hombre que se había enriquecido mediante procedimientos abusivos y fraudulentos. Jesús se dignó anticiparse a satisfacer su curiosidad y le manifestó su deseo de ir a su casa y de sentarse a su mesa. Algunos de los que advirtieron esta dignación inesperada, comenzaron a criticarlo. ¿Cómo era posible que aquél de quien se aseguraba que era el Mesías, se permitiera ofrecer demostraciones de condescendencia y de amistad a quienes abusaban de su posición y acrecían sus caudales defraudando al fisco y explotando al pueblo?...

Quienes criticaban esa actitud de Jesucristo, ¡cuán lejos estaban de pensar en la finalidad que perseguía!...

Al ser recibido en aquella casa, su presencia, su actitud, su mirada, sus palabras, impresionaron tan fuertemente al anfitrión, que tocado en la intimidad de su alma, iluminada su inteligencia por un destello de luz divina y herido su corazón por un rayo de amor al prójimo, prorrumpió en esta manifestación: "he aquí que yo me siento resuelto a renunciar a la mitad de mis bienes para darlos ahora mismo a los pobres, y a aquéllos a quienes he defraudado estoy dispuesto a restituirles el cuádruplo".

He ahí el efecto inmediato del cristianismo cuando penetra en la inteligencia y en el corazón.

Nosotros debemos ser los conductores de esa penetración divina. Es el honor que Dios nos ha dispensado y la responsabilidad que nos ha impuesto.

Por eso debemos prestarnos a todos los contactos, sin rehusarnos, aun cuando debamos aproximarnos a todos los extremos. Esto exige de nosotros una estabilidad y una firmeza que sólo la gracia de Dios nos puede proporcionar. No debemos adherirnos con exclusividad, ni a los de arriba ni a los de abajo, ni a los de la derecha ni a los de la izquierda.

Nuestro modelo y nuestro lábaro debe ser la cruz, pero la cruz auténtica, la Cruz de Cristo. Hasta a la cruz han pretendido desvirtuarla los hombres seducidos por su ambición materialista de los bienes terrenos, sea del oro o del poder. Al

promediar nuestro siglo se pretendió enarbolar la Cruz Svástica de las puntas quebradas que, vueltas hacia abajo, hacen concentrar los ideales en las aspiraciones terrenas. Pero la cruz de Cristo perdurará firme hasta el fin de los tiempos, recordando a todas las generaciones la universalidad de su apostolado auténticamente cristiano. Su configuración es al mismo tiempo una realidad y un símbolo. La línea vertical cruzada por la horizontal. La vertical por su extremidad inferior se hunde hacia abajo y por su superior se lanza hacia arriba. La horizontal a su vez se extiende hacia la derecha y hacia la izquierda. Pero no para polarizar a los hombres en los extremos, en que se pretenden ubicar dividiendo a la humanidad, sino para alcanzarlos a todos y atraerlos hacia el centro, hacia el corazón de Cristo, para irlos aproximando con la aceptación del reino de la fraternidad.

Ese centro es de una amplitud acogedora. No nos limitemos pues, no nos circunscribamos dentro de los círculos cerrados de ninguno de los extremismos, ni de los de arriba, ni de los de abajo, ni de los de la derecha, ni de los de la izquierda.

Es ésta también una de las más poderosas razones por las cuales la Iglesia no debe circunscribirse dentro de los límites de la política partidista. La mejor política, la más benéfica para el pueblo y para sí misma, es la de la prescindencia absoluta de esa política. La Iglesia por una perentoria exigencia de su misión divina no puede, no debe y no quiere inmiscuirse en semejante política. A sus ministros, sus sacerdotes, se les ofrece un inmenso campo de acción que no debe ser limitado por ninguna militancia política: es el de la acción social, tendiente al mejoramiento material y social del pueblo, de todo el pueblo!

Suele indicarse como medios de pacificación, la beneficencia y la resignación. ¡Bienvenidos sean! Ambos son útiles e indispensables. Pero solamente coadyuvantes, no suficientes. El número de los indigentes a quienes la beneficencia alcanza, es incomparablemente inferior al que crea constantemente las adversidades de la vida y las ambiciones del capitalismo. Para compensar el desequilibrio, resultan impotentes los esfuerzos generosos que se realizan. Lo estamos comprobando con la experiencia diaria. Los esfuerzos de la técnica resultan impotentes. Los salarios suben penosamente como por una escalera y los precios rápidamente como por un ascensor.

Por otra parte, la beneficencia no tiene por misión la de impedir o neutralizar la avaricia de los que multiplican las víctimas que ella trata de aliviar.

Y en cuanto a la resignación, ¡bendita sea! Virtud admirable, virtud heroica, tú también eres necesaria, eres indispensable en la vida. Lo eres para mí y lo eres para todos. Lo eres para los de abajo y lo eres para los de arriba, lo eres para los de la derecha y lo eres para los de la izquierda. Lo eres para los que no tienen nada y lo eres para los que lo tienen todo.

Cada día, cada hora tiene su afán para los mortales. Y hay una infinidad de sufrimientos del cuerpo y de angustias del alma, dimanadas de causas misteriosas, imponderables, inaccesibles, que no están al alcance del hombre, ni para prevenirlas, ni para remediarlas. ¡Y para sobrellevarlas, para soportarlas, para superarlas no hay otro medio fuera del de la resignación cristiana! ¡Bendita sea!

Pero ante los males artificiales ocasionados por la avaricia de los hombres, ante la miseria creada por la injusticia; pretender que nosotros prodiguemos la resignación cristiana a sus víctimas a fin de que sus verdugos puedan continuar oprimiéndolas y explotándolas, eso no lo podemos, no lo debemos y no lo querremos hacer jamás, porque torturaríamos nuestras conciencias y profanaríamos el Evangelio que no es, ni debe, ni puede ser una garantía de opresión y de esclavitud, porque es por su esencia divina todo lo contrario, la carta magna de la verdadera libertad.

Y se debe tener muy presente que la libertad, no sólo tiene un sentido político y civil. Para ser auténtica y completa, debe tenerlo también económico y moral. Y es demasiado sabido que los trabajadores honestos no pueden tener la necesaria libertad moral, sino sobre la base de una relativa independencia económica. Mientras esto no se haya logrado, no podremos afirmar que nos hemos libertado por completo de la ignominia de la esclavitud!...

A fin de que podamos acariciar con fundamento la posibilidad de la conquista de este complemento de la libertad, debemos adoptar los dos procedimientos que nos han sido claramente señalados en las directivas pontificias promulgadas personalmente por el Pontífice Pío XII ante los representantes de las Asociaciones Católicas de Trabajadores Italianos el 1º de mayo de 1955; son ellos: el adoctrinamiento y la organización.

El pueblo trabajador es accesible a la razón cuando comprueba que se la expone con sinceridad, con desinterés personal y sin finalidades ocultas o propósitos inconfesados. Soy depositario de muchas pruebas de lo que afirmo. Poseo una, perfectamente documentada, y me complazco en hacerlo pública en este día, que espero ha de ser de feliz memoria. No in-

teresan los elogios contenidos en el siguiente documento de hace quince años que me fué enviado por la Federación de Asociaciones Gremiales constituída en la Ciudad de La Plata, a raíz de una conferencia pronunciada en Berisso a petición de las mismas, por la terminación de la huelga de catorce mil obreros de los frigoríficos:

"La Plata, diciembre 21 de 1943. A. S. Excia. Monseñor Dr. Miguel de Andrea. - Buenos Aires.
De nuestra consideración:

"Perdura en el pueblo de Berisso y en todo el país la intensa emoción vivida el 19 último con motivo de la magistral conferencia que V.E. pronunciara en el salón del Cine Victoria y que gran parte de la población asalariada de la localidad referida tuvo el privilegio de escuchar personalmente.

"La Federación no tiene palabras de agradecimiento para expresar a V.E. su reconocimiento por el honor que ha conferido al acceder a concurrir a Berisso que como bien dijo es su "querido pueblo trabajador". Los miembros de este organismo han resuelto transcribir en el libro de actas los conceptos que V.E. expusiera el día 19 en el deseo que los trabajadores de Berisso, presentes y futuros, conozcan cuál es la orientación que les ha señalado su gran conductor.

"Aseguramos a V.E. que cuando dispongamos de nuestro edificio, las palabras maravillosas pronunciadas por Monseñor, quedarán grabadas en la portada del mismo, como una lección eterna en la que deberán inspirarse las generaciones argentinas.

"Firman la presente nota numerosos socios recientemente incorporados —dado que hoy cumplimos un mes de vida— porque han querido testimoniar a V.E. su profunda gratitud por el hecho de haber concurrido a Berisso, no obstante las múltiples tareas que reclaman su presencia de continuo.

"Dios guarde a V.E. muchos años. - Firmado: La Comisión Directiva".

Creo haber terminado mi cometido. Al finalizar me permito pediros que os asociéis en espíritu a una plegaria íntima que resultará grata a Dios, si la hacemos colectiva.

No sé si el período que me resta de vida será ya muy breve, como es probable. Pero pidamos a Dios que lo recorra y lo termine asistido por dos virtudes que sean como mis ángeles custodios para que mis últimos días puedan redundar en total beneficio del pueblo: la pobreza y la libertad. Nací en la pobreza y anhelo vivir y morir como corresponde en la misma.

Dios ha permitido que esta afirmación quedara evidenciada por ingratos acontecimientos. No evoco su recuerdo con amargura, mucho menos con rencor, sino más bien con indulgencia y con piedad, entre otras razones, porque los autores de aquellas escenas vandálicas, se causaron a sí mismos mayores males que a nosotros.

En el saqueo y el incendio de mi modesta vivienda, me fué sustraído el capital acumulado durante más de medio siglo de apostolado social: dos anillos y dos cruces pectorales, restantes de la venta realizada para adquirir el instrumental del consultorio médico de la Casa de la Empleada, una libreta del Banco de la Nación por mil quinientos pesos y ocho mil en dinero. No creo que pudiera considerarse un capital envidiable. Pero considero que su insignificancia no deshonra a un ministro de Jesucristo, ni lo inhabilita para ejercer dignamente su ministerio. Custodié, pues, la pobreza.

Y salvaguardé siempre la libertad. Procuré conformarme a la aspiración de San Pío X, quien respondió al despojo de los bienes de la Iglesia en Francia, dirigiéndose a los sacerdotes: "Los quiero pobres pero libres". Y yo estoy persuadido de que siendo pobre, seré más genuinamente cristiano y siendo libre más auténticamente argentino!...

UN EJÉRCITO DE PACIFICACIÓN

Alocución pronunciada el domingo 8 de julio de 1956, en Plaza de Mayo con motivo de la celebración del "Día de la Empleada"

ESTAMOS viviendo en un período que por los graves y trascendentales problemas que incuba, está destinado a ser histórico. Por esta razón cada uno de los ciudadanos tiene el deber de decidirse a meditar sobre su propia responsabilidad y a resolverse a cumplirla.

Hay épocas durante las cuales para las personas responsables resulta más difícil descubrir cuál es su deber que resolverse a cumplirlo. Yo he meditado acerca de cuál es el mío en esta postrera etapa de mi vida. Implorando la asistencia divina y despojándome de toda preferencia individual para contribuir exclusivamente a promover la gloria de la Iglesia y fundamentar la grandeza de la Patria, he adquirido la convicción de que mi deber en esta hora consiste en procurar por todos los medios legítimos, hacer de cada una de las treinta mil mujeres trabajadoras asociadas a nuestra querida Federación, un soldado tan perfecto como sea posible, que militando resueltamente en el ejército de la pacificación social contribuya eficazmente al establecimiento de la concordia, que es en los momentos actuales la gran necesidad exigida con urgencia para posibilitar el cumplimiento de los grandes destinos de nuestra Patria.

En el corazón de todo sacerdote capacitado como es debido para el cabal desempeño de su ministerio, deben arder

permanentemente como lámparas votivas, dos amores: el amor a la Iglesia y el amor a la Patria. Virtualmente no es sino un solo amor que se proyecta sobre la Patria del tiempo y de la eternidad. Patrias que no se excluyen sino que se complementan de la misma manera que la vida sobrenatural lejos de obstaculizar perfecciona y dignifica la vida natural.

Alentado por ese doble amor intenté desde la iniciación de mi apostolado, sirviendo a la Iglesia, contribuir al engrandecimiento de la Patria.

Preocupado por los peligros que la acechaban, valiéndome del apostolado de la palabra desde tribunas civiles y eclesiásticas anticipaba las advertencias que me parecían necesarias.

Considero oportuno recordar algunas: "Resolvámonos a iniciar la evolución, si queremos evitar la revolución social". "Lo superfluo de los ricos, es lo necesario de los pobres". "Ni caridad sin justicia, ni justicia sin caridad". "La mejor de las limosnas es tender a tiempo la mano al hombre para ayudarlo a ponerse en condiciones de no necesitarla". "Lo que es la vida para el cuerpo, debe ser la libertad para el alma". "Ni pan sin libertad ni libertad sin pan".

No fuí afortunado con la enunciación de ese programa de acción social. Provocó reacciones en ciertos sectores que pensaron que perturbaría su tranquilidad. Se me hizo oposición. Se me derribó. Caí. Pero mi caída no fué definitiva. Al caer no me hice daño. Caí entre los brazos fraternales del pueblo y en el regazo materno de la Iglesia. Y aquí estoy después de más de cuarenta años al frente de un ejército organizado para conquistar pacíficamente la victoria de aquellos ideales de nuestro catolicismo social.

Para ello, la *Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas* no deberá modificar la trayectoria que desde su fundación ha venido siguiendo en los treinta y cuatro años de su vida. Durante ella ninguna seducción, ninguna fuerza, ha podido desviarla de su rumbo inicial. Y vigorizada por los éxitos que le ha deparado la Providencia proseguirá con mayor firmeza la marcha hacia la conquista de su patriótico ideal.

He mencionado los éxitos deparados por la Providencia para la satisfacción de sus anhelos de pacificación. Han trascendido los límites de la Patria. Es lo que suele acontecer con las irradiaciones del bien. Es esta la brillante oportunidad de actualizar uno de los hechos más elocuentes que deberá quedar consignado en nuestra historia. Aconteció hace dieciséis años. Dos naciones hermanas trabadas en lucha por desacuerdos territoriales se desangraban. Sus poblaciones se diezmaban. Las mediaciones interpuestas no lograban el éxito anhelado.

Hallábanse en Buenos Aires dos ciudadanos eminentes de los dos países hermanos, investidos de amplios poderes para intentar un posible acuerdo: pero éste no se vislumbraba. Aproximábase el mes de julio y nuestra Federación de Empleadas preparaba activamente la tradicional celebración del Día de la Empleada. La Providencia, que se vale de todo y de todos para el bien, me sugirió este pensamiento: ¿Por qué no podría utilizarse la fuerza moral de las mujeres organizadas, que no puede provocar ni recelos ni resistencias, para intentar una mediación?... Y valiéndome de intermediarios influyentes, hice llegar a ambos plenipotenciarios sendas invitaciones a que nos acompañaran en nuestra celebración. Ésta debía realizarse —¡feliz coincidencia!— el 9 de julio de 1938 en nuestra Plaza de los Congresos. El altar hallábase emplazado sobre la plataforma que sirve de base al monumento. A ambos lados flameaban las banderas de la Patria y de la Iglesia. Del lado del Evangelio hallábanse colocados los sitiales en que se ubicaron a los lados del representante de nuestro gobierno nacional y del Nuncio Apostólico, los plenipotenciarios de Bolivia y de Paraguay. Empleadas bolivianas llevaban la bandera paraguaya y otras paraguayas la boliviana. Al ser ubicadas junto a la argentina y la pontificia y ondulando suavemente, aproximaban sus colores, evocando el arco iris de la paz. El cielo era de un azul inmaculado; el pavimento desde el altar hasta el edificio del Congreso, se hallaba como vestido de blanco, color de las tocas y las túnicas de la mayoría de las manifestantes, y el amor que nos unía a todos ante el altar de Dios, hacía las veces del sol de nuestra bandera. Se procedió a la celebración del santo sacrificio de la misa. Se cantó con entusiasmo el Himno Nacional: "Coronados de gloria vivamos o juremos con gloria morir". En ese ambiente de religiosidad y patriotismo me adelanté a pronunciar la acostumbrada alocución. Pero no era yo quien hablaba. Era aquel conjunto capaz de inspirar y conmover al más indiferente. Más aún, era Dios que prepara las oportunidades y dispone los acontecimientos.

Cuando los objetivos son elevados, los hombres se mueven pero Dios los guía. Cuando el hombre piensa, calla, cuando se comunica habla, y cuando se entusiasma canta. Yo no recuerdo lo que dije, pero canté a la fraternidad internacional, canté a la paz. Y al terminar se adelantó el representante del Paraguay, tendió su mano y estrechó la mía diciendo con gran emoción: "Monseñor, prometo ante Dios y en nombre de mi Patria que superaremos todas las dificultades y superaremos todos los sacrificios, para sellar inmediatamente la paz". Se adelantó a su vez el de Bolivia y dijo: "Hago mías las palabras

que acaba de pronunciar mi colega paraguayo". Ese día ante el altar de Dios y el de la Patria y en presencia del ejército de la pacificación, quedó concertada la paz del Chaco y dentro de la misma semana se realizó en el salón de la Casa de la Empleada, un acto solemne en el cual los dos embajadores anunciaron en medio de un entusiasmo indescriptible, que era un hecho consumado la firma de la paz —añadiendo que la celebración del Día de la Empleada pasaría a ser histórico en los Anales Sudamericanos.

¿No es más patriótico, más humano y podría decir también más divino, contribuir a la pacificación fomentando la concordia, fruto del amor, que promover las disidencias y alimentar las rivalidades que proceden del egoísmo y llevan a la guerra?

Hay un consejo evangélico, que hoy más que nunca debemos tener presente: "Cuando las pasiones humanas quieran encerrarnos dentro de las estrecheces del egoísmo, ensanchemos nuestras aspiraciones en los ilimitados espacios del amor".

El amor que cada cual se tiene a sí mismo no disminuye al que se debe al prójimo, ni éste, al de la familia, ni éste al de la Patria, ni el de la Patria al de la Humanidad.

La universalidad es la esencia del catolicismo. Universalidad no sólo del espacio sino y principalmente del amor.

El patriotismo es una virtud, una gran virtud. Cada ciudadano debe amar abnegadamente a su Patria. Patria implica paternidad. Y el amor filial exige honrarla hasta el sacrificio Media un abismo entre el servirse de la Patria y el servir a la Patria. Cada ciudadano debe servir a su Patria y amar a su bandera pero sin rivalizar ni menospreciar a los demás. El ideal del patriotismo cristiano debe consistir en hacer lo posible por avecinar el día en que los colores de todas las banderas de las naciones, se aproximen hasta que sus respectivos colores, lleguen a formar un arco iris grandioso, bajo el cual avance en una marcha progresiva la democracia verdadera, hasta que llegue a constituirse de toda la humanidad, una gran familia realizando el ideal de la confraternidad humana.

Pero es llegada la hora de preguntar: ¿de qué medios deberá valerse la F.A.C.E. para establecer el reinado de la pacificación dentro de nuestra Patria, para poder influir benéficamente en los demás? De los consignados en el decálogo que fué entusiastamente aclamado en una de sus Asambleas más memorables, cuyos enunciados es oportuno actualizar:

1. — Sostener la indisolubilidad del vínculo de la institución divina de la familia, célula de la sociedad humana; repu-

diar la abolición de la propiedad privada, promoviendo, en cambio, la multiplicación indefinida de la misma y defender la libertad y la dignidad de toda persona humana por humilde que sea.

2. — Rechazar la pretensión utópica de la supresión de las clases y promover la convivencia armónica de las mismas.

3. — Contribuir a la elevación de los de abajo, pero sin pretender el abatimiento de los de arriba.

4. — Auspiciar más que el aumento de los sueldos, la rebaja de los precios.

5. — Exigir de todos el respeto debido a la dignidad de la persona humana, y profesarlo a todos, principalmente a los investidos de superioridad legítima.

6. — Defender los derechos y con igual decisión cumplir con los deberes.

7. — Procurar la paz: la paz doméstica, social, nacional e internacional y repudiar toda guerra, fuera de la guerra contra el odio y contra la ambición desorbitada, generadores de todas las guerras.

8. — Empeñarse en establecer el orden, del cual nace la paz, mediante el ejercicio de la caridad y la vigencia de la justicia. En consecuencia: ni caridad sin justicia, ni justicia sin caridad.

9. — Fomentar el progreso de la técnica, pero anteponiendo el perfeccionamiento de la moral, porque la moral sin técnica puede resultar inoperante, pero la técnica sin moral será siempre funesta.

10. — La observancia de las nueve máximas, dará como resultado la feliz convivencia de la comunidad de la F.A.C.E. que anhela para toda colectividad humana y la posibilidad de la realización de la décima, que complementa nuestro decálogo: *Libertad dentro del orden y alegría dentro de la moral.*

En este día y desde esta tribuna que me parece ser de la Patria, hago férvido llamado a cada una de las treinta mil asociadas de la Capital y de las diseminadas por toda la extensión de la República para exhortarlas a la práctica de éste nuestro decálogo. Ninguna diga ¿qué podré yo sola? Una gota de agua, no es despreciable porque unida a las demás forma las lluvias que fertilizan los campos y fecundan las mieses. Una nota musical asociada a las otras forman el concierto de los himnos nacionales que exaltan a los patriotas y de las marchas de la libertad que electrizan las almas y las elevan a regiones en las cuales se saturan de heroísmo.

Ante la realidad de esta institución que ha prosperado por la continuidad de sus esfuerzos bendecidos por Dios y que hoy se complace en exhibirse a los ojos del pueblo y del gobierno ¿no surgirá la saludable simulación de la laboriosa juventud y virilidad masculina, para actuar de consuno, adelantando así por medios legítimos y honorables la hora de la concordancia de la ciudadanía para acelerar la estabilidad del orden y el progreso de la Patria? ¿Por qué habría de tardarse en provechar la providencial conquista de la libertad y de la autonomía?...

Creo que urge acometer esta empresa. Lo exige el patriotismo argentino. Si se lograse multiplicar el número de las organizaciones sindicales libres y autónomas, pienso que se establecería definitivamente el reinado pacífico de la libertad.

Para estabilizar la libertad es indispensable lograr el bienestar material y moral del pueblo, de todo el pueblo y especialmente de los sectores más desheredados. Hace mucho tiempo que la Iglesia viene proclamando esta gran aspiración. León XIII la anunció al mundo entero en una de sus inmortales Encíclicas: "El preocuparse por la suerte de las clases laboriosas no constituye una actividad libre que puede aceptarse o descuidarse a voluntad, sino una obligación categórica que en ninguna manera es lícito descuidar".

Son muchos los interesados en captarse la benevolencia del pueblo prodigándole promesas y cantándole loas, pero con el propósito inconfesable de servirse de él, no de servirlo a él. Servir al pueblo es democracia, servirse del pueblo es demagogia. Servir al pueblo implica empeñarse abnegadamente en conquistar su mejoramiento material y moral. Y esto es lo imprescindible y lo urgente, si en verdad se pretende establecer el reinado pacífico de la libertad.

La miseria material es un obstáculo para la libertad: pero la miseria moral constituye una imposibilidad porque el espíritu dominado por las bajas pasiones se materializa y prostituye y en consecuencia, se incapacita para toda resistencia y para toda reacción. La libertad no es un privilegio, es una responsabilidad. No debe emplearse para hacer lo que se quiere, sino lo que se debe. Tiene, además, una conexión esencial con la justicia. La libertad jamás debe utilizarse para dañar a la justicia, ni la justicia para obstaculizar la libertad.

La libertad no es una dádiva del hombre, es un derecho divino infundido por el Creador en el alma humana. Por consiguiente, como dijo un eminente argentino, "la libertad no se mendiga, se arrebata". Sólo debe implorarse de Dios que nos ha enseñado a pedírsela todos los días, diciéndole: "Líbra-

nos de todo mal". El mal implica siempre una esclavitud. Si es físico, la esclavitud del cuerpo, si es moral, la del alma.

Hace treinta y seis años tuve la inspiración de grabar sobre mi escudo episcopal este lema: A la paz por la caridad y la justicia; y de extender sobre los símbolos de estas dos virtudes la bandera de la Patria. Era mi propósito, glorificar a la Patria sobre las mismas. Y para lograrlo mejor, prometí prevalerme de la cruz que llevo sobre el pecho. Ella me induce a distanciarme de los círculos estrechos de los que se polarizan en los extremos de arriba o de abajo, de derecha o de izquierda, a quienes sólo me aproxima la caridad para inducirlos suavemente a libertarse de los círculos cerrados que los aprisionan, para que aproximándose todos en la universalidad del mismo amor cristiano se decidan a servir con desinterés y con abnegación a nuestra querida Patria.

En este día, víspera de la declaración de la independencia, desde esta tribuna levantada en la Plaza de Mayo, por lo cual puede ser considerada tribuna de la Patria, sostenido por este ejército de pacificación, hago un llamado a todos los ciudadanos de todos los sectores y de todos los partidos, instándolos a conquistar la más heroica de todas las victorias, la victoria sobre sí mismos. Hasta el marco nos alienta. Esta plaza se denominó también "Plaza de la Victoria". Obtengamos la nuestra a fin de que establecida la concordia se afiance definitivamente la libertad y con ella la inconmovible grandeza de la Patria.

La más heroica de las independencias, no es ni la económica ni la política, sino la moral con la que uno se rehabilita a sí mismo. Para conquistarla es necesario abnegarse y trabajar con verdadero desinterés. Creo estar autorizado para aconsejarla aun cuando confiese públicamente, que he trabajado siempre con un interés oculto del cual nada ni nadie podrá desprenderme jamás: el de la gloria de la Iglesia y el de la grandeza de la Patria.

EMBAJADA DE FRANCIA

Discurso pronunciado por Monseñor de Andrea el día 17 de julio de 1956, con motivo de su condecoración en la Embajada de Francia

El día 24 de agosto de 1945, en pleno invierno, fué para Buenos Aires de fiesta primaveral. Atmósfera diáfana y sol brillante. Rostros alegres y aglomeraciones comunicativas dirigiéndose por las avenidas hacia el monumento de Francia, totalmente cubierto de flores. Era el desborde de una alegría incontenida y generalizada que colocaba en el ambiente este grito: *Le jour de glorie est arrivée.* ¿Qué era lo que acontecía? Acababa de tenerse la noticia de la liberación de París. Y Buenos Aires deliraba de entusiasmo.

Han pasado diez años. Nuestra Patria a su vez ha quedado transfigurada por el sortilegio divino de la liberación y Francia que es la enamorada de la Libertad no puede contener su júbilo y lo expresa por medio de su gobierno, iluminando con un destello de sus glorias tradicionales a uno de los modestos hijos de la Argentina, en quien ha creído descubrir un Apóstol de la Libertad. En realidad yo no soy una causa sino una ocasión que el Gobierno de Francia utiliza para asociar cada vez más indisolublemente los sentimientos nacionales de nuestros dos países.

Yo me siento feliz al ser utilizado para tan noble ideal porque soy un ciudadano argentino y al mismo tiempo un hombre de Iglesia.

La Iglesia es la actualización divina de la verdad y la verdad la conquistadora de la libertad. Me honra sobremanera el haber sido ascendido a miembro de la Legión de Honor porque considero que no se puede pertenecer a la Legión de Honor si antes no se ha militado en la Legión de la Libertad.

Su Excelencia el Señor Embajador de Francia, al comunicarme la grata nueva me hizo presente su deseo de asociar al acto de la entrega de la honrosa insignia a representantes de mis Asociaciones de Empleadas conocidas en su Patria y a miembros de la Congregación de Santa Teresita, asociada a la Archicofradía de Lisieux.

Este delicado pensamiento evoca una circunstancia que une más indisolublemente la libertad en nuestras dos almas nacionales. Los vínculos espirituales son más fuertes y duraderos que los materiales, los económicos y los políticos. Son también más trascendentales, sus proyecciones son sobrenaturales.

Antes de volar al cielo la Madre Inés que había hecho de Madre de Teresita durante su orfandad y que había formado su espíritu en el Claustro me envió una carta en la cual me decía: "Monseñor le anuncio que Teresita tiene reservados en el cielo algunos pétalos de rosas para hacerlos caer sobre su Patria en el momento oportuno".

Y cuando arreciaban los peligros, empeoraban los presagios y se precipitaban las amenazas, recibí algunas letras de parte de su única hermana sobreviviente, estas pocas letras que lo profetizaban todo: "¡Confianza en nuestra Teresita!"

El Espíritu es siempre victorioso. Él haga que durante todo el decurso de la historia reverdezcan las maravillas de Dios realizadas por los Francos "¡Gesta Dei per Francos!"

Y cuando las aberraciones humanas como las aguas salidas de madre, pretendan anegar la confraternidad internacional que el Espíritu de Dios flote victorioso sobre las mismas "Spiritus Dei Ferebatur super aquas". El Espíritu de Dios dominará victorioso sobre las aguas.

CARITAS CHRISTI URGET NOS
"LA CARIDAD DE CRISTO NOS APREMIA"

Alocución pronunciada en la Catedral Metropolitana el 28 de agosto de 1956

UN día como éste al celebrarse las bodas de oro de la fundación de la Sociedad Damas de Caridad, me cupo el honor de hablar desde este mismo púlpito de la Catedral Metropolitana.

A los cuarenta años al conmemorar el nonagésimo aniversario, cábeme la honra de hacerlo también, ante las personalidades civiles, militares y eclesiásticas que prestigian esta solemnidad.

El Evangelista que tuvo el privilegio de reclinar su cabeza sobre el pecho del Divino Fundador de la Iglesia, ha sido simbolizado por el águila porque remontándose hasta las sublimidades de la esencia de Dios, pudo definirla diciendo: "Dios es el amor".

Y al explicar el amor dijo que la exigencia imperiosa de su naturaleza es la de darse. Por eso no se rehusa jamás a ninguno que quiera participar de él. El amor a Dios y el amor al prójimo, no son dos amores distintos: Es uno solo con dos términos.

El que no ama a Dios se priva voluntariamente de la vida divina. Y el que no ama al prójimo, según la explicación del Evangelista es moralmente asesino y suicida. Es asesino porque suprime en su corazón a su prójimo y es suicida, porque se quita a sí mismo la vida sobrenatural.

Si estuviera más generalizada en el mundo cristiano la noción de la trascendencia que Dios atribuye a la caridad para con el prójimo, ¡cuán floreciente se hallaría la fraternidad humana! Ninguno de nosotros se hubiere atrevido a exaltarla en términos tan categóricos, como los empleados textualmente por el mismo Jesucristo. Es Suya esta exposición doctrinaria: Si te encuentras en el Templo para ofrendar a Dios el don de tu adoración y estando ya prosternado ante el Altar te acuerdas que algún agravio te mantiene distanciado de tu prójimo, deja tu ofrenda, levántate, sal fuera del Templo, ve a reconciliarte con tu hermano y después vuelve a ofrendar el homenaje de tu adoración a Dios.

Si no lo estableciera el mismo Jesucristo con su irrecusable autoridad divina, parecería una exageración inaceptable, porque aquí se da preferencia a la caridad para con el prójimo sobre el amor a Dios. Pero es que la verdad teológica nos enseña que si no hay amor al prójimo no existe el verdadero amor a Dios.

Estamos viviendo en una época en la cual deberíamos repetir constantemente que para ser cristiano auténtico no basta confesar el cristianismo, no basta defenderlo, es indispensable vivirlo.

La solemnidad que hoy celebramos nos ofrece una extraordinaria oportunidad para proclamarlo. En los tiempos modernos, durante los cuales la caridad se enfriaba, apareció un hombre que le entregó por entero su corazón. Y desde él el amor fraterno comenzó a recalentar a la sociedad de Francia desde su cúspide hasta su base. La realeza, la aristocracia la medianía, la miseria, la orfandad, todas las categorías sociales fueron alcanzadas por su benéfica influencia y al sentirse tocadas por los destellos del amor sobrenatural se orientaban nuevamente hacia Dios. Ahora el mundo entero conoce y venera los prodigios del amor fraterno realizados por San Vicente de Paul.

En él reconocen su origen esas legiones de ángeles humanados que visitan y alivian las miserias humanas. Las llamamos Hermanas y las apellidamos de San Vicente de Paul.

La misma honrosa genealogía corresponde al grupo selecto de aquellas damas inolvidables que iluminadas por uno de esos destellos divinos el 28 de agosto de 1866, resolvieron consagrarse por entero al alivio de los pobres, con todo cuanto les permitieran sus recursos y las exigencias de su condición social.

Para formar parte de la organización naciente, se requería entregarse sin reservas a Dios y a su Madre Santísima procurando santificarse a sí mismas por medio de la asistencia corporal y espiritual de los pobres, de los desamparados y de los enfermos, sin distinción de creencias, de nacionalidad, ni de color. Todas deberán estar dispuestas a ser designadas para visitar a los desamparados y les harán sus visitas informadas del espíritu del verdadero Cristianismo, con humildad, con prudencia, con profunda caridad, viendo en los necesitados, principalmente en los niños y los ancianos, imágenes auténticas del Cristo sufriente como lo quiere y lo recomienda el Hombre Dios.

La cuna de la Institución fué un augurio de lo que sería su desarrollo y la fecundidad de su vida. Nació en la capilla de un hospital, el Hospital de San Luis. El nombre con el que fué bautizada fué el más expresivo y honroso. Llevarlo equivaldría a ostentar un título nobiliario en los anales del Cristianismo auténtico: "Damas de Caridad". Le corresponde, además, el privilegio de haber sido la primera Sociedad Privada de Beneficencia en el país.

Bajo su tutela florecerían obras de predilección divina en cuyo seno encontrarían providencial refugio la debilidad y el desamparo de los que comienzan la vida con una niñez desvalida y de los que la terminan con una ancianidad desamparada.

¡Cuántas bendiciones atraen del cielo permanentemente sobre nuestra populosa y agitada Capital, esos centros de actividad caritativa que se llaman Asilos Maternales, Refugios de la Ancianidad, Guarderías de la Niñez, Pensionados y Refectorios para Obreras! Los ángeles custodios de las decenas de millares de niños desvalidos y de huérfanos que vienen siendo tutelados durante los noventa años con que cuenta esta benemérita Institución, han servido de pararrayos invisibles pero efectivos para neutralizar las consecuencias de tantas disensiones, de tantas rivalidades y de tantos odios como dividen a los hombres faltos de caridad y saturados de ambición.

Este día puede ser considerado como el de la Fiesta de Gala de la Caridad: "regocijémonos en él". El emplazamiento de la celebración no puede ser más adecuado.

El recinto se halla saturado de las recordaciones históricas que se perpetúan en la Catedral de Buenos Aires, y su pavimento se halla cubierto de las flores tempranas de la niñez, que con el perfume de su inocencia embalsaman el ambiente y atraen las bendiciones celestiales.

Preside espiritualmente esta solemne ceremonia conmemorativa, el Príncipe de la Iglesia que nos fuera otorgado por

el genial Vicario de Jesucristo, que está fulgurando bajo el cielo de la Iglesia con vivos destellos de amor, anhelando recalentar a un mundo que se enfría en el egoísmo. Su primera admonición ha sido un llamado de amor.

Que esta Catedral Metropolitana quede hoy místicamente convertida en un inmenso incensario cuyo fuego sagrado queme todas las impurezas ambientes y las perfumadas humaredas suban a los cielos y caigan convertidas en lluvias de bendiciones.

Quémense todos los egoísmos y desciendan convertidos en gracias sobre creyentes e incrédulos, sobre perseguidos y perseguidores, sobre mártires y verdugos y así se compruebe cómo la Iglesia por medio de la caridad, contribuye al mejoramiento de la Patria dignificando a la humanidad.

INAUGURACIÓN DE UN MÁSTIL

Alocución pronunciada por Monseñor Dr. Miguel de Andrea el 24 de setiembre de 1956, en la Basílica de Nuestra Señora de la Merced

UNIDAD es requisito de estabilidad y de trascendencia. Dios es la Unidad Eterna. Y en la tierra todo lo grande se caracteriza por la unidad. La Iglesia, la Patria, la Bandera. Unidad en la Iglesia que debe ser una e inmutable, Unidad en la Patria que debe ser una e indivisible, Unidad en la Bandera que debe ser una e inconfundible.

De esa característica debe participar también el ejército cuya fuerza debe perpetuar la integridad de la Patria y la gloria de la Bandera. Para ello el ejército tiene la misión de sostener al gobierno y de proteger al pueblo. El sostenimiento del gobierno no implica la idea de un gobierno de fuerza, sino un gobierno con fuerza. Gobierno de fuerza es imposición de voluntad, gobierno con fuerza es régimen de razón. Ahora bien, la ley reguladora del orden, base de paz y de grandeza, no debe ser impuesta por el capricho de la voluntad, sino dictada por la luz de la razón y por la norma de la justicia, y la fuente de la razón y de la justicia es Dios.

La misión del ejército por lo tanto es sublime porque es la de salvaguardar la razón y la justicia. Para ello se requiere el mantenimiento de su unidad, requisito indispensable de su fuerza.

Los que movidos por intereses personales de círculos o de partidos, intentaran dividirlo, incurrirían en suicidio social.

Estas premisas justifican la trascendencia de la feliz iniciativa del recientemente fallecido y por tantos títulos llorado Párroco de erigir este mástil en el atrio de la Basílica de Nuestra Señora de la Merced, Generala de nuestro Ejército Argentino.

A ella el inspirado creador de la Bandera entregó su bastón de mando para rendirle público homenaje en reconocimiento de la protección a la gran victoria que acababa de conquistar. Ningún sitio más evocativo para que desde su tope flamee la Bandera de la Patria.

Si yo tuviera suficiente representación, desde el escenario de esta ceremonia diría a cada uno de los soldados de mi Patria: no os dejéis tentar por ninguna seducción ni de personas ni de grupos, vuestra vocación es nobilísima y superior a toda aspiración personal, es la de continuar siendo centinelas y custodios de la integridad de la Patria y de la Gloria de la Bandera

SAN MIGUEL EN LA ACTUALIDAD

Alocución pronunciada el sábado 29 de setiembre de 1956, en el templo de S. Miguel Arcángel, con motivo de sus fiestas Patronales

ESTAMOS viviendo la iniciación de una etapa de vida ciudadana, cuya evolución está siendo observada con ansiedad por nuestra nación y por casi todo el mundo. Más aún: la característica que llegue a ser predominante en nuestra población, puede ser la que se estabilice por mucho tiempo en medio continente. Nuestra responsabilidad por lo tanto, es incalculable. Son dos las ideologías que están luchando por predominar: la espiritualista y la materialista. De cada uno de nosotros depende el predominio.

Dios nos ha dado el primer impulso soberano que produjo una reacción admirable. La fe es de una fecundidad sorprendente. Millares de niños y de jóvenes sintieron renacer la fe que se les había querido extinguir con tanta vivacidad que los decidía a enfrentarse con el martirio.

Consumados los incendios y las destrucciones sacrílegas, de entre ellos brotaban las ansias de la restauración.

Los hogares se transformaban en talleres para la confección de ornamentos sagrados y otros en sagrarios para preservar el Santísimo Sacramento como en tiempos de las persecuciones romanas.

Cuando anunciamos el propósito de emprender la tarea de la restauración de este querido Templo y de su Casa Parroquial y el de establecernos por unos días entre sus ruinas para

recibir personalmente la limosna voluntaria de la feligresía, se inició un desfile incesante en el cual se entremezclaban sin discriminación católicos, judíos, protestantes y ateos, mezclando sus dádivas y coincidiendo en sus sentimientos. No había diferencia de nacionalidades, ni de categorías. Esa procesión original emocionaba hasta las lágrimas. Era la caravana de la coincidencia del mismo sentimiento que duerme en el alma humana, esperando ser despertado por algún acontecimiento, por algún ejemplo, por alguna palabra que lo conmueva.

Poco después de iniciada la colecta bajo tan buenos auspicios y cuando debíamos comenzar a organizarla utilizando el ofrecimiento generoso que nos hicieran las congregaciones parroquiales, consideramos oportuno interrumpirla para no interferir en el movimiento caritativo que se iniciaba y que debíamos robustecer para contener el avance de la poliomielitis. La Caridad, dice San Pablo, no conoce emulación ni encuentra gusto en anteponer lo propio.

Se interumpió la colecta, pero puesta la confianza en Dios y en la generosidad pública, se iniciaron las obras con el propósito de proseguirlas hasta el fin. Su feliz coronamiento ha coincidido con la celebración de las fiestas Patronales y la bendición de las mismas, impartida para satisfacción general por el Excelentísimo Señor Administrador Apostólico directamente designado por el extraordinario Pontífice, que Dios nos conserva para esperanza del mundo y para gloria de su Iglesia, me brinda la oportunidad de publicar este informe sumario. El presupuesto de los trabajos de restauración del Templo y de la Casa Paroquial asciende a la suma de tres millones y medio de pesos nacionales. Lo que hemos abonado hasta el presente es la cantidad de un millón y medio. Réstanos para saldarla dos millones aproximadamente. ¡Repitamos aquí con fe inquebrantable, como la de todos los que trabajan por Dios: "Señor, en tu nombre echaremos las redes"!

Bendecimos a Dios por la serie y la diversidad de las reacciones con que nos ha venido reconfortando. Pero creo en la necesidad y diría también en la urgencia de que nos resolvamos a hacer un examen de conciencia acerca del deber sagrado de corresponder en forma a sus múltiples y evidentes favores divinos.

No basta responder con reacciones sentimentales. Estas suelen ser efímeras. Las que ahora se requieren para estabilizar la concordia y el predominio de los valores espirituales son las reflexivas. Las que rectifican la conducta.

La celebración de la festividad de San Miguel Arcángel nos presenta para ello la mejor oportunidad. El Príncipe de la milicia celestial es el defensor intrépido de la autoridad de Dios y guardián celoso de su gloria.

Estamos viviendo días de libertad y tal vez no pensamos suficientemente en el deber de no exponernos al peligro de abusar de ella.

Para algo quiere Dios con esta festividad revelar a las creaturas humanas las escenas dramáticas de las creaturas angélicas acontecidas en el cielo. El cielo fué el primer escenario de la actuación de la libertad. La eternidad de la gloria debía ser merecida y conquistada por la adhesión y el sometimiento de las naturalezas angélicas a la Majestad de su Creador. Con ese propósito las puso a prueba —Dios no quiere la sumisión de los esclavos, sino la adhesión de los libres.

Luzbel, uno de los príncipes de la corte celestial, dejado en libertad, creyó poder emular con la autoridad de su creador valiéndose de sus prerrogativas y de las de sus secuaces; y encabezó la rebelión con el grito de "no me someteré", *non serviam.*

Otro Arcángel levantó el grito de la fidelidad. Ese grito fué su nombre "Miguel" que significa "¿Quién como Dios?" Esa fué la espada con la cual el Arcángel de la fidelidad venció al de la rebeldía.

Fué lucha doctrinaria, lucha ideológica, lucha espiritual.

El desenlace de la misma nos es conocido por la revelación. La fe es la luz que esclarece los horizontes infinitos que la razón ni siquiera puede vislumbrar. ¡Cuán insondable es el beneficio que Dios nos hace al levantar el velo de lo sobrenatural para dejarnos entrever el sendero que debemos tomar para asegurar nuestro destino!

Para ello nos servirá la convicción de que la libertad no debe, no puede disentir con la autoridad. La libertad y la autoridad no son facultades antitéticas ni excluyentes la una de la otra, sino por el contrario subsidiarias y complementarias. Su posición por lo tanto no debe ser de resistencia y mucho menos de hostilidad, sino de tutela y de coordinación.

La libertad nada tiene que recelar de la autoridad, así como la corrección nada tiene que temer de la policía, ni la honradez de la justicia.

La libertad sólo puede y debe temer a la autoridad cuando incurre en excesos, es decir cuando se desvirtúa, cuando deja de ser libertad para convertirse en licencia. Y en este caso es conveniente, es necesario que intervenga la autoridad, a fin

de que reprimiendo inexorablemente los excesos, quede reajustada la libertad de quien los comete y restablecida la de quien los soporta.

Cada hombre libre siente que de la entraña de su naturaleza inclinada al abuso surge la necesidad de una autoridad con suficiente imperio para decirle: "detente, puedes abusar si quieres, pero no debes". Y comprende mejor aún cómo la necesidad de la autoridad surge también de la libertad del prójimo, sobre todo si es más fuerte que él.

Es que no hay que confundir libertad con independencia. Una cosa es ser libre y otra independiente. No hay ser humano por muy abajo que se halle colocado que si quiere no pueda ser libre, ni hay hombre por muy alto que haya ascendido que pueda considerarse del todo independiente. La libertad como la vida, tiene sus normas, de las cuales nadie tiene derecho de prescindir. Y si ha podido decirse que no hay derecho contra el derecho, también debe proclamarse que no hay libertad contra la libertad.

Fundado en tales antecedentes, puedo sacar esta conclusión: ¿Cómo se reprimirían los excesos de la libertad si no hubiese autoridad? ¿Y qué objeto tendría la autoridad si no hubiese libertad? ¡De donde se sigue que libertad sin autoridad es anarquía y autoridad sin libertad es despotismo! Conviene también tener presente que no es lo mismo autoridad que fuerza. Puede haber autoridad sin fuerza y puede haber fuerza sin autoridad. La autoridad sin fuerza es inoperante, la fuerza sin autoridad es deprimente. La defensa de la libertad exige que haya autoridad con fuerza y fuerza con autoridad.

Para el imperio de la moral hay una verdad que hoy más que nunca debe tenerse presente. La proclividad a la rebeldía nos es innata y la fomenta más el concepto que instintivamente nos formamos de nuestra superioridad individual. Deberíamos profesar una devoción singular a San Miguel Arcángel adoptándolo como Patrono celestial, para alcanzar la virtud de la sumisión a la autoridad correspondiente. Hoy están sufriendo menoscabo la autoridad paterna, la autoridad civil y la autoridad eclesiástica. La jerarquía que es la condición indispensable para el mantenimiento del orden y para la estabilidad de la paz sufre detrimento porque los individuos que deben acatarla como súbditos, se consideran superiores; tal es la causa que mantiene a la sociedad en intranquilidad permanente.

Adoptemos el ejemplo admirable del inmortal Pontífice León XIII que, en momentos aciagos para la suerte de la civilización cristiana y para la tranquilidad del mundo, ordenó a los católicos de todo el universo que, uniéndose a los sacerdotes, se dirijan al Príncipe de la milicia celestial para que nos defienda en la batalla contra la fe y las buenas costumbres, entablada para la perdición de las almas.

LA MILICIA Y EL CLERO ANTE LA DEMOCRACIA

Discurso pronunciado en el Círculo Militar el 18 de octubre de 1956

No correspondería a la verdad, si se pensara que nuestra preocupación por difundir el convencimiento de la preferencia que ha de otorgarse a la Democracia ha sido iniciada por los acontecimientos que han evidenciado las trágicas consecuencias originadas por habérsela violado.

Me cabe la satisfacción profunda de poder afirmar, con toda verdad que la he tenido siempre. Tal preocupación ha quedado documentada desde la iniciación de mi apostolado social hace ya más de medio siglo y más recientemente en dos discursos dados a la publicidad, uno pronunciado en el Teatro de la Opera de Rosario el año 1946 sobre el tema: "La Iglesia y la Democracia" y otro en esta Capital al recibir el Diploma de Doctor "Honoris Causa" de la Universidad de Buenos Aires en 1946, sobre el tema: "La verdadera Democracia".

Durante varias décadas, superando no pocas dificultades he venido haciendo su apología. Ahora los acontecimientos me facilitan la tarea y me estimulan a realizarla. Me siento como la nave que después de haber venido sorteando los peligros del poco fondo y de los escollos costaneros mientras bajaba por los ríos, al llegar al océano se lanza con libertad a navegar con todas las velas desplegadas y con vientos favorables.

Para asegurar el resultado de esta conferencia conviene que nos formemos una idea clara y exacta acerca de lo que es la

Democracia. Hay una definición que parece acertada: "El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Democracia es, por lo tanto, el ordenamiento político que confiere al pueblo de derecho y de hecho, la participación efectiva que le corresponde en la conducción de sus propios destinos.

Basta definir a la Democracia en su verdadera esencia para darse cuenta de que ella como ningún otro sistema de gobierno implica la exigencia de procurar la capacitación del pueblo para elevarlo a la altura exigida por sus trascendentales funciones. La elevación material y moral del pueblo, le es indispensable para el cumplimiento de sus deberes, el ejercicio de sus derechos y la utilización de sus libertades. Implica, además, el reconocimiento leal de la dignidad inviolable de toda persona humana porque por desheredada que sea es siempre una dignidad emanada del derecho natural y divino. De todo lo cual debe inferirse que no es el individuo para el Estado, sino el Estado para el individuo, y que no es el pueblo para el Gobierno, sino el Gobierno para el pueblo.

Ahondando más aún en el concepto esencial de la democracia, salta a la vista el grave error de quienes la circunscriben a la actividad política.

Sin duda alguna el significado vulgar y aun primario de la palabra "democracia" es político, pero su honesta realización presupone y exige una serie de reformas sociales y económicas, sin las cuales quedaría frustrada.

La falta de una visión perfecta de la democracia ha sido la causa de que no pocos políticos, adjudicándose el monopolio de la explotación electoral, la hayan desprestigiado y de que ciertos apolíticos seducidos por las ventajas inmediatas de la acción directa la hayan combatido. Unos y otros por diversos caminos y por medios opuestos han venido conspirando contra su existencia. Aquéllos corrompiéndola por medio de la seducción. Éstos atacándola por medio de la violencia. El arma de la seducción suele ser el fraude y de la violencia el despotismo. ¿Cuál es la posición de la Iglesia frente a la Democracia auténtica? El Cristianismo desde que hizo su aparición en el mundo comenzó a crear la conciencia de la obligación de elevar material y moralmente al pueblo. Y esto era el primer paso que se daba en el sentido de su capacitación para el desempeño de sus legítimas funciones.

Llegado el momento de iniciar en público su apostolado, Jesucristo va un sábado con algunos Judíos a la Sinagoga y pide el Libro de la Sagrada Escritura. Lo abre como al acaso

y tócale en suerte comentar este pasaje del Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha ungido y me ha enviado a evangelizar a los pobres". Cerró el libro y se sentó. Todos los ojos de los asistentes se volvieron a Él y todos los oídos se dispusieron a escucharlo. Y comenzó diciéndoles: "Hoy empieza a realizarse la profecía que acabáis de oír".

Evangelizar a los pobres era llevar la buena nueva a la inmensa mayoría de la humanidad. Recuérdese la esclavitud y la pobreza que imperaban en el universo hasta las postrimerías del paganismo. La buena nueva era la de la abolición de la esclavitud y la liberación de la miseria; la de la reconquista de los derechos y de las libertades del pueblo.

Los Apóstoles se dispersaron por el mundo y en el mismo centro del imperio donde prevalecía la doctrina de la hostilidad al extranjero y de la legitimidad de la esclavitud, se oyó este grito con que se iniciaba la revolución moral más grande de la historia: "Ya no hay griego y romano, judío y gentil; ya no hay esclavos y libres".

¡Era el primer grito de la igualdad! ¡El primer grito de la libertad! que podía interpretarse como el primer vagido débil aún pero auspicioso y seguro con que pronunciaba su advenimiento la democracia para todos los pueblos de la tierra.

Esas conquistas no habían de lograrse en un día. No iban a imponerse por la violencia ni a establecerse por decretos. El cristianismo carecía de estos medios y no aspiraba a obtenerlos. Iban a ser logrados por la divulgación paciente y perseverante de la doctrina de la igualdad y de la libertad de la persona humana. Su rozamiento continuo fué desgastando unos en pos de otros los duros eslabones que aherrojaban al pueblo en la esclavitud y la opresión, hasta que un día alborozado oyó el ruido de las rotas cadenas que caían a sus pies para que surgiera la libertad que jamás volvería a sucumbir.

En el curso de los tiempos fueron apareciendo en su hora los astros que perpetuaban y ensanchaban los horizontes de esta doctrina libertadora del cristianismo. Aparece en el siglo XIII el que fulgura con el nombre de "Angel de las Escuelas" filosóficas y teológicas y aplicando a la vida colectiva sus lógicas conclusiones escribe en su Suma Teológica: "La buena organización política exige como condición esencial que todos tengan alguna participación en el gobierno. Es este el medio verdadero de conservar la paz de una Nación y de lograr que todo el pueblo use y defienda su propia constitución". Ocho siglos han pasado desde la enunciación de esta doctrina esencialmente democrática. No nos extraña: los genios producen para los siglos. En el nuestro, esta doctrina tiene mayor evi-

dencia y está obteniendo mayores conquistas de las que tuvo en el suyo.

La hora del pueblo que era la de la democracia, se aproximaba. En el último cuarto del siglo XIX se enciende un nuevo astro en el firmamento de la Iglesia. Con su claridad fulgurante ilumina el ocaso del siglo XIX y la aurora del siglo XX. Dice León XIII en su Encíclica *Inmortale Dei*s "No, la democracia no es censurable, antes bien, puede ser provechosa y aun obligatoria". Y en la "Rerum Novarum", dando un gigantesco paso adelante, asienta las bases de la democracia en el mundo económico y social. Y cuando recibió las delegaciones trabajadoras que de diversas naciones del mundo fueron a presentarle el homenaje de su reconocimiento, los recibió con los honores que hasta entonces se reservaban a los reyes. Era el primer saludo oficial con que el Pontificado Católico recibía a la nueva realeza de la Democracia. No ya de la democracia política, sino de la económica y social. El hombre no vale sólo por su actividad electoral. No debe cotizarse al precio del voto. Tiene un valor inmensamente superior, el de su dignidad personal y de su actividad integral. De donde se sigue que no podemos gloriarnos de haber libertado al pueblo por haberle dado la independencia política sino cuando le hayamos hecho conquistar también la independencia económica.

Con lo que llevo dicho queda suficientemente demostrada la preferencia de la Iglesia por la Democracia, emanación auténtica de su doctrina. Pero es oportuno recordar también que la ha venido corroborando con los hechos. La Iglesia ha vivido la historia de dos mil años. Y el hecho dominante en toda ella es que su misma conveniencia la ha justificado. Ha quedado elocuentemente documentado que el absolutismo del poder temporal la oprime y que la democracia verdadera la liberta. Siempre ha brillado con más esplendor cuando se la despojaba de los bienes, que cuando se la cubría con púrpura y con oro. Los absolutismos provocaron las guerras de las investiduras que atentaron contra la libertad de la Iglesia.

Todos los absolutismos son repudiables: los de izquierda y los de derecha, los de abajo y los de arriba, y quizás son más responsables los de arriba que los de abajo y los de derecha que los de izquierda.

Pero aun cuando los absolutismos fueran capaces de otorgar a la Iglesia la libertad que le corresponde de derecho, al hacerlo la volverían odiosa a los ojos del pueblo; en cambio cuando la conquista legítimamente bajo regímenes democráti-

cos, obtiene un derecho que la vuelve simpática, la honra y la enaltece: el de la libertad de todos y para todos.

No voy a incurrir en la exageración de sostener que el régimen democrático sea el único compatible con la doctrina clásica de la Iglesia. Ni la Iglesia ni su doctrina están enfeudadas a ningún régimen temporal. Pero tengo el derecho de afirmar que la democracia verdadera, es decir, la que se explica y se aplica lealmente en el orden económico y social para que luego trascienda al político, es el que más acabadamente la interpreta.

Jamás se podría decir lo mismo de ningún totalitarismo, ya que este sistema es la antinomia, la antítesis del cristianismo. La Democracia puede y debe ser cristiana. El totalitarismo ni puede, ni debe serlo, porque cristianismo y totalitarismo se rechazan y se excluyen como la luz y la oscuridad.

La Iglesia realizó durante siglos hasta verla coronada la tarea dura y gloriosa de abolir de la humanidad la esclavitud civil. Pero con esta victoria no quedó conquistada en toda su plenitud, la libertad. De ningún hombre puede afirmarse que es verdaderamente libre, hasta que haya conquistado por lo menos en cierto grado, la independencia económica. Por eso la Iglesia desde que hizo su aparición en el mundo ha venido bregando por el mejoramiento moral y material de los pobres y de sus familias. Con cuánta razón Pío XII en ocasión solemne y reciente protestó contra la falsedad y la injusticia de la calumnia reeditada de quienes pretenden presentar a la Iglesia como aliada del Capitalismo aun cuando incurre en el abuso abominable de convertirse en explotador del trabajo y de la pobreza. ¡NO! La Iglesia hija y a la vez madre de la libertad, iría contra sí misma si auspiciara la avaricia que engendra la servidumbre.

La democracia así lealmente comprendida contribuye al perfeccionamiento de la civilización y por lo mismo presenta a dos de los más grandes sectores de la ciudadanía, me refiero a la milicia y al clero, el más trascendente de los objetivos de conservación y de defensa. Corresponde dedicarles algunas palabras.

Las deficiencias ingénitas de la naturaleza humana hacen que la milicia sea una exigencia indispensable para la supervivencia de la sociedad. Es una institución reclamada desde adentro y desde afuera de la nación. Desde adentro, porque las deficiencias humanas, las rivalidades y las ambiciones individuales pueden poner en peligro el orden social y la estabi-

lidad de los gobiernos y desde afuera porque las ambiciones colectivas, los imperialismos, pueden hacer codiciar el propio patrimonio nacional.

Para prevenir esos riesgos la milicia es una institución indispensable como lo tiene comprobado la historia universal. Y una institución de tanta trascendencia debe ser conformada, guiada y sostenida por una ideología suficientemente capacitada para aglutinar a sus miembros entre sí y para mantener su cohesión unánime hasta el sacrificio si llega a ser necesario. Esa ideología es entre nosotros la de nuestra democracia en cuyo regazo nació nuestro ejército y con la cual debe continuar cimentando la grandeza de la Patria. Para ello quiere mantener inviolada su fuerza que estriba en una gran virtud, la de su unidad.

Hace pocos días me cupo la honra de ser invitado a bendecir el mástil que el Ejército Argentino dedicaba a su Generala en el atrio de la Basílica de Nuestra Señora de la Merced y es oportuno recordar algunas de las palabras que debí pronunciar en esa oportunidad. Ningún gobierno, dije, debe pretender empañar la gloria, ni desvirtuar la misión sublime del ejército pretendiendo constituirse en gobierno de fuerza. Gobierno de fuerza es imposición de voluntad y el Ejército no debe ser profanado por el sometimiento al capricho de la voluntad. Es muy distinto el gobierno con fuerza, como queremos y necesitamos en las sanas y austeras democracias. Gobierno de fuerza es imposición de voluntad pero gobierno con fuerza es régimen de razón. Ahora bien, la ley reguladora del orden, base de paz y de grandeza, no debe ser impuesta por el capricho de la voluntad, sino dictada por la luz de la razón y por la norma de la justicia. Y la fuente de toda razón y de toda justicia es Dios. La misión del ejército por lo tanto es sublime, porque es la de salvaguardar la razón y la justicia, atributos divinos: La sublimidad de esa misión exige que se mantenga inviolada su unidad. Su unidad que es requisito indispensable de su fuerza, es la garantía de la democracia. Por eso los que movidos por intereses personales de círculos o de partidos intentaran dividirlo, se harían reos de un atentado de lesa Democracia y seríamos más exactos si dijéramos de lesa Patria. Por ello si yo tuviera suficiente representación, desde esta Tribuna con cuyo ofrecimiento me habéis honrado, diría a cada uno de los soldados de mi Patria: continuad sin dejaros tentar por ninguna seducción ni de personas ni de grupos, vuestra vocación es nobilísima, superior a toda aspiración personal; es la de continuar siendo los centinelas y los custodios de la integridad de la Patria y de la gloria de la Bandera.

Para cumplir con ese honroso destino, disponéis de una virtud inmensamente superior a la de la fuerza material con que enfrentáis y vencéis a los enemigos que pretendan resistiros o atacaros con la violencia: la fortaleza. La llamo virtud porque la fortaleza es un don espiritual que nos robustece el alma. Se halla muy generalizada la idea de considerar como heroísmo, al éxito que se obtiene venciendo al adversario. Y muchas veces lo es. Pero hay otro heroísmo incomparablemente superior y es el que se obtiene al vencerse uno a sí mismo. La victoria que se obtiene sobre otro, suele ser a base de superioridad material. La que se obtiene sobre uno mismo sólo se logra con superioridad moral. Y es ésta la única digna del hombre libre. Los mártires no conquistan la gloria de la inmortalidad matando, sino muriendo por los grandes ideales. Auguro para el ejército de mi Patria la superioridad de la fuerza y para cada uno de sus componentes, a fin de que mantengan su unidad, el don espiritual de la fortaleza. En esta misión sublime de la milicia hay una honrosa coincidencia con la del Clero. Para situarla dentro de los límites de su esfera de acción, es conveniente dejar establecido el concepto esencial que debemos formarnos de lo que designamos con el hermoso nombre de "La Patria".

¿En realidad, qué es en su ensencia la Patria? ¿Es acaso la sangre o el idioma? No, la sangre determina la vida física y el idioma la intelectual. Pero pueden convivir individuos y familias de diversas razas y constituir una misma Patria. ¿Es acaso la forma de gobierno? No; hacerla consistir en esto, es incurrir en el error del materialismo político. ¿Es acaso el territorio? Tampoco. El territorio es el asiento, la posesión, el dominio de la Patria, pero no es la Patria. Hay naciones que con el empleo abusivo de su fuerza, agrandan sus territorios y se empequeñecen en el concepto del mundo, y hay otras que vencidas por fuerzas invasoras ven reducidos sus dominios y por su heroísmo se agigantan en el aprecio de las naciones. ¿Es acaso la Bandera? Tampoco. La Bandera es la enseña, el símbolo de la Patria, pero no es la Patria. La Bandera puede quedar raída y deshilachada por los ataques en las batallas y aparecer más gloriosa a la veneración de los patriotas; puede ser quemada y por eso mismo levantar contra los incendiarios la reacción entusiasta y arrolladora de su pueblo.

La Patria es algo todavía más profundo y más sublime, algo más propio y más característico, algo más inviolable y más imperecedero que todo eso. Es el acervo moral que se ha venido acumulando desde los albores de su origen. Es el encanto

auroral de la atmósfera que envolvió su cuna. Es la convivencia compartida en las mismas modalidades y las mismas costumbres. Es la coincidencia en los mismos recuerdos y en las mismas esperanzas. Es la comunión con los mismos anhelos y con las mismas creencias. Es el tesoro de las mismas tradiciones. Es todo eso que conforma lo propio, lo característico, lo inmutable. Lo que configura y define la fisonomía moral de la Patria. Es en una palabra el alma de la Patria.

Y esa alma en la nuestra, es profundamente cristiana. Tan cristiana como argentina. Y eso es lo que debemos conservar y defender a costa de todos los renunciamientos, de todos los sacrificios y aun del de la vida. No debemos permitir que la desunan, la desfiguren o la cambien. Nos lo exige hasta la inviolabilidad de la historia. Así como la Patria tiene un alma, tiene también una historia. No tiene dos sino una sola. Y si se la desfigura o se la cambia, la Patria en cierta manera deja de existir. Tenemos el deber sagrado de defenderla pero sin recriminaciones y sin violencias. Las ideologías y las doctrinas que para imponerse o para subsistir apelan a la violencia, se desprestigian a sí mismas porque confiesan su impotencia.

Nuestra arma tanto de ataque como de defensa debe ser el amor. El amor es más fuerte que la muerte. Y con él debemos combatir y vencer a todos los adversarios tanto a los que vengan de afuera cuanto a los que surjan de adentro.

¿Cuál es el procedimiento más adecuado para que el Clero pueda cumplir con la misión de contribuir positivamente al establecimiento y consolidación de la verdadera Democracia en bien de la Patria? El que nos han venido indicando los Sumos Pontífices de estos últimos tiempos. El de la Acción Social. Acción Social intensa y extensa. El de la beneficiencia por parte de quienes se hallan en condiciones de realizarla y de la resignación cristiana por parte de quienes se hallan precisados a soportar las privaciones de su condición, pueden ser subsidiarios pero resultan insuficientes. No es el caso de reiterar la razones de esta afirmación, expuestas en diversas oportunidades. Sólo insistiré en recordar respecto de la resignación, que es una virtud esencialmente cristiana, necesaria para mí y para todos, para los de abajo y para los de arriba, para los que no tienen nada y para los que tienen todo, para los que soportan privaciones y para los que nadan en abundancia. Pero no debe pretenderse que la predicación evangélica de la resignación se convierta en cómplice de la explotación interesada en amordazar las protestas y en reprimir las reacciones justificadas de las víctimas, porque contra ello se

rebelan nuestras conciencias. El evangelio no puede convertirse en factor de la esclavitud ya que es la Carta Magna de la libertad.

El apostolado del Clero para colaborar en el establecimiento de la democracia verdadera, es, vuelvo a afirmarlo, el de la acción social que eleva positivamente la condición material y moral del pueblo, de todo pueblo sin exclusiones de ninguna especie. Esta amplitud es la que, además, excluye la militancia del Clero en política partidista. Le está prohibida por la naturaleza de su ministerio sacerdotal y por disposiciones expresas de la Jerarquía Eclesiástica. Vengo repitiéndolo hasta la saciedad desde hace medio siglo que la misma terminología condena la ingerencia del Clero en la política partidista. Partido es una parte del pueblo y el sacerdote no debe, no puede pertenecer a una parte del pueblo porque debe ser de todo y para todo el pueblo.

Una ingerencia semejante justificaría la inculpación de los adversarios de la religión, que pretenden hostilizarla con el pretexto de combatir al clericalismo. Si al término "clericalismo" se le da el significado de esa indebida intromisión, vuelvo a declarar que yo soy adversario irreconciliable del clericalismo. Digo vuelvo a declarar porque vengo haciéndolo desde hace algunas décadas. Las primeras veces esa afirmación, suscitó algunas reservas en ciertos sectores. A ella me referí en el discurso pronunciado al recibir el Diploma de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires el 24 de abril de 1946. En esa oportunidad dije lo siguiente: "La Providencia ha dispuesto que aquella afirmación fuera solemne y autorizadamente ratificada en una reciente asamblea de los Cardenales y Arzobispos de Francia. Una de las conclusiones a que arribaron está concebida en estos términos: "Si Clericalismo significa intromisión del Clero en la jurisdicción del Estado, la Iglesia condena al Clericalismo". Y la fundamentan con los conceptos siguientes: "A pesar de la nítida claridad de tales conclusiones, el ya raído espectro del clericalismo se agita como bandera de ataque ante las multitudes. Si por clericalismo se quiere entender la ingerencia del Clero en el dominio político del Estado o la pretensión de cualquier sociedad espiritual a servirse del poder público para satisfacer deseos de dominio, expresamos nuestra rotunda condenación del Clericalismo como contrario a las auténticas enseñanzas de la Iglesia".

La milicia y el Clero para el cabal cumplimiento de nuestra misión respectiva, tenemos la ventaja, que es muy grande, sobre todo en épocas de confusión como es la nuestra, de po-

dernos guiar por la luz indefectible de una estrella orientadora: la autoridad.

Nos hallamos respirando una atmósfera de libertad. Pero la reflexión debe enseñarnos a no incidir en la embriaguez de la libertad. El despotismo priva de la libertad por defecto, el libertinaje la quita por exceso. La libertad para subsistir debe convivir y podría decir confraternizar con la autoridad. ¿Cómo se reprimirían los excesos de la libertad, si no hubiese autoridad? ¿Y qué objeto tendría la autoridad, si no hubiese libertad? Autoridad sin libertad es despotismo y libertad sin autoridad es anarquía.

Evoquemos para tratar de imitarlos a los grandes ejemplos que honran nuestra historia en la milicia, en el Clero y en la ciudadanía. En la milicia tenemos al que es insuperable, San Martín, a quien un eminente argentino ha llamado "El Santo de la Espada". En el Clero a Justo Santa María de Oro "el Santo de la República" y a Mamerto Esquiú "el Santo de la Constitución". Y en la ciudadanía a José Manuel Estrada "el Santo de la Libertad".

Permítaseme terminar reeditando algunas de las razones por las cuales he sido, soy, y con el auxilio de Dios seré siempre democrático. Algunas anticipé en el discurso sobre "La Iglesia y la Democracia".

Soy democrático, porque como lo afirma Pío XII la verdadera Democracia implica la posibilidad de que los pueblos otorguen su libre consentimiento para que pueda ser un hecho la legalidad de sus gobiernos, de que sean escuchados antes que se les impongan los cargos que los abruman en la paz y los exterminan en la guerra. Soy democrático, porque siento el imperativo de la vocación que acepta los renunciamientos que impone el deber de trabajar por la elevación moral y material del pueblo con el propósito de servirlo siempre, sin servirse nunca de él. Soy democrático porque la Carta Magna de la Patria bendita bajo cuyo cielo vi la luz, quiere que lo sea y porque la Iglesia Católica, en cuyo maternal regazo nací a la vida de la gracia, me enseña que no sólo es conveniente, sino que en esta hora evolutiva para todo el mundo es ventajoso y necesario que lo sea. Soy democrático porque aun cuando mi conciencia no me lo impusiera, usaría de mi libertad para serlo. Soy democrático en fin, porque soy auténticamente cristiano y porque quiero ser hasta el fin, indefectiblemente argentino.

MISA DEL ESTUDIANTE

Alocución pronunciada por Monseñor Dr. Miguel de Andrea el 11 de noviembre de 1956, en la Basílica de Nuestra Señora de las Victorias

La característica predominante de la civilización contemporánea es "la velocidad". La velocidad que pretende reinar en todo hasta reducir el tiempo y el espacio. Se aplauden como conquistas supremas las reducciones de las esperas y de las distancias. Y esta característica se advierte en todo los órdenes de la vida. Hasta se pretende suprimir el tiempo que debe mediar entre los principios y sus consecuencias. Se pretende prescindir hasta de la lógica. La juventud y aun la niñez deben aportar su contribución a la comunidad sin la espera exigida por la propia naturaleza.

En épocas pretéritas los estudiantes debían consagrarse por entero a su formación dejando para un porvenir más o menos cercano la eficacia de su intervención. Las cosas han cambiado fundamentalmente. Si las juventudes católicas dejaran para el porvenir su actuación social, la condenarían a la esterilidad absoluta. Cuando pretendieran comenzar a intervenir la civilización estaría ya descristianizada.

La indiferencia o la pasividad es hoy un grave pecado de omisión, porque los enemigos de la religión trabajan con inteligencia y con ahinco. La parábola evangélica está en actualidad: mientras los responsables de la suerte del campo duermen, los hijos del mal siembran la cizaña.

¡Gracias sean dadas a Dios! Nosotros contamos con una legión de jóvenes estudiantes permanentemente dispuestos a sembrar el bien y a extirpar el mal. Son jóvenes a quienes podemos adjudicar el más glorioso de los calificativos del cristianismo: jóvenes "eucarísticos".

Nacieron acariciados por el amor cristiano de un caballero cuyo recuerdo vive y embalsama el ambiente de estos claustros venerandos, de un caballero cabalmente eucarístico, que vive en el corazón de todos los presentes, el fundador de la Misa del Estudiante.

Jóvenes católicos que perpetuáis la hermosa tradición. Sois estudiantes, aquí tenéis la cátedra suprema que os formará para una vida fecunda, cristiana y patriótica como la necesita el país y la reclama la inquietud del mundo.

Son dos factores poderosos que se lo disputan, el odio y el amor. De un lado los satélites del materialismo que en último término si no con las palabras, con los hechos revelan ser los seguidores del mandato opuesto al de Cristo: "odiaos los unos a los otros" y del otro los que bendecimos a Dios porque nos hizo comprender desde los albores de la razón que la salvación temporal y eterna será alcanzada por los que cumplan con el precepto divino de "amaos los unos a los otros".

La Cátedra de Amor es el Altar. El Altar donde diariamente se inmola y se sacrifica Jesucristo, convirtiéndose en alimento divino de todas las almas que generosamente quieren servir para salvar a los demás, salvándose a sí mismas.

Lo que durante siglos preanunciaba la doctrina lo está comprobando con los hechos el mundo de hoy: "el odio mata y extermina, el amor vivifica y salva". Alistémonos decididamente en la Legión del Amor

EMBAJADA DE BRASIL

Discurso pronunciado por Monseñor de Andrea en ocasión de la entrega de la condecoración del Brasil, diciembre 6 de 1956

Mi conciencia, desde adentro, y desde afuera, los acontecimientos, crean en mí la evidencia de que la demostración de que soy objeto trasciende los límites de mi modesta persona. El eminente representante del Brasil ha cedido a su innata generosidad. Pero yo debo situarme en la realidad. El Gobierno del País Hermano ha creído encontrar en mí el anhelo de dos grandes conquistas que son indispensables al mundo de hoy: la libertad y la democracia. Ve en mí un hijo de la Patria Argentina y un miembro de la Iglesia Católica y quiere dar un público testimonio de su doble anhelo de confraternizar con las Naciones Hermanas y de exaltar la supremacía de los valores espirituales sobre el materialismo de la vida. Y esta elevación de miras acrecienta mi agradecimiento, porque jerarquiza y asegura la conquista de los grandes ideales de mi vida ciudadana que lo son también de todos los que me acompañan en esta hora: ¡la libertad y la democracia!

Al hacer esta afirmación no improviso, impelido por la honda gratitud que me crea esta distinción altísima. El 25 de mayo de 1935 el Presidente de los Estados Unidos del Brasil, devolviendo la visita que le hiciera el de nuestro país, se encontraba en Buenos Aires. La celebración de nuestro aniversario Patrio los reunió en el recinto de nuestra Catedral. Se me confirió el honor de ocupar el púlpito para pronunciar la

alocución. Y dije entonces: "estos dos pueblos jóvenes, cuyos Jefes Supremos se postran juntos ante Dios, enseñan al mundo convulsionado que prefieren superarse en carreras de mutuos agasajos, a vencerse y agotarse en desenfrenadas carreras armamentistas, que primero agobian y después masacran a los pueblos. ¡Hermosa coincidencia! son estos dos pueblos, los que consagraron sus respectivos territorios erigiéndolos en altares al Príncipe de la paz y coronándolos el uno con el Cristo del Corcovado y el otro con el Cristo de los Andes!"

La Iglesia a que pertenezco, por ser católica, es decir: universal, es la Institución que más se interesa por la confraternidad humana; es uno de sus dognas fundamentales. Aleccionada por su Divino Fundador diríjese a Dios diciéndole: ¡Padre Nuestro! enunciando con la primera palabra, el Dogma de la Paternidad Divina y con la segunda, el de la ¡Fraternidad Humana! No desconocemos la escuela filosófica que exagerando el humanismo pretendió desvirtuar el amor a la Patria, en nombre del amor a la humanidad. Esos detractores de la Iglesia y a la vez de la Patria, nos decían "vosotros los que trabajáis por la Iglesia Universal, no podéis servir a una Patria Nacional". Esto nos decían, dirigiéndonos reconvenciones injustas, a las cuales toda nuestra historia había respondido de antemano. Y luego resultó que en lugar de la Iglesia pretendieron colocar a la humanidad, para sacrificarle a nuestros ojos no sólo el interés sino también el honor y aun la estabilidad de la Nación.

No tardó en aparecer la reacción. Y como toda reacción es por su naturaleza violenta, su impulso la llevó al otro extremo. Y surgió un nacionalismo cerrado, excluyente y agresivo. ¡No, señores! ¡no! ¡Ni lo uno, ni lo otro! Deben evitarse los extremos. ¡Se puede y se debe amar a la Patria sin detrimento del amor a la humanidad, como se puede y se debe amar a la familia, sin menoscabo del amor a la Patria!

Evoco estos pensamientos enunciados en aquella oportunidad para dejar demostrado que no es la emoción de este momento, ni el apremio de las circunstancias actuales, lo que me convence de la íntima confraternidad Brasileño-Argentina que debe servir de ejemplo y de modelo a la vinculación con las demás naciones hermanas.

Sí, señores. ¡Brasil y Argentina que dos veces asociaron sus armas y juntaron sus banderas para derrocar la tiranía y salvar la libertad, deben unirse indisolublemente y asociarse a todas las Naciones Americanas con el designio de extirpar todos los totalitarismos y fundar definitivamente la democracia continental!

Estamos viviendo un período de transición para la civilización universal. ¡El totalitarismo materialista ya está ofreciendo al mundo el espectáculo abominable de sus procedimientos inhumanos para perpetuar la esclavitud, y el espiritualismo a su vez el adorable de sus renunciamientos y sus martirios para recuperar y conservar la libertad! ¡Ya no hay equívocos para la opción!

En la reciente Asamblea de las Grandes Agencias Informativas celebrada en América del Norte, una prestigiosa voz argentina hizo notar que en el pasado muchas veces se dijo: "América para los americanos", otras ampliando el concepto se afirmó: "América para la humanidd"; hoy es más exacto decir: "América para la libertad", y Brasil al condecorarme quiere decir "América para la Democracia".

Si las naciones de nuestro continente fundamentan su unión en la Democracia auténtica, opondrán una muralla imbatible e impenetrable a todas las tentativas de penetración que valiéndose de todos los medios, realizan los totalitarismos.

Los hombres somos transitorios. Nuestra aspiración suprema debe ser la de servir en el momento en que vivimos al éxito de las grandes causas. A mi modo de ver lo lograremos si comprobamos nuestro patriotismo despojándonos de toda ambición personal o partidista. Si somos democráticos debemos comprobarlo profesando dos cultos: el de la autoridad y el de la libertad.

Contribuyamos con nuestras palabras y con nuestros ejemplos a que nunca la libertad sea en menoscabo de la autoridad y nunca la autoridad en detrimento de la libertad. Procediendo así haremos y viviremos la verdadera democracia.

¡Que todas las banderas de todas las Naciones de América se aproximen y se unan y sus diversos colores formen el grandioso arco iris de la confraternidad, bajo el cual emprendan y prosigan su marcha las naciones hermanas "en orden y progreso" según el lema del escudo Brasileño; y estrechándose las manos como en el escudo Argentino, para llevar en triunfo a la democracia Americana hasta que llegue, por la autoridad de su prestigio, a transformarse en Democracia Universal!

PAX VOBIS
"LA PAZ SEA CON VOSOTROS"

Alocución pronunciada el 1º de enero de 1957, en el templo de S. Miguel Arcángel, con motivo del Año Nuevo

HACE ya casi medio siglo que desde este púlpito vengo formulando para mi feligresía votos de felicidad los días de año nuevo.

Pero creo que nunca han sido emitidos en medio de una preocupación tan generalizada y tan honda como la que reina al formularlos en este primer día del año que se inicia.

Las consecuencias de los principios que se han venido difundiendo en el transcurso de las décadas precedentes, la incertidumbre acerca de sus resultados, el confusionismo mundial, ¿no son acaso causas suficientes para poner un poco de vacilación en el intercambio de los augurios de felicidad?

Por lo que a mí respecta debo decir que las circunstancias actuales hacen que este año los formule con más fe y con mayor esperanza. La mayor o menor seguridad de alcanzar la felicidad depende del mayor o menor esfuerzo que se ponga por conquistarla.

Y las preocupaciones a que me acabo de referir deben servir para decidirnos a poner de nuestra parte la máxima contribución, que es imprescindible, para la obtención de la paz, sin la cual no hay felicidad posible. La felicidad es fruto de la paz y la paz es resultado del orden. El orden por su parte exige como requisito el mantenimiento de los valores jerárquicos. En el individuo deben primar los espirituales sobre

los materiales y los morales sobre los pasionales. En la familia, las acertadas directivas de los padres, sobre las pretensiones irreflexivas de los hijos. En la Patria, las justas normas de los Gobiernos sobre los intereses parciales de los individuos y de los grupos.

Siempre que no sean injustas las normas de los superiores jerárquicos, sean ellos eclesiásticos o civiles, deben ser acatadas por los ciudadanos. Es precepto divino: *Obedite præpositis vestris,* "acatad las disposiciones de vuestros superiores". Esta sumisión resulta enaltecedora y honrosa. El precepto divino añade: "no por miedo, sino por convicción". El que se somete por miedo, se entrega por esclavo: el que obedece por convicción, se proclama libre. Dios Creador de la libertad repudia la esclavitud. A todos cuantos lo adoran y lo sirven les dice terminantemente: *non servi sed liberi,* "no os quiero esclavos sino libres". Y el repudio de la esclavitud de los hombres para con Él, nos da la medida de la repulsión que le provoca la esclavitud a que el hombre somete a sus iguales, los hombres.

El reinado de la felicidad presupone el de la paz, y el de la paz el del orden. Hemos comprobado durante largo tiempo las tristes consecuencias de haber vivido proclamando y exigiendo derechos. Ha sonado ya la hora de decidirse por el cumplimiento de los deberes. Hablar de éstos no resulta exitoso a los partidiarios de la demagogia. Pero es necesario y urgente que asuman la responsabilidad de proclamarlos los cultores de la verdadera democracia. Ya ha comenzado a jugarse la suerte de ésta en el mundo entero. Y nosotros tenemos una gran responsabilidad sobre la suerte que le deberá corresponder.

El Papa admirable que nos ha dado Dios y que parece conservárnoslo sobrenaturalmente para orientar al mundo en esta encrucijada decisiva, ha proyectado luz esplendorosa sobre el derrotero que debemos seguir para la salvación común. En cumplimiento de su deber como Vicario de Jesucristo, se ha dirigido a las Naciones para advertirlas acerca de la urgencia de deponer sus posibles desavenencias parciales, para que coincidan todas en la defensa del bien que les es común: ¡el de la paz y el de la libertad!

Yo no invisto jerarquía alguna, pero puedo y debo dirigirme en esta hora excepcional, no sólo a mi feligresía sino a toda la ciudadanía de mi Patria, para incitarla a que sin distinción de credo religioso o político, sin diferencia de raza ni de condición social, depongan las desavenencias que puedan obstaculizar la solidaridad necesaria para la consolidación de la

paz nacional, en esta hora en que se está decidiendo el presente y el porvenir de nuestra querida Patria. Quiero pedirles que no se investiguen tanto por las disidencias que los puedan distanciar y se observen más por las coincidencias que los deben atraer y vincular, para que pronto sea un hecho la consolidación de la paz y el reinado seguro y definitivo de la libertad, aureola refulgente de la verdadera democracia.

Creo sinceramente que me asisten algunos títulos para implorarlo. El del absoluto desinterés de mi modesto apostolado. El de la dedicación constante al bien del pueblo, sin haber reclamado, ni pretendido, ni aceptado retribución alguna y, por encima de todos, el de la verdad que ha sido el único blasón de mi vida. La verdad, que es lo que da fortaleza, lo que da autoridad y lo que da libertad para actuar y para hablar como se debe, sin adulación y sin miedo.

En nombre de la verdad digo a todos que es la hora de las generosas definiciones patrióticas y cristianas.

Los principios que han venido difundiéndose por el mundo, desde los púlpitos eclesiásticos, desde las cátedras universitarias, desde las tribunas escolásticas y desde las barricadas populares, ya están produciendo sus consecuencias. Hemos llegado a la época de la comprobación experimental de su calidad respectiva. El Divino Maestro nos dió la norma infalible para calificarla: "¡Conoceréis los árboles por sus frutos!"

Los principios materialistas que prometían la paz en sus dominios y el Paraíso en la tierra, comprueban ya con los hechos que es paz de cementerios, que el Paraíso se asemeja al infierno, y que la libertad se sustituye por la esclavitud. He ahí algunas de las consecuencias de los principios materialistas.

Los espiritualistas en cambio están concentrando la admiración del universo por la maravilla de sus consecuencias.

He ahí una comunidad numéricamente reducida, pero inmensa por su grandeza moral. La pequeña gran Hungría que, oprimida y martirizada, está enseñando al mundo cómo hay que sacrificarlo todo, hasta la vida por la posesión, la conquista y la reconquista de la fe y de la libertad. Sus hombres y sus mujeres; ancianos, jóvenes y niños, olvidan en esta hora decisiva sus derechos y se juegan enteros por el cumplimiento de sus deberes a costa de todos los renunciamientos.

¡Qué lección para el mundo! Qué lección para nosotros que nos estamos dejando dominar y seducir por la ambición personal o por la pretensión del grupo. Ha sonado la hora de posponer lo individual y lo partidista. Elevémonos a la altura reclamada por la suerte de la civilización continental y

de la civilización universal. Decidámonos por el cumplimiento del deber. Pongamos en juego la virtud de la fortaleza. Son inmensamente más útiles y más necesarios y, por fortuna también más fuertes y más eficaces que los hombres dotados de derechos, los armados de deberes. Los derechos se pueden renunciar pero los deberes siempre se deben cumplir.

Armémonos de fortaleza espiritual que es don divino. Aspiremos al heroísmo verdadero. Este consiste en vencerse a sí mismo. Vencer a otros es resultado de la fuerza material o de la suerte; vencerse a sí mismo es el máximo heroísmo. ¡Los mártires se cubren de gloria no matando, sino muriendo por la virtud, la verdad y la libertad!

Ningún día tan apropiado como el de hoy para recordarlo y para exigirlo.

Cúmplense hoy los ocho días desde el nacimiento del Redentor de la humanidad. Y satisfaciendo las ansias de dar a los hombres el ejemplo impresionante de cómo deben proceder para lograr su redención, se decide por someterse al cumplimiento del deber. Siendo Dios, no estaba sometido a la ley: pero como era finalidad de la encarnación del Verbo, dar ejemplo de vida, se hace llevar en brazos por su Madre Virgen y se somete al doloroso rito de la circuncisión para verter las primeras gotas de la sangre que de Ella había recibido.

No lo olvidemos: el dintel de la puerta por donde entramos al nuevo año de vida, año que se nos presenta cargado de inquietantes presentimientos, está marcado con la sangre del cumplimiento del deber. Formemos la resolución de cumplir cada uno con el propio y confiemos firmemente en que así lograremos el establecimiento del orden, manteniendo los valores jerárquicos y dominando nuestras pasiones, seguros de que con ello y con la bendición de Dios lograremos la paz, condición indispensable de la felicidad que tan sinceramente deseo para vosotros, para mi querida Patria y para la entera humanidad.

LA RESURRECCIÓN Y NUESTRA ACTUALIDAD

Alocución pronunciada en el templo de San Miguel Arcángel el día de Resurrección, 21 de abril de 1957

La Iglesia Católica, nuestra Madre, desde su fundación viene actualizando los grandes acontecimientos que presidieron su origen divino. Esta actualización es exigida por las nuevas regiones sobre las cuales se extiende, por los nuevos individuos que constantemente se le adhieren y por los innumerables cristianos que permanentemente deben sobreponerse a la maléfica influencia del materialismo de la vida.

Esta razón es la que en nuestra época, tal vez más que en las pasadas, activa el apostolado de la Iglesia que es la expresión auténtica de la religión verdadera. El Pontífice genial que en la actualidad representa a su Divino Fundador, con una visión tan profunda como universal, se viene esforzando por adaptar cada vez con mayor precisión las recordaciones anuales a los hechos que rememora la Semana Santa.

Entre éstos el que de manera más evidente e incontestable comprueba la divinidad de Jesucristo, es el de su Resurrección triunfante y gloriosa. Con cuánta razón exclama San Pablo: ¡Si Cristo no hubiese resucitado, los creyentes seríamos los más miserables de los hombres! Pero si ha resucitado tenemos la garantía más absoluta y más inobjetable de la verdad de nuestra religión. ¡Esta verdad nos había sido revelada desde los orígenes de la humanidad, pero desde hace aproximadamente dos mil años nos fué confirmada con los hechos históricos incon-

testables de la encarnación, del nacimiento, de la vida, de la doctrina, de los milagros, de la muerte y sobre todo, de la resurrección de Jesucristo!

Cuando su alma volvió a unirse a su cuerpo glorificándolo al revivirlo para siempre, salió del sepulcro sin encontrar resistencia en las piedras que lo encerraban, como el sol que sube sin encontrar obstáculo en las sombras del horizonte. Un Angel removió luego la pesada piedra que lo cubría dejándolo desde entonces, abierto a la exploración de los hombres a la investigación de las religiones, de la única verdadera y de todas las falsas, y a la comprobación ininterrumpida de la historia.

Los sepulcros de los grandes de la tierra son venerados porque guardan sus restos. Único entre todos los del universo el de Jesucristo lo es porque está vacío desde que sus restos, como correspondía a su divinidad, fueron sustraídos a la corrupción y resucitados para la eternidad.

La Iglesia anualmente nos sitúa ante el drama de la redención para reanimar en los hombres la convicción de nuestro destino ultraterreno. Somos un compuesto de alma y de cuerpo y no debe dejarse que el cuerpo materialice al alma, debe procurarse que el alma espiritualice al cuerpo.

Tal es la finalidad nobilísima de la religión: espiritualizar y moralizar para dignificar al hombre.

Yo no puedo comprender la razón que mueve a los sectarios a combatir a la religión. Si la religión verdadera libremente aceptada y espontáneamente practicada dignifica al hombre, lo fortifica contra la tiranía de sus pasiones y lo inmuniza contra las seducciones del materialismo; ¿por qué hostilizarla? Yo no he encontrado hasta ahora la razón que justifique o que por lo menos explique la persecución religiosa. Y tengo la firme convicción de que nadie pueda exponerla sobre todo en épocas de recuperación de la libertad.

La nave de la República atraviesa en la actualidad la zona tormentosa de un período que puede hacerla zozobrar. Nos estamos debatiendo en plena crisis. Crisis económica, crisis política y crisis moral. La crisis económica puede ser superada por la firme resolución de moderarnos todos y por el inteligente aprovechamiento de las grandes reservas naturales acumuladas por la Divina Providencia en toda la extensión de nuestra Patria. La crisis política por la resolución sincera y patriótica de los que pretenden ser dirigentes, si se deciden a frenar las ambiciones personales y partidistas, anteponiendo generosamente la grandeza y el bienestar de la República.

Pero la crisis moral, la más grave y la más perniciosa por ser la causa profunda del materialismo y de la inmoralidad, no podrá ser superada sino por la rectitud y la integridad de las conciencias individuales. Y sobre las conciencias lo único que actúa es la religión. Hasta ahora nadie en el mundo ha logrado inventar el elemento capaz de sustituirla. Por esto, Pío XII, el genio maravilloso de nuestra era, en un discurso de ilimitadas proyecciones que acaba de pronunciar dirigiéndose a los estadistas de la actualidad, les ha afirmado que para construir una Europa unida que pueda preservarse de la disgregación que la amenaza, sólo podrá lograrse si las poderosas fuerzas religiosas que actúan sobre los espíritus, reaniman a las naciones que la constituyen.

Y al iniciarse la cuaresma de este año 1957 dirigiéndose a los predicadores de Roma congregados en el Vaticano bajo la presidencia del Cardenal Vicario y de otras autoridades eclesiásticas, los exhortó a hacer resonar con fuerza la advertencia de San Pablo: que nadie incurra en la temeridad de pretender sustituir los cimientos espirituales sobre los cuales debe mantenerse la estabilidad social del mundo: que nadie se atreva a sustituir al fundamento de la moral puesto por Jesucristo. Poner otros cimientos equivaldría a preparar su ruina, sería sustituir la semilla puesta por Jesucristo por la de los innovadores, implicaría hacer crecer en el campo social junto al buen grano, la cizaña que parece amor y es odio encubierto, que parece libertad y es licencia, que parece justicia y es explotación, que parece prudencia y es temeridad, que parece previsión y desconfianza.

Y estas textuales advertencias del Papa a los predicadores de Roma deben inducirnos a todos los que somos honrados con el ministerio de la predicación del Evangelio, en esta hora histórica de transición, a intimar a todos los componentes de la ciudadanía, la obligación de contribuir cada uno según sus posibilidades, a la salvación de la República. Resolvámonos a no permitir en nuestro campo el arraigo de la cizaña que parece patriotismo y no es más que personalismo, que parece política y no es más que bandería, que se presenta como altruísmo y no es más que crudo egoísmo,

A cuantos sinceramente quieran saber por qué anhelamos la estabilidad y el desarrollo progresivo de la religión estamos autorizados a contestarles: porque queremos sinceramente la estabilidad y el engrandecimiento de la Patria que no se obtiene sin el reinado de la moral. La religión en virtud de su

esencia exige mucho más que ser predicada y mucho más que ser defendida, exige ser vivida. ¡Cuándo no se vive como se piensa se termina por pensar como se vive! Y la religión vivida implanta el reinado de la moral. Queremos la religión porque queremos el respeto de los derechos de todos, como deseamos que a su vez todos respeten los nuestros. ¿Y cómo puede lograrse el respeto de los derechos del hombre por parte de quienes comienzan por desconocer el derecho de Dios?

Queremos en fin, la estabilidad y el desarrollo de la religión porque queremos la libertad. Hemos recordado que los hombres somos un compuesto de materia y de espíritu. La materia no es libre, es esclava de las leyes inexorables que rigen su evolución incesante. El espíritu en cambio es esencialmente libre. Todas las fuerzas materiales del mundo mancomunadas no son capaces de arrancarles un sí, cuando se resuelve a mantener un no.

Tenemos la prueba en los millones de mártires y de héroes morales que triunfan sobre la vehemencia de las atracciones del materialismo de la vida.

Dios es Creador y Conservador de la libertad. Ve y comprueba el abuso que se hace de la libertad. Pero no por eso la suprime. "Dios no se arrepiente de sus dones". Mantiene la libertad a pesar de sus abusos. Prefiere sacar del mal el bien. El hombre se vuelve enemigo de la libertad, porque dejándola actuar teme debilitar y aún perder su poder. Por eso emplea la tiranía. Pero Dios no tiene que temer el cercenamiento de su poder porque es la Omnipotencia absoluta. Y nada ni nadie la puede debilitar.

Para los hombres someterse a las leyes divinas equivale a libertarse de las tentaciones humanas. De ahí la verdad de este axioma Divino: *Servire Deo regnare est,* "Servir a Dios es reinar", es conquistar la suprema libertad porque es sobreponerse a todas las seducciones del materialismo.

En definitiva, a cuantos nos interroguen acerca de las razones por las cuales defendemos y propagamos la religión, podemos y debemos contestarles: queremos que nuestros conciudadanos sean sinceramente creyentes porque queremos que sean abnegadamente libres.

La fe es de una vitalidad prodigiosa y de una fecundidad inagotable.

Los que pretenden combatir la religión en nombre de la libertad, argumentando que la observancia de los preceptos

divinos la contraría o la limita, demuestran ignorar la finalidad de los preceptos y desconocer la esencia de la libertad.

Podemos compararlos con los que pretendieran sostener que los faros coartan la libertad de los navegantes. Lejos de coartarla la aseguran y la facilitan porque señalan los escollos de los cuales hay que apartarse si no se quiere naufragar.

Los preceptos divinos señalan los excesos que se deben sortear para evitar el naufragio de la moral e impedir que la libertad degenere en licencia prostituyendo la dignidad humana.

Por lo demás la religión no puede ni debe imponerse a nadie. En tanto es meritoria en cuanto es la libre aceptación de la voluntad. Dios no acepta adoraciones impuestas.

No le es grato el homenaje de la esclavitud, sólo acepta el de la libertad.

Se ha dicho en verdad que las ideas no se matan. Con mayor razón debe afirmarse de la fe. La idea puede ser emanación de la mentalidad del hombre, la fe es un destello de la Divinidad de Dios. Es pues inmortal y es prodigiosamente fecunda. En el mundo moral su reflorecimiento es permanente. El misterio de la resurrección se reproduce incesantemente en la vida espiritual de las almas hasta el día supremo en que al reunirse con sus cuerpos al fin de los tiempos se inicie la verdadera vida que es la ultraterrena en la inmortalidad. Lo confesamos todos los días al terminar el rezo de nuestro Credo diciendo: Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.

Queremos conservar y propagar esta fe porque ahora más que nunca queremos que todos los que convivimos en esta Patria, argentinos y extranjeros, resucitemos del egoísmo a la abnegación, de la rivalidad a la concordia, de la división a la confraternidad, de la ambición a la generosidad, de la molicie al renunciamiento y de la ignominia de la servidumbre a la gloria de la verdadera libertad, de la libertad de los hijos de Dios, de la libertad con la cual, como la proclaman las Sagradas Escrituras, nos libertó Nuestro Señor Jesucristo.

ÍNDICE

	Pág.
De los editores	7
Una vida ejemplar	9
Hora de deberes	13
La fuerza victoriosa del espíritu	21
Necesidad urgente de una cruzada espiritualista	27
Bondad y fortaleza	43
La responsabilidad del empleo de la vida	49
Principios fundamentales	55
Reviviscencia Cristiana	61
Con Cristo y María un mundo de paz	67
La Inmaculada y la actualidad	77
Dignidad de la persona humana	87
Eficacia y supervivencia de la verdad	93
San Pío X	99
Materialización de un sueño: El Hogar de la Empleada	105
Misión del catolicismo social	111
El secreto de la felicidad	119
Mi reciente viaje a Europa y Tierra Santa	125
La verdadera libertad	137
El empleo de la libertad	145
Nuestro deber en esta hora	149
Salvémonos por el amor	155
Conquistemos la felicidad con el deber	161

Pá

El Pontífice Pío XII y la cuestión social 167
Sermón de Soledad — Viernes Santo de 1956 175
Inmanencia de la Resurrección 183
El clero y los trabajadores 189
Un ejército de pacificación 199
Embajada de Francia 207
Caritas Christi urget nos "La caridad de Cristo nos apremia" 209
Inauguración de un mástil 213
San Miguel en la actualidad 215
La milicia y el clero ante la democracia 221
Misa del estudiante 231
Embajada de Brasil 233
Pax vobis — La paz sea con vosotros 237
La Resurrección y nuestra actualidad 241

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES,
RECONQUISTA 319,
EL DIA DIEZ DE JUNIO DE 1957

2953

G
K